

Contextos funerarios del Período Formativo

Aportes desde una comparación entre los
valles y las yungas.

Autor:
Cortés, Leticia Inés

Tutor:
Scattolin, María Cristina

2005

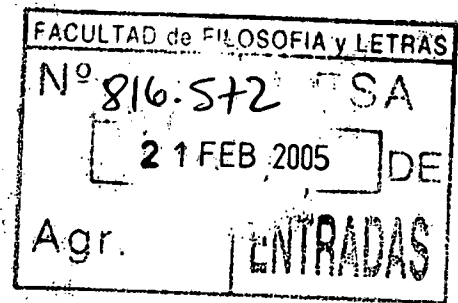
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Licenciatura de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Ciencias Antropológicas.

Grado

Tesis 12-1-21

TESIS 12-1-21

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras
Carrera de Ciencias Antropológicas
(orientación Arqueología)



Tesis de Licenciatura

**“Contextos Funerarios del Período Formativo: aportes desde
una comparación entre los valles y las yungas”**

Directora: Lic. María Cristina Scattolin
Co-Directora: Dra. Elvira Inés Baffi

Tesista: Leticia Inés Cortés
Libreta Universitaria: 27.419.208

Febrero de 2005

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

ÍNDICE

Presentación.....	5
-------------------	---

Primera Parte:

***Análisis bioarqueológico de los restos humanos
recuperados en los contextos de El Bañado-La
Vaquería, Lampacito y Campo Colorado***

Introducción.....	9
-------------------	---

Antecedentes.....	13
-------------------	----

Metodología.....	18
------------------	----

“El Bañado-La Vaquería”

I. Descripción del Contexto y Circunstancias del Hallazgo.....	21
--	----

II. Análisis Bioarqueológico.....	23
-----------------------------------	----

A. Partes Recuperadas.....	23
----------------------------	----

B. Estado de Conservación.....	28
--------------------------------	----

C. Estimación de Edad.....	29
----------------------------	----

III. Discusión de los Rasgos Observados en la Muestra.....	30
--	----

“Lampacito”

I. Descripción del Contexto y Circunstancias del Hallazgo.....	33
--	----

El Ajuar Cerámico.....	36
------------------------	----

Los Adornos Personales.....	39
-----------------------------	----

II. Análisis Bioarqueológico.....	41
-----------------------------------	----

A. Partes Recuperadas.....	41
----------------------------	----

B. Estado de Conservación.....	43
--------------------------------	----

C. Estimación de Sexo y Edad.....	45
-----------------------------------	----

D. Estimación de Estatura.....	46
--------------------------------	----

III. Discusión de los Rasgos Observados en la Muestra.....	47
--	----

“Campo Colorado”

I. Descripción del Contexto y Circunstancias del Hallazgo.....	49
Características del Sitio.....	50
Los Contextos Funerarios.....	51
II. Análisis Bioarqueológico.....	57
Entierro 1 (2-041)	
A. Partes Recuperadas.....	57
B. Estado de Conservación.....	58
C. Estimación de Sexo y Edad.....	58
D. Estimación de Estatura.....	58
Entierro 2 (2-043)	
A. Partes Recuperadas.....	59
B. Estado de Conservación.....	60
C. Estimación de Edad.....	60
Entierro 3 (2-046)	
A. Partes Recuperadas.....	61
B. Estado de Conservación.....	63
C. Estimación de Sexo y Edad.....	63
D. Estimación de Estatura.....	64
Hallazgo 2-019 y 2-020	
A. Partes Recuperadas.....	64
B. Estado de Conservación.....	64
C. Estimación de Edad.....	65
Entierro 4 (2-050)	
A. Partes Recuperadas.....	65
B. Estado de Conservación.....	67
C. Estimación de Sexo y Edad.....	68
D. Estimación de Estatura.....	68
Entierro 5 (2-053)	
A. Partes Recuperadas.....	69
B. Estado de Conservación.....	71
C. Estimación de Sexo y Edad.....	72
D. Estimación de Estatura.....	72
III. Discusión de los Rasgos Observados en la Muestra.....	74

Segunda Parte

Síntesis comparativa de las prácticas mortuorias del Formativo en valles y yungas

Introducción.....	83
Antecedentes.....	86
Metodología.....	88
Supuestos Previos.....	88
Antecedentes Metodológicos.....	89
Propuesta Metodológica.....	90
Definición de la Unidad de Análisis.....	90
Selección de los Atributos de Análisis.....	91
Consideraciones Sobre el Alcance de las Conclusiones.....	95
Delimitación del Área de Estudio.....	96
Los Contextos Funerarios Relevados.....	97
Breve Descripción de los Contextos Muestreados.....	103
Análisis y Discusión.....	135
(1) Las categorías de entierro.....	135
(2) Los objetos de ajuar.....	152
(3) Acerca de la “cubierta” de las tumbas.....	164
(4) Acerca de las evidencias directas e indirectas del quemado de los individuos.....	168
(5) Acerca del emplazamiento de las tumbas en relación al área de habitación.....	173
Análisis de Correspondencias.....	179
Síntesis y Conclusiones.....	182
Referencias Bibliográficas.....	190
Apéndice I	
Análisis metalográfico del anillo procedente de Lampacito: Descripción del método y registro fotográfico.....	211
Apéndice II	
Análisis del comportamiento mortuario: Tabla de variables relevadas.....	215
<i>Agradecimientos</i>	218

PRESENTACIÓN

El objetivo de esta Tesis es doble: en primer lugar se realiza el estudio bioarqueológico de tres conjuntos funerarios que son ejemplo de los modos de inhumación practicados por las poblaciones vallistas del Noroeste Argentino durante el período Formativo. En segundo término, se ofrece una síntesis comparativa de las prácticas mortuorias orientada a la contextualización regional de los casos de estudio. El escaso conocimiento existente sobre las características biológicas y las prácticas mortuorias de las poblaciones tempranas fue una gran dificultad pero a la vez un gran incentivo en el planteamiento y desarrollo de esta investigación. El aporte que aquí se realiza apunta a revertir este vacío de información.

Los contextos funerarios de “Lampacito”, “El Bañado-La Vaquería” y “Campo Colorado” constituyen la muestra bioarqueológica de esta Tesis. El primero proviene de una tumba hallada de manera fortuita en el centro del Valle de Santa María; mientras que el segundo proviene de las excavaciones realizadas por la Universidad del Litoral en la localidad de El Bañado. El tercero, corresponde al registro funerario recuperado en el sitio Campo Colorado ubicado al norte del Valle Calchaquí. Los tres contextos poseen fechados radiocarbónicos asociados que determinan su adscripción a distintos momentos del período Formativo. La primera parte de esta Tesis está dedicada al análisis bioarqueológico de los restos humanos, con el objetivo de obtener la caracterización biológica básica (edad, sexo) así como también realizar consideraciones sobre el estado de salud, nutrición y estilo de vida de los individuos recuperados.

En un segundo momento, el trabajo se orienta a la contextualización de los casos en el marco de las prácticas mortuorias del Formativo regional. La muestra utilizada en esta segunda parte fue relevada de la bibliografía publicada. Como escala temporal, tomaremos el período Formativo en sentido amplio (*ca.* 500 a.C.- 900/1000 d.C.) y espacialmente, abarcaremos dos áreas ecológicamente disímiles: los valles y las yungas (Figura 1). Desde este punto de vista, el trabajo procura mantenerse dentro de

una línea de indagación de principal interés para el proyecto mayor¹ en que se enmarca, el cual cuenta entre sus objetivos entender el carácter de las relaciones entre ambas zonas durante el período Formativo.

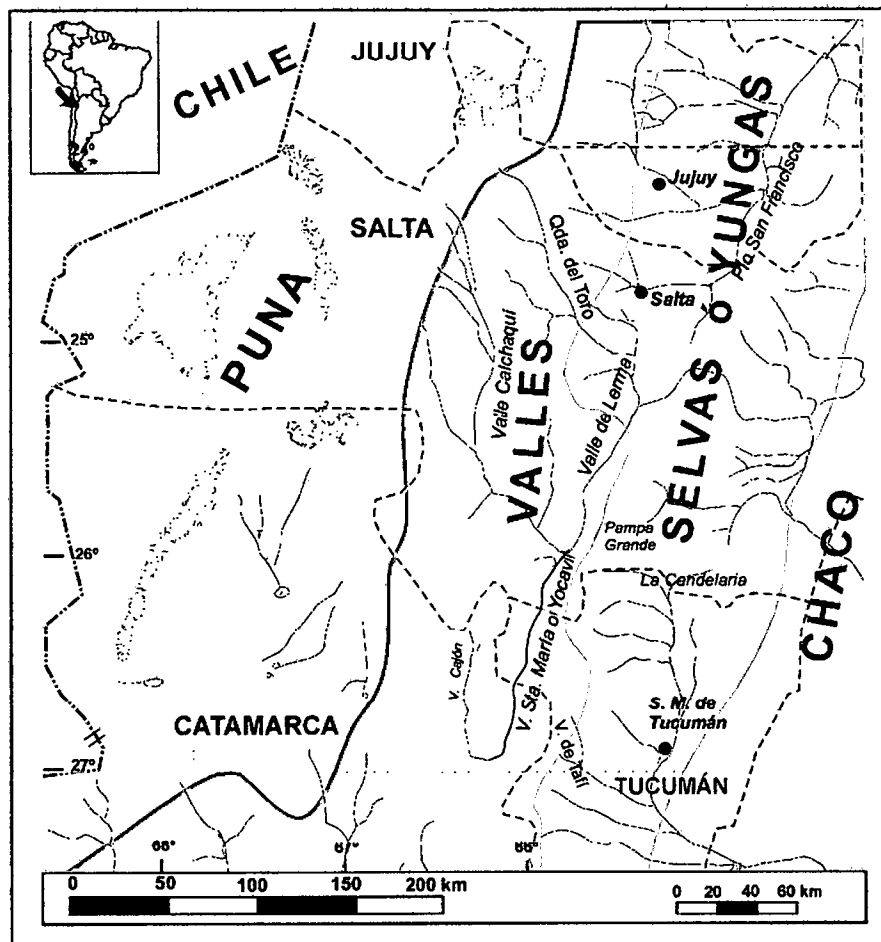


Figura 1: área de estudio

A esta idea, la de rastrear la expresión del comportamiento mortuario a través de ambas regiones subyace en última instancia, la voluntad de deconstruir la dicotomía valles/yungas que hemos naturalizado en nuestra propia concepción del espacio y reproducido en la práctica arqueológica. En este sentido proponemos indagar hasta qué punto las pautas del comportamiento mortuario relevadas son consistentes con las demarcaciones establecidas en base a otros criterios (ecológico, cultural, estilístico, etc.). Si bien no negamos que las fronteras naturales puedan funcionar como límites

¹ El proyecto, "Producción y Reproducción al Sur de los Valles Calchaquíes", dirigido por la Lic. María Cristina Scattolin se ha financiado con fondos del PICT ANPCYT 09575.

sociales activos (O'Shea 1995) proponemos investigar -antes que asumir- el carácter de dichos límites.

Más allá del alcance de estas consideraciones, la importancia de este trabajo radica en la contribución que aquí se hace al conocimiento de las sociedades tempranas a partir del análisis bioarqueológico y del aporte de síntesis al estado actual del conocimiento sobre las prácticas mortuorias del Formativo desde una lectura y recorte particular del registro funerario disponible.

Primera Parte

Análisis Bioarqueológico

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, el estudio de los restos humanos provenientes de contextos arqueológicos ha sido un campo de creciente desarrollo en nuestra disciplina. Los estudios bioarqueológicos han demostrado ser una importante fuente de información sobre las sociedades del pasado ya que proveen información única e irremplazable para el entendimiento de los grandes temas antropológicos (ver Larsen 1987, Boyd 1996, Wright y Yoder 2003); a modo de ejemplo, podemos citar los avances en el área de la paleodemografía (Buikstra y Mielke 1985, Buikstra et. al.1986, Meindl y Russell 1998, Cocilovo et. al. 1999), la paleopatología (e.g. Buikstra 1984, Goodman 1993, Bordach et. al.1999, Schultz 2001) y la paleonutrición (e.g. Stini 1969, Hush-Ashmore et. al. 1982, Gilbert y Mielke 1985, Larsen 1995), así como aquellos centrados en el estudio de las pautas generales del uso del cuerpo (e.g. Saul 1976, Neves 1984, Costa Junqueira et. al.1998, Bridges et. al. 2000) e indicadores de violencia intra o interpoblacional (Knowles 1983, Merbs 1989, Carman 1997, Barrientos y Gordon 2003), entre muchos otros.

A pesar de ello, para el Noroeste Argentino, este tipo de análisis son realmente escasos si se tiene en cuenta el volumen de las colecciones óseas que atesoran los museos. En muchos de estos casos, el principal impedimento para realizarlos es la ausencia de información detallada de registro que impide adscribir los restos humanos a un contexto cultural o temporal claro. En otros casos, la imposibilidad de reconstruir las asociaciones originales entre los restos humanos y los objetos de ajuar, así como su distribución dentro del área del sitio limita de manera contundente el aprovechamiento pleno de las colecciones museológicas. Como veremos, el problema se agrava notablemente para el área y período que aquí nos ocupa.

Así también, en los estudios bioarqueológicos la escala “poblacional” de análisis y por ende el tamaño de la muestra, han sido considerados aspectos fundamentales al momento de plantear una investigación. En palabras de Wright y Yoder (2003:4): *“our ability to make statements about past biological adaptation is thus dependent on the representativeness of archaeological sampling of ancient human*

remains and our ability to make representative statements about population success at an aggregate level". A partir de la premisa anterior, la pequeña muestra bioarqueológica proveniente de Campo Colorado o los hallazgos "aislados" de El Bañado-La Vaquería y Lampacito difícilmente puedan ser considerados representativos de la población original de la que formaron parte. Ahora bien ¿dónde están las muestras "representativas" del Formativo?

Las numerosas colecciones de conjuntos materiales del Formativo recuperadas en las primeras exploraciones arqueológicas al Noroeste Argentino, sabemos, provienen en su mayoría de contextos funerarios. Aún así, los restos humanos rara vez fueron recuperados o documentados (ver Scattolin 2000). En todo caso, como decíamos anteriormente, hoy nos encontramos con la dificultad de reconstruir alguna asociación del contexto original que nos permita adscribir cronológicamente los restos que sí fueron conservados.

Durante el desarrollo posterior de las investigaciones arqueológicas en nuestro país, sólo en casos excepcionales se han recuperado muestras de tamaños significativos. En la región ecológica de yungas el caso más emblemático es el de Las Pirguas (ver Sección Antecedentes); mientras que en los valles, muestras importantes como los cementerios de Salvatierra y otros, permanecen aún sin publicar (pero ver Tarragó 1996). Estas y otras razones han determinado que la posibilidad de estudiar muestras biológicas numéricamente "representativas" del Formativo sea la excepción antes que la norma.

Lo antes dicho, no obstante, no modifica el hecho de que la baja representatividad de las muestras de Lampacito, El Bañado-La Vaquería y Campo Colorado siga siendo una situación desafortunadamente cierta. Pero hay otra, no menos desafortunada, y es que las poblaciones biológicas del Formativo pasen desapercibidas por ser magras en número. En este sentido, si dejáramos los estudios bioarqueológicos a la espera de las grandes muestras estaríamos perpetuando el escaso conocimiento que actualmente se tiene de las poblaciones biológicas de dicho período.

Asimismo, existe una segunda situación que se relaciona con la anterior. En los estudios bioarqueológicos o de comportamiento mortuario, las muestras

“representativas” provienen en general de uno o varios cementerios, esto es, de un lugar más o menos circunscripto en el espacio donde se supone una determinada población enterró a sus muertos. En el Noroeste Argentino, sin embargo, la existencia de lugares formales de enterratorio o “cementerios” muy probablemente esté denotando sólo una parte de las prácticas mortuorias ejercidas durante el Formativo. En este sentido, la presencia de tumbas bajo el piso de los recintos (como es el caso de Campo Colorado) o de entierros aislados en el paisaje, también deben ser consideradas como parte de las prácticas mortuorias de una misma o distintas poblaciones; y sin embargo, para lograr una muestra representativa de las tumbas halladas bajo los recintos dependeríamos de un volumen de excavaciones difícilmente alcanzable. El problema de la representatividad incluso puede no ser dependiente del tamaño de la muestra, ya que otros factores (e.g. de preservación diferencial o aquellos relacionados con los distintas formas de inhumar) pueden determinar la conservación preferencial de algunas modalidades de entierro por sobre otras (O’Shea 1984). Así por ejemplo, Lyon (1995) ha planteado que aún en sociedades emblemáticas como Moche, Nazca y Chinchorro, el hecho de disponer de grandes muestras de contextos funerarios con abundante información de buena calidad no implica necesariamente que estas sean representativas de las culturas de las cuales derivan (op cit: 379).

o

Así entonces, aún cuando no puedan alcanzarse conclusiones a escala poblacional pensamos que el estudio de los restos humanos de variadas procedencias dentro de un mismo paisaje (aislados, bajo el piso de los recintos, en cementerio) es importante en tanto permite dar coherencia al conjunto de los hallazgos arqueológicos de una región. Con esto queremos decir que si bien en la disciplina bioarqueológica el problema de la representatividad de las muestras es real y no debe ser ignorado, la necesidad de documentar exhaustivamente y publicar todos los hallazgos de restos humanos con el fin de aprovechar al máximo la potencialidad de nuestro ya limitado registro arqueológico tampoco puede ignorarse. Sólo así, las representaciones menores o aisladas de las poblaciones humanas del Formativo podrán ser consideradas más allá del dato anecdótico.

A continuación, nos introduciremos en el estudio bioarqueológico de los casos de El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado. Seguimos, a este fin, la propuesta de Goodman y coautores (1988) en tanto entendemos que la cultura puede

funcionar como generadora o mitigadora de situaciones de estrés a las que un individuo está expuesto en su interacción con el ambiente natural y social.

Para una exposición más ordenada de la información hemos dividido el análisis de cada caso en tres partes principales: en primer lugar ofrecemos una descripción general del contexto y circunstancias del hallazgo, posteriormente se describen y analizan los restos humanos recuperados a fin de obtener las características básicas de edad, sexo, estatura y finalmente se concluye con una discusión de los rasgos observados. En este último punto se realizan consideraciones sobre el estado de conservación de la muestra y sobre el estado de salud, nutrición y estilo de vida de los individuos.

ANTECEDENTES

Hasta la fecha, los estudios bioarqueológicos realizados -y publicados- dentro del área de estudio adscribibles al período Formativo se limitan a un reporte de J.V.Hultkrantz sobre los restos recuperados por Rydén en La Candelaria (Rydén 1936); dos artículos publicados por M.M.Constanzó (1941, 1942) sobre la muestra recolectada en la década del '40 por Aparicio en La Cueva del Pílon (Aparicio 1941); un estudio integral sobre la población arqueológica de Las Pirguas (Baffi, Torres y Cocilovo, 1996) y algunas comunicaciones recientes sobre los avances en las investigaciones bioarqueológicas que se vienen desarrollando en Tafi del Valle (Neyra et. al. 2003, Neyra y Valverde 2004). A continuación comentaremos sintéticamente cada uno de estos trabajos.

De los escasos restos que Rydén hallara dentro de las urnas en **La Candelaria** (Rydén 1936), sólo algunos perduraron lo suficientemente intactos como para ser analizados. Esta tarea fue encomendada a J.Vilh.Hultkrantz y se incluye en el Apéndice I de la citada publicación. Los restos descriptos corresponden a un cráneo masculino (G.M. 33.15.698)¹ procedente del sitio El Molino. El autor estima su edad en 40 años o más a partir del análisis de las suturas craneanas, referidas sobre la escala propuesta por Broca (grados 2 y 3). El cráneo presenta deformación artificial del tipo Tabular Erecta. Con respecto al análisis dental, el rasgo más característico es la pérdida dental pre-mortem y reabsorción del alvéolo de todos los molares y un premolar; del resto, la mayoría fueron pérdidas post-mortem y los pocos dientes que permanecían in situ mostraban gran desgaste. Rastros de periodontitis se observaron alrededor de la raíz de uno de los caninos (superior izquierdo) y un agrandamiento patológico alrededor de la raíz de un incisivo; asimismo detecta rastros de "*Pyorrea alveolaris*" en los cuellos y raíces de los incisivos (Rydén 1936:308-309). Una pieza dental procedente de este hallazgo fue fechada en Ua18550: 1895+-50 AP y el valor de $\delta^{13}\text{C}$ obtenido es de -9.5‰ (Fasth 2003).

¹ Número de la colección correspondiente al Göteborg Museum.

El otro individuo analizado proviene del sitio Paso de los Antiguos (G.M. 33.15.735) y está representado por un cráneo y huesos del esqueleto postcraneal (Rydén 1936:309). A partir de su morfología más grácil que el anterior, determina que pertenece a una mujer, de unos 30 años de edad según el grado de obliteración en la sutura sagital (op. cit.:310). El cráneo se encuentra deformado y fracturado por causas tafonómicas, no obstante, pudo determinarse que había sido sometido a prácticas deformatorias del tipo Tabular Erecto, como en el caso anterior. A partir del análisis dental pudo determinarse que todos los molares y los segundos premolares superiores habían sido perdidos pre-mortem, con posterior reabsorción del alvéolo. El resto de los dientes presentaron un desgaste pronunciado, con exposición de dentina en muchos casos (Rydén 1936:311). Respecto de afecciones patológicas, el autor apunta la presencia de rastros de periodontitis en la superficies exteriores de los procesos alveolares y "*osteitis periapical*" en el alvéolo de un incisivo. Es común la presencia de tártaro y algunas caries expandidas hasta el cuello dental. En el esqueleto postcraneal se determinó la presencia de periostitis en fémur y tibia. La estatura de este individuo, calculada por método comparativo, se estimó en 150-160cm.

Finalmente, se describen los restos de un feto (G.M. 33.15.728) provenientes de una urna (Rydén 1936: fig.55) recuperada del sitio Huanacocha, corresponden a fragmentos de fémur y húmero de un individuo de aproximadamente 6 meses embrionarios (op. cit.313).

Los restos humanos recuperados por la expedición que Francisco de Aparicio dirigiera en la década del '40 a **La Cueva del Pilón**² procedían de entierros directos y en urnas de adultos e infantes practicados en cavernas y abrigos; el microclima del lugar permitió incluso la momificación natural de algunos individuos (Aparicio 1941). El análisis de los restos esqueléticos fue encomendado a M.M. Constanzó quien luego publica dos breves artículos. En el primero se analizan un total 19 de individuos, 9 de los cuales están representados por cráneos adultos (5 masculinos y 4 femeninos) y dos subadultos. Las mandíbulas -en total 8- son todas de individuos adultos (Constanzó 1941). Si bien se plantea una "*ausencia casi total de deformación*", la autora detecta en

² Este sitio arqueológico forma parte de la serranía de Las Pirguas, región a la que más tarde regresaría Alberto Rex González con el fin de ampliar las excavaciones en el lugar.

todos los cráneos una leve plagiocefalia indicadora de deformación Tabular. El único caso de deformación más notable es un cráneo adulto masculino (n° 65.444)³ (op. cit.:13-14). Este cráneo, además, presenta evidencias de traumatismo en los huesos nasales y una fusión de del atlas con el occipital. Otro cráneo adulto masculino (n° 65.445) presenta “*hundimiento circular en el parietal derecho*”, mismo tipo de lesión que fuera detectado en alta proporción en Las Pirguas (Baffi, Torres y Cocilovo 1996:8). En dos casos (cráneos n° 65.444 y 65.447) de adultos masculinos se repite un patrón particular de desgaste dental sobre el cuello de los primeros y segundos molares del lado derecho exclusivamente, tal vez relacionado con el uso dental relacionado con una actividad específica. Finalmente, tras observar gran homogeneidad en los valores de los índices cefálicos calculados, la autora concluye en que existe un dimorfismo sexual leve en la muestra (Constanzó 1941:14).

En su segundo artículo, Constanzó determina que el desgaste de las mandíbulas (n° 65.444 y 65.447) corresponde a “*caries dentarias penetrantes, con reacción de dentina secundaria*”. Las raíces muestran cementosis marcada, y en la zona apical reabsorciones dejadas por granulomas apicales, que indican que la infección provocada por las caries llegó al hueso a través de los conductos radiculares (Constanzó 1941:246).

Dentro de una pormenorizada serie de estudios realizados sobre la población prehistórica de **Las Pirguas** (González 1972), se incluye un completo análisis bioarqueológico que contempló el relevamiento de indicadores métricos, no métricos, patológicos, del aparato bucal y de uso del cuerpo (Baffi, Torres y Cocilovo 1996). La muestra alcanzó la cifra mínima de 85 individuos adultos y 25 subadultos, una cantidad poco común para las muestras óseas del Formativo. Se determinó la presencia de cráneos deformados y no deformados tanto para el sexo masculino como el femenino y los distintos grupos de edad. Las deformaciones son del tipo Tabular Erecto, salvo por dos casos de subadultos con deformación Tabular Oblicua (op. cit.: 207). Se determinó, al igual que en los restos recuperados por Aparicio, un bajo nivel de dimorfismo sexual que, según los autores podría ser el efecto de un estado nutricional deficiente y prolongado (op. cit.: 211). El relevamiento de patologías relacionadas con el uso del cuerpo indicó un énfasis en la utilización de los miembros superiores, sector

³ La numeración corresponde a la colección del Museo Etnográfico “J.B. Ambrosetti”.

que además presenta la mayor proporción de fracturas. Otros casos presentan evidencias de septicemia y obliteración prematura de la sutura sagital, osteomas y hundimiento del seno maxilar. Con respecto a las patologías infecciosas se constataron casos de periostitis en tibias y radios, en algunos casos asociadas con fracturas. También en las tibias se detectó una patología que fue denominada “*inflamación*”, cuyo rasgo característico es “*el engrosamiento localizado de la diáfisis... sin huellas de infección*” (op. cit.: 208). Con respecto al aparato bucal, las patologías más comunes fueron caries, abscesos, tártaro, retracción ósea del alvéolo y pérdida dental premortem; se destaca el desgaste en la cara lingual y anterior. Se relevaron indicadores de carencias nutricionales específicas como criba orbitalia e hiperostosis porótica, en estado activo y recuperado (op. cit.: 209). Se determinaron “*señales de tensión social*”, referidas como golpes y fracturas identificadas tanto en adultos como en subadultos y en ambos sexos. Los más frecuentes son “*hundimientos circulares en los parietales*”, “*golpes y rotura de los huesos nasales*” (op. cit.:209). Finalmente, se estimó la expectativa de vida al momento de nacimiento en 22 años de edad; ello, sumado a la alta frecuencia de indicadores de tensión social (golpes, fracturas) y de episodios crónicos de estrés nutricional severo (líneas de hipoplasia, hiperostosis porótica, criba orbitaria, apiñamiento dental y reducido dimorfismo sexual) lleva a los autores a plantear “*un costo adaptativo alto para el grupo*” (op. cit.:208-209).

Recientemente, Graciela Neyra y coautores han dado a conocer algunos resultados de un rescate efectuado en **Tafi del Valle** (Neyra et. al. 2003). Se trata de un contexto funerario asociado a materiales “*asignables a la Cultura Tafi*” representado por la inhumación de un “*individuo adulto de sexo femenino*” el cual no evidenciaba signos de deformación cefálica ni lesiones patológicas (op. cit.: 95). Nuevos avances en esta línea de investigaciones han sido comunicados como parte del programa del “*Taller Investigando en Tafi*” realizado en Octubre de 2004 en dicha localidad (Neyra y Valverde 2004); esperamos disponer en el futuro de una publicación que detalle las exposiciones de este evento.

La breve recopilación de antecedentes que hemos ofrecido deja a la vista la notable escasez de estudios bioarqueológicos en el área y período de estudio. En tanto los trabajos comentados se circunscriben a muestras provenientes de un área bastante acotada dentro de la región ecológica de las yungas, queda en evidencia el ineludible

vacío de información bioarqueológica concerniente a las poblaciones vallistas de la región.

METODOLOGÍA

En la descripción y análisis bioarqueológico de los individuos recuperados se tuvieron en cuenta los siguientes criterios:

Para el **reconocimiento y descripción general** de las partes del esqueleto se siguieron las indicaciones de Bass (1971 [1995]), Buikstra y Ubelaker (1994), Fazekas y Kósa (1978), Scheuer et al. (2000). Las observaciones se realizaron en forma macroscópica, a ojo desnudo, en el gabinete de Antropología Biológica del Museo Etnográfico donde además, se dispuso de un esqueleto humano de adulto como modelo de referencia.

La **coloración de los restos** fue relevada a partir de la tabla Munsell (2000). Variaciones sobre la coloración "normal" del hueso fueron evaluadas teniendo en cuenta las consideraciones de Nicholson (1993), Lyman (1994), Buikstra y Ubelaker (1994), Shahack-Gross y Bar-Yosef (1997), Bennett (1999) y Mansilla et al (2003).

Para la **determinación de edad** nos basamos en distintas propuestas metodológicas según la disponibilidad de partes diagnósticas en cada caso. El estadio general de desarrollo (adulto, juvenil, niño, párvulo) se estableció de acuerdo a Buikstra y Ubelaker (1994), Bass (1971 [1995]), Ubelaker (1978) y Bordach (1985). Aproximaciones más precisas a la edad de los individuos adultos fueron posibles sólo en dos casos a partir de la observación de cambios morfológicos en la sínfisis púbica (Todd 1921, Gilbert y McKern 1972, Brooks y Suchey 1990) y en la superficie articular del ilium (Buikstra y Ubelaker 1994). En los subadultos, la edad fue determinada a partir del grado de desarrollo dental (Ubelaker 1978) dado que este rasgo posee mayor estabilidad genética respecto del desarrollo esquelético general (Scheuer et al. 2000). En el caso de un individuo neonato (feto) su edad fue determinada de acuerdo al grado de desarrollo esquelético según los estándares propuestos por Fazekas y Kósa (1978).

La **estimación de sexo** se realizó exclusivamente en los individuos adultos a partir de rasgos morfológicos y métricos diagnósticos del esqueleto (Bass 1971 [1995], Ubelaker 1978, Buikstra y Ubelaker 1994, Bordach 1989).

Las **estimaciones de estatura** fueron realizadas a partir de la propuesta de Steele (1970) para huesos fragmentarios. Los cálculos se hicieron sobre las extremidades inferiores (tibia y fémur) y superiores (húmero) según estuvieran disponibles en la muestra. Posteriormente, la estatura fue calculada en base a las ecuaciones propuestas por Trotter y Gleser (1952), Genovés (1967) y Steele (1970).

Respecto de los indicadores de **estado de salud, nutrición y estilo de vida**, hemos tenido en cuenta la presencia de marcadores de estrés observables macroscópicamente. Los indicadores relevados son interpretados como la manifestación esquelética de eventos de disrupción fisiológica en respuesta a estresores generados en la interacción del individuo con el ambiente natural y cultural (Goodman et al 1988).

A fin de evaluar el estado de salud y nutrición, se examinaron los esqueletos para determinar la presencia de *hiperostosis porótica* y *criba orbitalia*, ambos indicadores relacionados con eventos de anemia por déficit en hierro. Esta situación pudo haber estado favorecida por la ingesta mayoritaria de carbohidratos en la dieta que impide el adecuado metabolismo del hierro en el organismo (eg. Martin et al 1985, Larsen 1987, 1995, Huss-Ashmore et al 1987).

En este mismo sentido, se examinaron los dientes para evaluar la presencia de *hipoplasias de esmalte*. Estas son producidas por una reducción en las funciones o muerte de las células formadoras de esmalte (ameloblastos) por causa de la acción de distintos estresores, entre ellos enfermedades infecciosas inespecíficas y deficiencias nutricionales durante el período de desarrollo del individuo (e.g. Huss-Ashmore et al 1987, Katzemberg et al 1996, Duray 1996). Asimismo, se evaluó la salud bucal a partir de la presencia de *caries* y la *pérdida de piezas dentales premortem*, las cuales pudieron haber estado favorecidas por la ingesta de alimentos blandos ricos en carbohidratos como el maíz (Larsen 1995, Powell 1985).

Por otro lado, se determinó el grado de *desgaste dental* en base a los criterios establecidos por Powell (1985). Aunque fuertemente influenciado por la edad, este rasgo ha sido relacionado con la consistencia y textura de los alimentos consumidos (blandos o duros) o con la manera en que estos son preparados (e.g. uso de piedras de moler) (Larsen 1995, Huss-Ashmore et al 1987). En este sentido, este puede ser considerado un indicador de estilo de vida.

Así también, la presencia de *patologías degenerativas* en las uniones articulares (e.g. osteoartritis, osteofitosis) y otras modificaciones relacionadas con actividades generalizadas (Larsen 1995) fueron observadas en las distintas partes del esqueleto: columna vertebral, articulaciones de los miembros superiores e inferiores, falanges, entre otras (Mann y Murphy 1990). Como indicadores de pautas de actividad, estos son considerados referentes indirectos del estilo de vida de los individuos.

EL BAÑADO-LA VAQUERÍA

I. Descripción del Contexto y Circunstancias del Hallazgo

El Bañado-La Vaquería es un enterratorio en urna excavado en la década del '60 por un equipo de la Universidad del Litoral en el fondo de valle de Santa María. Su nombre hace referencia al puesto "La Vaquería" ubicado algunos kilómetros al norte de la localidad de El Bañado lugar donde se realizó el hallazgo (Figura 2) (Tarragó y Scattolin 1999, Scattolin 2000).

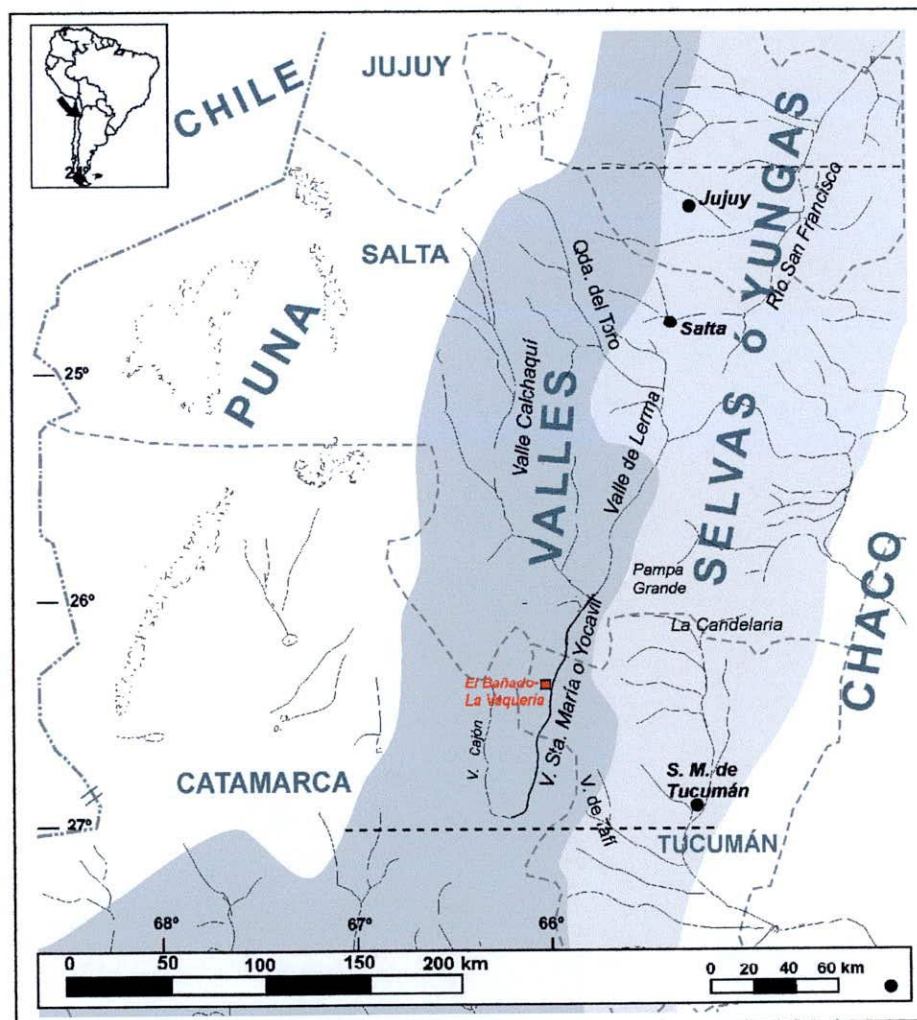


Figura 2: ubicación de El Bañado-La Vaquería en el área de estudio

En este lugar se recuperó una gran urna de pasta gruesa con tapa conteniendo dos individuos de corta edad. Dentro de la urna también se encontraron una cuenta de collar de malaquita (Figura 3) y “una pequeña jarra gris pulida con cuello de perfil oblicuo, asa acintada y decoración antropomorfa en el cuello ejecutada mediante aplicaciones al pastillaje e incisiones punteadas, que comparte atributos decorativos y formales con piezas del estilo Candelaria (#10-4 del Museo de Rosario)” (Tarragó y Scattolin 1999) (Figura 4).

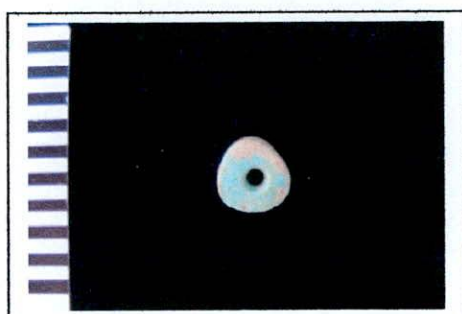


Figura 3: Cuenta de collar perteneciente al ajuar.



Figura 4: Jarrita perteneciente al ajuar.

La cronología del conjunto pudo ser aproximada en base a un fechado de AMS efectuado sobre una muestra ósea (diente) de uno de los individuos (Figura 5). El resultado, Ua-20627 1375 ± 40 AP permitió asignar el conjunto al siglo VII d.C. entre el 600-720 d.C. (confianza de 93,6%, 2σ) (Scattolin y Bugliani 2003). En este procedimiento también se obtuvieron resultados de isótopos estables $\delta^{13}\text{C}/^{12}\text{C}$ -12,0‰.

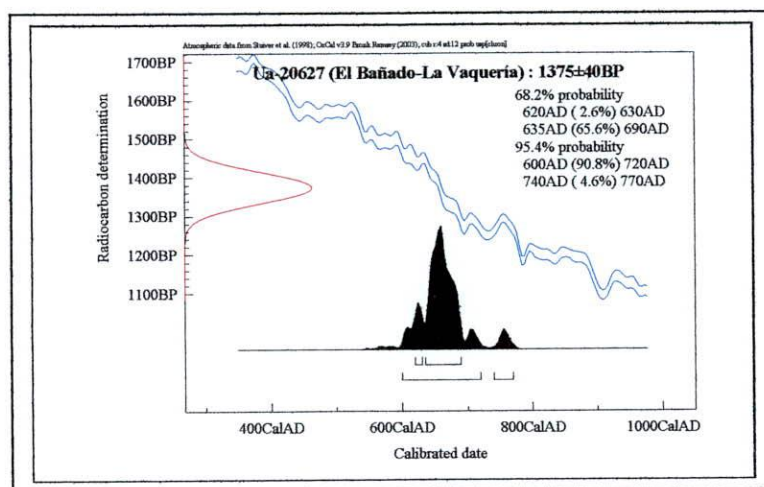


Figura 5: Fechado radiocarbónico asociado al contexto de El Bañado-La Vaquería

II. Análisis Bioarqueológico

Los restos fragmentarios e incompletos de dos individuos constituyen la muestra ósea recuperada. Los esqueletos se hallaron mezclados entre sí, por lo que la primera tarea consistió en separar ambos individuos. Las partes esqueléticas identificadas fueron rotuladas como pertenecientes al “Individuo 1” y al “Individuo 2” manteniendo la numeración original que acompañaba los cráneos (“Cráneo 1” y “Cráneo 2”, respectivamente).

A. Partes Recuperadas

Individuo 1

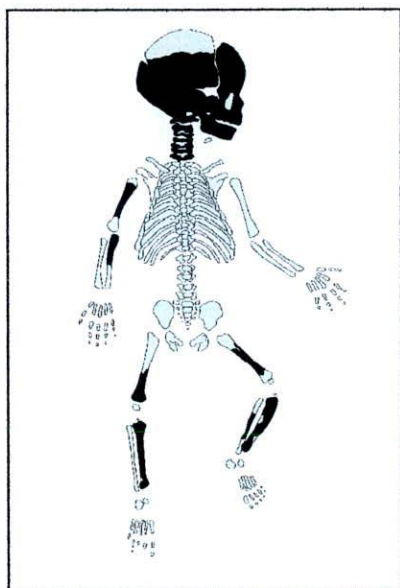


Figura 6: Partes óseas recuperadas del Individuo 1 (sombreadas en negro)

Está representado por el cráneo que aún conserva en posición anatómica los huesos de la cara, el hueso frontal, los parietales y temporales fragmentados y la mandíbula fracturada en el proceso condilar y ángulo obtuso derecho. Otros fragmentos de la bóveda craneana -basioccipital y ambos *pars lateralis*- también fueron recuperados. En conjunto, todos los fragmentos constituyen aproximadamente tres cuartos del cráneo (Figuras 6 y 7).

Algunos dientes no erupcionados (gérmenes del primer y segundo molar inferior) son visibles *in situ* en la mandíbula derecha y ambos primeros molares superiores, en el maxilar (Figura 8). El resto de los dientes recuperados incluyen dos incisivos deciduos superiores laterales, dos gérmenes de caninos superiores, un incisivo deciduo inferior central, un germen de segundo molar superior y un fragmento de incisivo. Ninguna de las piezas dentales erupcionadas (incisivos) presenta desgaste observable macroscópicamente.

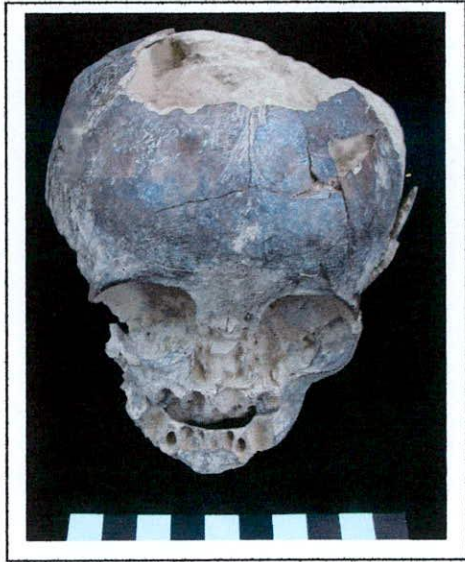


Figura 7: cráneo del Individuo 1

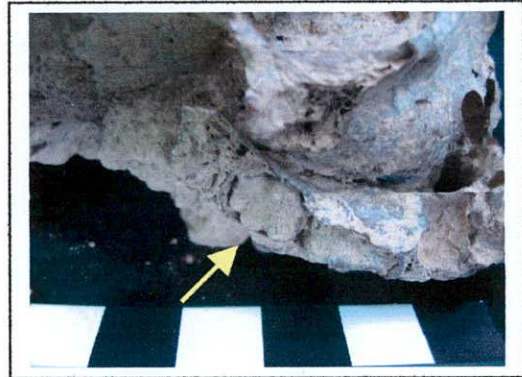


Figura 8: detalle dientes sin erupcionar (Individuo 1)

Del esqueleto postcraneal se identificaron ambos fémures (fragmento de diáfisis y porción distal del fémur derecho y diáfisis del izquierdo), ambas tibias fragmentadas en distintos sectores de la diáfisis y un fragmento de diáfisis de peroné, posiblemente izquierdo (Figura 9). De las extremidades superiores, sólo se recuperaron un fragmento de diáfisis de húmero y porción distal de cúbito, sobre los cuales no pudo determinarse fehacientemente su lateralidad.

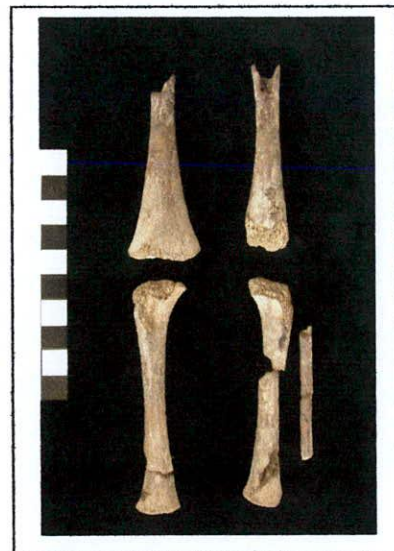


Figura 9: extremidades inferiores (Individuo 1)

La columna vertebral está representada por siete cuerpos vertebrales (cervicales) los cuales se encontraron adheridos al sedimento que rellenaba el cráneo. Asimismo, se recuperaron seis arcos vertebrales, entre ellos, los del atlas y axis, y otros fragmentos no identificables. Las distintas proporciones de partes esqueléticas recuperadas puede verse en el gráfico siguiente (Figura 10).

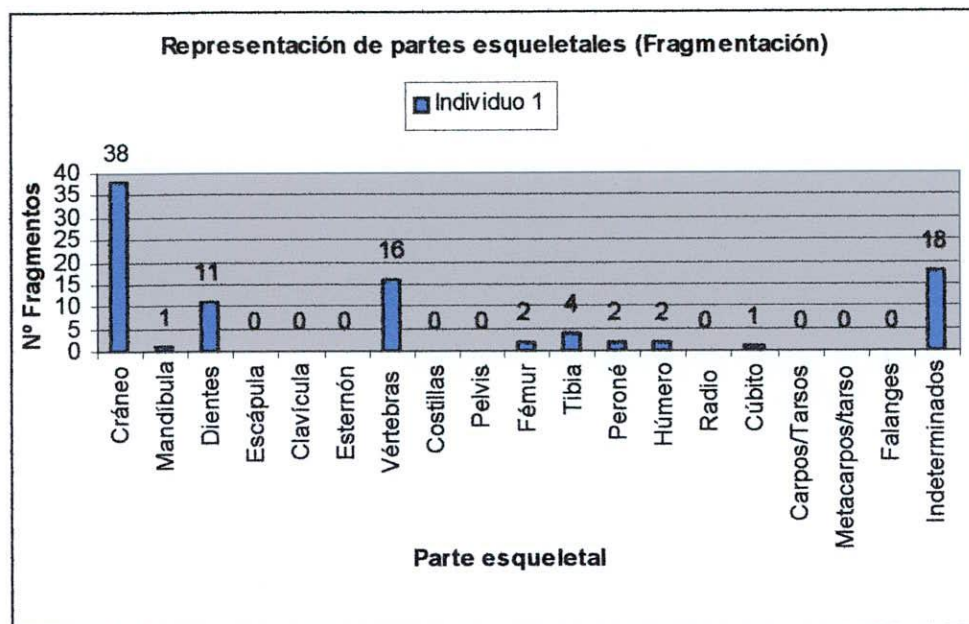


Figura 10: Representación de partes esqueléticas (Individuo 1)

Individuo 2



Figura 11: cráneo (Individuo 2). Vista lateral derecho.

El segundo individuo está representado por algunos fragmentos del cráneo, entre los que se encuentran el occipital fragmentado en dos partes, parte del hueso frontal, fragmentos de ambos parietales y la porción petrosa de ambos temporales. Todos estos pudieron ser remontados (Figura 11); junto con el resto de los fragmentos (que no pudieron ser remontados) conforman aproximadamente un tercio de la superficie total del cráneo.

Las piezas dentales recuperadas son cinco: un incisivo superior central que exhibe morfología “en pala” (Figura 12), un incisivo decíduo, un molar inferior decíduo, un molar superior decíduo y un canino superior que presenta una línea de hipoplasia (Figura 13). Se observa leve desgaste en ambos molares.

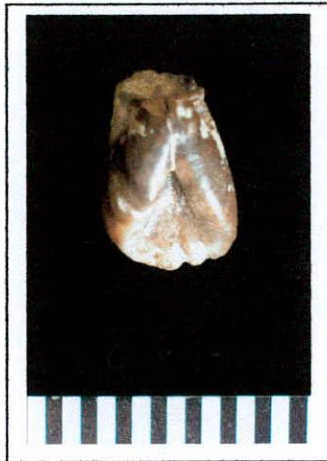


Figura 12: incisivo en “pala” (Individuo 2). Cara lingual



Figura 13: canino con línea de hipoplasia (Individuo 2). Cara bucal

Del esqueleto apendicular se recuperaron ambos fémures y tibias fragmentadas (Figura 14). El fémur izquierdo está representado por su diáfisis y porción proximal, y el derecho por parte de la diáfisis y sector distal. Ambas tibias se encuentran fragmentadas en la diáfisis y carecen de su parte distal (Figura 15). Asimismo, se recuperaron algunos fragmentos de diáfisis de radio, cúbito y húmero. El resto de los fragmentos corresponden mayormente a costillas, aunque también se recuperaron dos cuerpos vertebrales y algunos fragmentos de arcos vertebrales, entre otros fragmentos no identificables. La distinta proporción de partes recuperadas puede observarse en el gráfico (Figura 16).

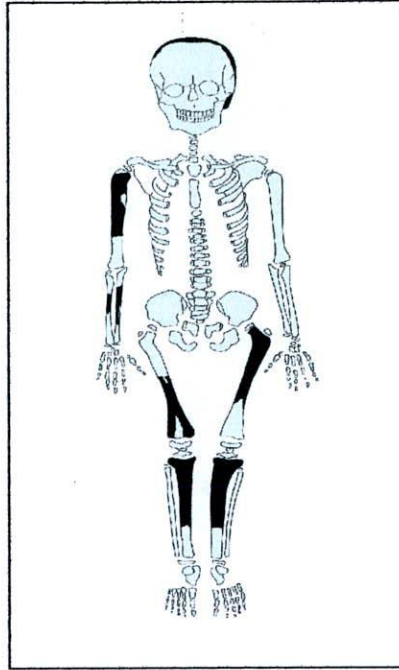


Figura 14: partes recuperadas del Individuo 2 (sombreadas en negro).



Figura 15: extremidades inferiores (Individuo 2)

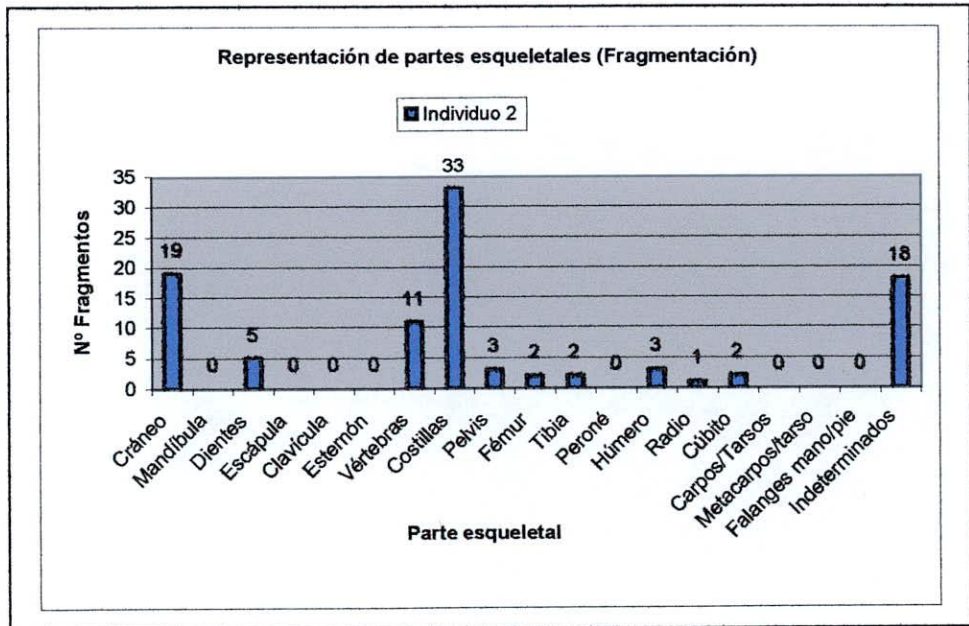


Figura 16: representación de partes esqueléticas (Individuo 2)

B. Estado de Conservación

Aunque los restos se encuentran mayormente fragmentados su estado de conservación es en general bueno o muy bueno si tenemos en cuenta que uno de los individuos (el más pequeño) aún conserva los huesos de la cara y parte del cráneo en posición anatómica gracias a una concreción de sedimentos que rellenó el cráneo actuando como sostén. La textura de los huesos es bastante compacta. La representación diferencial de partes esqueléticas para cada individuo puede observarse comparativamente en el gráfico que sigue (ver Figura 17).

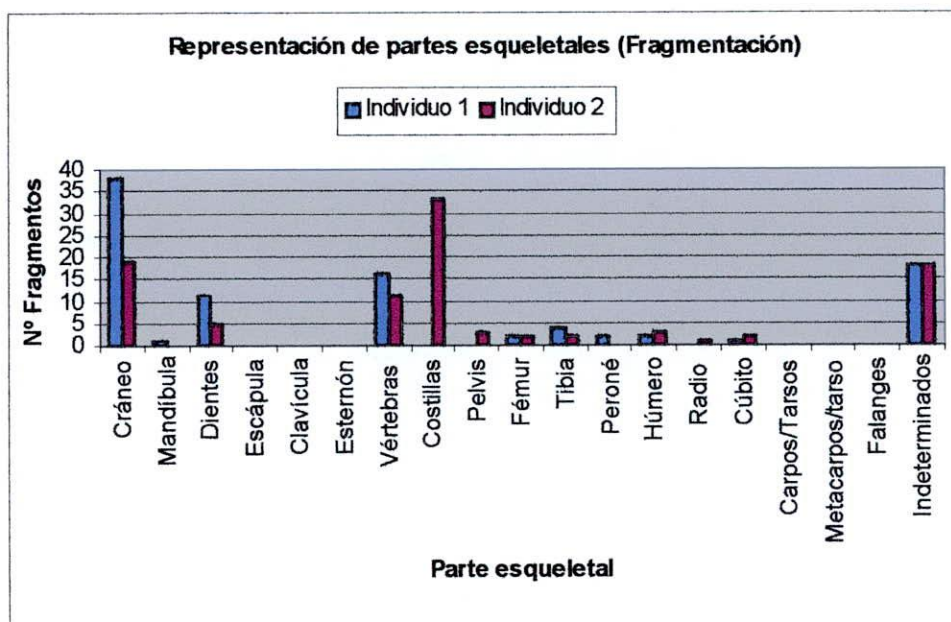


Figura 17: Representación diferencial de partes esqueléticas en ambos individuos.

Por otro lado, en ambos individuos las partes óseas y la mayoría de las piezas dentales presentan una coloración oscura. Esta se distribuye homogéneamente en las distintas partes, salvo en algunos dientes (molares) del Individuo 2 donde se aprecian distintas tonalidades distribuidas en forma un “manchas” o en forma de “veteado horizontal” en el caso de un canino. En la tabla que sigue se describen las distintas coloraciones observadas en base a la tabla Munsell (Tabla 1).

N°	Parte Esqueletal	Color Munsell	Observaciones
1/01	Fémur Derecho	10 YR 4/2 dark grayish brown	* Se repite en otras partes
1/07	Húmero	10 YR 4/1 dark gray	*
1/S/n	Cráneo (frontal)	10 YR 3/1 very dark gray	*
1/00 1	Incisivo decíduo	10 YR 7/4 very pale brown y 2/1 black	Veteado horizontal
1/00 3	Germen canino	10 YR 2/1 black	*
2/01	Tibia derecha	10 YR 3/1 very dark grey	*
2/03	Tibia izquierda	10 YR 3/2 very dark grayish brown	*
2/S/n	Cráneo	10 YR 6/3 pale brown	*
2/00 5	1° molar decíduo	10 YR 2/2 very dark brown y 6/4 light yellowish brown	Manchado

Tabla 1: ejemplos de coloraciones observadas en los dos individuos (1/ =individuo 1; 2/= individuo 2)

C. Estimación de Edad

La determinación de la edad para ambos individuos fue hecha a partir del grado de desarrollo dental según la propuesta de Ubelaker (1978). La edad del Individuo 1 se estimó entre los **9 meses** (+3 meses) y **12 meses** (+4 meses); la del Individuo 2, entre los **5 años** (+16 meses) y **6 años** (+24 meses).

III. Discusión de los Rasgos Observados en la Muestra

A partir del análisis bioarqueológico pudimos determinar que la urna recuperada contenía los restos de dos individuos los cuales, de acuerdo a lo establecido por Bogin (1995) serían correctamente descriptos como “infante” y “niño”, respectivamente.

A pesar de su estado fragmentario, la buena conservación de los restos pudo haber sido favorecida por la protección que significó la urna frente a los factores ambientales que generalmente aceleran la destrucción de los huesos de subadultos (Buikstra y Ubelaker 1994). De igual manera, la concreción de sedimentos que relleno el cráneo del individuo 1 habría funcionado como sostén, minimizando la fragilidad del cráneo y permitiendo su conservación casi completa.

Por otro lado, es posible que la coloración observada en los restos se deba a la composición mineralógica del sedimento con el que estaban en contacto -ricos en ácidos orgánicos- los cuales propiciaron el oscurecimiento del tejido esquelético y dental en ambos individuos (Nicholson 1993). Este proceso se debe al intercambio de elementos desde la matriz sedimentaria a la matriz ósea (descalcificada):

“...soluble cations from soil and groundwater can replace (exchange cation capacity) and transform the original chemical elemental composition of the buried teeth, resulting in the formation of new mineral components and change tooth coloration. Alteration of tooth composition can proceed by simple and complex inorganic and organic matter transformations and mineral eluviation and illuviation by simple replacement of Ca^{++} by exogenous ions (Fe^{++} , Mn^{++} and Sr)...” (Mansilla et al 2003)

Con respecto a los rasgos dentales, observamos que el desgaste en el Individuo 1 es nulo, probablemente a causa de su corta edad. En el Individuo 2 se observa desgaste en la cara oclusal de los molares afectando únicamente al esmalte, sin llegar a la exposición de dentina; el resto de los dientes de este individuo no presentan desgaste observable macroscópicamente (incluso un incisivo central aún presenta el “aserrado”

característico de la dentición permanente de reciente erupción). El desgaste dental puede producirse como resultado del contacto diente-con-diente durante la acción masticatoria, situación que ha sido definida como “atrición” (Powell 1985:308). Así también, el desgaste natural de las superficies oclusales puede verse incrementado por otros factores, como la composición de la dieta, o la manera en que esta es preparada o incluso, por el uso de los dientes como herramientas. Esta segunda forma de desgaste se ha denominado “abrasión” (Powell 1985:308). En poblaciones productoras de alimentos, altas frecuencias y grados de desgaste han sido atribuidos a la inclusión de partículas abrasivas en los alimentos debido principalmente al uso de piedras de moler en la preparación de harinas (Larsen 1995). Teniendo en cuenta que el desgaste producido por atrición está fuertemente condicionado por la edad (esto es, a mayor tiempo de uso del aparato masticatorio, mayor desgaste), posiblemente el desgaste observado en los molares del Individuo 2 se deba a factores relacionados con el tipo de alimentos consumidos (farináceas) y/o a la manera en que estos eran preparados (uso de morteros de piedra).

La presencia de una línea de hipoplasia en uno de los caninos del Individuo 2, es interpretada como un indicador patológico de privación (Larsen 1987). Este rasgo es indicativo de una disrupción en el crecimiento del esmalte dental a causa de la muerte o reducción en las funciones de los ameloblastos o células productoras de esmalte (Larsen 1995:193). En poblaciones actuales y arqueológicas, altas frecuencias de hipoplasias de esmalte han sido relacionadas con situaciones de estrés nutricional o enfermedades infecciosas (Rose et al 1985, Boyd 1996, Hush-Ashmore et al 1982, May et al 1993, Duray 1996) e incluso con el estrés sufrido durante la etapa del destete debido a la pérdida de la “inmunidad pasiva” transmitida de madre a hijo a través de la leche de pecho (Katzemberg et al 1996). Si bien la etiología de esta deficiencia no puede ser determinada a nivel específico, es probable que la línea de hipoplasia en este individuo sea evidencia de la acción combinada de distintos factores que hayan causado estrés crónico durante su infancia (Blakey et al 1994).

Otro rasgo dental destacable en el Individuo 2 es la presencia de un incisivo superior “en pala”, rasgo que definimos a partir de la observación de “bordes” pronunciados en la cara interior del diente (Hrdlička 1920, Turner 1989). Este es un rasgo dental secundario, y como tal, se caracteriza por exhibir frecuencias relativamente

estables intrapoblacionalmente y en cambio diferir notablemente entre poblaciones (Turner 1989:71). El origen de esta morfología dental aún no es claro. Si bien se ha propuesto que este y otros rasgos secundarios asociados habrían sido propiciados por cambios microevolutivos tendientes a una mayor especialización y adaptación a la vida en ambientes rigurosos y fríos, la posibilidad de que hayan sido simplemente cambios genéticos azarosos en poblaciones aisladas, tampoco puede ser descartada (Turner 1989:73). En nuestro continente, esta condición fue tempranamente descrita por Hrdlička (1920). Posteriormente, el cálculo de frecuencias diferenciales de rasgos entre distintas poblaciones fue utilizada como sustento en una teoría sobre el origen de las migraciones asiáticas que habrían llevado al poblamiento de América (Turner 1989). Según dicha teoría, hace aproximadamente 11.000 años, poblaciones que exhibían altas frecuencias de rasgos dentales secundarios (entre ellos la morfología en “pala”) habrían llegado al sur de Chile (Turner 1989:74); en este sentido, el individuo del Bañado-La Vaquería es evidencia de que esta morfología dental ha perdurado en las poblaciones del Noroeste Argentino hasta el siglo VII d.C.

Finalmente, la señal de $\delta^{13}\text{C}$ -12,0‰ obtenida de uno de los individuos se ubica dentro del rango propuesto para las plantas C_4 -entre las que se cuenta el maíz (*Zea miz*)- y cuya media se estima en -12,5‰ (Burger y van der Merwe 1990:92). Si bien por el momento no disponemos de valores isotópicos de referencia para el área de estudio, el valor obtenido puede ser considerado un indicador directo del consumo de maíz como parte integrante de la dieta (Schoeninger 1995, Hastorf 1991).

LAMPACITO

I. Descripción del Contexto y Circunstancias del Hallazgo

Durante el mes de Julio de 2003 nuestro equipo fue contactado por la Ing. Ana María Gigantino y la Dirección de Patrimonio de la Provincia de Catamarca a causa del hallazgo fortuito de una tumba, presumiblemente temprana, en la propiedad del Sr. González en Lampacito (Santa María, Catamarca) (Figura 18).

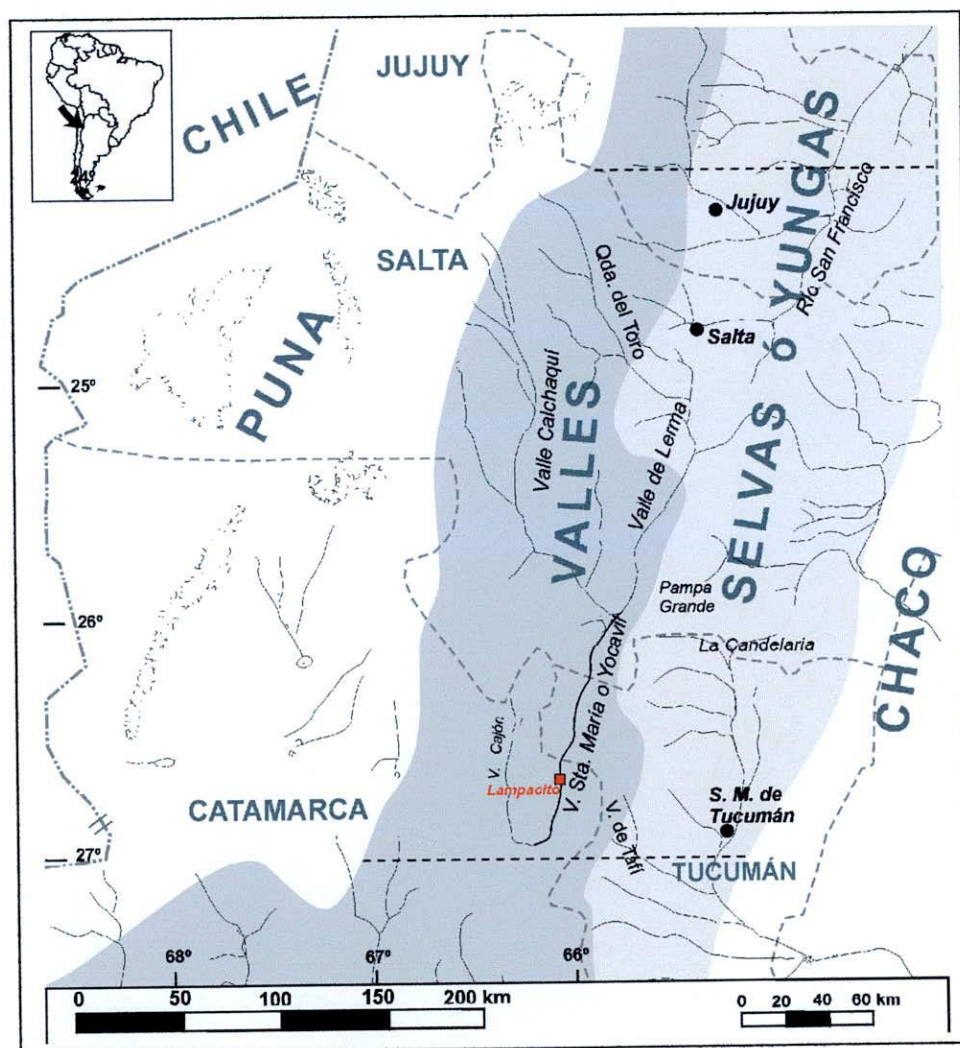


Figura 18: ubicación de Lampacito en el área de estudio.

En base a los comentarios de los trabajadores que dieron con el hallazgo pudimos determinar que el entierro había sido realizado directamente sobre el terreno, en posición extendida y decúbito dorsal. A modo de ajuar se habían colocado al menos 12 vasijas cerámicas, dispuestas alrededor y sobre los restos humanos. A partir de esta información reconstruimos la disposición original del contexto en un “retrato hablado” (ver Figura 19). Los trabajadores mencionaron asimismo que el individuo llevaba “puesto” un brazalete de cobre que pudimos fotografiar (ver más abajo). Estos materiales habían sido ya extraídos del contexto original cuando nuestro equipo llegó al lugar.

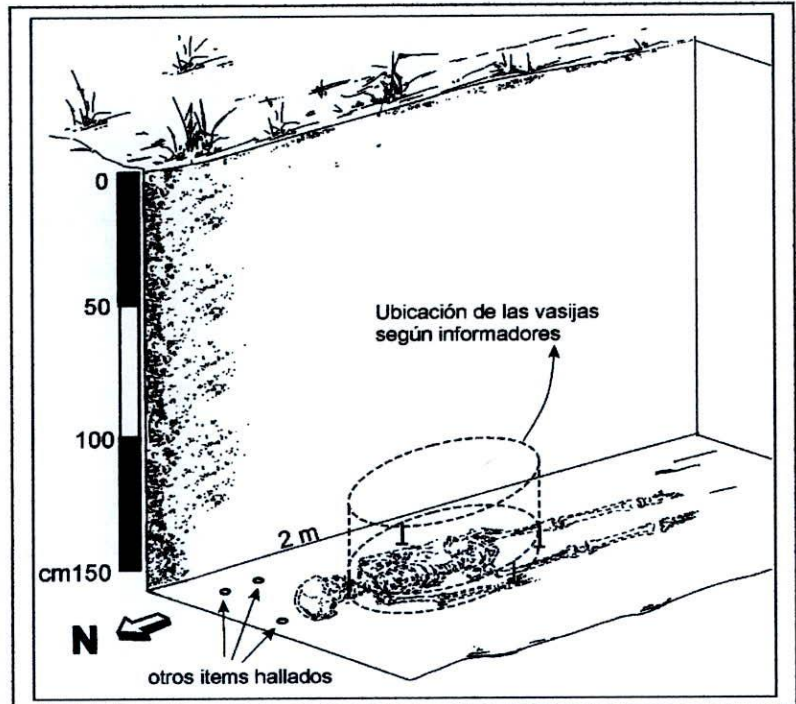


Figura 19: disposición del contexto según los informantes locales

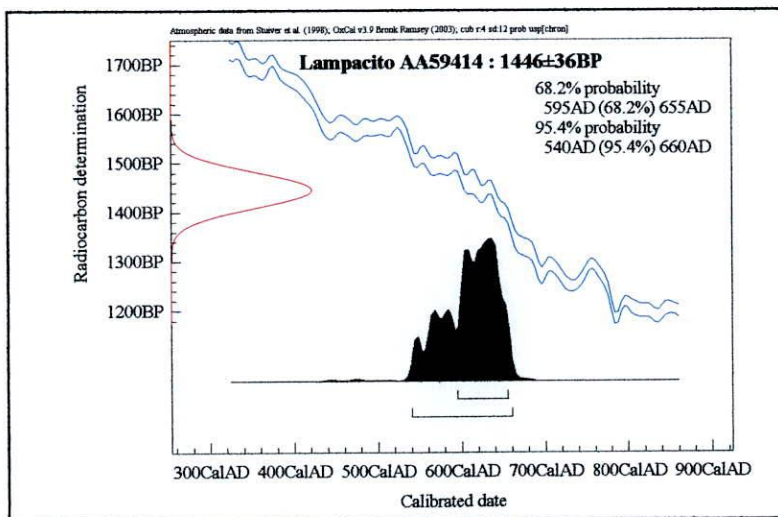


Figura 20: Fechado radiocarbónico asociado al contexto de Lampacito

confirmó la adscripción cronológica: AA 59414: 1446±36 AP (Figura 20) afirmando

A partir del análisis de las piezas cerámicas se determinó la adscripción del conjunto al período Formativo. Posteriormente, un fechado radiocarbónico realizado sobre un fragmento de peroné del individuo (N° inventario 862/14)

que estábamos frente a uno de los pocos enterratorios tempranos con contexto asociado para el área de fondo de valle de Santa María (Scattolin et.al., en prensa).

Una vez autorizados a intervenir por las autoridades provinciales, se organizó una excavación de rescate¹ a fin de recuperar otros materiales que pudieran haber quedado en el lugar. Gran cantidad de fragmentos óseos y cerámicos además de 14 cuentas de collar realizadas en piedra y un mínimo de 3 anillos de cobre fueron hallados durante las tareas realizadas (Scattolin et.al., op cit).

Dadas las poco favorables circunstancias del hallazgo, nuestra primera tarea consistió en determinar la integridad del conjunto. Ello fue posible gracias a la minuciosidad en el registro del material recuperado durante la excavación de rescate. En este sentido, la metodología de campo consistió en asignar un número de procedencia (“Nº de catálogo”) a cada unidad removida tanto por los trabajadores locales como por nuestro equipo. En total se asignaron seis unidades de procedencia (Tabla 2). La integridad del entierro y la verificación de que había constituido un contexto cerrado pudo ser establecida sobre la base de dos criterios principales: el remontaje de fragmentos óseos y cerámicos con distinta procedencia (esto es, con distinto Nº de catálogo) y la característica del sedimento adherido a todos los fragmentos (Scattolin et.al., en prensa).

Número de catálogo	Referencia	Materiales recuperados
857	Recolección superficial	Restos óseos, fragmentos de cerámica.
858	Nivel 150-160	Restos óseos, fragmentos cerámicos, cuentas de collar, concreciones
859	Nivel 150-160 Tridimensionales	Fragmento de cráneo, (2?) falanges con anillos, un lítico
860	Del sedimento del montículo de la obra	Restos óseos, fragmentos cerámicos, cuentas de collar.
861	Sedimento removido que tapaba el pozo.	Restos óseos, fragmentos de cerámicas.
862	Materiales en posesión de Ing. Gigantino.	Restos óseos, 12 vasijas, una pulsera de metal

Tabla 2: Unidades de procedencia determinadas en la excavación de rescate (extraído de Scattolin et.al., en prensa)

¹ Las tareas de rescate fueron realizadas por la Lic. Fabiana Bugliani, Lucas Pereyra Domingorena y Natalia Mazzia.

El Ajuar Cerámico

Actualmente, las piezas cerámicas permanecen en Lampacito, sin embargo, pudieron ser fotografiadas y analizadas durante la campaña de rescate. Morfológicamente, las piezas fueron clasificadas como “jarras”, “ollas”, “cuencos” y “puco o tazón”. Las vasijas promediaban alturas de entre 9 y 23 cm. (Scattolin et.al. en prensa). A continuación transcribimos la descripción estilística de las piezas (ver Figuras 21 a-l):

“Cuatro de las jarras poseen cuerpos globulares y cuellos de borde oblicuo, lo que les confiere un contorno de simetría dorsiventral. Tres de ellas (Nº 4, 5, y 6) son de color gris y presentan decoración geométrica incisa por sombreado zonal (*hachured zoned*), la cual se distribuye en campos decorativos bien delimitados. La Vasija 10 es una cuarta jarra de simetría dorsiventral pero en este caso es de color rojizo y no lleva decoración.” [Figura 21 a].

“Otras dos jarras poseen asas en cinta horizontales y base convexa. Una de ellas es ante-naranja pulida y sin decoración (Nº 11), mientras que la otra, de color rojizo con manchas, presenta decoración antropomorfa en el cuello realizada mediante incisión y pastillaje (Nº 3).” [Figuras 21 b y c, respectivamente]

“De las ollas que integran el conjunto la Vasija 9 es la más grande del grupo, pero ahora está incompleta ya que le falta gran parte del borde. Se trata de una pieza ante rojizo con decoración antropomorfa al pastillaje en el cuello, ojos en grano de café, tiras al pastillaje incisas como cejas y nariz en forma de arco. Otra olla es de pasta ante rojiza y no posee decoración (Nº 2). Una tercera olla es la pieza más pequeña, está decorada con motivos geométricos incisos sobre pasta de color gris oscuro (Nº 7).” [Figuras 21 d, e y f, respectivamente]

“Entre las piezas abiertas, un cuenco de pasta ante presenta cuatro apliques al pastillaje en el borde (Nº 8). Otro, de cuerpo compuesto con un punto angular es de color gris y está decorado con motivos geométricos y de reticulado (Nº 12). Esta pieza además posee un pequeño modelado zoomorfo (reptil) entre dos campos incisos. Por último, existe un tazón ante con pequeños apliques circulares ubicados de manera simétrica en el cuerpo y

borde de la pieza (Nº 1)" (Scattolin et.al., en prensa) [Figuras g, h, i, respectivamente].



Figura 21 a: piezas nº 4,5,6 y 10

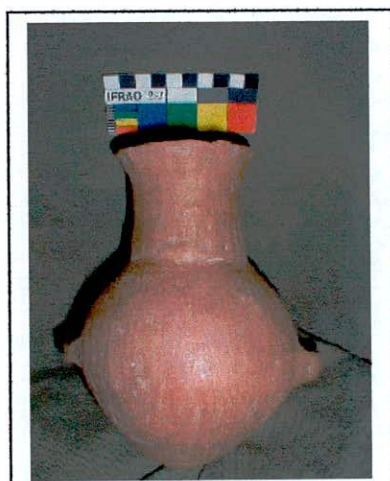


Figura 21b: pieza nº 11



Figura 21c: pieza nº 3



Figura 21d: pieza nº 9



Figura 21e: pieza nº 2



Figura 21f: pieza nº 7



Figura 21g: pieza nº 8

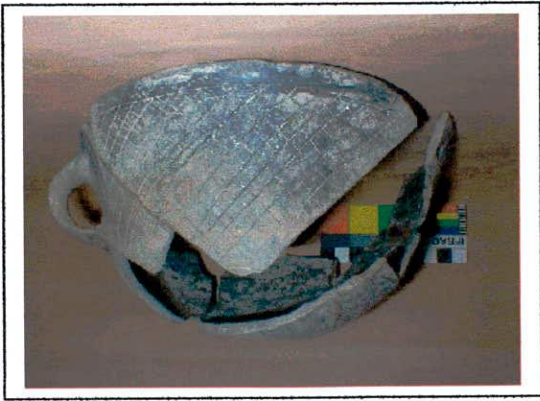


Figura 21h: pieza nº 12



Figura 21i: pieza nº 1

En general, las piezas comparten atributos con otros ejemplares conocidos del Valle de Santa María, con el estilo Candelaria y el estilo Campo Colorado en el alto Valle Calchaquí (para un análisis detallado ver Scattolin et.al. en prensa).

Los Adornos Personales

Se determinó un número mínimo de tres anillos (Figuras 22 a-c); cada uno de ellos formado por una circunferencia de metal que no llega a cerrarse totalmente. Sus medidas oscilan entre 16-18 mm de diámetro interior y 22-24 mm del exterior.

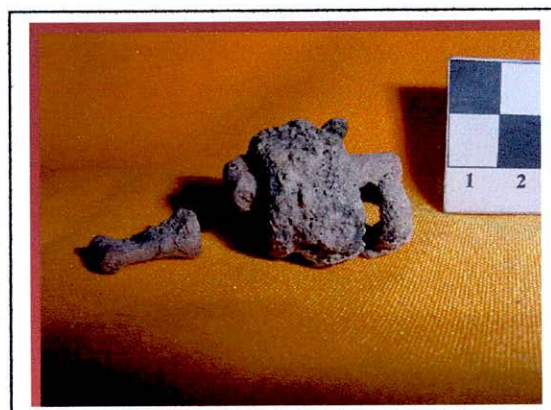
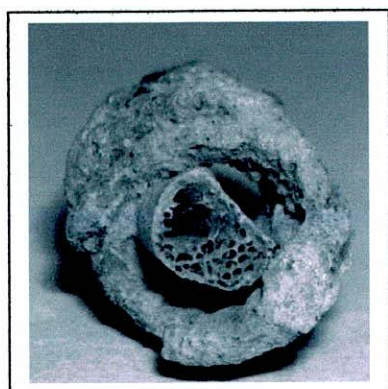


Figura 22 a y b: anillo inserto en una falange

El espesor es difícil de calcular debido a la capa de óxido y sedimento consolidado que los recubre (Scattolin et.al. en prensa). Uno de los anillos fue sometido a análisis de EDAX y Fluorescencia de Rayos X a fin de determinar cualitativamente los componentes mayoritarios del material. Los resultados fueron similares en ambas técnicas siendo el cobre el elemento mayoritario.



Figura 22 c: dos anillos asociados a una falange

También se detectaron cantidades muy menores de arsénico, estaño y plata. La descripción completa del procedimiento y el registro fotográfico de cada paso se incluye en el Apéndice I.



El brazalete (Figura 23), realizado en cobre, tiene un ancho máximo de 52 mm y un espesor máximo de 4 mm (Scattolin et.al. en prensa).

Figura 23: brazalete de cobre perteneciente al ajuar.

Las cuentas de collar hechas en piedra por abrasión y pulido son de forma circular, con orificio central (Figura 24). Sus tamaños varían entre los 3 y 5 mm de diámetro, a excepción de una de ellas (fracturada) que alcanza los 7 mm. En general son de color negro azulado (aunque es posible que esta coloración se deba a la acción de quemado) además del verde propio de la malaquita (Scattolin et.al. en prensa).



Figura 24: cuentas de collar

II. Análisis Bioarqueológico

Los restos óseos recuperados pertenecen a un único individuo. Los fragmentos recuperados en la excavación de rescate y los que estaban en posesión de los pobladores del lugar remontaron entre sí.

A. Partes recuperadas

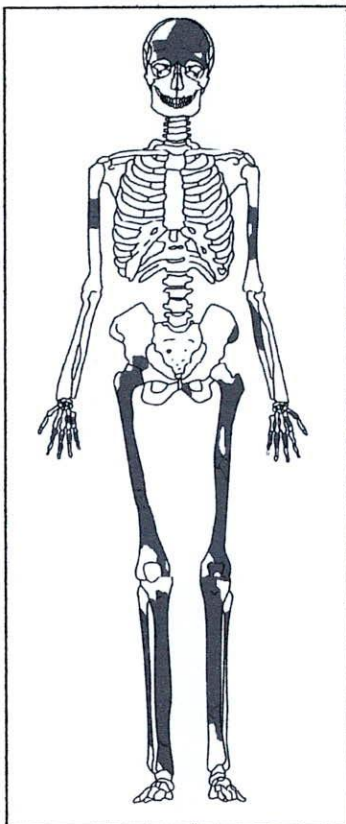


Figura 25: partes óseas recuperadas (sombreadas en negro)

De las extremidades inferiores se recuperaron ambos fémures, tibias y peronés fragmentados en distinto número de partes remontables (Figura 25). El fémur derecho carece de epífisis distal y el derecho se encuentra fracturado en el epicóndilo medial. La tibia derecha carece de epífisis proximal y la izquierda de epífisis distal. El peroné izquierdo está representado por un pequeño fragmento de diáfisis, y el derecho por la diáfisis completa, fracturada en ambas epífisis. La rodilla izquierda se encuentra fragmentada en su cara anterior.

De las extremidades superiores se recuperaron algunos fragmentos de diáfisis de ambos húmeros y del cúbito izquierdo. De la mano izquierda poseemos al menos cuatro falanges (tercera, cuarta y quinta proximal y quinta media) y dos fragmentos del primer metacarpo. La derecha está representada por al menos seis falanges (segunda a quinta proximales, tercera y quinta medias), dos fragmentos de metacarpo (cuarto y quinto) y un carpo (ganchoso). En esta mano, la quinta falange proximal poseía un anillo inserto y la tercera falange proximal apareció directamente asociada a otros dos anillos metálicos.

De la cintura pélvica se recuperó la sínfisis púbica izquierda y el acetábulum derecho fragmentado en dos partes remontables. Del esqueleto axial sólo poseemos

algunos fragmentos vertebrales, cuerpos y procesos transversos y espinosos, además del atlas fragmentado. Asimismo, son muy escasos los fragmentos de costilla.

Finalmente el cráneo se encuentra fragmentado en 14 partes que al ser remontadas constituyeron aproximadamente un tercio de la superficie total (Figura 26 a-b). No se recuperaron piezas dentales a excepción de un fragmento de corona y una raíz, posiblemente de incisivo. En el gráfico que sigue se puede observar la representación diferencial de partes esqueléticas recuperadas y su grado de fragmentación (Figura 27).



Figura 26 a: cráneo (vista frente)



Figura 26 b: cráneo (vista perfil-superior)

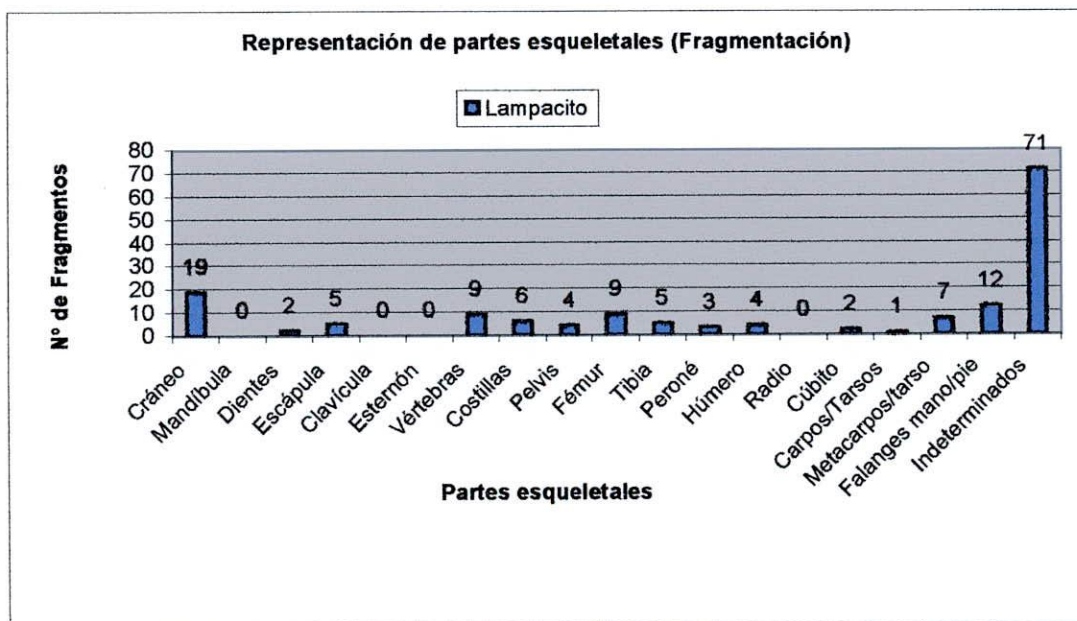


Figura 27: Representación de partes esqueléticas

B. Estado de Conservación

Si tenemos en cuenta la escasez de partes recuperadas y el grado de fragmentación de las mismas, el estado de conservación debería ser descripto como, en general, malo. Sin embargo, en cuanto a textura, los huesos recuperados son bastante compactos y resistentes.

Por otro lado, es notable la variedad de tonalidades que exhiben las distintas partes del esqueleto, las cuales han sido descriptas en base a la tabla Munsell (Tabla 3).

Parte Esqueletal	Color predominante	Color secundario (por sectores o puntual)
Fémur Derecho	7.5YR 5/8 strong brown	GLEY 2.5/N black (En zona de fracturas) 5YR 3/2 dark reddish brown (exterior zona fracturas)
Fémur Izquierdo	7.5YR 6/8 reddish yellow	7.5YR 2.5/3 very dark brown (En zona de fractura)
Tibia Derecha	7.5YR 6/8 reddish yellow	7.5YR 4/6 strong brown (mancha en epifisis distal)
Tibia Izquierda	7.5YR 6/6 reddish yellow	No hay
Peroné Der/Izq	7.5YR 6/6 reddish yellow	No hay
Cráneo	10YR 3/3 dark brown GLEY1 3/N Very dark grey	GLEY2 7/10B light bluish grey (hueso frontal y cavidad ocular) GLEY1 2.5/10Y greenish black (hueso frontal) GLEY1 2.5/N black
Húmero Izquierdo	5YR 3/2 dark reddish brown 5YR 2.5/1 black	No hay
Húmero derecho	2.5Y 6/1 2.5Y 5/1 grey	2.5Y 7/1 light gray
Cúbito Izquierdo	10YR 6/6 brownish yellow	10YR 3/2 very dark grayish
Mano Izquierda 1er. Metacarpo 4ta.falange prox. 5ta.falange prox. 5ta.falange media 3ra.falange prox.	7.5YR 5/6 strong brown 7.5YR 2.5/3 very dark brown 7.5YR 4/3 brown 7.5YR 3/3 dark brown GLEY1 2.5/N Black	No hay
Mano Derecha 4ta.falange prox. y carpo	GLEY1 2.5/N Black	No hay

5to. Metacarpo	10YR 3/4 dark yellowish brown	
2da. y 3ra. falange prox.	7.5 YR 5/6 strong brown	
3ra. falange media	7.5 YR 6/8 reddish yellow	
4to metacarpo	7.5YR 4/4 brown	
5ta. falange media	10YR 4/6 dark yellowish brown	
Sínfisis púbica	10YR 6/8 brownish yellow	10YR 4/4 dark yellowish brown
Acetábulum	10 YR 6/4 light yellowish brown	10YR 3/3 dark brown 10YR 6/8 brownish yellow
Atlas	GLE Y2 5/10B Bluish grey	GLE Y1 7/N light gray
Otras vértebras	10R 7/1 light gray	No hay

Tabla 3: coloraciones observadas en las partes esqueléticas según Munsell (2000)

Se observan marcados contrastes entre, por ejemplo el cráneo, que presenta una coloración marrón oscura o negra llegando a tonos azulados en el frontal y los huesos de las extremidades inferiores, donde una coloración amarillenta predomina (salvo por sectores puntuales -particularmente en zona de fracturas- donde se evidencian manchas marrones más oscuras) (Figura 28a). Más llamativo es el caso de las falanges de las manos (Figura 28b), las cuales presentan varias tonalidades que van desde el negro pasando por el marrón hasta el amarillo. Asimismo, ambos húmeros contrastan notablemente en tanto uno presenta una tonalidad blanca característica de los huesos calcinados y el otro es negro, probablemente debido a su carbonización (Figura 28c).



Figura 28 a:
fémur con
evidencias de
quemado en
zona de
fracturas.



Figura 28 b: distintas tonalidades observadas en las falanges de las manos.



Figura 28c: distintas tonalidades observadas en dos fragmentos de húmero.

C. Estimación de Sexo y Edad

En base a rasgos de la morfología general del esqueleto se estableció que los restos pertenecen a una mujer (Ubelaker 1978, Bass 1987 [1995]).

Su edad fue estimada mediante la aplicación de tres métodos sobre la evaluación de cambios morfológicos en la sínfisis púbica, región que atraviesa una serie de modificaciones regulares desde la pubertad en adelante (Bass 1971 [1995], Buikstra y Ubelaker 1994). Se aplicaron las metodologías de observación propuestas por Todd (1921) sobre mujeres blancas, Brooks y Suchey (1990) y Gilbert y McKern (1973). Los resultados, coherentes entre sí, apuntan a una mujer de edad madura (Tabla 4).

Método	Resultado
Todd (1921)	Fase VIII = 40-45
Brooks y Suchey (1990)	Fase V = rango 25-83 (media 48.1) +/- 14.6
Gilbert y McKern (1973)	Suma componentes = 10 = rango 30-47 (media 36.9) +/- 7.73

Tabla 4: Estimación de edad en base a 3 métodos sobre cambios morfológicos en la sínfisis púbica.

D. Estimación de Estatura

La estatura en vida se determinó a partir de los huesos largos de las piernas dando prioridad al método propuesto por Steele (1970) debido al carácter fragmentario de los mismos. Sin embargo, ya que en un caso -fémur derecho- fue posible obtener la longitud máxima del hueso (*maximum bone length*), las ecuaciones propuestas por Trotter y Gleser (1952) para mujeres blancas y Genovés (1967) para mesoamericanos también fueron aplicadas. Las estimaciones resultaron ser aproximadamente similares siendo la estatura menor estimada en 145 cm y la mayor en 151 cm (sin tener en cuenta las desviaciones estándar) (Tabla 5).

Método	Resultado
Steele (1970)	
1. Regresión a longitud máxima del hueso (con fórmula Trotter y Gleser 1952 para mujeres blancas)	145.94 cm (+/- 6.26)
2. Regresión de dos o más segmentos a estatura	145.87 cm (+/- 4.91)
Genovés (1967) para mujeres mesoamericanas	145.57 cm (+/-3.816)
Trotter y Gleser (1952) para mujeres blancas	151.66 cm (+/- 3.72)

Tabla 5: Estimación de estatura en base a tres métodos

III. Discusión de los Rasgos Observados en la Muestra

A partir del análisis bioarqueológico pudimos determinar que el enterratorio del Lampacito perteneció a una mujer de edad madura y talla pequeña. Al igual que en el caso de El Bañado-La Vaquería, la señal de $\delta^{13}\text{C}$ -12,0‰ obtenida cae dentro del rango propuesto para las plantas C_4 -entre las que se cuenta el maíz (*Zea mays*)- (Burger y van der Merwe 1990) razón por la cual es probable que la dieta de este individuo incluyera el consumo de dicho cultivo (Schoeninger 1995, Hastorf 1991).

Con respecto a las tonalidades observadas en el esqueleto, Buikstra y Ubelaker (1994:95) postulan que una variedad de agentes pueden causar la distinta coloración de los huesos, entre ellos, inclusiones en las tumbas (*grave inclusions*), rituales mortuorios, el ambiente depositacional y la exposición al calor/quemado de los mismos. Algunos autores han postulado que las pigmentaciones negras –similares a las producidas por la carbonización- pueden deberse al contacto de los huesos con sedimentos ricos en óxidos de hierro y magnesio (Franchet 1933 citado en Nicholson 1993, Shahack-Gross y Bar-Yosef 1997). En nuestro caso, si bien no podemos descartar que la coloración de algunas partes óseas pueda deberse a la tinción por procesos diagenéticos (Nicholson 1993, Mansilla et al 2003) postulamos que la amplia variedad de tonalidades observadas es evidencia de la acción del fuego en distintos grados. Distintos autores coinciden en que existe cierta uniformidad en la progresión de colores a medida que aumenta la intensidad del calor a la que los huesos son expuestos (e.g. Nicholson 1993, Lyman 1994, Gómez Bellard 1996, Bennett 1999). En líneas generales, la escala cromática atraviesa el amarillo-rojizo, marrón, negro (carbonización), gris, blanco-azulado hasta el blanco (calcinación). Como vimos, todo el rango de coloraciones puede ser observado en los restos de Lampacito. Estas variaciones nos indican que las distintas temperaturas de combustión alcanzadas habrían oscilado entre los 100°C y 600°C (Gomez Bellard 1996).

Para el Noroeste Argentino, existen evidencias de prácticas mortuorias cuyo resultado final sería la “*cremación parcial incompleta*” de los restos (Ortiz 2003:43). Asimismo, la “*incineración*” de los cadáveres figura en las descripciones etnográficas

como una práctica llevada cabo en casos excepcionales de muerte “*por envenenamiento*” (Palavecino 1933). No nos extenderemos aquí sobre el significado de estos comportamientos, dado que será tratado en particular en la segunda parte de este trabajo, sólo diremos que el quemado de los restos podría ser evidencia de dicha práctica.

Asimismo, se ha postulado que los huesos enterrados pueden verse afectados por una “*exposición indirecta*” a la fuente de calor (Bennett 1999:7), esto es, fuegos producidos en la superficie podrían inducir cambios en el color textura del material óseo en momentos posteriores al entierro del individuo.

Se plantea entonces el interrogante sobre el carácter cultural o natural del quemado. Discernir entre ambas situaciones no es una tarea fácil, sobre todo teniendo en cuenta el modo de recuperación -y la pérdida de contexto- que implica una excavación de estas características. En base a estas evidencias, un origen intencionado -producto de las prácticas mortuorias- como accidental -exposición indirecta al calor- se presentan como situaciones plausibles y ante todo no excluyentes.

CAMPO COLORADO (SSalLap 2)

I. Descripción del Contexto y Circunstancias del Hallazgo

En 1967 el equipo dirigido por Myriam Tarragó localizó el sitio **Campo Colorado** (SSalLap2), ubicado a 8 Km. al norte del actual poblado de La Poma (Salta) (Figura 29); junto con María Susana Deambrosis y Mónica de Lorenzi realizaron las tareas de relevamiento y excavación en dos campañas sucesivas (Tarragó MS).

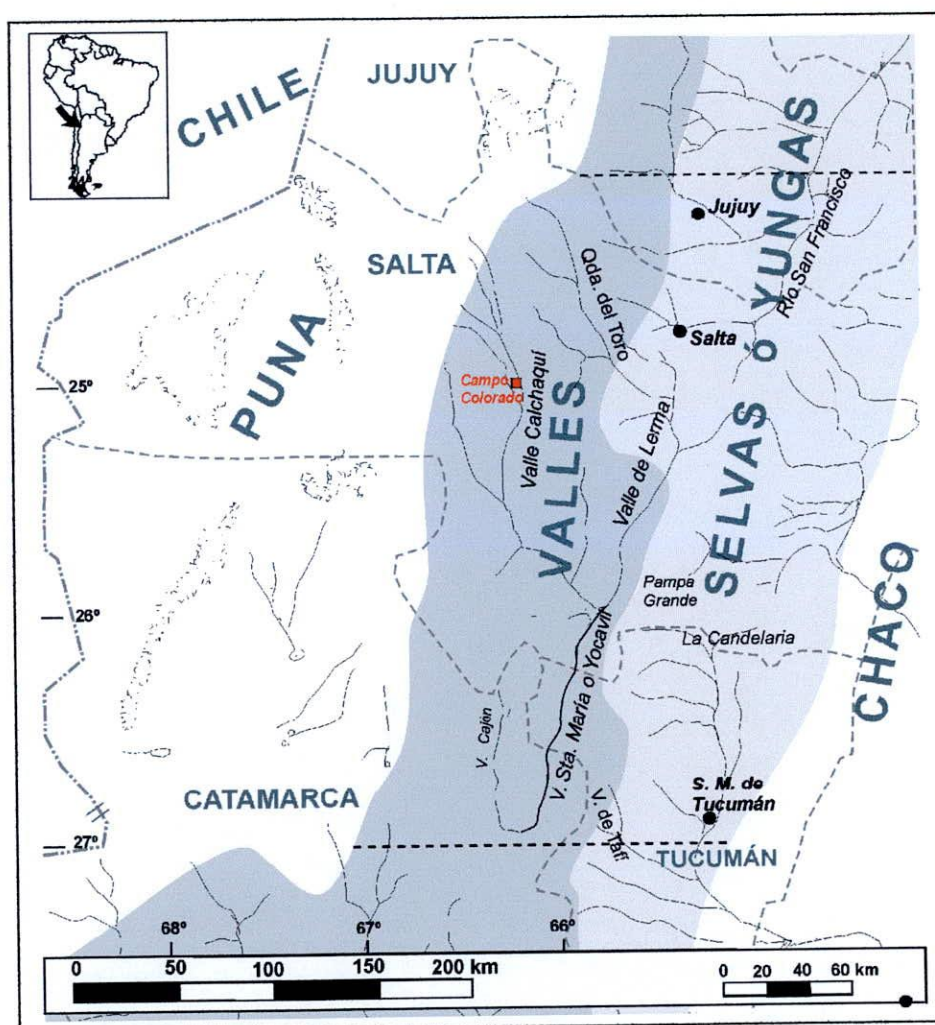


Figura 29: Ubicación del sitio en la región de estudio.

Características Generales del Sitio

El asentamiento se extiende sobre la margen derecha del río Calchaquí a 3200 msnm y cubre un área aproximada de 30.000 m² (Figura 30). El ambiente se caracteriza por una vegetación de tipo “estepa arbustiva” entremezclada con algunas especies puneñas; las lluvias –muy escasas- alcanzan en promedio 200 mm/año. Los principales cursos de agua son el río Calchaquí y el arroyo El Candado, tributario de aquél. En base a estas características del ambiente, se ha propuesto que el cultivo debió practicarse con la ayuda de tecnología de regadío artificial (Tarragó 1980:31).

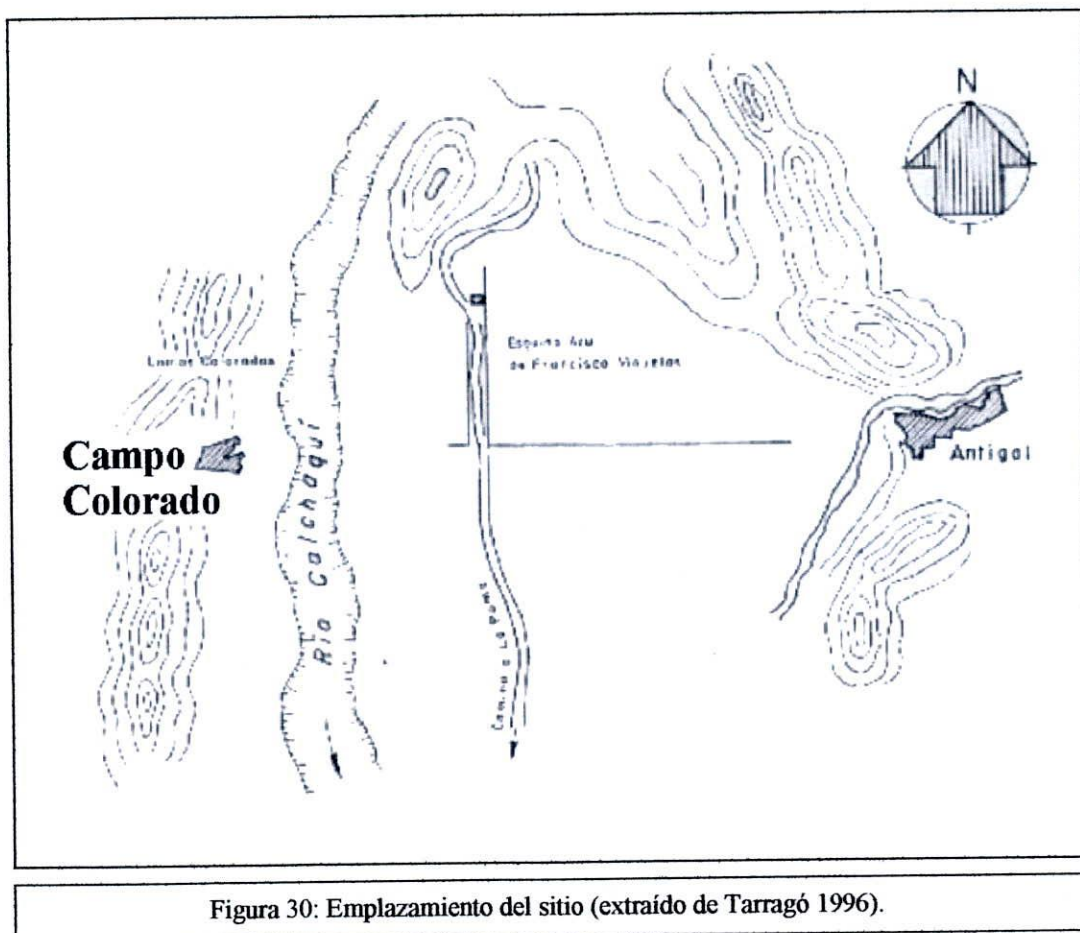
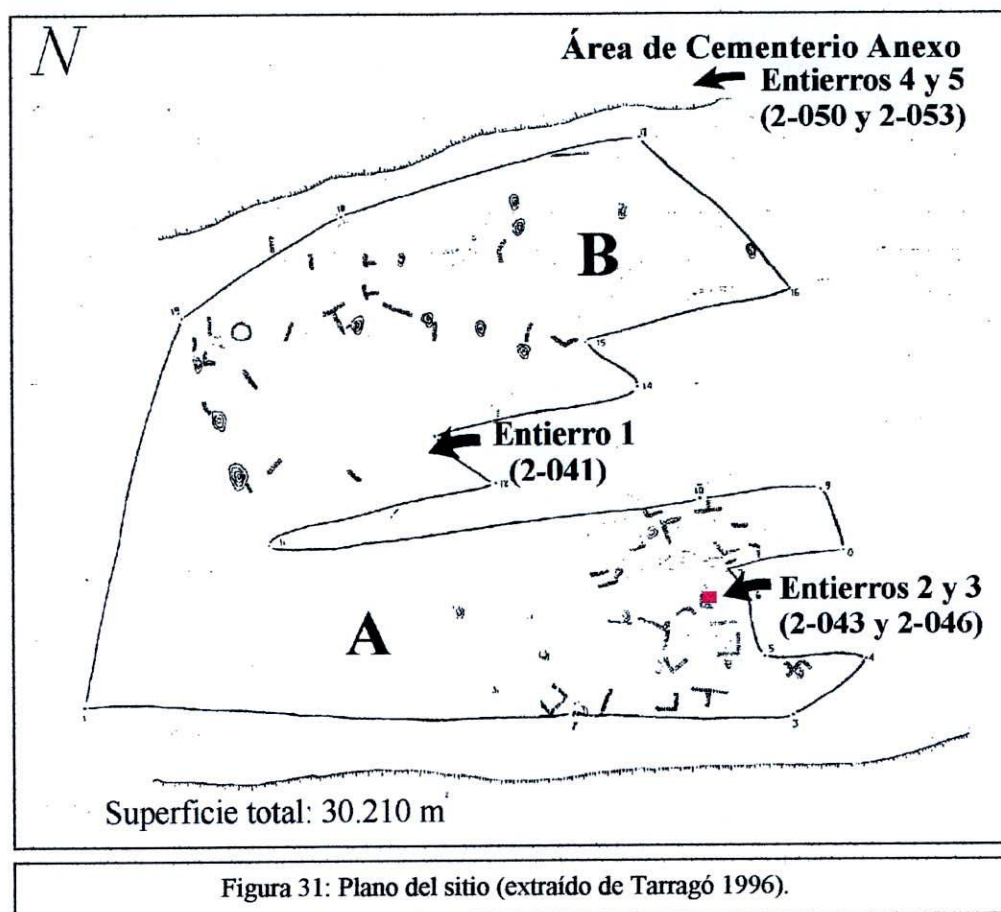


Figura 30: Emplazamiento del sitio (extraído de Tarragó 1996).

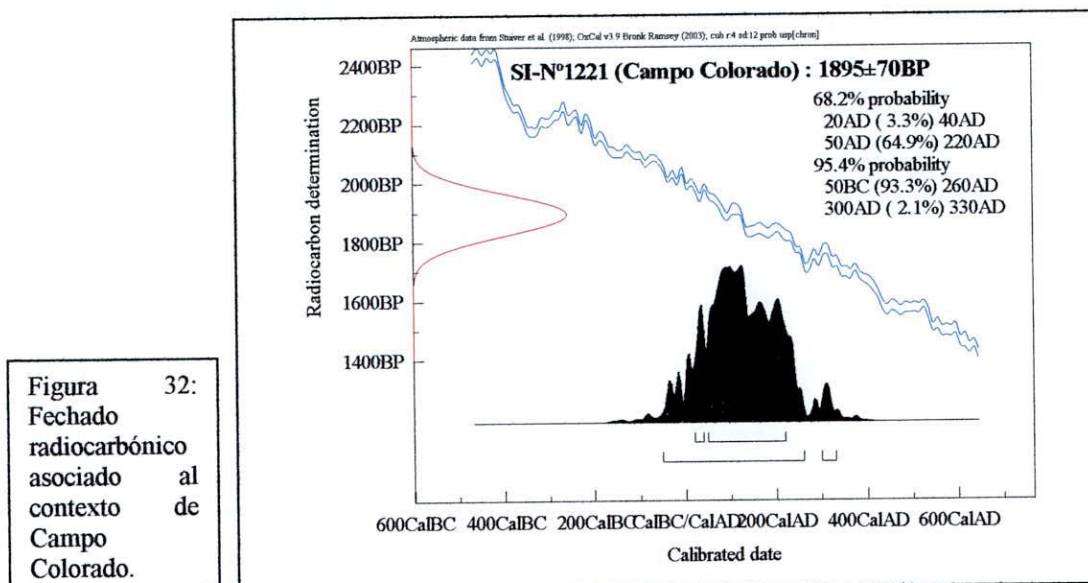
En la actualidad, el sitio se caracteriza por “un marcado proceso de sedimentación” que deja sólo algunos muros visibles en superficie (Figura 31). Asimismo pueden observarse dos sectores principales –definidos en sentido E-O- (A y B) los cuales se hallan separados por una pequeña hondonada seca. Los límites en

sentido N-S se encuentran demarcados por un “*muro de circunvalación*”, un rasgo poco común para los asentamientos de la época (op cit: 31).



El patrón de poblamiento es del tipo “*aldeano agrupado*” (Tarragó 1980:35, 1996). El sitio presenta asimismo numerosos montículos formados por la superposición de eventos de basura, construcciones de recintos e inhumaciones. Los muros que afloran en la superficie del sitio son de tipo doble, hechos con lajas y bloques volcánicos, rellenos con rodados y ripio unidos con mortero de barro (Tarragó 1980:31-33). Distribuidos por la superficie se observaron morteros, conanas y manos de molino, instrumentos para la agricultura (palas), instrumentos aserrados, percutores y diversos desechos de talla. Los fragmentos cerámicos pertenecen a los tipos gris o negro pulido y tosco grisáceo muy grueso; en ningún caso se observan tipos oxidantes, pintados o policromos (Tarragó 1980:33).

Un fechado radiocarbónico SI-N°1221: 1895±70 AP permite aproximar la duración mínima de la ocupación entre el 100AC-200DC (Tarragó 1996:106) (Figura 32).



Los Contextos Funerarios

Se han detectado inhumaciones en dos ubicaciones diferentes dentro del sitio: entierros debajo del piso de recintos caracterizados como “*estructuras habitacionales*” (E1, E2 y E3) y entierros fuera del área de habitación del sitio (E4 y E5) en una zona denominada “*Área de Cementerio Anexo*” adyacente al sector norte del poblado (Tarragó 1980:35). La ubicación de los contextos funerarios puede verse en el plano de sitio (ver Figura 31). A continuación se describe el hallazgo de cada entierro y su contexto de asociación (Tarragó MS).

El **Entierro 1 (2-041)¹** fue localizado en la ladera norte de la aldea a aproximadamente 50 cm. de profundidad. El esqueleto apareció asociado a una pared de piedra con argamasa de barro y se ubicaba 20 cm por debajo una consolidación de barro batido y una capa de cenizas. Es un entierro primario realizado directamente en el relleno, esto es, sin demarcación alguna de tumba. El individuo yacía con el pecho hacia abajo, esto es, sin demarcación alguna de tumba. El individuo yacía con el pecho hacia abajo, con la cara y las piernas flexionadas hacia el Oeste y hacia el Este

¹ N° de inventario

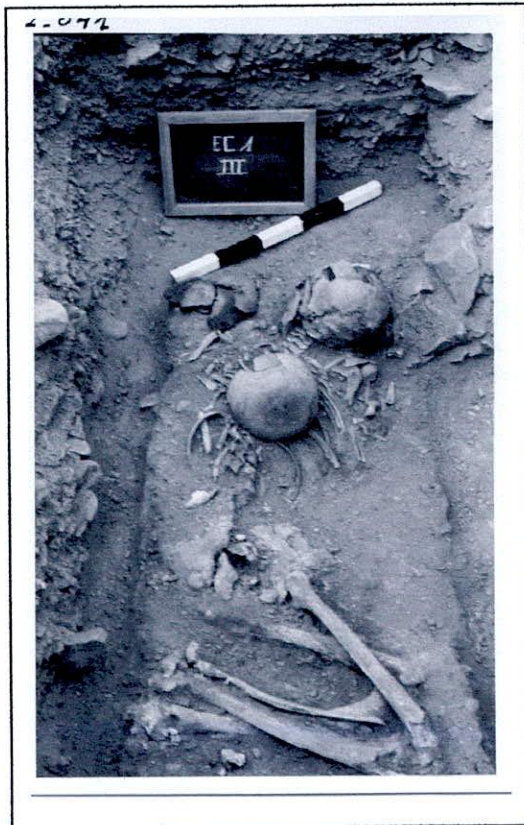


Figura 33: Entierro 1 (2-041)

respectivamente (Figura 33). Sobre su espalda se colocó una escudilla ante pulida con dos mamelones (Figura 34) y una vasija negra tosca con hollín junto al cráneo, la cual no pudo ser reconstruida (Tarragó MS).

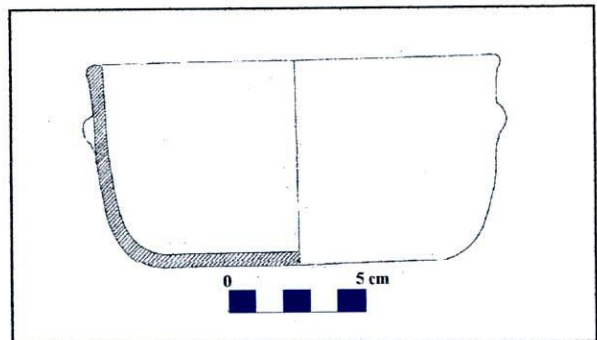


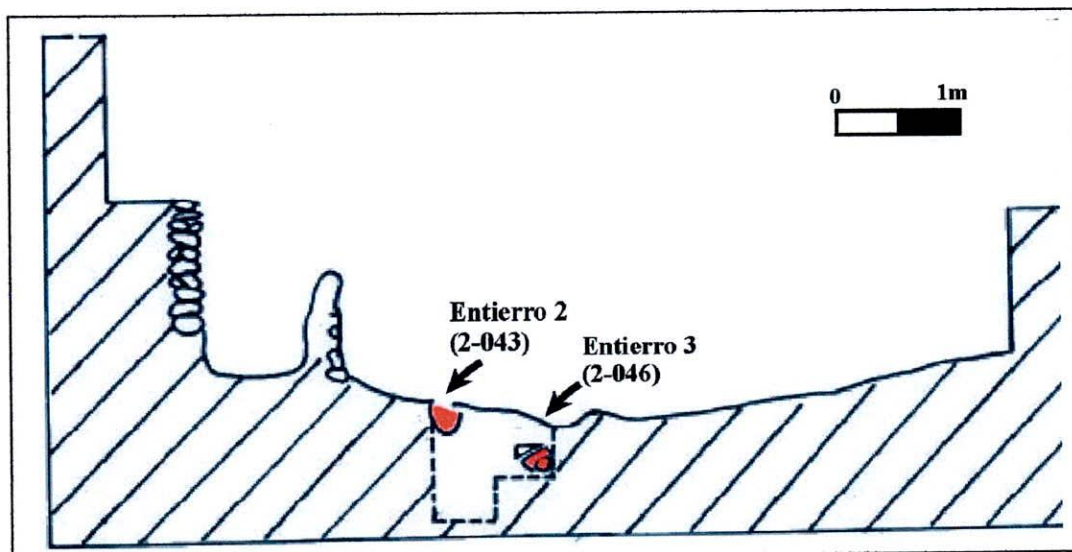
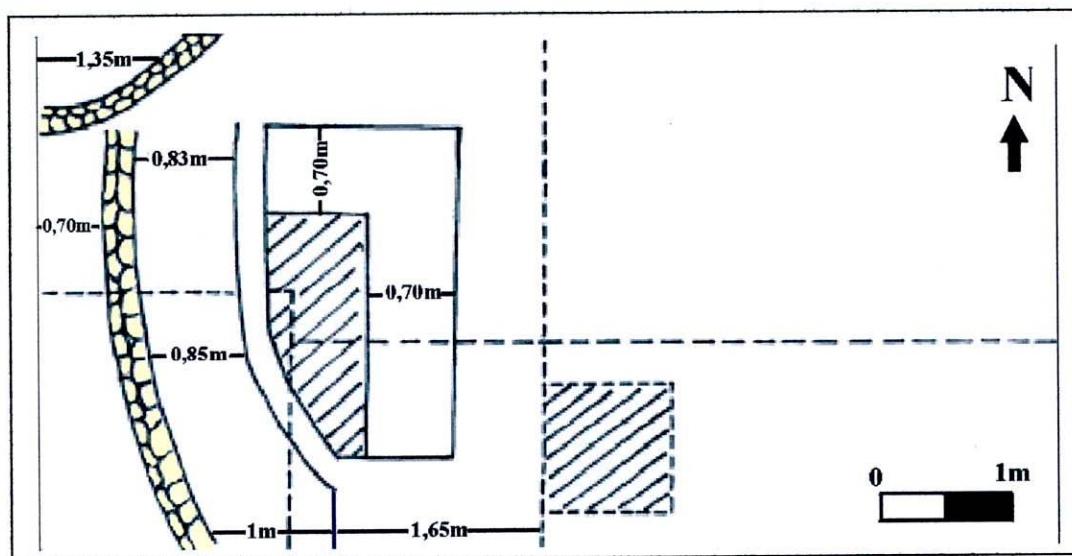
Figura 34: escudilla ante pulida con mamelones (reconstrucción de forma). Extraído de Tarragó 1996.

Durante la excavación de uno de los montículos del sitio, se localizó el **Entierro 2 (2-043)** correspondiente a la inhumación de un párvulo en olla de cocina bajo el piso de un recinto (Figura 35). El recinto fue determinado por la presencia de una estructura “con pared circular de barro amasado, reforzada internamente, por bloques de piedras incrustadas en la porción basal” (Tarragó 1980:33). La olla apoyaba sobre un basamento de barro consolidado a 0.28 cm de profundidad por debajo del piso del recinto y se encontraba fracturada en su porción superior (Figuras 36 y 37). No obstante, aún conservaba una capa compacta de arcilla de 2 cm de espesor que la sellaba (Tarragó MS). En su interior, la tierra que rellenaba la olla estaba floja; los



Figura 35: Entierro 2 (2-043)

restos del cráneo del párvulo aparecieron en el extremo oeste y hacia el centro los de las extremidades. La única pieza incluida en la urna como posible ajuar es un instrumento lítico con evidencias de retoque (Tarragó MS). Inmediatamente por encima y por debajo de la construcción del recinto y del evento de depositación de la olla, se detectaron dos acumulaciones de basura (de 1 m y 2,20 m de espesor, respectivamente). De la capa más profunda de esta segunda depositación de basura -la cual se encontraba en contacto con el piso del recinto- se tomó la muestra de carbón para el fechado radiocarbónico.



Figuras 36 y 37: planta y perfil de las excavaciones de los entierros 2 y 3

El **Entierro 3 (2-046)** fue localizado bajo el piso del mismo recinto, a 10 cm. por debajo de la olla del párvulo (Figuras 36 y 37). Correspondió al entierro directo de un individuo adulto, parcialmente incluido en las capas del basurero que continuaban por debajo del piso del recinto. A pesar del deterioro de los restos pudo determinarse que el esqueleto se encontraba en posición flexionada, con el cráneo orientado hacia el sur y el pecho hacia abajo; la cara y las piernas estaban flexionadas hacia el este (Figura 38). En los alrededores del cráneo se recuperaron dos cuentas de collar de malaquita (Tarragó MS).

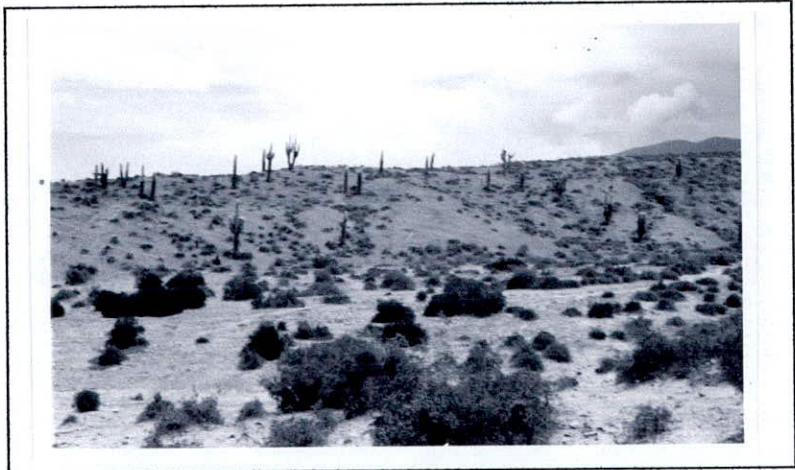


Figura 38: Entierro 3 (2-046)

Mezclados con el depósito del basurero, se detectó la presencia de restos óseos humanos (**2-019** y **2-020**) pertenecientes a un individuo de corta edad (Tarragó MS). Este hallazgo no fue clasificado como entierro sino como restos humanos incluidos en zonas de descarte (Tarragó, comunicación personal).

Finalmente, en el Área de Cementerio Anexo (Figura 39), emplazada al norte del sitio, sobre dos pequeñas lomas separadas por una quebrada transversal, se detectaron los entierros 4 y 5. En el primer caso -**Entierro 4 (2-050)**- el individuo yacía en posición genuflexa debajo de tres grandes piedras. La orientación general del cuerpo era SE-NO y su cara (destruida) posiblemente estuviera mirando al norte. No se detectó ajuar asociado aunque es probable que este hubiese sido transportado por el agua que produjo un corte sobre la ladera donde afloraban los restos (Tarragó MS). Al igual que

en el caso anterior, el **Entierro 5 (2-053)** se encontraba en posición genuflexa por debajo de grandes lajas colocadas horizontalmente. Por el contrario, el cráneo de este individuo miraba



hacia el sur (Tarrago MS). En asociación con

Figura 39: vista del área de Cementerio Anexo.

este individuo, se recuperó un botellón negro pulido (2-052) (Figura 40) muy similar a otros hallazgos realizados en Campo Colorado y otros sitios tempranos de la región (ver Tarragó 1996: figs. 3.1, 3.2, 4.11, 5.4 y 5.5).

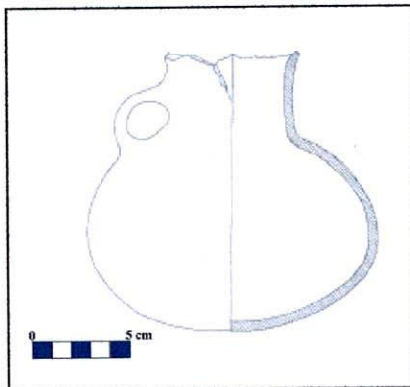


Figura 40: Botellón negro pulido (reconstrucción de formas).
Extraído de Tarragó 1996.

II. Análisis Bioarqueológico

Las partes esqueléticas se encontraban depositadas dentro de dos cajas en el gabinete de Antropología Biológica del Museo Etnográfico. Los huesos, sin siglar, estaban envueltos en bolsas de nylon con algodón y papel higiénico. Algunas bolsas carecían de número de inventario o poseían restos pertenecientes a distintos individuos por lo que la primera tarea consistió en separar los restos por individuo y/o número de inventario.

La Lic. Livia Kozameh realizó una identificación anatómica preliminar de los entierros 4 y 5 (2-050 y 2-053 respectivamente) (L.Kozameh, MS). No obstante, dado que los restos no se encontraban separados por unidad anatómica ni referidos a ella de ninguna forma, las partes debieron ser nuevamente identificadas. En ningún caso la autora estableció el sexo o aproximó la edad de muerte de los individuos; tampoco hizo referencia alguna al estado de salud y nutrición o estilo de vida de los mismos.

A continuación daremos cuenta de la información obtenida en el análisis bioarqueológico de los restos humanos recuperados. Debemos aclarar, no obstante, que por las características de la excavación de los contextos funerarios –rescate arqueológico- sumado al deficiente estado de conservación de los restos y la pésima condición del sedimento en que se encontraban (mayormente cascajos) así como la historia posterior de la colección, determinaron que las partes esqueléticas hoy disponibles para el análisis sean relativamente escasas. Aún así, hemos podido obtener valiosa información sobre las características biológicas de los individuos que habitaron esta importante aldea Formativa.

Entierro 1 (2-041)

A. Partes Recuperadas

Se identificaron un fragmento de húmero y de radio izquierdos, fragmentos de manubrio, escápula derecha y la primera costilla derecha (Figura 41). De las

extremidades inferiores se recuperaron un fragmento de diáfisis de fémur izquierdo, un fragmento muy pequeño de epífisis distal de tibia izquierda y dos fragmentos de diáfisis de la tibia derecha. Los huesos de las manos están representados por tres falanges (cuarta y quinta falange proximal mano izquierda y segunda falange proximal mano derecha) y un metatarso (primero de la mano derecha). De los pies se identificó el primer metatarso izquierdo. Del aparato bucal se recuperaron un fragmento de maxilar superior y dos dientes, un molar y un premolar superiores.

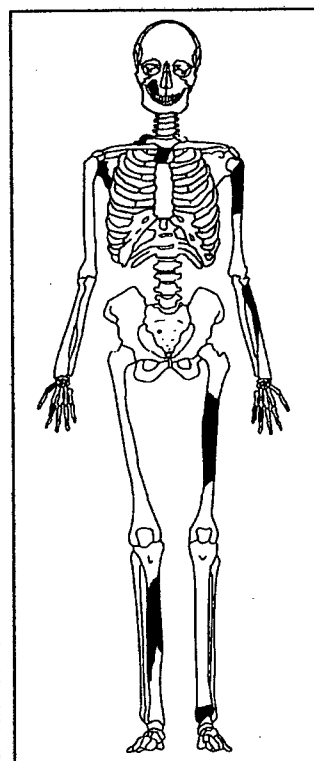


Figura 41: partes óseas recuperadas del Entierro 1 (2-041), sombreadas en negro.

B. Estado de Conservación

Pese a ser bastante robustos, los huesos se encuentran en pésimo estado de conservación; la superficie del hueso, hoy sumamente erosionada, hace que los restos se desmigajen fácilmente. La representación de partes esqueléticas y su grado de fragmentación puede observarse en el gráfico (Figura 42).

C. Estimación de Edad y Sexo

Por la morfología y contextura de los huesos se trata de un individuo adulto, aunque la escasa cantidad y el estado de deterioro de las partes recuperadas no nos permitieron precisar su edad o determinar su sexo.

D. Estimación de Estatura

Al igual que en el punto anterior, debido al estado de deterioro de los restos no fue posible realizar estimaciones de estatura.

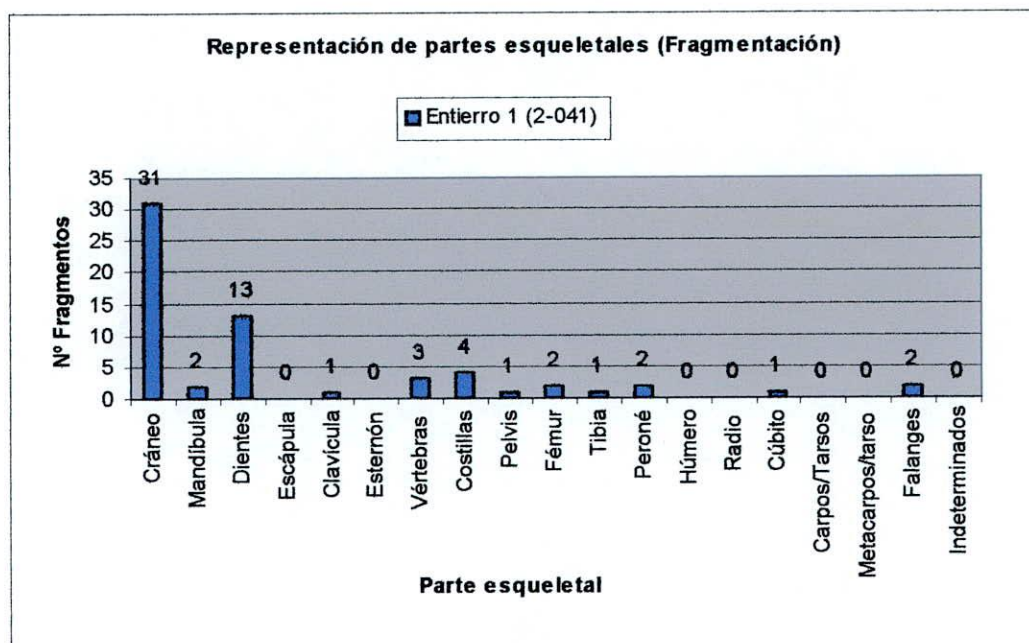


Figura 42: Representación de partes esqueléticas (Entierro 1).

Entierro 2 (2-043)

A. Partes recuperadas

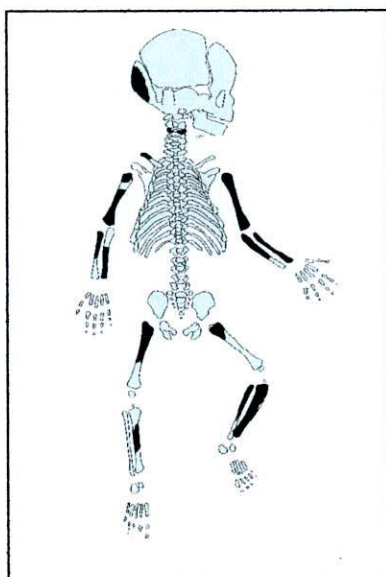
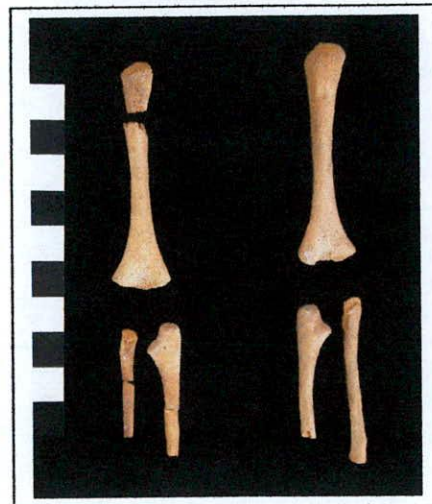


Figura 43: Partes óseas recuperadas (Entierro 2), sombreadas en negro.

Se recuperaron algunos pequeños fragmentos de la bóveda craneana, los tres huesos que forman el agujero occipital (basioccipital y *pars lateralis*), ambas porciones petrosas de los temporales, el cuerpo y las alas del esfenoides aún sin fusionar. Las extremidades superiores están representadas por ambos húmeros, radios y cúbitos en distinto grado de fragmentación (Figura 43 y 44). De las extremidades inferiores se recuperaron fragmentos de ambos fémures, tibias y peroné izquierdo. Por último sólo se recuperaron algunos fragmentos de costillas y vértebras entre ellas, el axis.

Figura 44: extremidades superiores
2-043



B. Estado de Conservación

El estado de conservación es bastante bueno teniendo en cuenta la fragilidad del esqueleto de un individuo de tan corta edad. De no haber sido por la olla, probablemente no habrían podido ser rescatados. La representación de partes esqueléticas y su grado de fragmentación puede observarse en el gráfico (Figura 45).

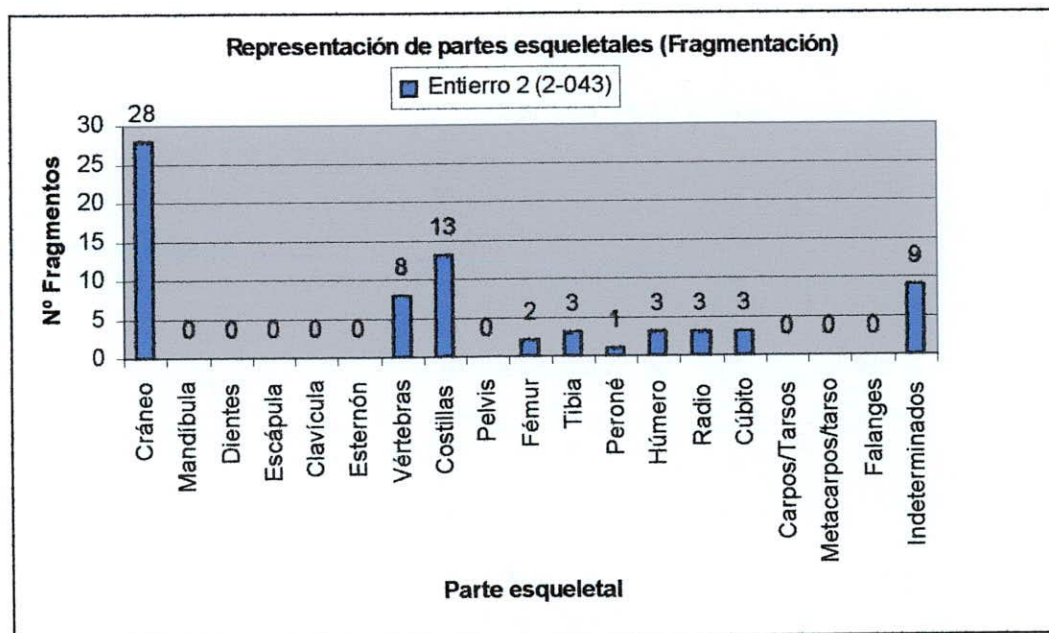


Figura 45: representación de partes esqueléticas (Entierro 2)

La coloración general del esqueleto -establecida en base a la Tabla Munsell- es 10 YR 7/6, *yellow* (Munsell 2000). Sin embargo, en algunos sectores notamos una coloración más oscura, característica de una exposición leve a una fuente de calor y manchitas de carbón adheridas a la superficie del hueso.

C. Estimación de Edad

La edad del individuo se determinó a partir del método propuesto por Fazekas y Kósa (1978) en base al grado de maduración del esqueleto. Las mediciones fueron realizadas sobre los huesos mejor conservados (ver Tabla 6). La edad estimada se encuentra entre los 9 y 10 meses lunares, esto es, un individuo en el último mes de gestación o bien, neonato.

Parte Esqueletal	Largo	Ancho
Cuerpo esenoide	10mm	17mm
Porción petrosa (D)	34mm	16mm
Basioccipital	12mm	13mm
Axis (D)	12mm	-
Radio (I)	50mm	-
Húmero (I)	62mm	17.4mm

Tabla 6: mediciones efectuadas en 2-043 para determinar el grado de maduración esquelética.

Entierro 3 (2-046)

A. Partes Recuperadas

Las partes recuperadas comprenden numerosos fragmentos de cráneo, entre ellos dos fragmentos de la base y ambas porciones petrosas; dos fragmentos de maxilar superior, uno de ellos con raíces *in situ*. La mandíbula se encontró fragmentada en dos partes. En el lado izquierdo poseía fragmentos de raíz del primer y tercer molar *in situ* y la cavidad del segundo molar presentaba reabsorción del alvéolo casi completa. El sector derecho de la mandíbula poseía una parte de raíz del primer molar *in situ* y las cavidades del segundo y tercer molar mostraban leves signos de reabsorción alveolar

(Figura 46). Asimismo, se recuperaron un incisivo, tres caninos (dos inferiores y uno superior), los seis premolares, un tercer molar y otros tres molares fragmentados. Todas las piezas dentales presentaban desgaste alto en toda la superficie oclusal, con exposición de dentina.

Del esqueleto poscranial se recuperaron algunos fragmentos muy pequeños de escápula, la primera costilla derecha, un fragmento de clavícula derecha, un fragmento de manubrio, varias costillas fragmentadas que no pudieron ser remontadas (Figura 47). El resto de los fragmentos recuperados corresponden a la columna vertebral, entre ellos, las cinco vértebras lumbares, con marcados signos de osteoartritis (picos de loro) en la cuarta y quinta (Figura 48); al menos cuatro vértebras torácicas y cinco cervicales. La presencia de dos axis (primera vértebra cervical) y posiblemente dos terceras vértebras cervicales nos obliga a plantear que el número mínimo de individuos catalogados en este entierro es igual a dos. Ambos axis y ambas terceras vértebras cervicales se diferenciaban levemente

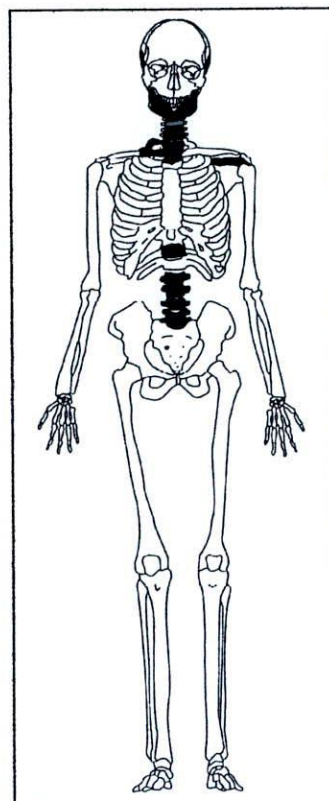


Figura 47: partes óseas recuperadas (Entierro 3), sombreadas en negro.

por color y tamaño del resto de las partes de la columna vertebral. Ningún otro elemento fue encontrado por duplicado, por lo que es posible que la única representación de un segundo individuo sean estas dos vértebras. Sin embargo, la escasez de partes recuperadas y el alto grado de fragmentación de los restos no nos permiten establecerlo con mayor seguridad.



Figura 46: mandíbula (2-046) con signos de reabsorción alveolar.



Figura 48: 5ta. vértebra lumbar (2-046).

B. Estado de Conservación

Durante la excavación se llevaron a cabo algunas tareas de conservación que consistieron en la aplicación de cemento Duco con vaporizador para evitar la destrucción de los restos durante su inhumación. Sin embargo, las características del sedimento en que se encontraban los restos -mayormente cascajos- hicieron casi imposible recuperar los restos enteros (M. Tarragó, comunicación personal). Posteriormente se realizó una aplicación de laca con Thyner, pero aún así el estado de conservación de los restos fue muy malo, son extremadamente frágiles y presentan un alto grado erosión y fragmentación (Figura 49).

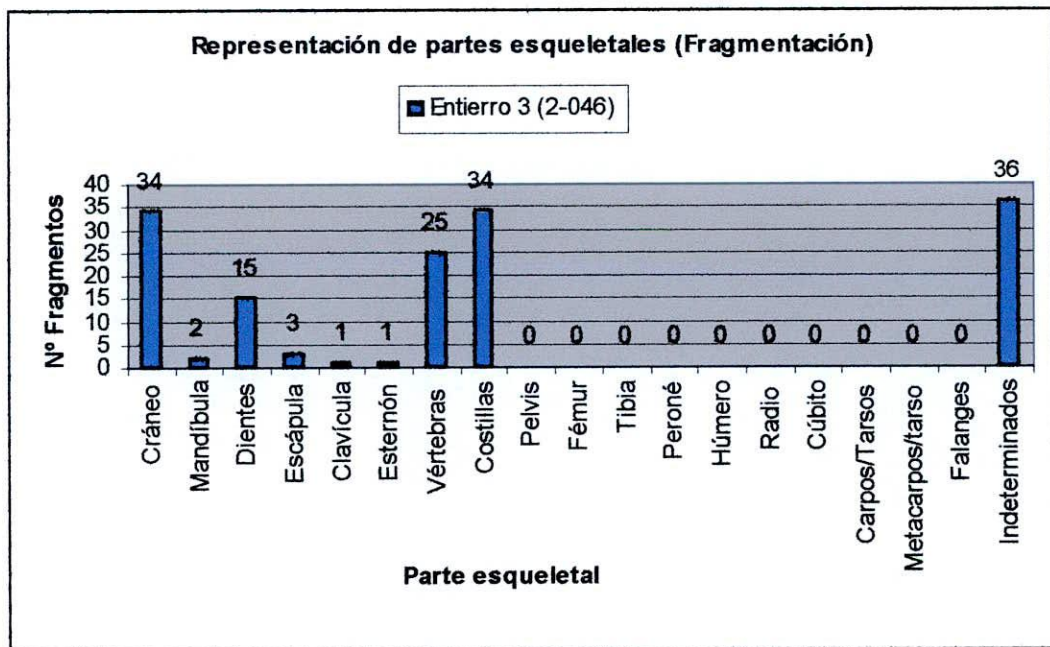


Figura 49: representación de partes esqueléticas (Entierro 3)

C. Estimación de Edad y Sexo

Se trata de un individuo adulto aunque el estado de deterioro de las partes recuperadas no nos permitió precisar su edad o determinar su sexo.

D. Estimación de Estatura

Debido al estado de deterioro de los restos no fue posible realizar estimaciones de estatura.

Hallazgo 2-019 y 2-020

A. Partes Recuperadas

Se recuperaron a algunos fragmentos de cráneo y mandíbula, y un fragmento de costilla; una porción del maxilar superior izquierdo poseía *in situ* el primer molar decíduo erupcionado y el segundo molar decíduo sin erupcionar totalmente. Suelos, se recuperaron otro primer molar decíduo superior derecho. Macroscópicamente, no se observa desgaste en ninguna de las piezas dentales (Figura 50).

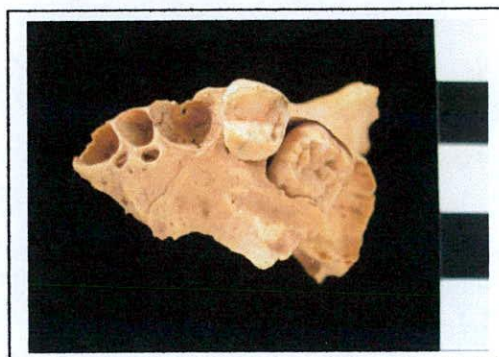


Figura 50: fragmento de mandíbula (2-020). Vista lingual

B. Estado de Conservación

El estado de los restos es en general bueno, si se tiene en cuenta la fragilidad del tejido óseo de un subadulto. Los huesos presentan una coloración homogénea clara, 10YR 7/6 *yellow* (Munsell 2000). Salvo por algunas partes pequeñas, los fragmentos de cráneo no pudieron ser remontados entre sí. En el gráfico se observa la representación de partes y su grado de fragmentación (Figura 51).

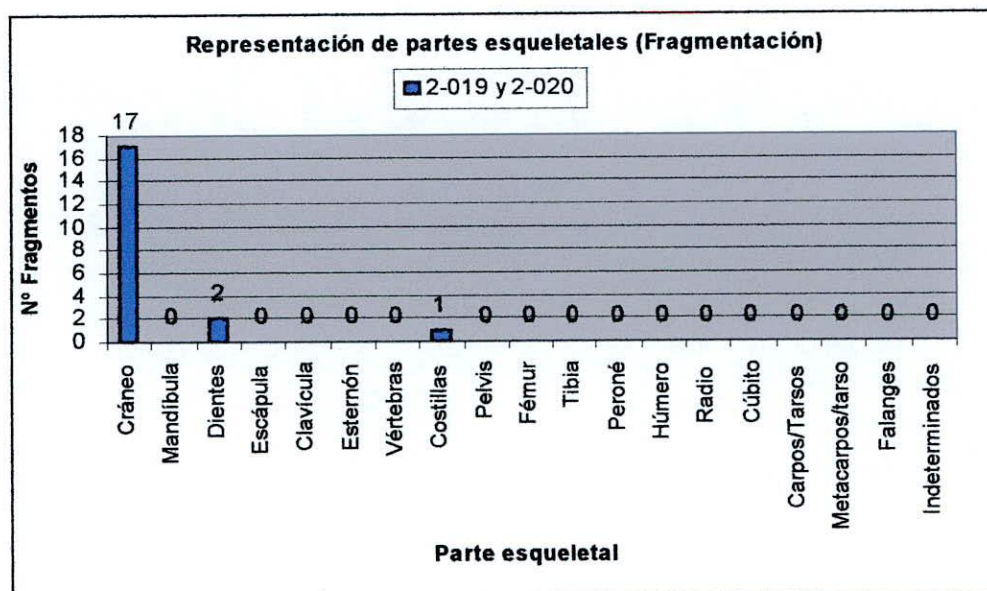


Figura 51: representación de partes esqueléticas (Hallazgo 2-019 y 2-020)

C. Estimación de Edad

A partir del desarrollo dental, estimamos la edad de este individuo en **2 años +/- 8 meses** (Ubelaker 1978).

Entierro 4 (2-050)

A. Partes Recuperadas

Este es el individuo con mayor número de partes recuperadas (Figura 52). Fundamentalmente se trata de los miembros superiores e inferiores y fragmentos de la cintura pélvica.

De las extremidades superiores están presentes ambos húmeros, el izquierdo fracturado en su epífisis proximal, presenta marcados rasgos en la inserción del músculo deltoides en la diáfisis (Figura 53). Del húmero derecho sólo se recuperó un fragmento de diáfisis y epífisis distal; el cúbito y el radio en cambio, están casi completos. En la

cabeza (epífisis proximal) del radio derecho se observan rasgos de osteoartritis. De la mano derecha, se recuperaron un carpo (ganchoso), todos los metacarpos y las falanges proximales, cuatro falanges medias y una distal (quinta). El brazo izquierdo está representado por el húmero fracturado en su epífisis proximal; cúbito y radio, fracturados ambos a mitad de la diáfisis. De la mano izquierda se recuperaron cinco huesos carpianos (ganchoso, semilunar, trapezoide, trapecio y hueso grande), los cinco metacarpos, cuatro falanges proximales (segunda a cuarta), tres falanges medias y dos distales (segunda y cuarta).

Figura 53: húmero izquierdo con marcada inserción muscular

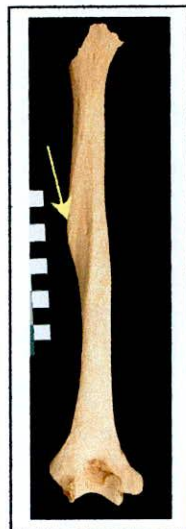


Figura 52: partes óseas recuperadas (Entierro 4); sombreadas en negro.

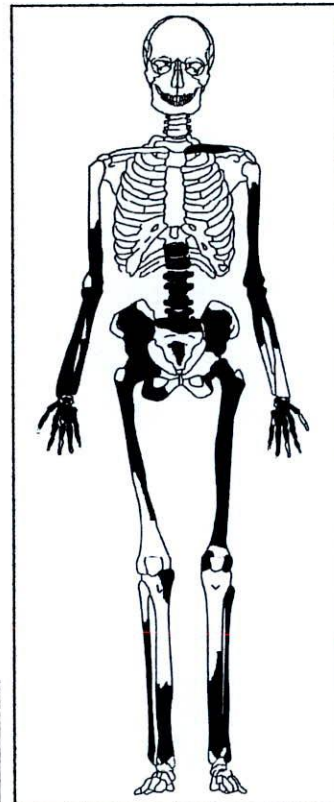


Figura 54: vértebras lumbares: punto de fusión.

Ambos coxales se encuentran fracturados, al igual que el sacro. Se recuperaron las cinco vértebras lumbares y siete torácicas y varios fragmentos de costillas. Se detectó un aplastamiento en la 12^{da} vértebra torácica y un punto de fusión entre la 11^{era} y 12^{da} vértebras torácicas (Figura

54). La clavícula izquierda se encuentra fragmentada en su epífisis distal; unos pocos fragmentos de costillas completan el esqueleto axial.

De las extremidades inferiores, el fémur derecho está representado por un fragmento de diáfisis y epífisis proximal, conserva la cabeza pero no así el trocánter mayor. El fémur izquierdo se encuentra fragmentado en la diáfisis y fue unido posteriormente por medio de vendas; además presenta fracturas a la altura del epicóndilo medio y trocánter mayor. Asimismo poseemos dos fragmentos de diáfisis y epífisis distal de ambas tibias, fracturadas en la región inferior (donde articulan con el peroné) y en el maléolo medial; por otro lado, se recuperó una pequeña porción suelta de la epífisis distal izquierda (cóndilo medial). El peroné izquierdo está completo y el derecho fragmentado en su epífisis proximal. Los pies están representados por cinco huesos tarsianos (ambos calcáneos, astrágalos y el cuboide izquierdo); los primeros, segundos y quintos metatarsianos de ambos pies y el tercero del pie derecho; las segundas y cuartas falanges proximales de ambos pies y la tercera y primera del pie derecho. En el segundo metatarsiano izquierdo se observó un engrosamiento de diáfisis (Figura 55) y la segunda falange proximal del pie derecho presentaba exóstosis en su cara posterior (Figura 56).



Figura 55: 2º metatarsiano izquierdo (detalle engrosamiento de diáfisis)



Figura 56: 2º falange proximal pie derecho (detalle de exóstosis)

B. Estado de Conservación

El estado de conservación es muy pobre, pero comparado con el resto de la muestra, este es el individuo mejor conservado. La representación de partes esqueléticas y su grado de fragmentación se detalla a continuación (Figura 57). Algunas tareas previas de conservación consistieron en la colocación de vendas con yeso en la

diáfisis del peroné izquierdo y del fémur derecho, las cuales no pudieron ser removidas sin comprometer la integridad del hueso. La coloración general del esqueleto es 7.5 YR 7/4 pink y 6/4 light brown (Munsell 2000).

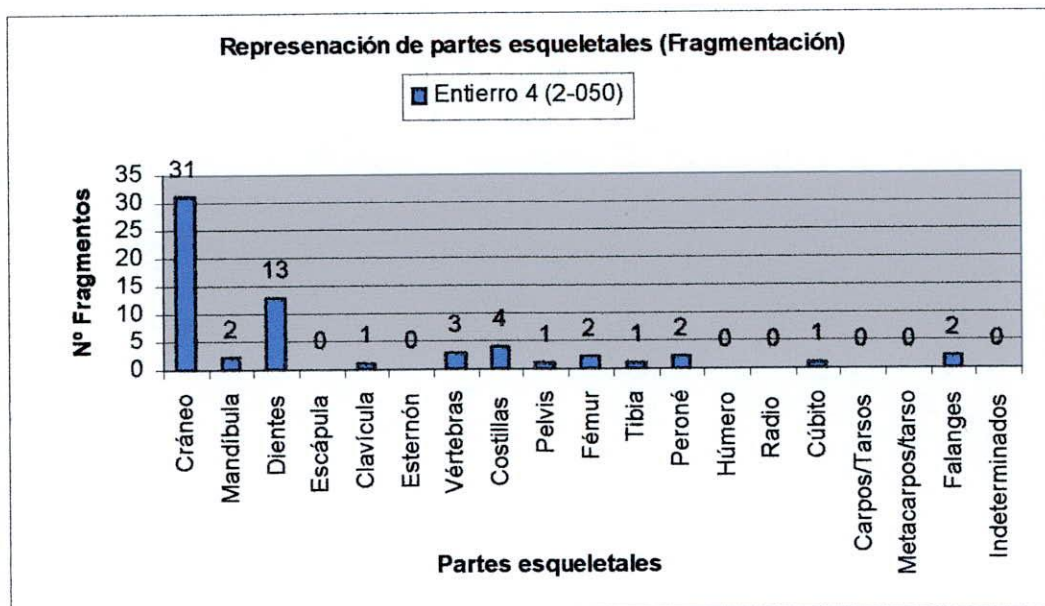


Figura 57: representación de partes esqueléticas (Entierro 4)

C. Estimación de Edad y Sexo

De acuerdo a la morfología general del esqueleto y el ángulo determinado por la escotadura ciática mayor (Buikstra y Ubelaker 1994) se estableció que este individuo es de sexo masculino.

Su edad fue aproximada a partir de la evaluación de los cambios morfológicos en la superficie articular del ilium. Se determinó que el individuo estaría aproximadamente en la fase 5, correspondiente al rango de **40-44 años** de edad según Buikstra y Ubelaker (1994:25).

D. Estimación de Estatura

La estimación de estatura se hizo a partir del método propuesto por Steele (1970) debido al carácter fragmentario de los restos. Las mediciones se realizaron sobre el húmero y fémur izquierdos por ser los especímenes más íntegros. En una primera

instancia se calculó el largo máximo del hueso (*maximum bone length*) a partir de los segmentos disponibles y posteriormente, la estatura fue calculada mediante la aplicación de las ecuaciones propuestas por Trotter y Gleser (1952) para hombres blancos y Genovés (1967) para hombres mesoamericanos (ver Tabla 7).

Método	Parte Esqueletal	Resultado
Steele (1970) (<i>White Males</i>)	Húmero izquierdo (<i>landmarks 3-4-5</i>)	<i>Maximum bone length</i> = 31,385 +- 1,59 cm
	Fémur izquierdo (<i>landmarks 1-2</i>)	<i>Maximum bone length</i> = 45,46 +- 2,32 cm
Trotter y Gleser (1952) (<i>White Males</i>)	Húmero izquierdo	Estatura= 167,11 +- 8,94 cm
	Fémur izquierdo	Estatura= 169,6 +- 8,79 cm
Genovés (1967) (<i>Mesoamerican Males</i>)	Fémur izquierdo	Estatura= 169,1 +- 8,66 cm

Tabla 7: Estimación de estatura sobre individuo 2-050

Entierro 5 (2-053)

A. Partes Recuperadas

Se recuperó la bóveda craneana casi completa –envuelta con vendas- y otros fragmentos sueltos no remontables. Presenta deformación artificial del tipo Tabular Erecta (Figura 58).

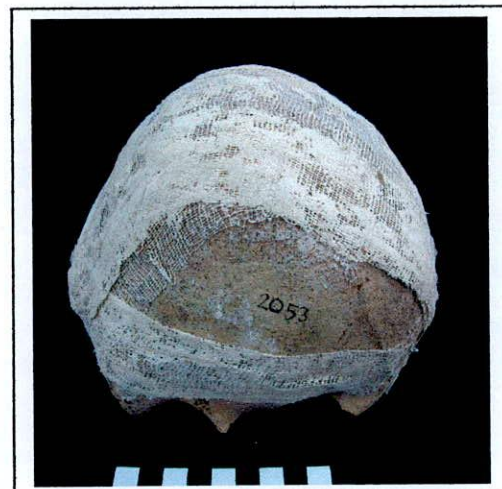


Figura 58: cráneo con deformación tabular erecta (2-053).



Figura 59: mandíbula (2-053).

Del aparato bucal se recuperaron un fragmento de mandíbula (lateral izquierdo) con tres molares definitivos *in situ* (primero, segundo y tercero) y un fragmento de lateral derecho con el primer molar definitivo *in situ*; tres fragmentos de maxilar superior, uno con el primer y segundos molares *in situ* y otro con el primer molar *in situ* (Figura 59). De los dientes que se encontraron sueltos, se

identificaron ambos caninos superiores, tres incisivos (centro superior y centro inferior; lateral superior derecho), dos segundos premolares y otro no identificado, un primer premolar superior, un segundo molar inferior derecho, otro inserto en un fragmento de mandíbula, y dos molares (tercero superior y otro no identificado). Las piezas dentales presentan en general leve desgaste, con mínima o nula exposición de dentina. En las muelas el desgaste se da fundamentalmente en la cara bucal, mientras que en los premolares se distribuye más homogéneamente. Los incisivos presentan desgaste leve, distribuido homogéneamente sobre la superficie oclusal.

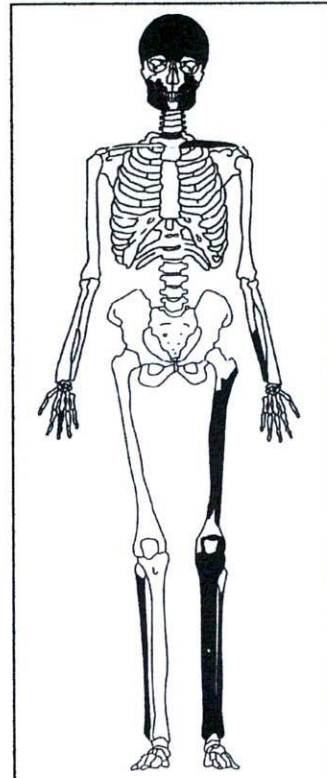


Figura 60: partes óseas recuperadas (Entierro 5); sombreadas en negro.

Del esqueleto poscraneal (Figura 60) poseemos la clavícula izquierda con signos de periostitis en su epífisis distal, algunos fragmentos de costillas y tres vértebras (7° cervical, axis y un fragmento de cuerpo indeterminado). De los miembros superiores se recuperaron un fragmento de diáfisis y epífisis distal de cúbito izquierdo y dos falanges de la mano derecha (segunda proximal y tercera media). Los miembros inferiores están representados por el fémur izquierdo fragmentado en ambas epífisis al igual que la tibia izquierda (salvo que en esta última las epífisis son remontables con la diáfisis). Se recuperaron ambos peronés fragmentados en las epífisis proximales.

B. Estado de Conservación

El estado de los restos es muy deficiente, son muy livianos y friables, producto de una descalcificación casi completa. El color general es 2YR 7/6 *yellow* (Munsell 2000) y presenta pequeñas manchitas negras en toda la superficie. Tanto por su estado de conservación como por el color de los restos este individuo es notablemente diferente al anterior (2-050), también hallado en el cementerio. La cantidad de partes recuperadas y su grado de fragmentación se detallan en el gráfico (Figura 61). Algunas tareas de conservación previamente realizadas consistieron en la aplicación de vendas con yeso en toda la superficie del cráneo, las cuales no pudieron ser removidas sin comprometer aún más el deterioro del hueso.

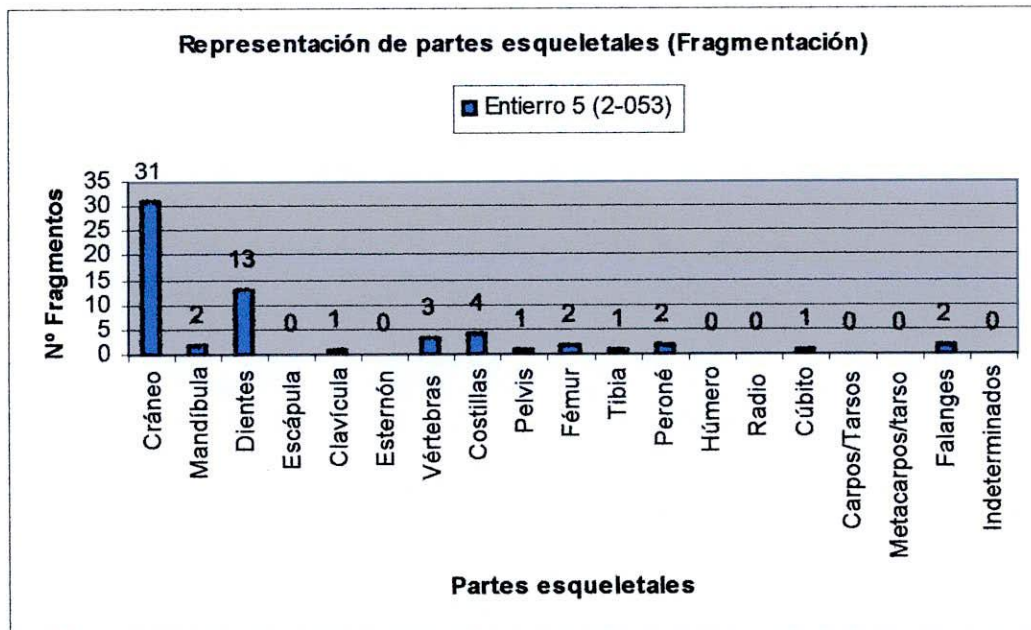


Figura 61: representación de partes esqueléticas (Entierro 5)

En la base del cráneo se observaron numerosas perforaciones aproximadamente circulares de diámetros variables (Figura 62). Estas se distribuyen por toda la superficie pero son más notables en los huesos mastoides. Este mismo tipo de perforaciones fue observado en otros huesos del esqueleto. En el centro de la cara anterior de la diáfisis de la tibia izquierda se observa una perforación circular de bordes regulares de aproximadamente 1 cm de diámetro (Figura 63).



Figura 63: perforación de origen tafonómico en tibia izquierda (diáfisis)

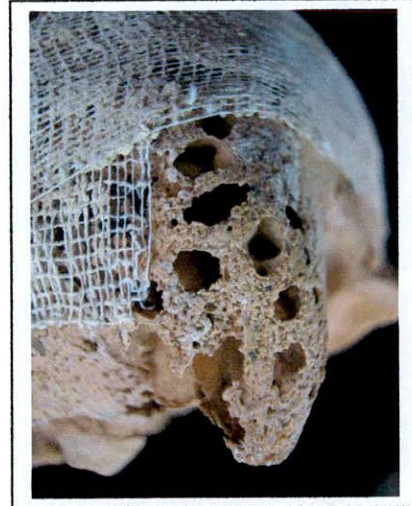


Figura 62: detalle de las perforaciones de origen tafonómico en mastoides.

C. Estimación de Edad y Sexo

Por la morfología general del esqueleto, este es un individuo adulto, aunque no nos fue posible determinar su edad con mayor precisión.

Los rasgos gráciles del cráneo y otras partes del esqueleto nos permiten estimar que se trata de un individuo de sexo femenino (Buikstra y Ubelaker 1994).

D. Estimación de Estatura

La estimación de estatura fue realizada mediante la aplicación de las fórmulas y procedimientos antes descritos, en este caso, para el sexo femenino (ver individuo 2-050 Estimación de Estatura). Las mediciones se realizaron sobre la tibia izquierda; la localización de los puntos (*landmarks*) establecidos por Steele (1970) fue menos sencilla que en el caso anterior debido principalmente al estado de deterioro que presentaba la superficie del hueso (Tabla 8).

Método	Parte Esqueletal	Resultado
Steele (1970) <i>(White Females)</i>	Tibia izquierda <i>(landmarks 2-3)</i>	<i>Maximum bone length= 35,9 +- 0,95 cm</i>
Trotter y Gleser (1952) <i>(White Females)</i>	Tibia izquierda	Estatura= 165,64 +- 6,41 cm
Genovés (1967) <i>(Mesoamerican Females)</i>	Tibia izquierda	Estatura= 161,42 +-6,4 cm

Tabla 8: estimación de estatura sobre individuo 2-053

III. Discusión de los Rasgos Observados en la Muestra

Antes de avanzar en el análisis de los rasgos observados, debemos decir que nuestras conclusiones se vieron limitadas en gran parte por el alto grado de deterioro y fragmentación en que se encontraron los restos. Las diferencias observadas en el grado de conservación y fragmentación de los individuos se representan comparativamente en el gráfico que sigue (Figura 64).

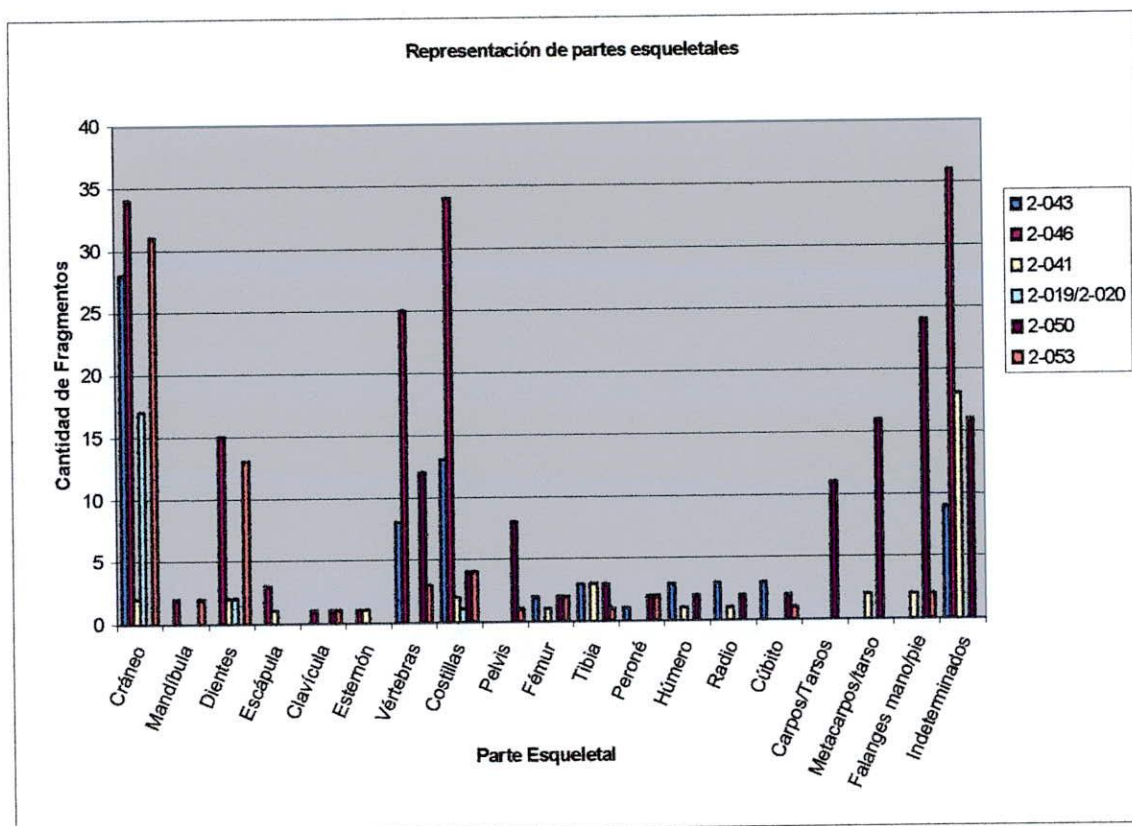


Figura 64: Representación diferencial de partes esqueléticas en toda la muestra

Es interesante, por ejemplo, destacar la diferencia en el estado de conservación que presentaban los individuos recuperados en el Cementerio Anexo. En uno (2-050) la consistencia de los huesos y su textura es mas bien compacta, mientras que en el otro (2-053) los huesos son de una textura sumamente frágil. Asimismo, la coloración de ambos esqueletos es marcadamente diferente. El primer individuo presenta una coloración marrón rojiza, similar al sedimento que se hallaba dentro de las cavidades óseas. El segundo individuo, en cambio, presenta una coloración amarillenta bastante clara sólo interrumpida por pequeñas manchitas negras posiblemente producto del

crecimiento de hongos en la matriz ósea (Dr. Luis Bosio, comunicación personal). Es posible que estas diferencias en la conservación de los restos se deba a la composición mineralógica o humedad relativa de los sedimentos en cada sector (Nicholson 1993), aunque tampoco podríamos descartar una diferencia temporal en el entierro de ambos individuos.

Por otro lado, los individuos adultos recuperados bajo el piso de los recintos (2-046 y 2-041) se encontraron sumamente deteriorados, observándose sectores donde la superficie normalmente lisa del hueso se había perdido totalmente. Es interesante notar, sin embargo, que los huesos de subadultos recuperados (uno, dentro de la olla y el otro incluido en la capa del basurero) presentan texturas mucho más compactas que los anteriores. Como ya se dijo, es muy probable que la olla, pese a haber estado rota, halla posibilitado la conservación de los restos frágiles del párvulo.

A pesar de estas circunstancias desfavorables en la conservación de los individuos, hemos podido, no obstante, conocer más acerca de las características biológicas de los individuos que habitaron esta importante aldea Formativa. A continuación se discuten los resultados alcanzados.

El estudio bioarqueológico nos permitió determinar que al interior de la olla (2-043) recuperada bajo el piso del recinto durante la excavación del montículo-basurero, se realizó el entierro de un individuo neonato o feto de aproximadamente 9-10 meses lunares. Este presentaba pequeñas manchitas de carbón y coloraciones amarronadas por sectores, características de una exposición leve a una fuente de calor. Como veremos en la segunda parte de este trabajo, es posible que estos rasgos estén relacionados con una práctica ritual común en distintas regiones del Noroeste Argentino que consistiría en la colocación de brasas al interior de la urna del difunto.

La presencia de restos de un niño de aproximadamente dos años (2-019 y 2-020) incluidos en las capas del basurero, sin demarcación de tumba u otra evidencia formal de entierro, recuerda a otras evidencias halladas en otros sitios tempranos del Noroeste. En Alamito (sitio B-O) se recuperaron numerosos restos humanos incluidos en las capas del basurero (Nuñez Regueiro 1971) aunque posteriormente este sector de "basurero"

fue reinterpretado como un “*montículo ceremonial*” producto de la depositación de ofrendas o desechos “*cúlticos o santuarios*” (Tartusi y Nuñez Regueiro 1993).

El segundo entierro hallado debajo del piso de el recinto (2-046), fue catalogado como un entierro individual de adulto. No obstante, la doble representación del axis y la tercera vértebra cervical nos permite postular que en este sector probablemente haya habido más de un entierro de adulto. A partir de los restos recuperados no hemos podido especificar el sexo o determinar con mayor precisión la edad del o de los individuos recuperados. Las características que sí pudimos establecer se refieren básicamente a la salud bucal y uso del cuerpo. Se notó la pérdida dental premortem de los dos segundos molares y del tercer molar inferior derecho, los tres con inicios de reabsorción del alvéolo. Entre las posibles causas relacionadas con la pérdida dental antemortem, la periodontitis (o infección del periostio) es propuesta como una de las principales (Larsen 1995:189). Esta afección suele comprometer el hueso alveolar y los tejidos adyacentes; la caída del diente se produce durante el proceso de reabsorción alveolar, que es la reacción ósea siguiente a la infección del periostio a causa de la reducción del espacio de soporte del diente (Larsen, op. cit.). La presencia de caries, el elevado consumo de carbohidratos como alimento básico y tasas altas de desgaste dental son algunos de los factores que pueden promover la pérdida dental premortem (Larsen, op. cit.). Si bien no hemos detectado la presencia de caries, es interesante notar que de todos los individuos analizados, este es el que presenta mayor grado de desgaste de las piezas dentales lo cual pudo haber incrementado la incidencia y severidad de las patologías bucales (Powell 1985:309). De esta forma, es posible que cualquiera de las situaciones anteriores o una combinación de ellas hubieran propiciado la pérdida dental observada en este individuo.

Entre las patologías relacionadas con el uso del cuerpo se notó la presencia de osteoartritis en las vértebras lumbares, definida por la presencia de osteofitos (“picos de loro”) en los márgenes del cuerpo vertebral (Buikstra y Ubelaker 1994:122). Esta afección -como otras enfermedades degenerativas de las articulaciones- resultan fundamentalmente de la intensidad del uso del cuerpo en durante la vida, por lo que es esperable que se acrecienten con la edad (Larsen 1995:200; Mann y Murphy 1990). Aún así, esta es una evidencia indirecta del uso del cuerpo, por lo que no puede ser relacionada a una actividad particular (Boyd 1996:224).

El otro entierro recuperado bajo el piso de un recinto en la ladera norte del sitio (2-041) correspondió a un individuo adulto, aunque lamentablemente, el estado de deterioro de los restos nos impidió realizar mayores consideraciones sobre sus características biológicas.

Los entierros recuperados en el Cementerio Anexo fueron los más completos en la muestra. Se trata del entierro de una mujer adulta (2-053) y de un hombre adulto, de aproximadamente 40 años de edad (2-050). El individuo masculino presentaba inserciones musculares bien desarrolladas, notables por ejemplo en el húmero izquierdo (sector de la inserción del músculo deltoide). La ausencia de esta porción de la diáfisis en el húmero contrario nos impide detectar posibles asimetrías relacionadas con el uso desigual de los miembros superiores. Sin embargo, sí detectamos un punto de osteoartritis en la cabeza del radio derecho, resultado de la degeneración mecánica de la articulación del codo.

Otras marcas relacionadas con el uso del cuerpo fueron detectadas en los pies este individuo bajo la forma de un engrosamiento en la diáfisis del segundo metatarsiano izquierdo y dos puntos de exóstosis en la cara plantar de la segunda falange proximal del pie derecho. Es probable que estas se hallan producido como resultado de pequeños traumas o lesiones que involucraran el desgarro del periostio y la consiguiente reacción del tejido óseo que hoy nos permite observarlo (Mann y Murphy 1990:131)

En la columna vertebral de este mismo individuo hemos detectado signos de osteoartritis “picos de loro” en los cuerpos de las vértebras lumbares y el aplastamiento de dos vértebras torácicas (11^{ra} y 12^{da}). Esta condición ha sido relacionada con el proceso normal de pérdida y envejecimiento del tejido óseo (osteoporosis) que ocasiona el colapso de los discos intervertebrales y la consiguiente deformación del cuerpo vertebral (Mann y Murphy 1990:40). Asimismo, entre ambas vértebras se detecta un punto de unión (osteofitosis) que puede ser descrito como una protuberancia redonda, mayormente plana, que habría ocasionado la fusión de ambas vértebras (Mann y Murphy 1990:50). Ambos rasgos son comunes en los individuos de edad avanzada,

pudiendo dar comienzo a la curvatura de la columna vertebral (Buikstra y Ubelaker 1990:116).

El individuo femenino (2-053) por su parte, presenta evidencias leves de periostitis en la clavícula izquierda. Esta condición se define por un patrón característico de depositación anormal de tejido óseo producto de una infección en el periostio (Mann y Murphy 1990; Larsen 1987). Es una afección inespecífica, dado que las causas pueden ser múltiples y no determinables a partir del examen de una sola parte esquelética.

Este individuo presenta asimismo numerosas perforaciones distribuidas a lo largo de toda la superficie ósea. Un examen cuidadoso de las mismas descartó un origen patológico y, en cambio, se proponen causas de origen tafonómico para explicar su presencia. Así por ejemplo, las múltiples perforaciones observadas en las mastoides se deben a la erosión de la superficie ósea y la consecuente exposición del hueso esponjoso siguiendo la disposición característica de esta parte esquelética en forma de "celdillas de aire" (Dr. Luis Bosio, comunicación personal; Mann y Murphy 1990:27). Otro caso notable es una perforación -de 1 cm de diámetro aproximadamente- observada en la diáfisis de la tibia izquierda. Los bordes nítidos y la ausencia de reacción ósea nos permiten postular que esta es una lesión postmortem. Finalmente, la curvatura de un fragmento de costilla en un ángulo de 90° fue atribuida a causas de deformación plástica del hueso, probablemente, por la compresión ejercida en un medio húmedo y descalcificante (Dr. Luis Bosio, comunicación personal). Por otro lado, las piezas dentales presentan en general leve desgaste, con mínima o nula exposición de dentina. Al igual que en los casos restantes, no se detectó la presencia de caries

Con respecto a las estimaciones de estatura, hemos determinado que el individuo masculino (2-050) habría sido entre 2 y 8 centímetros más alto que el femenino (2-053), aunque ambos, posiblemente se encontraran por sobre el metro sesenta de altura (sin tener en cuenta los desvíos estándar). Con respecto a la metodología utilizada para determinar las estaturas, notamos que en el primer caso (individuo 2-050) los resultados de las estimaciones sobre el húmero y fémur realizadas a partir de un *mismo método* (Trotter y Gleser 1952) otorgaron resultados levemente diferentes (en 2 cm aproximadamente). En cambio, las estimaciones realizadas sobre el fémur en base a dos

métodos diferentes (Trotter y Gleser 1952 y Genovés 1967) otorgaron resultados mucho más consistentes, siendo la diferencia entre ambas estimaciones de 0.5 cm. En el segundo individuo (2-053), la aplicación de los métodos de Trotter y Gleser (1952) y Genovés (1967) sobre la tibia dieron resultados con una diferencia mayor, cercana a los 4 cm. En este sentido, consideramos que las estimaciones realizadas sobre el fémur resultaron ser las más confiables (o menos variables) en el cálculo de estatura. A propósito de ello, es importante recordar que el fémur interviene en la estatura en mayor medida que otra parte esquelética (Lieberman 1982:293).

Finalmente, determinamos que la deformación cefálica del individuo femenino (2-053) pertenece a la modalidad Tabular Erecta según la clasificación de Imbelloni (1924-25). Este tipo de deformación se obtiene a partir de ejercer una doble presión en el hueso frontal y en la escama superior del occipital (op. cit.:355), aunque la presión sobre el frontal no se considera indispensable para obtener dicha forma (Dra. Baffi, comunicación personal). Dembo e Imbelloni (1936) han propuesto además que cada tipo de deformación se corresponde con un tipo de aparato deformador específico. Para la modalidad Tabular Erecta, el instrumento deformador habría sido la “*cuna*” (op. cit.:268).

En el área por nosotros relevada, se reporta la presencia de deformación Tabular Erecta en un cráneo masculino adulto (G.M. 33.15.698) procedente del sitio El Molino, en La Candelaria (Rydén 1936); el mismo tipo deformatorio presentaba el cráneo una mujer adulta hallado en Paso de los Antiguos (G.M.33.5.735). En los restos recuperados en las excavaciones de Aparicio (1941) en La Cueva del Pílon, Constanzó (1942) observa la “*ausencia casi total de deformación ya que sólo se presenta la plagiocefalia...que estaría indicando una cierta deformación levísima del tipo Tabular*” (op. cit.:13-14). En la colección procedente de Las Pirguas (González 1972) se determinó la presencia de cráneos deformados y no deformados para ambos sexos y los distintos grupos de edad. Las deformaciones presentes son mayoritariamente del tipo Tabular Erecto, salvo por dos individuos subadultos con deformación Tabular Oblicua (Baffi, Torres y Cocilovo 1996). En el Área del Río San Francisco, Gabriela Ortiz (2003) nos informa que en todos los casos los cráneos presentan deformación cefálica del tipo “*Tabular Oblicuo y posiblemente una variedad de deformación Anular*”; la excepción la constituye el individuo de Palpalá que presentaba deformación Tabular

Erecta. En el caso de los entierros de Saladillo Redondo no se especifica el tipo de deformación practicada. En la Quebrada del Toro, se postula la presencia de individuos con deformación artificial en las inhumaciones de Cerro El Dique (T3, T10 y T11) y La Encrucijada, aunque no se especifica el tipo (Raffino 1977:272-273). En Potrero Grande y en Las Cuevas, la deformación fue descrita como del tipo Tabular Oblicua (Cigliano, Rafino y Calandra 1972:235). Por otro lado, en la Tumba 2 de Las Cuevas, se destaca un interesante objeto de ajuar: se trata de un vaso antropomorfo que representa una “*cabeza deformada artificialmente...con párpados cerrados, boca abierta y orejas con orificios para adornos*” (Raffino 1977:274). Por la fotografía publicada aparenta ser una deformación de tipo Tabular Erecta, pero no podemos asegurarlo fehacientemente. Finalmente, uno de los individuos enterrados en El Mollar (km. 71 de Tafi) presentaba deformación Tabular Erecta (González y Nuñez Regueiro 1960:492).

A partir de los datos publicados -aunque sumamente escasos- observamos la primacía del tipo Tabular Erecto sobre el Oblicuo y el Anular. Dembo e Imbelloni (1936) ya habían determinado para el “*Área diaguita oriental o argentina*” proporciones mayoritarias del tipo Tabular Erecto (Dembo e Imbelloni 1936:335). Esta aseveración, sin embargo, no tuvo en cuenta distinciones cronológicas en las muestras relevadas; por otro lado, la delimitación geográfica de las áreas que exhiben un tipo deformatario particular aparenta ser por demás homogeneizante. Una objeción a esta distribución fue realizada por Weiss (1961) en tanto este autor considera que “*la dominante es la cultura y no el lugar*” (op. cit.:11). Sin embargo, como proponen Allison y coautores (1981) es posible que existieran diversos aparatos y modos de deformación dentro de un mismo “*grupo cultural*”. Estos autores examinaron cráneos y aparatos deformatores procedentes de cementerios de la región comprendida entre Arica (Chile) y Huacho (Perú) donde detectaron 11 aparatos distribuidos en 14 grupos culturales; pero el hallazgo más interesante, creemos, es la asociación entre un tipo deformatario y una actividad presente en las tumbas Tiahuanaco, donde se constata una alta frecuencia de un tipo particular de aparato deformatario e instrumentos relacionados con la pesca (Allison *et al* 1981:242). Otros autores han planteado que la coexistencia de distintos modos deformatarios, así como la existencia de cráneos deformados y no deformados dentro de un mismo grupo es indicadora de pautas de distinción en torno al estatus y/o la etnicidad (Dingwall 1931, Weiss 1936).

De todas maneras, consideramos que este es un tema aún poco explorado en lo que concierne a los usos y significaciones de esta práctica en el pasado. Además, su dispersión y perduración a través del tiempo confiere una complejidad aún mayor para su estudio. Para el período Formativo y en el área que nos ocupa, la ausencia de información es por demás evidente. Pese a las abundantes colecciones de cráneos disponibles en los museos, la dificultad estriba en la imposibilidad de adscribir cronología o procedencia aproximada, o asociación de contexto a las mismas, una problemática que ya habíamos comentado anteriormente. Aún así, pensamos que una línea de investigación que de cuenta de la variabilidad y particularidades de las deformaciones craneanas será una fuente sumamente importante de información, en particular si se cruza con los datos de interacción e intercambio proporcionados por otras vías de estudio.

A continuación, nos introduciremos en la segunda parte de esta Tesis. Como habíamos anticipado, el objetivo es analizar los casos de estudio desde el aspecto del comportamiento mortuario e insertarlos en un marco regional que contemple tanto el área de valles como las vecinas yungas.

Segunda Parte

Análisis de Comportamiento Mortuorio

INTRODUCCIÓN

El estudio de las prácticas mortuorias goza de amplio reconocimiento en la arqueología internacional siendo un campo especialmente prolífico en las últimas décadas (e.g. Tainter 1978, Goldstein 1980, Chapman and Randsborg 1981, O'Shea 1984, Carr 1995, Dillehay 1995, Anderson Beck 1995, Johansson 1996). Sin embargo, en nuestro país y en particular para el período Formativo, este tipo de enfoques es notablemente escaso (pero ver Baldini y Baffi 1996). Probablemente la escasa popularidad de los estudios de comportamiento mortuario en el Noroeste Argentino esté relacionada con la ausencia de muestras representativas con contexto asociado que favorezcan este tipo de aproximaciones en la investigación.

Aunque no precisamente “representativos” existen, no obstante, numerosos contextos funerarios Formativos procedentes de distintas zonas del Noroeste Argentino que hasta el momento, sin embargo, no han sido objeto de una sistematización. Es por eso que, ante la necesidad de contextualizar los registros funerarios de **Lampacito**, **El Bañado-La Vaquería** y **Campo Colorado** en un marco más amplio que nos permita entender estos casos más allá de sus particularidades, proponemos analizarlos a la luz del conjunto de los contextos funerarios publicados para un área acotada brindando de esta manera, una visión sintética de las prácticas mortuorias del Formativo regional.

Como hemos dicho anteriormente, la elección de las regiones de valles y yungas para trazar las comparaciones en el presente estudio se enmarca dentro de la problemática mayor que se viene investigando en nuestro equipo a partir de diversas líneas de evidencia (Scattolin y Korstanje 1994, Scattolin y Lazzari 1997, Lazzari 1999a, 1999b, 1997). En este sentido, el análisis que proponemos puede ser entendido como un enfoque regional o de múltiples muestras (O'Shea 1995) en tanto da cuenta de las pautas de entierro a través de los “límites” geográficos, culturales y a través del tiempo. En este sentido, estaremos evaluando indirectamente el carácter “*de tránsito y/o frontera*” (Scattolin y Korstanje 1994:165) que ejerce el paisaje natural y cultural sobre el comportamiento mortuario a nivel regional. Acerca de este último punto, Scattolin y Korstanje (op cit.) han planteado que frecuentemente tendemos a favorecer una conceptualización del espacio donde los ríos, mares, montañas y selvas se perciben

como “*barreras*” antes que vías de comunicación, interacción e intercambio; en la arqueología, además, esta configuración de las “*fronteras naturales*” ha jugado un rol tácitamente determinante en la demarcación de las “*áreas culturales del Noroeste argentino*” (op cit:165). Un enfoque similar, había sido ya planteado por Thierry Saignes quien defendió la idea de que el problema del “*divorcio*” entre el mundo andino y la vertiente oriental podía ser referido a procesos históricos recientes e identificables (Saignes 1985:xiii); también la imagen “marginal” de la Puna de Atacama como resultado de un proceso históricamente constituido fue objeto de reciente crítica y necesidad de deconstrucción (Haber 1997). En definitiva, se trata del reconocimiento del sesgo “*andino-centrista*” que gobierna las investigaciones de Sudamérica en general (Renard Casevitz et al 1988); una postura que también Ortiz y Ventura han tratado de revertir en una reciente publicación (Ortiz y Ventura 2003).

Finalmente, es preciso agregar aquí la necesidad de ampliar las comparaciones al área Puneña vecina y en general al resto de las regiones circundantes en futuras investigaciones. Similarmente, no debemos olvidar que los procesos sociales prehispánicos del NOA no pueden ser comprendidos de manera aislada sino en el marco más amplio de la región de los Andes Sur. En esta ocasión, sin embargo, la delimitación de la extensión total del área de estudio se estableció acorde a una investigación orientada a obtener un título de Grado.

Establecido dicho objetivo nos encontramos, no obstante, con la difícil situación de tener que balancear la *desigual calidad* y en general *escasa precisión* en la información disponible para el área muestreada. Las publicaciones revisadas son producto de más de un siglo de investigaciones en el Noroeste Argentino; durante este tiempo, los problemas arqueológicos y los intereses particulares de cada investigación fueron variables, produciendo registros dispares en la documentación de los contextos funerarios. En este sentido, nuestra primera tarea consistió en “homogeneizar” las muestras bajo algún criterio. Para ello, y dado que nuestro objetivo primordial es contextualizar los conjuntos analizados en la primera parte del trabajo, resolvimos delimitar la lógica de las comparaciones en base a estos *tres casos*; esto significa que las variables seleccionadas en el análisis del comportamiento mortuario fueron aquellas que, siendo significativas a los casos de estudio, podían ser rastreadas en el resto de los contextos relevados.

De esta manera, al finalizar el análisis habremos logrado una sistematización del conocimiento existente sobre los modos y pautas de entierro practicados durante el Formativo en un área acotada de valles y yungas. En el futuro, la muestra deberá ser ampliada para abarcar mayor cantidad de variables, otras regiones, nuevos hallazgos y líneas de contrastación independientes.

ANTECEDENTES

Sobre Estudios de Comportamiento Mortuario en la Región de Estudio

En el año 1996, Marta Baldini e Inés Baffi publican un análisis de comportamiento mortuario sobre Las Pirguas, una serie de enterratorios localizados al SO de la provincia de Salta (Baldini y Baffi 1996). Sobre la misma muestra, Torres y Baffi (1996) evalúan la existencia de diferencias sociales a partir de indicadores esqueléticos. Otro aporte de síntesis para el área y período de estudio fue realizado por Ortiz (2003) en base a la información disponible sobre los contextos funerarios localizados en la región del Río San Francisco. A continuación comentaremos brevemente los resultados alcanzados por dichas autoras.

El hallazgo de Las Pirguas puede ser caracterizado como “excepcional” para la arqueología del Formativo debido a la cantidad y al notable estado de conservación de los restos recuperados. Originalmente excavados por Alberto Rex González (González 1972) los enterratorios se emplazaban en una serie de cavernas ubicadas en el departamento de Guachipas, en el “límite de contacto entre las regiones *Valliserrana* y *de Selvas Occidentales*” (op. cit.:388). Cronológicamente, el conjunto se ubica entre los 500 y 700 años d.C. según fechado radiocarbónico, pero este lapso temporal podría extenderse aún más si se toma en cuenta que la cerámica que acompaña al conjunto ha sido adscripta a las fases Molleyaco (400-700 d.C.) y Rupachico (700-1000 d.C.) (Baldini y Baffi 1996:9)

El análisis de comportamiento mortuario estuvo orientado a caracterizar las distintas “*modalidades de entierro*” y “*hábitos mortuarios*” que estuvieran representados en las cavernas. La variabilidad hallada en el conjunto de enterratorios pudo ser clasificada en cuatro “*categorías*” referentes al modo de disposición de los restos. Estas corresponden a los denominados “*entierros directos*”, “*entierros en olla*”, “*entierros en cista*” e “*incineración*”. Cada categoría fue además dividida en “*variantes*” según las combinaciones de edad halladas en cada entierro (e.g. “adultos y niños”, “niños y feto”, etc.) sobre las que luego se calcularon frecuencias (op. cit.:8).

El análisis fue guiado por cuatro hipótesis. La primera de ellas establecía la existencia de entierros diferenciados por edad y por sexo, afirmación que fue luego refutada por los datos. En segundo lugar se planteó que cada caverna presentaba un patrón de entierro propio y diferenciable del resto, hipótesis que fue luego “*parcialmente contrastada, ya que [las cavernas] presentan algunas modalidades propias y otras compartidas*” (op. cit.:11). Se exploró si la variabilidad existente respondía a diferencias cronológicas entre los distintos modos de entierro dentro de una misma población biológica, pero los resultados no fueron concluyentes. Finalmente se evaluó la correlación entre los diferentes modos de enterramiento e indicadores de “*diferencias sociales*” dentro de la población. Aquí también, los resultados fueron ambiguos dado que las diferentes formas de inhumación no guardaban relación con la edad del individuo, estas diferencias no estarían indicando estatus sino roles diferenciales, lo cual podría incluso verse reforzado por el hecho de existir “*distintas modalidades de enterramiento con el mismo ajuar*” (Baldini y Baffi 1996:12).

La evaluación de diferencias sociales sobre la muestra de Las Pirguas tuvo como objetivo determinar la existencia de desigualdades “*en el acceso a los recursos disponibles, según parámetros sociales... que definen estatus y rol*” (Torres y Baffi 1996:121). A este fin, se correlacionaron grupos de individuos discriminados por edad (adultos y subadultos), sexo y presencia o ausencia de deformación cefálica con frecuencias de indicadores esqueléticos de salud y nutrición (criba orbitaria, hiperostosis porótica, caries, abscesos, tártaro, retracción ósea, pérdida dental antemortem) y de agresión (golpes y fracturas). Los resultados obtenidos mostraron costos adaptativos más altos para el grupo deformado en general, y particularmente para los adultos masculinos; en los subadultos, en cambio, las diferencias se detectaron en torno a un grupo de edad particular (op. cit.:128).

Ortiz (2003) aporta una valiosa recopilación de la escasa información publicada e inédita de los contextos funerarios hallados en el área del Río San Francisco. En particular realiza algunas consideraciones sobre la “*cremación parcial incompleta*” de los restos y destaca la presencia recurrente de valvas enteras de caracoles terrestres y cuentas de collar del mismo material en los entierros del área; ambas prácticas serán tratadas con mayor detalle en las páginas que siguen.

METODOLOGÍA

En esta sección nos referiremos específicamente a la manera en que se llevará a cabo el análisis del comportamiento mortuorio a escala regional. Como premisa inicial planteamos la comparación en términos de áreas ecológicas. Así, dado que los tres contextos analizados en la primera parte del trabajo provienen de la zona de valles, decidimos abarcar, en esta segunda parte del análisis, a las vecinas yungas a fin de evaluar en qué medida las poblaciones establecidas en ambas áreas se distinguieron o compartieron pautas de enterramiento durante el Formativo.

Supuestos Previos

El carácter particular de la muestra con la que trabajamos -escasa y sesgada- nos obliga a establecer una serie de postulados que avalen el análisis que proponemos a continuación:

1. En primer lugar, se asume que todas las muestras relevadas son comparables entre sí en tanto han sido adscriptas al período Formativo (*ca.* 500 a.C. - 900/1000 d.C.) entendido éste como sistema socio-político y económico con características particulares que lo distinguen de los desarrollos previos (Arcaico) y posteriores (Desarrollos Regionales). En este sentido se entiende que las muestras se adscriben a sociedades que, aún siendo particulares en sí mismas, comparten ciertas características a nivel organizativo, social y económico: un modo de vida aldeano en comunidades relativamente igualitarias y mayormente sedentarias que a través del tiempo van experimentando un proceso de complejización y jerarquización creciente (Nuñez Regueiro 1974, Olivera 1988, Tarragó 1992, Tartusi y Nuñez Regueiro 1993).
2. Se asume que el comportamiento mortuorio es una práctica socialmente pautada y como tal posee un rol central en la demarcación de límites y en el establecimiento de una identidad grupal común y que esta visión sólo puede ser

aproximada a través del estudio de múltiples contextos arqueológicos (O'Shea 1995:144).

3. Se asume que “la tumba” (definida como unidad de análisis) es la manifestación material de al menos una parte de las prácticas mortuorias vigentes en una comunidad (*sensu* Goldstein 2000) en un determinado tiempo y espacio.
4. Se asume que la comparación entre los contextos funerarios de valles y yungas puede ser informativa de identidades compartidas o restringidas entre poblaciones (Hodder 1982:57) y que su distribución en el espacio puede coincidir con o distinguirse de la expresión material de otras identidades (sexuales, de clase, étnicas, etc.) (e.g. Hodder 1982, Meskell 2001). En este sentido, múltiples líneas de evidencia (entre ellas, la que aquí se propone) podrán ser luego combinadas en una etapa inferencial más amplia.

Antecedentes Metodológicos

La metodología de análisis que proponemos fue diseñada en base estudios previos sobre comportamiento mortuorio en distintas partes del mundo (en especial, Carr 1995, O'Shea 1984, Anderson Beck 1995). Las propuestas de los diferentes autores fueron adaptadas a los requerimientos particulares de la muestra disponible para el área y período de estudio que aquí nos ocupa.

La metodología de análisis aplicada en este trabajo debe sus aportes principales al estudio regional del comportamiento mortuorio (Anderson Beck 1995). Dentro de esta línea de trabajo, el “*multisite approach*” (O'Shea 1995:127) constituye un buen ejemplo de esta metodología en tanto este

“...provides a means for distinguishing categories of differentiation that represent intentioned, region-wide patterns (...) from those that are idiosyncratic or site specific. It can also increase the usefulness of small or incomplete archaeological samples by allowing their qualitative characteristics

to be viewed in light of larger and better documented sites in the region”
(O’Shea 1995:127)

Aún considerando que el grado de resolución posible en nuestra muestra es bastante menor que el obtenido por O’Shea (1995), pensamos que los casos de Lampacito y El Bañado-La Vaquería y Campo Colorado, al igual que otros hallazgos “aislados” en la muestra, podrán ser contextualizados en el marco regional de las prácticas mortuorias, a fin de establecer el lugar que estos ocupan en los patrones observados regionalmente. Por otro lado, las variables del comportamiento mortuario relevadas en este análisis podrán ser interpretadas como pautas sociales compartidas o mantenidas a través del tiempo.

Propuesta Metodológica

Definición de la Unidad de Análisis

La unidad de análisis seleccionada para este trabajo es la “tumba” o entidad similar (“enterratorio”, “urna”, “cista”, “inhumación”, etc.) según halla sido definida por el investigador en cada publicación. En este sentido coincidimos con Johansson (1996:43) quien define la tumba (“grave”) como *“a final storage facility for a body. This facility may consist simply of a hole dug in the ground but may also include a constructed burial or an urn”*. Desde otro punto de vista, la unidad de análisis puede ser definida a partir del individuo y su patrón de entierro (Anderson Beck 1995:123).

En este trabajo, la unidad de análisis representa una entidad compleja conformada por una serie de atributos (o variables) que poseen “visibilidad arqueológica”. Para el registro de las variables se confeccionó una base de datos siguiendo la estructura general propuesta por Carr (1995, *Table III*). Sin embargo, dado que parte de la información disponible para el área de estudio quedaba fuera del análisis, se agregaron o modificaron las variables originales a fin de lograr captar la mayor cantidad de información específica. Simétricamente, aquellas variables que no hubieran sido registradas en ninguno de los trabajos publicados fueron suprimidas en este análisis. En líneas generales, los aspectos incluidos en cada unidad describen el

tipo de tumba, a los individuos inhumados, al ajuar y a la disposición de la tumba con relación al sitio, entre otros (ver Apéndice II).

Ahora bien, en aquellos casos donde los contextos funerarios no hubieran sido descriptos en base a una unidad de enterratorio claramente diferenciable, intentamos *nosotros* discernir en cada caso las distintas formas de entierro presentes. En este sentido, el eje central para distinguir pautas de enterratorio estuvo dado por la definición de “categoría” y/o la “modalidad” de entierro, ya que las características que las definen fueron en general las más descriptas en la bibliografía. Entendemos por *categoría de entierro* la forma en que se realiza la disposición de los individuos: directamente incluidos en el terreno, en cistas, en urna, etc.; mientras que *modalidad de entierro* se refiera a la combinación de una categoría de entierro (directo, en urna, en cista, etc.) con el grupo de edad al cual pertenece el inhumado (adulto o subadulto). Así por ejemplo, en El Bañado (Pelissero y Difrieri 1981) -uno de los contextos que se tratarán más adelante- se determinaron dos modalidades de entierro (Modo 1 y Modo 2) la primera concerniente al enterratorio de párvulos en urnas y la segunda a inhumaciones en cista. La asociación de las piezas de ajuar o la cantidad de individuos inhumados en cada caso permanece lamentablemente en la incógnita.

Selección de los Atributos de Análisis

Tal como lo planteara O’Shea (1984) aún cuando el análisis del comportamiento mortuorio esté basado en muestras pequeñas o se disponga de computadoras y programas que ayuden a procesar los datos, examinar en profundidad *todas* las posibles relaciones entre atributos es una tarea de dimensiones colosales. Particularmente en nuestro caso, pensamos que el análisis de asociación de todas las variables relevadas sería además una tarea infructuosa debido a la ya comentada disparidad en calidad y cantidad de información relevada.

Es por eso que, a fin de lograr un análisis más consistente, hemos decidido limitar las comparaciones a una serie de atributos, atendiendo al consejo metodológico de O’Shea en tanto “(i)t is possible to specify a small set of regularly occurring attributes that can be used as referents to monitor potentially significant attribute

configurations” (O’Shea 1984:41). Dado que nuestro principal objetivo es contextualizar regional y cronológicamente las muestras analizadas, la selección de las variables (o atributos) estuvo determinada por su aparición *en los casos de estudio* a fin de evaluar su comportamiento espacial y temporal en el resto de la muestra. Fundamentalmente -y en directa relación a la cantidad de información disponible- el análisis se centra en dos aspectos comunes en los análisis de comportamiento mortuario:

- (1) Las categorías de entierro y**
- (2) Los objetos de ajuar asociado**

Aparte de ello, se realizan algunas *consideraciones* sobre otros aspectos del comportamiento mortuario:

- (3) La “cubierta” de las tumbas,**
- (4) Las evidencias directas e indirectas del quemado de los individuos y**
- (5) El emplazamiento de las tumbas en relación al área de habitación**

Los dos primeros atributos pudieron ser relevados en la mayoría de los contextos en la muestra, de aquí que fueran elegidos para analizarlos en primer lugar. Para los otros tres atributos la ausencia de registro fue mayor, por lo que necesariamente el análisis debió ser encarado de forma exploratoria, realizando algunas reflexiones sobre el estado de los conocimientos al respecto. Desde luego, existen muchos otros rasgos relevantes al estudio de las prácticas mortuorias, pero lamentablemente, la inconsistencia del registro disponible nos impidió tratarlos adecuadamente. Algunas publicaciones, por ejemplo, dedican mayor detalle a otras cuestiones -en general relacionadas con el análisis estilístico de la cerámica recuperada- y tan sólo nombran la presencia de restos humanos, muchas veces sin siquiera estimar el número mínimo de individuos presentes. Por otro lado, si bien la edad de los inhumados es aproximada en casi todas las publicaciones, en ningún caso se estipula la metodología utilizada para determinarlo, ni se definen las diversas categorías utilizadas (e.g. “párvulo”, “niño”, “infante”, “subadulto”, “juvenil”, “adulto joven”, “adulto maduro”, entre otras) (sobre este problema, ver también Baldini y Baffi 2003:45). Sólo en casos excepcionales se describen rasgos como el sexo o la presencia/ausencia de deformación cefálica.

Asimismo, son pocos los trabajos que detallan la posición y orientación de los restos dentro la tumba o de la tumba respecto de otros rasgos del paisaje. Aún así, hemos logrado desarrollar una metodología acorde para estudiar el comportamiento mortuario a partir de los datos publicados en la región.

Para un desarrollo más claro de las ideas, el análisis se inicia con la descripción del patrón observado en los casos de estudio (Lampacito, El Bañado-La Vaquería y Campo Colorado); a continuación se establecen frecuencias¹ sobre cada variable para el resto de la muestra, a fin de determinar la existencia de tendencias consistentes en cuanto a la edad de los inhumados o en relación a la distribución espacial y cronológica de los casos.

La asociación de los rasgos con la *edad* de los individuos nos permitirá indagar sobre posibles tratamientos diferenciales en las pautas de inhumación de los distintos grupos de edad. Como se dijo anteriormente, dado que en general el uso los términos “párvulo”, “infante”, “niño”, “juvenil”, “maduro”, etc. fue poco preciso y acrítico en las publicaciones, hemos simplificado el relevamiento de esta variable en dos únicas categorías etarias: “adulto” y “subadulto”.

La dispersión *espacial* de los rasgos permitirá evaluar, entre otras cosas, si su distribución covaría con los límites ecológicos (e.g. de valles y yungas) o si las distribuciones son independientes de las delimitaciones de áreas y regiones de uso corriente en la arqueología del Noroeste argentino.

La distribución *cronológica*, establecida dentro de ciertos límites, permitirá detectar tendencias temporales en la dispersión de los rasgos. En particular nos interesa determinar prácticas “contemporáneas” dentro de un lapso acotado a la dispersión cronológica adscripta a los casos de estudio. No obstante, debemos reconocer que el análisis cronológico tiene una serie de limitaciones por lo que debe ser tomado con cautela. En primer lugar, no todos los contextos poseen una cronología asociada, por lo que en esta parte del análisis la muestra original se verá reducida notablemente. Por otro lado, los contextos que sí han sido acotados en el tiempo, lo han sido a partir de

¹ Las frecuencias se expresan proporcionalmente sobre el total de los casos muestreados.

distintas fuentes: fechados radiocarbónicos realizados directamente sobre los individuos inhumados, fechados radiocarbónicos sobre distintos sectores de un sitio (y no precisamente sobre las tumbas) y adscripciones cronológicas hechas a partir de las secuencias establecidas en otros sitios o por comparación de estilos cerámicos. Los problemas en este sentido, son evidentes. Aún así, hemos tenido en cuenta todas las resoluciones temporales -a pesar de su grado de confiabilidad altamente variable- a fin de maximizar la cantidad de casos plausibles de ser incluidos en esta parte del análisis. Volveremos a tratar este tema más adelante.

Lamentablemente, no hemos podido tener en cuenta la variable sexo dado que ésta no había sido determinada en prácticamente ningún caso muestreado.

Finalmente, debido a la complejidad que supone evaluar una gran cantidad de variables por tumba y sus distintas combinaciones, se efectúa un **Análisis de Correspondencias** a fin de observar si existen conexiones entre todas las variables y las tumbas relevadas que no hayan sido percibidas en los análisis previos. Este tipo de análisis es útil a este fin dado que logra reducir una gran cantidad de datos (esto es, un espacio multidimensional) en unas pocas dimensiones -generalmente dos- conservando la mayor cantidad de información posible (Bølviken et al 1982). Una segunda ventaja consiste en que las relaciones entre variables, las relaciones entre casos y las relaciones entre variables y casos pueden analizarse conjuntamente y ser representadas en un diagrama de dispersión (Shennan 1988 [1992]:282). La ubicación relativa de los casos y variables (*unidades* y *tipos* en la nomenclatura del programa) entre sí y respecto de los ejes representa gráficamente las asociaciones establecidas en el análisis.

Los datos fueron introducidos por presencia/ausencia siguiendo los lineamientos generales establecidos por Johansson (1996). En este sentido, las tumbas fueron consideradas como “unidades” y los atributos de las variables como “tipos”. En estos últimos se incluyeron: el modo de inhumación (directo, en urna, en cista), la edad del inhumado (adulto, subadulto), el número de individuos inhumados por tumba (individual, múltiple) y el tipo de ajuar asociado (cerámicas, adornos, armas, manos/morteros, pipas, textiles). Los datos fueron procesados con el programa *BASP* (*Bonn Archaeological Software Package*) para Windows.

Consideraciones Sobre el Alcance de las Conclusiones

Es pertinente aquí hacer algunas consideraciones sobre el alcance de nuestras conclusiones. Como ya dijimos, debido a la escasez de información disponible en un lapso de tiempo tan amplio (aproximadamente 1500 años), los contextos relevados difícilmente puedan ser considerados representativos de la variabilidad de prácticas mortuorias existentes durante el Formativo. De tal manera, sugerimos que los patrones y conclusiones que aquí sean expresados, sean tomados como una *síntesis general* del estado actual del conocimiento sobre las prácticas mortuorias del Formativo en el área acotada. Parfraseando a O'Shea (1984:30), nuestras conclusiones funcionan como enunciados mínimos ("*minimmum statements*") en tanto la representación negativa de un rasgo (o la ausencia de información) no implica necesariamente que ese rasgo no existiera. De todas maneras, el criterio de consistencia interna es respetado en tanto aplicamos la misma pauta de análisis a todos los sitios por igual, lo que hace que las conclusiones sean internamente consistentes e interpretables. En suma, no pretendemos hacer de los patrones observados conclusiones categóricas, sino más bien, mostrar un estado de situación a través de una vía de análisis particular que permita tener una visión más clara en torno a la variabilidad de prácticas mortuorias del Formativo.

Delimitación del Área de Estudio

En términos de extensión espacial, este es un análisis regional. En sentido longitudinal los límites fueron trazados arbitrariamente entre los 24° y 27° de Latitud Sur; en sentido transversal, nos hemos circunscripto a la dispersión de las unidades ecológicas de valles y yungas tal como se indica en el mapa (ver Figura 65).

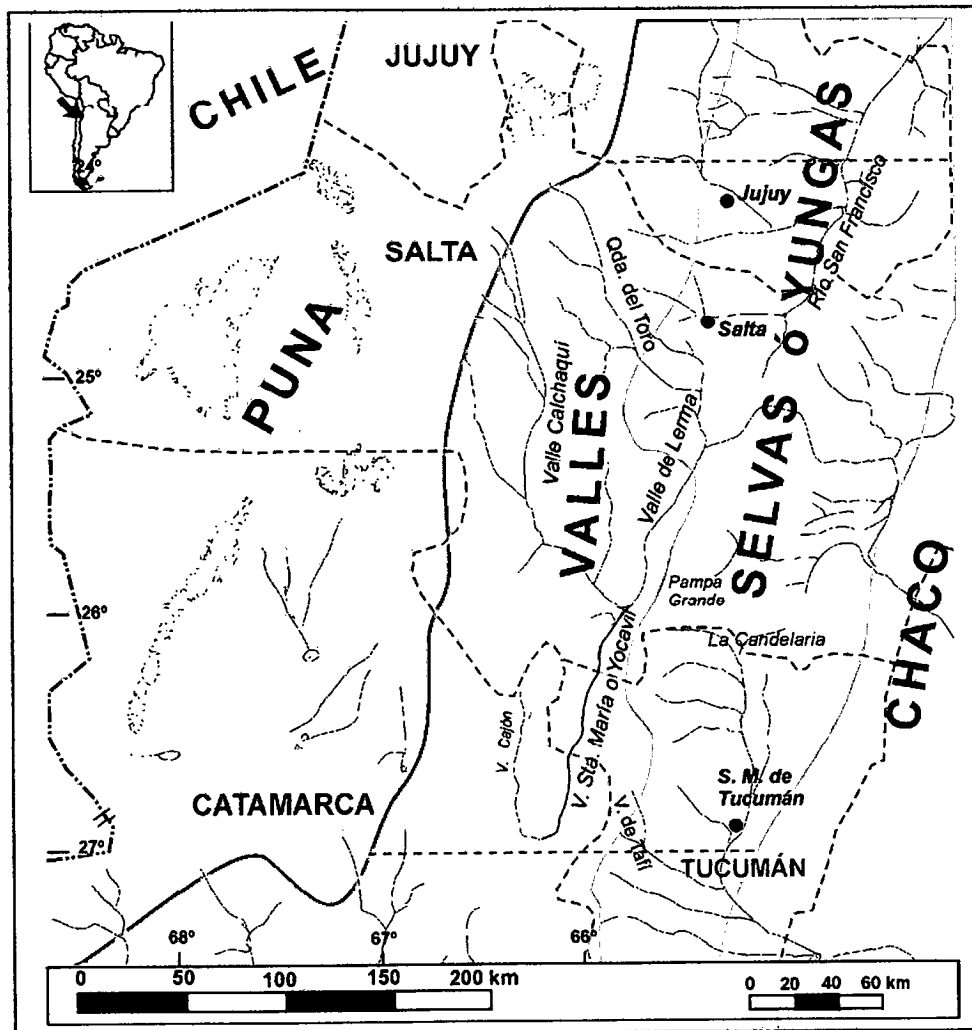


Figura 65: área de estudio y subregiones.

La lógica de esta delimitación -si bien arbitraria- está orientada a incluir las regiones circundantes a los casos de estudio y las que entre ellos quedaran comprendidas.

Dentro de la región que homogéneamente hemos denominado “de valles” quedan comprendidas las unidades geográficas del Valle de Santa María, el Valle

Calchaquí y la Quebrada del Toro. Las “yungas”, por su parte, incluyen las regiones conocidas en la arqueología como Área del Río San Francisco, Valle de Lerma, La Candelaria/Pampa Grande y el Valle del Tafi/La Ciénega.

Los Contextos Funerarios Relevados

Los contextos funerarios formativos que han sido publicados dentro del área de estudio son los siguientes (ver Figura 66):

En el Valle de Santa María, **“Pajanguillo”** y **“Santa María”** (Weiser MS, citado en Scattolin 2000); **“El Remate”** (Aschero y Ribotta 2004); **“El Bañado”** (Pelissero y Difrieri 1981); **“Fuerte de Quilmes-Punta de Pabellón”** (Stenborg y Muñoz 1999); **“El Bañado-La Vaquería”** y **“Lampacito”** (Scattolin et al en prensa); **“Banda de Arriba”** (Lo Celso 2001, 2004, Subelza 2002). Además, si bien no ha sido incluido en este lugar, es preciso señalar el reciente hallazgo de una tumba temprana realizado por el equipo de la Dra. Tarragó en la localidad de Andalhuala, que deberá ser incluido entre los más recientes hallazgos del área de estudio.

En el Valle Calchaquí, **“Campo Colorado”, “Salvatierra”, “Jaime”** y **“Potrero Gutiérrez”** (Tarragó y Díaz 1977, Tarragó 1980, 1996).

En la Quebrada del Toro, **“Cerro el Dique”, “Potrero Grande”, “Las Cuevas”, “La Mina”, “Las Capillas”, “La Encrucijada”** (Cigliano 1969, Cigliano, Raffino y Calandra 1972, 1976, Raffino 1977) y **“Gólgota”** (Boman 1908).

En el área de Tafi/La Ciénega, **Tafi del Valle-“La Bolsa (Km 75,5)”** (Berberían y Nielsen 1988); **“Tafi-Sitio 4 (Km 64-66)”** y **“El Mollar (Sitio Km71)”** (González y Nuñez Regueiro 1960); **“Tafi del Valle”-rescate** (Neyra et al 2003, Neyra y Valverde 2004); **“Río las Piedras”** (Cremonte 1996); **“La Ciénega-Grupo de los Corrales”** (Quiroga 1921).

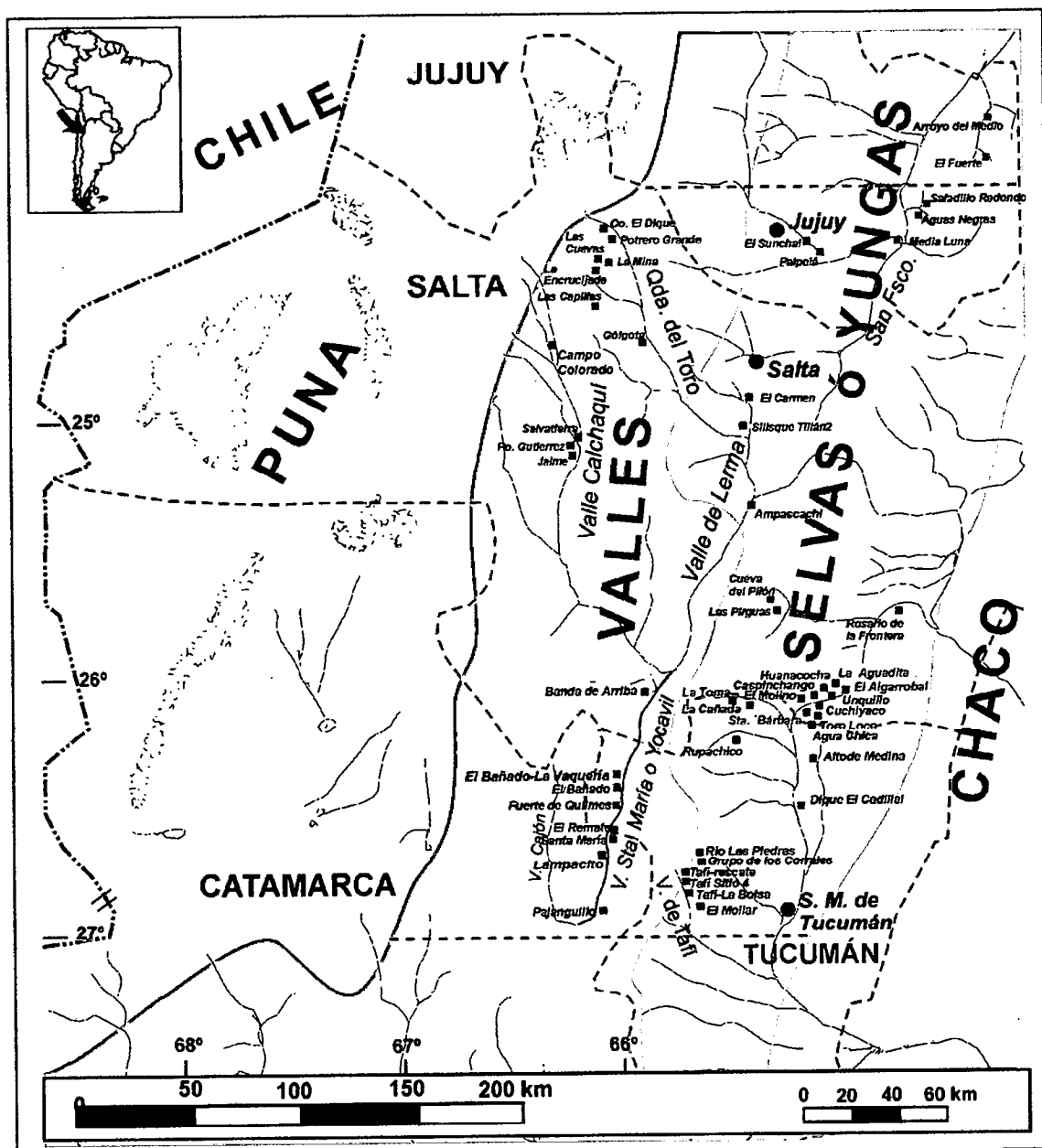


Figura 66: contextos funerarios relevados en el área de estudio.

En el área de La Candelaria, “Alto de Medina-Sitio 1” (Krapovickas 1968); “Rupachico” (Heredia 1968); “Dique el Cadillal” (Berberían, Azcárate y Caillou 1977); “La Toma” y “La Cañada” (Campanella 1936); “Cuchiyaco”, “Paso de los Antiguos”, “Santa Bárbara”, “El Molino”, “Caspinchango”, “Huanacocha”, “Agua Chica” y “Unquillo” (Rydén 1932, 1936); “La Aguadita” y “El Algarrobal” (Heredia 1971); “Pampa Grande” (Ambrosetti 1906, Aparicio 1941); y “Las Pirguas” (Gonzalez 1972).

En el Valle de Lerma, **“Ampascachi”** (Menghin y Laguzzi 1967); **“El Carmen”** (Boman 1908); **“Rosario de la Frontera”** (Torres 1921) y **“Silisque Tilián 2”** (Escobar 1996).

En el Area del Río San Francisco, **“Arroyo del Medio”** (Boman 1903), **“El Fuerte”** (Dougherty, De Feo y Fernández 2003), **“El Sunchal”** (Lucas et al 1997, citado en Ortiz 2003), **“Media Luna”** y **“Aguas Negras”** (Ortiz 2003), **“Saladillo Redondo-Arroyo El Quemado”** (Nordenskiöld 1902, citado en Ortiz 2003), **Palpalá** (Dougherty 1974). Pese a que los contextos de Arroyo del Medio y El Fuerte quedan fuera de los límites establecidos, hemos decidido incluirlos debido a que estos pertenecen al Área del Río San Francisco (Ortiz y Ventura 2003).

Ahora bien, de todos los contextos relevados, algunos presentaron dificultades al momento de ser incluidos en el análisis. Así por ejemplo, en el yacimiento de Pampa Grande (Ambrosetti 1906) no nos fue posible -a partir de la sola lectura de la publicación- realizar una discriminación clara de los entierros **“tempranos”** y **“tardíos”** que estarían allí representados. En cuanto a los entierros hallados por Aparicio (1941) en la Cueva del Pilon, aunque conocemos las categorías de entierro presentes (directo y en urna) así como la edad y el sexo estimado de los inhumados (Constanzó 1941), la ausencia de una publicación detallada sobre los materiales culturales y su asociación con los individuos restringió su inclusión en el análisis. Inversamente, de la tumba hallada en Pajanguillo (Weiser MS, citado en Scattolin 2000) conocemos el ajuar recuperado pero no su contenido humano. Por otro lado, del contexto procedente de una reciente excavación en El Remate (Aschero y Ribotta 2004), así como de las tareas de rescate que se vienen realizando en Tafi del Valle (Neyra et al 2004) carecemos por el momento de una publicación detallada, lo cual, al igual que en los casos anteriores dificultó su inclusión en este análisis.

Por otro lado, el **“Montículo”** de El Mollar de Tafi (González y Nuñez Regueiro 1960) presenta una situación particular dentro de la muestra. Dos esqueletos humanos completos y varios fragmentos de huesos humanos aparecieron dispersos en las capas de esta estructura. Sin embargo, a pesar de esta presencia, la estructura no fue incluida dentro de las prácticas funerarias (como sí lo fueron los entierros hallados en el patio de

los recintos del Sitio 4) y en cambio, la interpretación ha contemplado una “*funcionalidad específicamente ceremonial*” para esta estructura (Tartusi y Nuñez Regueriro 1993:18). Para incluirlo en el análisis, hubiésemos tenido que clasificarlo como “entierro directo, sin ajuar, etc...” lo cual, creemos, enmascara la interpretación original o, por el contrario, deberíamos haber creado una categoría especial (e.g. “entierro ceremonial”) siendo este el único caso en la muestra, aislándose del resto. Lo que es más, para los objetivos de este análisis, ninguna de ambas situaciones hubiese modificado significativamente los resultados por lo que hemos decidido no incluirlo en los análisis que siguen. No obstante ello, la mención que aquí realizamos de este hallazgo deberá servir para no obviar su presencia y su carácter particular en el área relevada.

Asimismo, hemos decidido no incluir en esta parte del análisis el hallazgo 2-019 y 2-020 de Campo Colorado -que recordemos, corresponde a uno pocos fragmentos de cráneo y mandíbula de un subadulto en los niveles de un basural- ya que no se reconoció ninguna demarcación de tumba y por tanto, preliminarmente fue interpretado como “restos humanos en zonas de descarte” (Tarragó comunicación personal). Por otro lado, los cementerios conocidos como “Salvatierra”, “Potrero Gutiérrez” y “Jaime”, si bien son nombrados en la literatura (ver Tarragó 1996), su descripción detallada aún no ha sido publicada por lo que no podrán ser incluidos en el análisis. Finalmente, de la gran cantidad de hallazgos reportados por Rydén (1936) en La Candelaria, hemos seleccionado algunos para incluir en la muestra. En la mayoría de los casos, la lógica de la selección tuvo en cuenta aquellas urnas donde se hubiera constatado la presencia de restos humanos.

A partir de esta *preselección* sobre la muestra original, en el cuadro que sigue, hemos consignado las tumbas (o los modos de entierro) seleccionados para analizar en esta segunda parte del trabajo. A continuación del cuadro, se ofrece una breve síntesis descriptiva sobre los contextos funerarios.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Nº	Sitio	Tumbas/Modos identificados	Referencia
1	Pajanguillo	Tumba	Weiser (1920, citado en Scattolin 2000)
2	Santa María	Tumba	Weiser (1920, citado en Scattolin 2000)
3	Lampacito	Tumba	Scattolin et al (en prensa)
4	El Bañado-La Vaquería	Tumba	Scattolin et al (en prensa)
5	El Bañado	Modo 1	Pelissero y Difrieri (1981)
6	El Bañado	Modo 2	Pelissero y Difrieri (1981)
7	Fte. de Quilmes-Punta de Pabellón	Tumba	Stemborg y Muñoz (1999)
8	Banda de Arriba	Modo 1	Lo Celso (2001, 2004) Subelza (2002)
9	Banda de Arriba	Modo 2	Lo Celso (2001, 2004) Subelza (2002)
10	Cerro El Dique T1	Tumba	Raffino (1977)
11	Cerro El Dique T2	Tumba	Raffino (1977)
12	Cerro El Dique T3	Tumba	Raffino (1977)
13	Cerro El Dique T4	Tumba	Raffino (1977)
14	Cerro El Dique T6	Tumba	Raffino (1977)
15	Cerro El Dique T7	Tumba	Raffino (1977)
16	Cerro El Dique T10	Tumba	Raffino (1977)
17	Cerro El Dique T11	Tumba	Raffino (1977)
18	Potrero Grande T1	Tumba	Raffino (1977)
19	La Encrucijada T1	Tumba	Raffino (1977)
20	Las Capillas T1	Tumba	Raffino (1977)
21	Las Cuevas T1	Tumba	Raffino (1977)
22	Las Cuevas T2	Tumba	Raffino (1977)
23	Las Cuevas T3	Tumba	Raffino (1977)
24	Las Cuevas T4	Tumba	Raffino (1977)
25	La Mina T1	Tumba	Raffino (1977)
26	Campo Colorado E1	Tumba	Tarragó (MS, 1980)
27	Campo Colorado E2	Tumba	Tarragó (MS, 1980)
28	Campo Colorado E3	Tumba	Tarragó (MS, 1980)
29	Campo Colorado E4	Tumba	Tarragó (MS, 1980)
30	Campo Colorado E5	Tumba	Tarragó (MS, 1980)
31	Gólgota	Modo 1	Boman (1908)
32	Gólgota T1	Tumba	Boman (1908)
33	Gólgota T2	Tumba	Boman (1908)
34	El Carmen T1	Tumba	Boman (1908)
35	Pampa Grande (Aparicio)	Modo 1	Constanzó (1941)
36	Pampa Grande (Aparicio)	Modo 2	Constanzó (1941)
37	Rosario de la Frontera U1	Tumba	Torres (1921)
38	Rosario de la Frontera U2	Tumba	Torres (1921)
39	Rosario de la Frontera U3	Tumba	Torres (1921)
40	Rosario de la Frontera U4	Tumba	Torres (1921)
41	Cuchiyaco (fig. 10)	Tumba	Rydén (1936)
42	Cuchiyaco (fig. 11)	Tumba	Rydén (1936)
43	Paso de los Antiguos (fig. 14b)	Tumba	Rydén (1936)
44	Paso de los Antiguos (fig. 16)	Tumba	Rydén (1936)
45	Santa Bárbara (fig. 27)	Tumba	Rydén (1936)
46	Santa Bárbara (fig. 29)	Tumba	Rydén (1936)
47	Santa Bárbara (fig. 30)	Tumba	Rydén (1936)
48	El Molino	Tumba	Rydén (1936)
49	Caspinchango (fig. 43, 44)	Tumba	Rydén (1936)
50	Caspinchango	Tumba	Rydén (1936)
51	Caspinchango (fig. 45)	Tumba	Rydén (1936)
52	Huanacocha (fig. 54, 55)	Tumba	Rydén (1936)
53	Huanacocha (fig. 60)	Tumba	Rydén (1936)
54	Huanacocha (fig. 63)	Tumba	Rydén (1936)
55	Agua Chica	Tumba	Rydén (1936)
56	Unquillo (fig. 75)	Tumba	Rydén (1936)
57	La Aguadita (urna 1c)	Tumba	Heredia (1971)
58	La Aguadita (urna 2)	Tumba	Heredia (1971)
59	La Aguadita (urna 3)	Tumba	Heredia (1971)
60	La Aguadita (urna 4)	Tumba	Heredia (1971)
61	El Algarrobal (fig. 15)	Tumba	Heredia (1971)
62	El Algarrobal (fig. 16)	Tumba	Heredia (1971)

63	El Algarrobal (fig. 17)	Tumba	Heredia (1971)
64	Las Pirguas	Modo 1	Baldini y Baffi (1996)
65	Las Pirguas	Modo 2	Baldini y Baffi (1996)
66	Las Pirguas	Modo 3	Baldini y Baffi (1996)
67	Las Pirguas	Modo 4	Baldini y Baffi (1996)
68	Las Pirguas (Hallazgo 42)	Tumba	Baldini y Baffi (1996)
69	Las Pirguas (Hallazgo 44)	Tumba	Baldini y Baffi (1996)
70	La Toma (urna 1)	Tumba	Campanella (1936)
71	La Toma (urna 2)	Tumba	Campanella (1936)
72	La Toma (urna 3)	Tumba	Campanella (1936)
73	La Toma (urna 4)	Tumba	Campanella (1936)
74	La Cañada (urna 1)	Tumba	Campanella (1936)
75	Rupachico (hallazgo 1)	Tumba	Heredia (1968)
76	Rupachico (hallazgo 2)	Tumba	Heredia (1968)
77	Rupachico (hallazgo 3)	Tumba	Heredia (1968)
78	Alto de Medina-Sitio 1	Tumba	Krapovickas (1968)
79	Ampascachi (yacimiento II)	Tumba	Menghin y Laguzzi (1967)
80	Ampascachi (yacimiento III)	Tumba	Menghin y Laguzzi (1967)
81	Silisque Tilián 2 (T1)	Tumba	Escobar (1996)
82	Silisque Tilián 2 (T2)	Tumba	Escobar (1996)
83	Silisque Tilián 2 (T3)	Tumba	Escobar (1996)
84	Tafi del Valle-La Bolsa (E1)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
85	Tafi del Valle-La Bolsa (E2)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
86	Tafi del Valle-La Bolsa (E3)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
87	Tafi del Valle-La Bolsa (E4)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
88	Tafi del Valle-La Bolsa (E5)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
89	Tafi del Valle-La Bolsa (E6)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
90	Tafi del Valle-La Bolsa (E8)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
91	Tafi del Valle-La Bolsa (E9)	Tumba	Berberián y Nielsen (1988)
92	Tafi del Valle-Sitio 4	Modo 1	González y Nuñez Regueiro (1964)
93	Tafi del Valle-Sitio 4	Modo 2	González y Nuñez Regueiro (1964)
94	Dique El Cadillal (U415)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
95	Dique El Cadillal (U396)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
96	Dique El Cadillal (U397)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
97	Dique El Cadillal (f. 16)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
98	Dique El Cadillal (E4)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
99	Dique El Cadillal (U298)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
100	Dique El Cadillal (f.23)	Tumba	Berberián, Azcárate y Caillou (1977)
101	Arroyo del Medio (urna 1)	Tumba	Boman (1903)
102	Arroyo del Medio (urna 2)	Tumba	Boman (1903)
103	Arroyo del Medio (urna 3)	Tumba	Boman (1903)
104	Arroyo del Medio (urna 4)	Tumba	Boman (1903)
105	Arroyo del Medio (urna 5)	Tumba	Boman (1903)
106	Arroyo del Medio (directo)	Tumba	Boman (1903)
107	Río Las Piedras (UCI)	Tumba	Cremonte (1996)
108	La Ciénaga-Grupo de los Corrales	Modo 1	Quiroga (1921)
109	La Ciénaga-Grupo de los Corrales	Modo 2	Quiroga (1921)
110	Saladillo Redondo-A. El Quemado	Modo 1	[Nordenskiöld 1902] citado en Ortiz 2003
111	Saladillo Redondo-A. El Quemado	Modo 2	[Nordenskiöld 1902] citado en Ortiz 2003
112	El Sunchal	Tumba	[Lucas et al 1997] citado en Ortiz 2003
113	Media Luna	Tumba	Ortiz 2003
114	Aguas Negras	Tumba	Ortiz 2003
115	Palpalá	Modo 1	Dougherty (1974)
116	El Fuerte	Modo 1	Dougherty, De Feo y Fernández (2003)

Tabla 9: Contextos (Tumbas y Modos) relevados en el análisis

Breve Descripción de los Contextos Muestreados

Los Valles

1. Valle de Santa María

A principios de siglo, Weiser recorre varias zonas del noroeste argentino. En su paso por el Valle de Santa María explora las localidades de “Punta de Balasto, Pajanguillo, Ampajango, Entre Ríos (Shiquimil), el área de Santa María misma, Molino el Puesto, Caspinchango, Masao, Quilmes y El Bañado...” (Scattolin 2000:66). A pesar de la cantidad de contextos funerarios excavados, la recuperación de materiales del período Formativo fue notablemente escasa. En **Pajanguillo** halló una tumba conteniendo tres objetos: “*un vaso de estilo Condorhuasi policromo con cuello y cuerpo globular, una escudilla gris-negra pulida, simple, con dos asas pequeñas zoomorfas en relieve y una ollita negra tosca de cocina (piezas #5004, 5049 y 5050 colección Muniz Barreto, Museo de La Plata, Weiser 1920, ver Tarragó y Scattolin 1999: Figura 2h)*”; pero, como dijimos antes, lamentablemente no registró ilustraciones ni recuperó los restos humanos.

El segundo hallazgo fue realizado por Weiser, en las afueras de **Santa María**. Se trataba de un entierro de un adulto y un “*vaso antropomorfo femenino dentro de una tinaja (piezas n° 4451 y 5059 colección Muniz Barreto, Museo de La Plata; ver González 1977: Figura 80)*” incluido a modo de ajuar. Afortunadamente registró una ilustración del contexto en su libreta de campo, pero no recuperó los restos óseos que a, juzgar por su registro gráfico, yacían extendidos al costado de la tinaja (ver Scattolin et al, en prensa). Además de estos objetos, en el esquema de la libreta de Weiser figuran un “*arma de madera*”, un “*tejido*” y otros dos “*pucos*” (piezas n° 1524 y 1535), ninguno de los cuales fue hallado en el Museo de La Plata (Scattolin comunicación personal).

Recién en la década del '80 Pelissero y Difrieri (1981) publican nuevos hallazgos de contextos funerarios en el área. Las excavaciones fueron realizadas en las proximidades de la localidad de “**El Bañado**” (Quilmes), un asentamiento que presentaba “*fondos de vivienda... de planta cuadrangular*” (op. cit.:61) y que fuera

adscripto al período Formativo en base a la presencia de material cerámico “*casi puramente La Candelaria*” (op. cit.:62). Los autores describen dos modalidades distintas en la disposición de los muertos: una, de párvulos en urnas toscas y otra, de entierros en cista de planta oval y techo en falsa bóveda; estas son descritas de la siguiente manera:

“En estas ruinas hemos hallado **algunas grandes vasijas de tipo tosco**, con la superficie alisada y sin decoración, con base convexa, **dentro de las cuales había depositados los enterratorios de párvulos**, acompañados por su ajuar consistente en pequeñas piezas de alfarería que se remontan a la Fase Diablo de la Cultura Condorhuasi una pieza de cuerpo doble con rasgos antropomorfos monstruosos sobre el cuello de uno, y decoración incisa geométrica en el otro; la pieza realizada en pasta negra, muy bien cocida, con piernas muy estilizadas en forma cónica. Esta pieza, que por su asignación cultural debemos ubicar como fabricada en los estadios más tempranos del desarrollo cultural de la zona o sea a partir del 100 d.C. o quizás antes aún, estaba acompañada por otras que podemos asignar a la fase Choromoro de la Cultura La Candelaria, como ser jaritas globulares de pasta negra, con aplicaciones por pastillaje de rasgos ornitomorfos en cuello y cuerpo, este último por lo general asimétrico. Otras piezas son escudillas tronco-cónicas de pasta negra y roja sin decoración. Todas estas piezas, además de una jarrita con decoración Ciénaga –negro inciso- estaban dentro de la mayor que estaba a su vez en posición acostada sobre el fondo de la vivienda, con la boca tapada por una laja y con otra apoyada sobre el fondo. Esta sería una modalidad de enterratorio, pero hemos hallado también **una segunda que consiste en una cista de 1m de profundidad, de planta oval y con tapa hecha de piedras planas en falsa bóveda** en este tipo de tumba, la disposición de la cual era otra: aquí las piezas estaban distribuidas por la cavidad acompañando el cadáver, del que sólo quedaba algunos restos de huesos en muy mal estado de conservación, dado lo permeable del suelo –arenoso- que permitiría el paso del agua hasta el contacto con los restos orgánicos, acelerando así su destrucción.” (Pelissero y Difrieri 1981:61-62, resaltado mío).

Aunque los autores no lo especifican, es posible que la cista estuviera destinada a la inhumación individual de un adulto. Las vasijas, originalmente depositadas en el Museo de Quilmes, actualmente no se encuentran expuestas (Scattolin, comunicación

personal) sin embargo una ilustración de las mismas puede verse en la publicación original.

Otro contexto de enterratorio proveniente del Valle de Santa María fue publicado por Stenborg y Muñoz (1999) en base un hallazgo hecho por Schreiter en 1930, en **Fuerte de Quilmes**, cerca de Punta de Pabellón. El hallazgo, también un enterratorio en urna, contenía el esqueleto de un infante acompañado por una máscara de resina, dos máscaras de cuero, dos cestas, un yesquero de madera, trenzados de fibras vegetales, un collar de *mastuerzo* (*Prosopis strombulifera*) y algunos fragmentos textiles (Stenborg y Muñoz 1992:239). Respecto de la urna indican que “*the type most likely to be described in those terms is probably the Candelaria urn*” (1999:240). Una de las máscaras ha sido datada por radiocarbono en unos 500 años a. C. (op. cit.:280).

2. Valles Calchaquíes

En Cafayate, el extremo sur del Valle, Calchaquí existe un sitio de enterratorios denominado “**La Banda de Arriba**” (Lo Celso 2001). La información recabada señala que se trata de un hallazgo fortuito, sobre el cual intervinieron luego profesionales arqueólogos (Lo Celso 2001, 2004, Subelza 2002). El contexto comprende un “*un sector destinado exclusivamente a ofrendas, sin restos óseos*”; un “*sector de entierro múltiple que comprende un gran número de individuos con ofrendas (un total de once piezas de alfarería decorada)*” y “*un sector de entierro individual con ofrendas más diversificadas: pieza de cerámica, cuentas de collar e instrumento de bronce*” (Lo Celso 2004). Según hemos sido informados, el entierro individual correspondería a un subadulto en urna (Subelza, comunicación personal). Por otro lado, hemos podido observar al menos cuatro de las vasijas y la pipa expuestas en la Municipalidad de Cafayate:

“se trata de una jarra roja pulida lisa con cuello de borde oblicuo y simetría dorsiventral... Una olla con cuello, roja pulida y lisa...Un tercer ejemplar es un botellón negro bruñido con cuerpo globular y cuello pequeño de borde con perfil oblicuo y asa en cinta vertical, el cual presenta una decoración grabada de un mismo personaje zootropomorfo, que parece estar fumando en pipa, repetido varias veces alrededor de cuerpo. Por último observamos un jarro de forma hiperboloide y base

subcónica, negro pulido con asa en cinta vertical, con la misma silueta de los jarros de estilo Ciénaga conocidos para el valle de Hualfin. El jarro presenta motivos grabados por sombreado zonal de gallardetes dispuestos en forma paralela y vertical, así como un registro punteado entre dos líneas paralelas, conformando un campo decorativo circunscripto que ocupa todo el sector hiperboloide. La pipa está incompleta pero presenta decoraciones incisas en el hornillo” (Scattolin et al, en prensa).

El área de Cachi es conocida la presencia de lugares de enterratorio del período Formativo, los cuales, sin embargo, permanecen aún sin publicar en detalle. Lo poco que sobre ellos conocemos ha sido referido por Tarragó (1996) y Tarragó y Díaz (1977):

Potrero Gutiérrez (SSalCac 26) “es un cementerio emplazado en el faldeo colindante con un potrero...las tumbas son circulares con tapas de lajas entre 0.6 y 1.50 m de profundidad. Como parte del ajuar se recuperó un jarro cilíndrico gris con pulimento en estrías y pintura post-cocción roja de clara filiación Tebenquiche (MAC 755, Fig. 5.1)” (Tarragó 1996:110)

Salvatierra “consiste en una importante área de cementerio en la cual se excavaron más de sesenta tumbas de forma prismática, construidas con grandes lajas que también se usaban de tapa. Además de los adornos de oro sobresale la recurrencia de los botellones negro bruñidos como elemento de ajuar...El fechado GX-1632 dio 2205 ±140 años C14 AP para una muestra de madera de la tumba 43.” (Tarragó 1996:110)

Jaime (SSalCac23) “se ubica en la margen derecha del río de Las Cuevas, consta de conjuntos de montículos enterrados y líneas de pircas que forman planos aterrazados sobre la ladera del cerro y un área de cementerio anexo (...) Sus relaciones pueden marcarse con Potrero Gutiérrez, Salvatierra y Campo Colorado y en el ámbito regional y a mayor distancia con Tafi y Tebenquiche” (Tarragó 1996:111)

A pesar de que la escasez de datos sobre estos sitios, hemos incluido su descripción en este lugar a fin de destacar su presencia dentro del área de estudio y en particular en una subregión (Cachi) donde la ausencia de datos funerarios del Formativo es tan notable.

3. Quebrada del Toro

En esta región se hallan una serie de asentamientos pertenecientes al período “Formativo Inferior” con abundantes evidencias de enterratorios (Raffino 1977). Los sitios publicados, en total seis, pueden ser ubicados cronológicamente en los primeros 400 años de la Era; son asemejables entre sí en tanto comparten rasgos como el lugar de emplazamiento y las características arquitectónicas (Raffino 1977:256). Dieciséis fueron las tumbas excavadas, distribuidas de la siguiente manera: Cerro el Dique (8); Potrero Grande (1); La Encrucijada (1); Las Capillas (1); La Mina (1) y Las Cuevas (4) (Raffino 1977:259). La ubicación de las tumbas con respecto al sitio puede ser interna, “*debajo del piso de patios centrales*” (Cerro el Dique, Las Cuevas, Las Capillas) o bien, externa “*ubicadas por fuera del perímetro de la aldea*” (Las Cuevas, Potrero Grande, Las Minas). Las tumbas para adultos son individuales “*en forma cilíndrica, con techo de lajas y paredes de suelo natural sin torteado*” (Raffino 1977:258). Al interior de la tumba, la posición de los esqueletos es “*genuflexa, de cúbito lateral*” y el cráneo orientado hacia el norte. Los subadultos fueron inhumados en urnas (Raffino 1977:272).

El sitio que más información proporcionó, por su tamaño y conservación, fue **Cerro el Dique**. Un fechado radiocarbónico CISC 123: 1690 +/- 50 AP ubica al sitio entre 230-470 d.C. (confianza 2 σ). Allí fueron halladas tumbas de adultos e infantes debajo del piso de los patios, en un caso, 7 tumbas de adultos fueron exhumadas bajo un mismo patio, y son descriptas de la siguiente manera:

“Se trata de pozos cilíndricos de paredes de tierra excavados en el piso de los patios centrales. Fueron hallados entre 1.30 y 2.50 m debajo del piso actual. Poseen techos de lajas bien contruidos, con diámetros superiores a al de los pozos que tapan. Por sus dimensiones estas tumbas sólo han permitido la inhumación de un adulto y en posición genuflexa, o bien enterratorios de carácter secundario. Los hallados hasta el momento pertenecen al primer caso. Las dimensiones promedio de estas tumbas oscilan entre 0.30 a 0.80 m para los diámetros del pozo; 0.30 a 0.80 m de altura; 0.50 a 1m para la tapa de lajas y 0.30 m de espesor de esta última (Lam III)” (Raffino 1977:260).

De las ocho tumbas, en seis se han podido recuperar restos óseos humanos. Todas eran tumbas individuales salvo por la Tumba 6 que contenía los restos “*de un adulto y un párvulo depositado al interior de un puco*” (Raffino 1977:272). La Tumba 1 y la Tumba 11 contenían individuos adultos en posición genuflexa y de cúbito lateral, misma posición que se repite en la Tumba 2, Tumba 3 y Tumba 10 -esta última especificando el lado: izquierdo y con el cráneo orientado al N- pero desconocemos si los esqueletos pertenecían a individuos adultos. En las tumbas 3, 10 y 11 se constató la deformación artificial de los cráneos aunque sin especificar el tipo (Raffino 1977:272-273); sin embargo, en una publicación anterior se postula la presencia del tipo Tabular Oblicuo para Potrero Grande/Las Cuevas (Cigliano, Raffino y Calandra 1972:235, cuadro).

Por su ajuar asociado, se destaca la Tumba 3 –individual- que poseía dos vasos cilíndricos, una olla subglobular, un hornillo de pipa con aplicación zoomorfa, una diadema de oro, un espejo de galena de forma cuadrangular con orificio y otra olla subglobular gris pulida depositada sobre la tapa de la tumba (Raffino 1977:283). En la Tumba 4 -que no contenía restos humanos- fueron halladas dos pipas de cerámica, tres vasos cilíndricos y cinco cuentas de collar de azurita de forma cilíndrica. En la Tumba 11, acompañando los restos de un individuo adulto se depositaron un brazalete de oro grabado, una pipa de cerámica y treinta cuentas de collar confeccionadas sobre malaquita, azurita y hueso (Raffino 1977:284). La Tumba 10 contenía dos ollas, un vaso y un hacha de piedra pulida. La Tumba 7, dónde aparentemente no han sido recuperados restos humanos, sí se recuperaron dos pucos hemiesféricos, uno de los cuales contenía materia orgánica y restos óseos de camélido, un vaso cilíndrico y una olla subglobular. Finalmente, las Tumbas 1, 2 y 6 son las que menor cantidad de ajuar contenían. En la Tumba 1 se hallaron un vaso zoomorfo y un puco; mientras que la Tumba 6, única múltiple, contenía un vaso cilíndrico y un puco hemiesférico acompañando los restos de un individuo adulto y de un párvulo depositado al interior de un puco. El único objeto hallado en la Tumba 2 fue un puco que acompañaba los restos del individuo (Raffino 1977: 272-273).

En el sitio **Potrero Grande**, fue hallada una única tumba emplazada a unos 300 metros al sur de la aldea. Al igual que las anteriores era cilíndrica y con techo de

lajas; contenía los restos deteriorados de un individuo adulto. Junto a él se encontraban dos piezas cerámicas: un vaso zooantropomorfo y un olla subglobular (Raffino 1977:274). El sitio fue fechado en CISC 126: 1710 +/- 50 AP (210-440 d.C.) (op. cit.).

En **La Encrucijada** también se realizó el hallazgo de una única tumba, a 1.50 metros de profundidad, aunque desconocemos el tipo de recinto en el cual se encontraba. Contenía un individuo adulto, en posición genuflexa cuyo cráneo había sido deformado artificialmente. Su ajuar estaba compuesto por una olla subglobular, una máscara antropomorfa de cerámica y una cuenta de collar (Raffino 1977:274).

Aparentemente, la tumba relevada en el sitio **Las Capillas** fue hallada accidentalmente por un agricultor. El ajuar que posiblemente hubiera acompañado al difunto estaba constituido por un puco, un plato de piedra pulida y un vaso de cerámica (Raffino 1977:274).

Las Cuevas, otra importante aldea formativa de la Quebrada del Toro, se ubica en la cabecera norte de la Quebrada de Las Cuevas. Comparte rasgos con los sitios antes comentados y también hay semejanzas con la aldea de Campo Colorado (Tarragó 1980, 1996). Posee cuatro fechados radiocarbónicos asociados CSIC-122: 2070+/-50 (210 a.C.-60 d.C.); GrN 5852: 2485+/-60 (790-410 a.C.); GrN 5399: 1965+/-30 (40 a.C.-90 d.C.) (Cigliano 1969); CSIC 121: 2150 +/-80 (390 a.C.-10 d.C.); en sentido amplio la aldea puede ubicarse cronológicamente “entre el 600 a.C. y el 400 d.C.” (Cigliano, Raffino y Calandra 1972:127). Uno de los rasgos que Las Cuevas comparte con Campo Colorado -y que está ausente en el resto de las aldeas Formativas de la Quebrada- es la presencia de túmulos constituidos por la superposición de elementos arquitectónicos como basurales, viviendas, patios y tumbas (Cigliano, Raffino y Calandra 1976:75, Tarragó 1980:41). En este sitio se constató la presencia de cuatro tumbas, todas ubicadas por debajo del piso de algún recinto. La Tumba 1, por debajo de un recinto circular grande, poseía forma cilíndrica y techo de lajas. Los restos humanos recuperados pertenecían a un individuo adulto. Como única pieza de ajuar se recuperó un puco gris pulido. La Tumba 2, hallada al interior del montículo oeste, debajo del piso de un recinto circular grande poseía, al igual que la anterior, forma cilíndrica y techo de lajas. Los restos óseos destruidos de un individuo estaban acompañados por una sola pieza de ajuar. Se trata de un vaso antropomorfo que representa una “cabeza

deformada artificialmente...con párpados cerrados, boca abierta y orejas con orificios para adornos” (Raffino 1977:274). La Tumba 3 también hallada al interior de un montículo repite el modo de planta circular y techo lajas. Esta tumba proporcionó “algunos restos óseos de un individuo adulto” (Cigliano, Raffino y Calandra 1976:82 nota al pie). El ajuar que acompañaba al individuo se destaca por la variedad y cantidad de ítems: un hacha de piedra pulida, un “lote de manos pequeñas de moler con restos de pigmento rojo”, restos de arcilla modelada y cruda, un “vaso efigie” de cerámica, un pulidor de piedra, una placa de caracol (pulidor), un fragmento de mica con perforación, un recipiente de caracol gris, un mortero pequeño de piedra con su mano –con restos de pigmento- y varios artefactos de piedra, entre ellos, puntas de proyectil de obsidiana (Raffino 1977:274). Finalmente, la Tumba 4 corresponde a la inhumación de un párvulo en urna ubicada debajo del piso del recinto L.C.U.H.3. La urna, de tipo ordinario, no contenía ajuar en su interior.

Finalmente, la última tumba excavada en la Quebrada del Toro fue hallada accidentalmente por un agricultor en el sitio denominado **La Mina**. La única referencia obtenida es que poseía techo de lajas y que el ajuar estaba compuesto por un vaso antropomorfo gris pulido que “representa una mujer con los brazos sobre el vientre” (Raffino 1977: 276)

A principios de siglo, en su paso por la Quebrada del Toro, Boman (1908:327) reporta la presencia de un “cementerio” en **Gólgota**. Allí se exhumaron varios entierros, al parecer directos, de individuos adultos en posición genuflexa con una “*piedra chata*” colocada por encima del cadáver. El autor reporta haber encontrado varios esqueletos enterrados en posición vertical “*con la piedra horizontalmente sobre la cabeza*” aunque otros parecen haber sido con el tiempo desplazados de esta posición. Los entierros eran múltiples o individuales; por otro lado, el ajuar parece haber sido bastante escaso: “*incluso las pequeñas escudillas de terracota se encontraban rara vez*” (op. cit.:328). Una de estas escudillas de 10 cm de diámetro es de “*pasta negruzca*” al parecer engobada en su interior y exterior; el resto de la cerámica es “*rústica, sin decorar, de un centímetro de espesor*” algunos presentan líneas grabadas (op. cit.:329); los fragmentos decorados son muy escasos. Alrededor del cuello de los esqueletos se recuperaron “*cuentas y pendientes de turquesa*”, son circulares, pulidas perforadas de entre 1 y 2 cm de diámetro y los pendientes triangulares u ovals, fueron hechos en

hueso. Se destaca el caso de un esqueleto que llevaba cuentas ubicadas detrás de la cabeza (“*tal vez un adorno para la cabellera*”), tres brazaletes de cobre ovalados de 1.6 cm de ancho. Otro caso destacable es un esqueleto que llevaba un collar de cuentas de turquesa y junto a él una plaquita de oro antropomorfa (op. cit.: 330). Este sitio ha sido ubicado temporalmente en el Formativo superior (Cigliano, Raffino y Calandra 1976:123)

Las Yungas

1. Área del Río San Francisco

A principios de siglo Boman (1903) reporta el hallazgo de enterratorios en **Arroyo del Medio** (Boman 1903:8). En la excavación se recuperaron cuatro urnas funerarias y un entierro directo de adulto en “*posición de sentado*”. Las urnas poseen base cónica, están grabadas con formas geométricas sobre el cuello, gollete y a veces en el cuerpo; asimismo poseen aplicaciones modeladas antropo y zoomorfas (ojos, nariz, boca, orejas). Las urnas varían entre 43 y 55 cm de altura y entre 29 y 35 cm de diámetro máximo y en todos los casos se hallaban mirando hacia el este (Boman op. cit.). En su interior, la urna N°1 contenía los restos de un niño y unos “*pedacitos de carbón*”; en la urna N° 2 se hallaron restos de un niño “*de menos de un año de edad*” junto con un collar de cuentas de nácar. Sobre la urna se encontraron fragmentos cerámicos pertenecientes al “*puco*” que habría servido de tapa (op. cit.:10-11). En la urna N°3 el puco se encontró entero; presentaba decoración grabada geométrica. Su contenido no es claro en su informe, pero Boman reporta que muy probablemente contuviera “*un esqueleto de niño como las otras*” (op. cit.:11). La urna N°4 contenía los restos de un esqueleto de “*niño tierno y unos pocos pedacitos de carbón*” y su tapa o “*puco*” está decorado con rombos grabados (op. cit.:12). Por encima de esta urna se colocaron además dos piedras planas. Finalmente, la urna N°5 se encontró apoyada sobre dos piedras planas y tapada con un puco con decoración geométrica grabada de líneas “*rayos*” y “*cabezas de serpientes*”. Al igual que en el caso anterior, dos piedras se colocaron por encima de la boca de la urna. En su interior se hallaron los restos de un “*niño de algunos meses de edad*” y algunos pedacitos de carbón (op. cit.:14). El

entierro directo de adulto fue hallado a 30cm por debajo de la urna N°4, en posición vertical y postura genuflexa. Llevaba un collar de cuentas de nácar (op. cit. 15).

La presencia de al menos un entierro directo de adulto en **Palpalá** fue reportada por Bernardo Dougherty en la década del '70; el autor ubica a este sitio entre los siglos III y VI d.C. (Dougherty 1974:146). Recientemente, Gabriela Ortiz publica algunos otros datos de este contexto, como la presencia de "*tierra quemada*" alrededor del individuo y la determinación del tipo de deformación cefálica como Tabular Erecta (Ortiz 2003:43).

Otro contexto excavado Bernardo Dougherty, **El Fuerte**, fue recientemente publicado por Carlos De Feo y Ana M. Fernández (Dougherty, De Feo y Fernández 2003). Aparentemente, y a juzgar por el gráfico publicado (op. cit.: fig3) los entierros corresponderían a dos individuos adultos asociados a unas estructuras circulares de piedra. Aunque a partir de la lectura del texto no queda claro, es posible que también estuvieran asociados a cuentas de valvas (*Strophocoeilus oblongus*) (op. cit.:81). Tanto los fragmentos óseos como las valvas fueron fechadas en LP-612 1820+-60 AP y LP-618 1620+-70 AP para el primer caso y LP-596 2500 AP para el segundo. Esta última fecha es sin embargo, tomada con precaución dado que el "efecto reservorio" podría estar indicando una fecha más tardía que la esperable (op. cit.:82).

En una recopilación hecha por Gabriela Ortiz (2003) respecto de los sitios con enterratorios del área, se señala la presencia entierros directos de seis individuos adultos en **Saladillo Redondo-Arroyo El Quemado** excavados por Nordenskiöld a principios de siglo. Uno de los individuos llevaba "*a la altura de la boca a manera de pipa, un hueso humano y otro, un plato de cerámica que cubría parcialmente el cráneo*". También se reporta el hallazgo de al menos dos individuos en **El Sunchal** publicados por Lucas y coautores en el año 1997. La misma Ortiz excava contextos de enterratorios en **Media Luna** y **Aguas Negras** correspondientes a un individuo adulto inhumado dentro de una "*estructura de combustión de las denominadas horno tipo campana*", en el primer caso y a un individuo juvenil depositado sobre una lente de cenizas, en el segundo (Ortiz 2003:49). Al parecer, todos los casos reportados corresponden a la categoría de entierros directos, a excepción tal vez, del individuo de Aguas Negras. Por otro lado, la autora postula que en todos los casos salvo en Saladillo

Redondo, los individuos presentan deformación cefálica del tipo “*tabular oblicua y posiblemente una variedad de la deformación anular*” (op. cit.).

2. Valle de Lerma

En 1901 Boman excava tres urnas que se encontraban expuestas en el perfil de un barranca del cementerio de **El Carmen** en el Valle de Lerma (Salta) (Boman 1908). A pesar del deterioro de los materiales Boman consigue describir con algún detalle las características de las urnas y los restos inhumados en ellas:

“Esta urna como las demás era de una tierra bastante mal cocida, de color rojo ladrillo, toscamente modelada, sin ninguna clase de decorado. Estaba provista de dos grandes asas laterales, horizontales, colocadas un poco mas arriba de la mitad de su altura. Las paredes tenían más o menos 0.01m de espesor...se perciben claramente las estrías dejadas por el rascador que sirvió para alisar el cacharro. La abertura de la urna era de 0.80m y su altura de 0.55m; el fondo estaba perforado en el centro y el diámetro del agujero tenía más o menos 0.025 m” (Boman 1908:259-260).

En su interior halla algunos restos humanos en muy mal estado de conservación pertenecientes al cráneo y el esqueleto poscranial de un individuo adulto. Determina que el cadáver había sido colocado “*entero, en posición acucillada con las piernas y los brazos plegados sobre el pecho y la cabeza inclinada hacia adelante*” (op. cit.:260). El único objeto descrito como posible ajuar asociado es una “*pieza de alfarería en forma de tonel sin fondo*” de pequeñas dimensiones sobre la cual no tiene registros previos (op. cit.:261). En cuanto a la disposición de las urnas dentro del cementerio, sabemos que estas se encontraban juntas, a menos de 1m de distancia cada una de ellas. Asimismo, calcula que la extensión total del cementerio debió haber sido muy grande pues describe restos de urnas en un área amplia, llegando a estimar el número de urnas enterradas en un centenar (op. cit.:261). Boman establece como característica distintiva de este y otros cementerios del Valle de Lerma el entierro de adultos en urnas toscas, sin decoración y la postura genuflexa del individuo; al mismo tiempo, destaca como característica negativa la ausencia de ajuar. Respecto de este sitio, Stig Rydén (1932:162, 1936:274) y Torres (1921:14) postulan relaciones con las urnas

provenientes de La Candelaria, de Rosario de La Frontera y las del estrato inferior de Pampa Grande.

En 1967 Menghin y Laguzzi excavan en **Ampascachi**, un sitio ubicado al oeste del río Guachipas y distante sólo 75 Km. de Cafayate (Menghin y Laguzzi 1967). Las tareas de campo llevadas a cabo en el Yacimiento II proporcionaron evidencias de un enterratorio directo de niño dentro de un recinto habitacional. Este hallazgo apareció en una zona de fogones donde predominaban los fragmentos de cerámica tosca junto con otra gris lisa y fina del tipo Candelaria y Barreales. En los alrededores de uno de estos fogones apareció el cráneo “*de un individuo infantil de más o menos 5 años*” (Menghin y Laguzzi 1967:26) en asociación con un puco con decoración incisa tipo Candelaria. Un fechado realizado sobre una muestra procedente de este sector dio como resultado KN-431: 1360 +- 120 AD. En el mismo sitio, el Yacimiento III es descrito como “*una zona de enterratorios*” (Menghin y Laguzzi 1967:26) donde se detecta la presencia de huesos humanos aflorando a una profundidad de 1.60m junto a los cuales se encontraron fragmentos de pucos similares a los hallados en el Yacimiento II (op. cit.: 28).

También en el Valle de Lerma, al sur de la localidad de Chicoana se encuentra el sitio **Silisque-Tilian 2** (Escobar 1996:33). Allí fueron localizadas tres tumbas: la primera de ellas, “*Tumba 1*” se localizo en el sector A del sitio y contenía un entierro directo de un hombre adulto. Según describe el autor, se trata de un entierro primario, el esqueleto había sido colocado en posición extendida, decúbito supino, con sus brazos a los lados del cuerpo y antebrazos y manos cruzados a la altura del abdomen y la pelvis; los miembros inferiores se cruzaban a la altura de las piernas. La orientación general del cuerpo es S.SE- N.NO con la cabeza algo inclinada hacia el SO. A modo de ajuar y próximo a los pies del individuo se colocó una vasija gris pulida, de cuerpo globular y base plana, con dos asas horizontales y cuello simple evertido. Sobre la tumba se colocaron bloques tabulares de piedras superpuestas e inclinadas (Escobar 1996:35). Un fechado radiocarbónico realizado sobre el fémur de este individuo ubica cronológicamente al conjunto alrededor del 700+-50 d.C. (LP.221-LAYTR-U.N.L.P.) (Escobar 1996:38). La “*Tumba 2*” fue localizada en el sector B del sitio. Corresponde como en el caso anterior, a un entierro primario, directo de adulto, en posición decúbito supino. Su cabeza se orientaba hacia el oeste (e inclinada hacia el sur) y los miembros

inferiores hacia el este. Los brazos descansaban a ambos lados del tronco y también aquí, los antebrazos y las manos se cruzaban sobre la zona pélvica. Sobre el cráneo y parte del tórax se halló un fragmento de cuerpo de vasija con superficie exterior alisada y marleada (Escobar 1996: 35). La tercer tumba fue un hallazgo realizado por el personal del Museo de Antropología de Salta en 1982, en el sector A del sitio. Coherente con los anteriores, corresponde a un entierro directo de adulto, de cuerpo extendido e incompleto. La dirección general del esqueleto es este-oeste y descansa sobre un bloque tabular. A modo de ajuar se reporta una pieza de alfarería gris de cuerpo bitrocónico y cuello evertido con “*decoración zonada incisa (en sector superior del cuerpo) combinando bandas oblicuas y verticales reticuladas, con hilera de círculos*” (Escobar 1996:35). A modo de síntesis, el autor apunta ciertos rasgos compartidos por las tres tumbas:

- a) “Son enterratorios directos en tierra, primarios (dos por lo menos), individuales y de adultos (dos por lo menos); los esqueletos están extendidos.
- b) Los tres poseen escaso ajuar cerámico.
- c) Las tumbas 1 y 2 comparten las características de posición de esqueleto.
- d) La tumba del corte 1 del MAS y la Tumba 2 comparten la orientación del esqueleto” (Escobar 1996:38).

El autor postula la coherencia de las tres tumbas dentro de lo que él denomina “*Fase La Viña del Valle de Lerma*” ubicada cronológicamente entre los 500 y 700 años d.C. (Escobar 1996:38). Esta adscripción cultural es corroborada por el fechado radiocarbónico de la Tumba 1, anteriormente comentado. Esta fase está estrechamente relacionada con el periodo Candelaria III definido por Heredia en la zona de Selvas Occidentales y en menor medida con el Formativo Superior de la Quebrada del Toro, tal como la definiera Raffino en 1977 (Escobar 1996:38).

3. Pampa Grande/La Candelaria

En 1941, Francisco de Aparicio realiza una expedición a **Pampa Grande**¹ (Guachipas, Salta) de la cual sin embargo, sólo poseemos una breve nota publicada en el Diario La Prensa (1941). Las excavaciones se realizaron en la Cueva del Pílon, lugar donde hallaron 25 morteros “*excavados directamente sobre el piso de piedra*”. La estratigrafía de la cueva mostró una superposición de arena y barro amasado con paja, y por debajo de estas, “*dos capas de arena y dos de ceniza alternadas*”. Los hallazgos realizados comprenden una urna conteniendo “*un verdadero osario*” de huesos humanos que el autor estima provienen de una inhumación secundaria. El siguiente hallazgo correspondió a una urna de menores dimensiones que la anterior, dentro de la cual se halló el cuerpo momificado de un adulto sentado “*sobre una capa de lana y cubierto con ceniza*”. A modo de ajuar se había colocado un “*vaso con decoración muy simple y dos canastas decoradas...conteniendo una cuchara de madera*”. Se recuperaron también dos urnas conteniendo los restos momificados de un párvulo cada una acompañada por una “*canastita*” y un “*mate*”, respectivamente. Otras dos urnas conteniendo “*criaturas de muy corta edad –recién nacidos, posiblemente- envueltos en una tela basta de aspecto de arpillera y acompañados de gran cantidad de ziros de maíz y algunos objetos menudos*”. Con respecto a las urnas, se las describe como “*simples tiestos de uso domésticos, de factura grosera*” y que todas ellas “*habían sido cubiertas con una capa del mismo barro, más finamente amasado*”, una de las urnas conservaba además la tapa adherida. Asimismo se han recuperado entierros directos de adultos “*momificados y entreverados unos con otros*” y contenidos por una “*defensa de piedra*”. En el relleno de la cueva también se recuperaron “*telas de tejido grueso, esteras, sogas torcidas y trenzadas, fragmentos de cuero, manos de molino, hachas y majaderos de piedra*” y varios restos humanos sueltos (huesos largos y ocho cráneos).

Posteriormente María de las Mercedes Constanzó estudió la muestra bioarqueológica recuperada, conformada por “*varias momias, adultas e infantiles, dos paquetes funerarios de párvulos...y once cráneos, además de ocho mandíbulas sueltas*” (Constanzó 1942:3); la presencia de cráneos “suelos” ha permitido suponer que se trataba de entierros en dos tiempos (Constanzó 1942:4). Los restos recuperados corresponden a 19 individuos en total; 9 de los cuales están representados por cráneos

¹ La región de Pampa Grande a la cual se refiere el autor coincide con la localización de Las Pirguas adonde volvería años más tarde Alberto Rex González (1972); el autor distingue esta región de la que excavara a principios de siglo Ambrosetti (1906).

adultos (5 masculinos y 4 femeninos) y dos subadultos. Las mandíbulas, en total 8, son todas de individuos adultos. Como se dijo anteriormente, la autora destaca la “ausencia casi total de deformación”, exceptuada por un cráneo adulto masculino con leve deformación de tipo Tabular (op. cit.:13-14)

En 1917, Luis María Torres excava un yacimiento de urnas funerarias en **Rosario de la Frontera** sobre la cuenca occidental del río Rosario (Torres 1921). En total se recuperaron cuatro urnas, distantes pocos metros entre sí: la urna I poseía un diámetro máximo de 55 cm, base cónica y sin decoración. En su interior se recuperaron restos de dientes (caninos, premolares y molares) y algunos fragmentos de huesos largos, entre ellos un fragmento de diáfisis de fémur con evidencias de ocre e “*incisuras paralelas de apariencia artificial*” (Torres 1921:7). La segunda urna, fragmentada, de base plana, posee dos asas en el tercio superior del cuerpo, con las mismas características constructivas que la anterior aunque sin restos humanos. La tercer urna presentaba, al igual que la primera, base cónica, factura tosca y ausencia de decoración. En su interior se recuperaron algunos fragmentos de huesos largos y cráneo. La cuarta y última urna aún “*conservaba los fragmentos de algunos huesos del cráneo y extremidades superiores de un párvulo*” (op. cit.:7). La edad del individuo fue estimada en dos o tres meses; junto a él se halló un instrumento de madera cilíndrico, posiblemente un “*tembetá*” (op. cit.:8). Torres postula para estos hallazgos un origen común con los cementerios de San Pedro de Lerma, El Carmen y el estrato inferior de Pampa Grande (Torres 1921:14); posteriormente Metraux (1934) expresa una opinión similar con respecto a la analogía existente entre los hallazgos de Rosario de la Frontera, La Candelaria y El Carmen.

Luego de su paso por La Candelaria Rydén publica una exhaustiva y detallada recopilación de sus exploraciones y hallazgos en la región (Rydén 1936). El área investigada comprende un sector de aproximadamente 60 km² donde se relevaron 15 sitios. Es interesante rescatar algunas de las generalidades establecidas por Rydén con respecto a las pautas de enterramiento por él observadas en La Candelaria. En primer lugar, propone describir el modo de disposición de los muertos como “*direct urn-burial in the ground on the dwelling site*” (Rydén 1936:23); al parecer, las urnas eran colocadas directamente en tierra sin que preceda la cremación o esqueletización (“*skeletonization*”) del cuerpo. Hipotetiza incluso, un posible “rito” de enterramiento:

“...burial was carried out in such a way that the urn was first set down in the pit dug in the ground, and thereupon the body, with the knees drawn up to the chin was deposited within it. The urn would finally have been filled up with soil, and then a piece or two of charred wood may also have got into it. The bowl that was to serve as a lid was placed, bottom upwards, over the mouth of the urn, and finally the grave was filled in with earth.” (Rydén 1936:62)

De esta descripción nos interesa sobre todo destacar el que se colocaran carbones (“*charred wood*”) dentro de la urna, una práctica que volveremos a encontrar en otros contextos funerarios. La mayoría de los entierros hallados por Rydén corresponden a inhumaciones individuales de adultos o niños, aunque también se constata la presencia de enterratorios múltiples. Las urnas funerarias comparten, en general, un patrón decorativo común de líneas incisas en zigzag sobre el cuello que a veces se combinan con puntos o forman rombos. En menor medida presentan aplicaciones por modelado de rasgos antropomorfos (eg nariz “de gancho” y ojos “granos de café”) u otros motivos. Es cuanto al tratamiento de superficie, puede mostrar “estriás” producidas por marleado o bien engobado sobre pastas de color gris-negro o marrón rojizo. En algunos casos, Rydén intuye que las urnas pudieron haber sido utilizadas previamente para cocinar (Rydén 1936:30). Las tapas son, en todos los casos, de una factura más tosca que la urna. Sucede lo contrario con los pucos (“*bowl*”) colocados dentro de las urnas a modo de ofrenda, los cuales son en general de factura fina, con decoraciones incisas. Además de las tapas cerámicas, en algunos casos pudo determinarse la presencia de piedras planas que habían sido colocadas por encima de las urnas. Los tamaños de las urnas son variables, con alturas que van desde los 30 cm a 1.40 m. Sin embargo, el tamaño no parece estar relacionado con la cantidad de individuos inhumados. De todos los hallazgos realizados, hemos seleccionado algunos que describiremos a continuación. Como ya adelantáramos, para la selección de los casos se puso particular interés en aquellas urnas donde se constató la presencia de restos humanos, no obstante, algunos casos que no cumplían con esta condición también fueron seleccionados.

En **Cuchiyaco** se realizó el hallazgo de una urna funeraria (*grave1*) en estado fragmentario que, aunque no poseía huesos en su interior, sí contenía un vaso (op. cit.: fig 10) con dos asas tipo “*crescent-shaped ridge*” y decoración incisa en zigzag sobre el cuello. Rydén postula que este habría sido colocado “*as a gift to the dead, and it may possibly contained food of some kind or water*” (op. cit.:28-29). Otro hallazgo interesante de este mismo sitio es una urna funeraria “*para niño*” (*grave2*) (op. cit.: fig 11), con decoración incisa en zigzag formando rombos rellenos con puntos, de color marrón rojizo y con dos asas en la porción inferior del cuerpo. La base presenta una textura rugosa que, en opinión de Rydén, se debe a que la urna habría sido utilizada previamente para cocinar. Tampoco aquí fueron hallados restos humanos en su interior (op. cit.: 30).

Algunos kilómetros al sur de Cuchiyaco, en el sitio denominado **El Paso de los Antiguos (Toro Loco)**, se halló una urna con tapa en estado muy fragmentario (*grave2*) (op. cit.: fig.14 b). La decoración es incisa de líneas en zigzag sobre el cuello; posee dos asas y tapa estriada; asimismo presenta una perforación en la base producto de la práctica de “matado” de las urnas. En su interior se hallaron algunos restos óseos pertenecientes a un individuo adulto junto con un puco (*bowl*) (op. cit.: fig 14c) de buena factura y color marrón claro, con dos pequeñas proyecciones con dos líneas incisas sobre su borde (Rydén 1936:42-43). Además, fuera de la urna -pero cerca de ella- se recuperaron tres cráneos que, según estima Rydén, pudieron haber estado originalmente dentro de la urna. Apoya esta conclusión en base a la evidencia preexistente sobre entierros múltiples en urnas La Candelaria (Rydén 1936:42). Recientemente se ha realizado un fechado sobre un diente de adulto humano asociado a esta urna, el cual arrojó una fecha de Ua-18552: 1380+-60 AP y valores de $\delta^{13}\text{C}$ -11,0‰ (Fasth 2003). Dentro de otra urna funeraria muy destruida (*grave3*) (op. cit.: fig.16) de base ovoide y características constructivas similares a la anterior se halló del esqueleto de una mujer de aproximadamente unos 30 años de edad (op. cit.:309-310) colocada en posición genuflexa (Rydén 1936:43). Este enterratorio fue fechado en Ua-14272: 1390+-65 AP y arrojó valores de $\delta^{13}\text{C}$ -9,8‰ (Muñoz y Fasth 2001, citado en Fasth 2003).

El sitio **Santa Bárbara** toma su nombre de uno de los afluentes del río La Candelaria que atraviesa la región. De aquí proviene una urna con tapa (*grave 1*) (op.

cit.: fig 27) decorada con líneas incisas en zigzag sobre el cuello, que en su interior preservaba los restos deteriorados de un individuo adulto masculino y un puco (op. cit.: fig 28) decorado con paneles de líneas incisas paralelas. Una segunda urna con tapa (*grave 2*) (op. cit.: fig 29 a-c) de dimensiones considerables (1 m altura, 90 cm de diámetro) conservaba restos de incisiones en zigzag sobre el cuello. En su interior se hallaron los restos de una persona de edad avanzada y por encima de los mismos, algunos fragmentos de madera carbonizada. Asimismo se recuperaron dos fragmentos líticos y un hueso de fauna, posiblemente roedor (op. cit.:60). Destacamos también el hallazgo de una urna (*grave3*) (op. cit.: fig. 30) excavada en el perfil de la barranca labrada por el río, dado que en ella se observa claramente la presencia de dos piedras planas que han sido colocadas sobre la urna a modo de tapa (op. cit.:64). La decoración es de dos líneas paralelas de puntos incisos (80 cm diámetro máximo). De este mismo sitio proviene un conjunto de fragmentos de varias vasijas (*find 4*) con la clásica decoración de zigzag y huesos de fauna (op. cit.:66). Uno de estos huesos (camélido) ha sido fechado en Ua-18554:1260+-60 AP (Fasth 2003). También el hallazgo 7 (*find 7*) procedente del mismo sitio consistió en una serie de fragmentos cerámicos asociados a huesos de fauna; entre ellos fragmentos de asas “*crescent-ridge shape*” y decoración grabada (op. cit.:68). Uno de los huesos (camélido) fue fechado en Ua-14273 1600+-65 (Muñoz y Fasth 2001, citado en Fasth 2003).

Rydén comenta sobre otro sitio de enterratorios en urna denominado **El Molino**, aunque sólo reporta la presencia de varios hallazgos aislados (op. cit.:80). Sin embargo, adquiere algunas vasijas cerámicas y restos humanos de un individuo adulto masculino provenientes de este sitio. Natalia Fasth reporta un fechado sobre un diente de dicho individuo Ua-18550: 1895+-50 AP y valores de $\delta^{13}\text{C}$ -9,5‰ (Fasth 2003)

Cruzando el río La Candelaria, a 1km de su margen derecha se encuentra el sitio **Caspinchango**. De aquí proviene una urna funeraria (*grave 1*) (Rydén 1936: fig 44) en estado fragmentario, con tapa estriada. Dentro de ella, se recuperaron algunos huesos pertenecientes a un individuo joven y robusto y un fragmento de puco (bowl-shaped) con decoración incisa de líneas y puntos (op. cit.: fig 43). Otra urna con tapa (*grave2*), parcialmente destruida y similar a la anterior, contenía un cráneo adulto robusto, con deformación aplicada sobre el frontal y algunos fragmentos de madera carbonizada en su interior. Por fuera de la urna, se recuperaron algunos fragmentos de un puco inciso

(Rydén 1936: 91). Este hallazgo posee un fechado asociado Ua-14983: 1615±65 y valores de $\delta^{13}\text{C}$ -9,4‰ (Muñoz y Fasth 2001, citado en Fasth 2003). Al lado de esta urna, se recuperó otra (*grave3*) que alcanza el 1.65 de altura (Rydén 1936: fig. 45). Posee dos asas y ornamentación incisa en zigzag sobre el cuello y paredes muy finas, es de color amarronado con acabado de engobe; la tapa es estriada. En su interior yacía el esqueleto de un individuo adulto-maduro (Rydén 1936:93-94). Hay fechado sobre los restos humanos asociados G.M.1933.15.724c Ua-17583:1280±60 AP y valores de $\delta^{13}\text{C}$ -9,5‰ (Muñoz y Fasth 2001, citado en Fasth 2003).

Otro hallazgo interesante por su contenido humano proviene de **Huanacocha** (*grave3*), el sitio más septentrional del área relevada por Rydén. La urna (Rydén 1936: fig 54-55) de color gris, mas bien tosca y con dos grandes asas, presenta el diseño común de líneas en zigzag. En su interior se recuperaron algunos huesos largos correspondientes a un feto de unos 6 meses embrionarios (G.M. 33.15.728). La urna alcanza una altura de 30 cm (Rydén 1936:103-104). Otro hallazgo (*grave 5*) correspondiente a la base de una urna funeraria que según también se recuperaron fragmentos de borde y cuello con la usual decoración de zigzag, un fechado asociado de Ua-18551:1230±60 AP fue realizado sobre hueso de camélido (Fasth 2003). También de este sitio proviene una urna de grandes proporciones (*grave 7*) (Rydén 1936: fig. 60) que alcanza más de 1 m de altura con tapa; en su interior contenía los restos (parte del cráneo, costillas, dientes) de un individuo "*in the later age of childhood*". Por fuera de la urna, pero asociada a ella se hallaron dos vasijas fragmentadas, una de ellas, fina, presenta el agujero de "matado" y otra con rasgos antropomorfos (Rydén 1936:110-111). Se encontraron otros fragmentos correspondientes a una urna (*grave 9*) de 37 cm de altura y decoración incisa en zigzag (op. cit.: fig 63c) de color negro-grisáceo y baño de slip; dentro encontraron restos de un individuo adulto y un fragmento de concha de caracol (*Strophochilus oblongus*), posiblemente parte de un adorno (Rydén 1936:113-114). A este hallazgo se asocia el fechado Ua-14271: 1455±60 AP y valores de $\delta^{13}\text{C}$ -11,0‰ (Muñoz y Fasth 200, citado en Fasth 2003).

Del sitio **Agua Chica** proceden una serie de hallazgos aislados, entre ellos restos de una urna de color marrón, con decoración clásica de líneas en zigzag y baño de slip en el exterior. De este mismo sitio, Fasth reporta un fechado realizado sobre hueso de

humano (adulto) correspondiente a la urna 1933.15.749 Ua-18555: 1740+-65 y valores de $\delta^{13}\text{C}$ -9,1‰.

De **Unquillo**, un sitio ubicado al pie de la sierra de La Candelaria proviene una urna funeraria (Rydén 1936:fig 75) muy deteriorada, conteniendo algunos restos humanos de un adulto joven en su interior (cráneo, costillas, fémures, tibias y peronés) enterrado en posición acuclillada y con piedras planas sobre ella (Rydén 1936:130). El fechado asociado a este individuo es Ua-18553: 1120+-55 y los valores de $\delta^{13}\text{C}$ -13,0‰ (Fasth 2003). Comentamos también el hallazgo de una urna (Rydén 1936: fig 73) que Rydén identifica como similar a las halladas por Boman (1908) en El Carmen; los rasgos que se repiten en ambas son la forma, el tratamiento de estrías en la superficie y un puco en forma de tapa (Rydén 1936:270).

Por el año 1965, Osvaldo Heredia y su equipo retoman las excavaciones en la región de La Candelaria (Heredia 1968, 1971, 1974). En el transcurso de las investigaciones se relevaron cuatro sitios, dos de los cuales presentaron evidencias de enterratorios: La Aguadita (sitio S-23) y El Algarrobal (sitio S-24) (Heredia 1971). Las modalidades de enterratorio halladas en ambos sitios son coincidentes con las descritas por Rydén (1932,1936). El primero de estos sitios, **La Aguadita**, se emplaza a 1500m al norte del poblado actual de La Candelaria. Las urnas recuperadas –en total ocho enteras- corresponden a las formas 1 (“*vasija de cuerpo globular*”), 2 (“*vasija de cuerpo cónico*”), 3 (“*vasija de cuerpo subcónico*”) y 4 (“*vasija de cuerpo subcilíndrico*”) descritas por el autor (Heredia 1971:27). Las piezas asociadas a la Forma 1 corresponden a dos vasos zoomorfos, uno rojo y otro gris-negro. Las asociadas a la Forma 3 son una jarra subglobular, un vaso calceiforme y un vaso antropomorfo; a la Forma 4 se asociaron un vaso globular, un vaso zoomorfo (pato), un vaso subglobular, un “*aro de cobre*” y un colgante de piedra. Todas las urnas poseían tapas confeccionadas con diversos elementos. En uno de los casos (forma 1a) la tapa correspondía a “*una escudilla de forma troncocónica de base plana y paredes rectas*”; en otra (forma 1b), se utilizó como tapa “*la mitad inferior de una vasija de igual forma que la urna*”; en dos casos (formas 3 y 4) la tapa fue hecha con parte de una vasija de forma 2. Asimismo, se utilizaron como tapas “*grandes fragmentos de vasijas, generalmente afirmadas con pequeñas piedras planas*” (Heredia 1971:28). Al interior

de las urnas se encontraron entierros individuales de párvulos y un solo caso de entierro múltiple, de párvulo y adulto (urna forma 4). Este entierro poseía el mayor número de piezas cerámicas asociadas (3), un colgante de jadeíta, un "*aro de cobre, probablemente una pulsera*" y algunos granos de maíz carbonizados dentro del vaso ornitomorfo hallado al interior de la urna (Heredia 1971:28). En dos casos (formas 1a y 1b) no se detectó la presencia de restos humanos, aunque el autor intuye que una rotura en el fondo de las vasijas pudo haber ocasionado la desintegración total de los restos (Heredia 1971:28). Según el autor, el estado de "*desorden*" en el cual se hallaban los huesos al interior de las urnas puede ser tomado como indicador del carácter secundario de los entierros (Heredia 1971:28). Otros elementos de ajuar colocados dentro de las urnas son las cuentas de collar de valvas de moluscos. A partir de las características de la cerámica asociada el autor propone una cronología para este sitio "*cercana al año 500 de nuestra Era*" (Heredia 1971:34).

En otro sitio arqueológico con evidencias de enterratorio, **El Algarrobal** se obtuvieron tres urnas funerarias, todas clasificadas como Forma 6 "*vasija de cuerpo subcónico, de contorno inflexionado*"; un único elemento cerámico de ajuar constituido por un "*vaso de cuerpo subglobular*" fue hallado dentro de una de estas urnas (Heredia 1971:29). Al igual que en La Aguadita, las urnas se hallaron tapadas por fragmentos de otras vasijas sostenidos por piedras planas de tamaño regular o incluso, los espacios no cubiertos por las vasijas fueron tapados sólo con las piedras. En un caso se utilizó como tapa una "*escudilla subcónica de paredes rectas y base redondeada, sin decoración*", asimismo, dos grandes fragmentos cerámicos y una piedra laja "*se adosaban a las paredes de la urna próximo a la boca de la misma*" (Heredia 1971:30). Todos los hallazgos contenían en su interior restos humanos aunque en pobre estado de conservación. Las tres urnas poseían distintas categorías de entierro: en una se inhumaron los restos de un párvulo, en otra los de un individuo adulto y en la tercera, un entierro de dos individuos adultos, los únicos que además poseían ajuar, el vaso de cerámica antes descrito. El autor deja abierta la posibilidad de que este haya sido un entierro en dos tiempos ya que "*los restos de uno y otro individuo estaban claramente diferenciados entre sí y no había mezcla entre ellos*". Asimismo, constata la presencia de restos de carbón en el fondo de la urna los cuales habrían "*quemado y ennegrecido los huesos del individuo que estaban contiguos a él*". El segundo individuo, que se encontraba en un nivel superior dentro de a urna, no mostró signos de quemado.

Nuevamente, el desorden de los huesos hallados dentro de las urnas es tomado como evidencia de entierro secundario (Heredia 1971:30). Este sitio posee un fechado asociado del 405 +/- 35 d.C. (GrN-5416:1550+-35) (Heredia 1971:33).

A fines de la década del '60 Alberto Rex González lleva a cabo un amplio proyecto de relevamiento y excavación en la zona de Pampa Grande, en las serranías de **Las Pirguas** (González 1972). Ecológicamente, la zona constituye el límite de contacto entre las región Valliserrana y de las Selvas Occidentales. Siete fueron los sitios excavados, todos ellos emplazados en cavernas: Los Aparejos (Pirgua Chica), El Litro, Cavernas II, III y V (Quebrada de Las Cuevitas) y Cavernas I y IV (Quebrada de Lampazar) (González 1972, Baldini et al 1998, Baldini et al 2003). El material cerámico hallado es coherente con el de Candelaria "*fases Molleyaco (Candelaria III, 400-700 d.C.) y Rupachico (Candelaria IV, 700-1000 d.C.)*" (Baldini et al 2003:136). González (1972:391) reporta la cifra de 80 enterratorios sumando todos los hallazgos; posteriormente fueron clasificados en cuatro categorías: "*entierros directos*", "*entierros en ollas*", "*entierros en cista*" e "*incineración de cadáveres*" (Baldini y Baffi 1996:8-9). La primera categoría -entierros directos- se constata para todos los tipos de edad ya sean entierros individuales (adultos, niños o fetos) o múltiples (adultos y niños), primarios o secundarios. La posición de los cuerpos puede ser extendida o con las piernas flexionadas y aunque no siempre se constata la presencia de ajuar, en algunos casos se colocó un fragmento grande de alfarería sobre el cuerpo del individuo (Baldini y Baffi 1996:8). Con respecto a la segunda categoría, los entierros en ollas, se registraron inhumaciones individuales (adultos, niños o fetos) y múltiples (adultos y niños; adultos y fetos; niños y fetos), esta última llegando a contener hasta 8 individuos que pueden o no estar acompañados de ajuar. Los cuerpos pueden estar completos, incompletos o desarticulados post-momificación. Está presente la modalidad de entierros en dos tiempos, esto es, luego de una primera inhumación y acumulación posterior de sedimentos se constata una segunda inhumación (Baldini y Baffi 1996:9). La tercera categoría, entierros en cista, es la de menor representación, sólo se registraron dos casos en el abrigo Los Aparejos. Uno corresponde al entierro de un adulto en una cista rectangular construida "*con piedras chatas puestas de canto*" y tres lajas sobre su cabeza y pecho a modo de tapa. La otra cista, también de paredes y techo de lajas contenía un niño. Ambos individuos yacían con sus piernas flexionadas y sin ajuar (Baldini y Baffi 1996:9). Finalmente, la categoría "*incineración*" se da

exclusivamente en el abrigo Los Aparejos. Huesos de adultos y subadultos, quemados o calcinados junto con restos de carbón y cenizas se dispersaban sobre “*un sector de 2m de diámetro y 0.30-0.40cm de espesor*”. Entre ellos se recuperaron “*fragmentos de tejidos y cestos quemados, cuentas de collar y parte de un brazalete de cobre*”, se destaca la ausencia de alfarería. También se constató la presencia de una capa de paja carbonizada por debajo de los restos (Baldini y Baffi 1996:9). Los análisis osteológicos -comentados anteriormente- determinaron un número mínimo de 85 individuos adultos (42 masculinos y 43 femeninos) y 25 subadultos. Hay individuos deformados y no deformados, entre los primeros, es exclusiva la modalidad Tabular Erecta en ambos sexos y grupos de edad, salvo por dos casos de subadultos con deformación Tabular Oblicua (Baffi, Torres y Cocilovo 1996:207). En cuanto a la descripción de las urnas funerarias nos remitimos directamente a quienes han podido analizar el conjunto:

“La cerámica incluye ollas de gran tamaño (en algunos casos de casi un metro de alto) y, en menor proporción, grandes pucos que se encontraron conteniendo o cubriendo a los individuos inhumados. Las formas de las ollas son globulares, de base redondeada y por lo general con cuello. Son en su mayoría grises o gris-negras, alisadas o escasamente pulidas. Es común que se conserven restos de hollín en la superficie externa. Por lo general no presentan decoración y cuando existe consiste en incisiones de líneas oblicuas... o bien tiras sobreagregadas en la unión cuello-cuerpo que pueden presentar depresiones circulares. En casos excepcionales se representó mediante modelado e incisión una cara antropomorfa en el cuello. Las ollas se hallaron asentadas sobre paja o piedras y a veces dispuestas en forma invertida con la base rota, probablemente para introducir los restos; muchas se hallaron reparadas y atadas con cuerdas. Era costumbre cerrarlas con tapas de piedra, musgo o grandes fragmentos de alfarería, también se recurrió al agregado de barro para sellarlas. En numerosas ocasiones estaban cubiertas con una sustancia blanca calcárea, la que se encontró además en el interior de las piezas o en los entierros directos, asociada a los inhumados y en forma de panes colocados junto al cuerpo” (Baldini et al 2003:135)

Acerca de los ajuares, las autoras postulan lo siguiente:

“Acompañando los entierros directos en tierra, en el interior de las ollas utilizadas a manera de urnas funerarias o junto a ellas, se hallaron asociadas piezas de menor tamaño, colocadas como ajuar. La mayoría...son de pasta gris o negra. Las superficies son alisadas o pulidas (...) Las formas más frecuentes son los pucos de perfil simple, troncocónicos, o bien de perfil compuesto; las bases son planas o cóncavas. También hay vasijas cerradas de contorno inflexionado y jarros. Se hallaron algunas piezas lisas pero en general llevan decoración. Esta consiste en diseños geométricos incisos o grabados (...) Los motivos incluyen escalonados, aserrados, líneas quebradas, puntos, cruces, figuras geométricas triangulares, romboidales, trapezoidales. Menos numerosas son las piezas que presentan los motivos pintados (...)” (Baldini et al 2003:135-136)

Otros elementos asociados a los entierros son “*tejidos de lana, cestos, redes y cuerdas vegetales*”; casos únicos representados por “*adornos de plumas, un espejo de galena con su estuche de madera, implementos de huesos para hilar, un conjunto de elementos de probable uso en el consumo de alucinógenos, una nariguera de cerámica, una placa oval de oro (...) un vaso con forma de kero, palitos para encender el fuego (...)*” (Baldini et al 2003:136). Dos casos publicados donde se relaciona el contenido humano y material de los entierros, corresponden a los hallazgos 42 y 44 de la Caverna II (Quebrada de Las Cuevitas). El primer caso es una inhumación de adultos acompañados por su ajuar compuesto por una “*bolsita de cuero con flecos y atadura de tientos, cinco canastos, un arco, un manojo de flechas, astiles de madera, alfarería, cucúrbitas y huesos de llama*”. El otro entierro corresponde a la inhumación de tres niños acompañados por “*un canasto, tejidos, flechas de madera, astiles, un arco y semillas de algarrobo*” (Baldini et al. 2003:136).

Andrés Campanella publica otros hallazgos de enterratorios de adultos en urnas en la región de **La Toma**, al noroeste del departamento de Trancas (Tucumán), distante sólo algunos kilómetros de La Candelaria. El sitio se encuentra emplazado en la margen izquierda del río Tala, una zona de colinas labradas por el agua y en cuyos perfiles Campanella observó las urnas funerarias aflorando (Campanella 1936:17). Las urnas recuperadas -en total cuatro- fueron asignadas al tipo La Candelaria. El primer enterratorio corresponde a una urna tosca (op. cit.:fig II a,b) de grandes dimensiones

(115cm altura y 92 cm de diámetro máximo) cuya boca habría estado originalmente tapada por un “*pucu*” tosco de grandes dimensiones. La urna, decorada, muestra el típico diseño de líneas incisas en zigzag sobre el cuello; en la circunferencia del cuerpo, además, se marcan dos depresiones desde la mitad de la urna hacia abajo; posee dos asas horizontales “ligeramente inclinadas hacia abajo” y su base es cóncava-convexa (Campanella 19936:18-19). Dentro de la urna se encontraron “6 cráneos, 4 de adultos y 2 de párvulos y algunas vértebras” en muy mal estado de conservación. A modo de ajuar se colocaron un vaso de factura tosca, sin ornamentación con dos asas (op. cit.:fig IIIa), una escudilla “*campanuliforme*” negra pulida que se encontraba sobre el cráneo de un adulto (op. cit.: fig IIIb) y un fragmento de otra escudilla rojo-amarillenta (op. cit.: fig IIIc) y un pequeño mortero de piedra (op. cit.: fig III d). Las piezas, pequeñas, no superan los 13, 5 cm de altura (Campanella 1936:19). El siguiente hallazgo corresponde a una urna funeraria “*para adultos*” (114 cm de altura) en estado fragmentario. De similar forma y tipo cerámico las anteriores, aunque sin objetos de ajuar en su interior (Campanella 1936:19-20). La tercer urna recuperada (op. cit.: fig Id) había sido destinada al entierro de párvulos. Al igual que las anteriores, posee dos asas horizontales ligeramente levantadas sobre el cuerpo y está decorada en el cuello con dos líneas incisas en zigzag; es, sin embargo, de menor tamaño que estas (53 cm de altura). Finalmente a muy poca distancia de la primera urna descrita se halló otra enorme urna en estado fragmentario. En su interior, había un vaso negro pulido fragmentado “*con dos apéndices en forma de pezones*” (Campanella 1936:19-20).

Campanella se traslada luego a otro sitio cercano a La Toma, ubicado en el paradero “**La Cañada**”. Allí se realizó el hallazgo de una urna funeraria para párvulos (op. cit.: fig VII a) que poseía una piedra cerrando la abertura de su boca. La decoración es similar a la urna para párvulos de La Toma, ya descrita. Posee dos asas en la parte superior del cuerpo orientadas ligeramente hacia arriba. El tamaño es similar a la anterior, de 50 cm de altura (Campanella 1936:22).

Oswaldo Heredia retoma décadas más tarde las excavaciones en el departamento de Trancas, esta vez en la región de San Pedro de Colalao (Heredia 1968). Las evidencias de enterratorios aparecieron en el sitio **Rupachico**, ubicado en la parte baja del valle de San Pedro. Allí fueron detectados tres enterratorios: el primero de ellos, un entierro directo de adulto, apareció en posición extendida, con las piernas ligeramente

plegadas y apoyadas sobre una gran piedra plana clavada de punta; otras dos piedras planas de menor tamaño habían sido dispuestas horizontalmente sobre el costado este de los restos (Heredia 1968:109). Acompañando al individuo a modo de ajuar, se había colocado una vasija cerámica de forma subglobular y asa vertical con un motivo zooantropomorfo pintado en el centro de la pieza y espirales en los laterales (Heredia 1968:110-111). A escasa distancia de este primer entierro se descubren los restos desordenados de “*un individuo de muy corta edad*” (costillas, vértebras y huesos largos de las extremidades inferiores) (Heredia 1968: 111). A su lado se depositó un pequeño vaso de cerámica (altura 10 cm) de forma globular y pasta gris-negrucza pulida con decoración zoomorfa de “*batraciformes*” modelada, a ambos lados de la pieza (Heredia 1968:111-112). El tercer hallazgo, muy próximo a los anteriores, correspondió a un “*párvulo, no mayor de 4 o 5 años*” de edad. Su cráneo se encontraba tapado por un puco dentro del cual se hallaron además huesos del tórax y las extremidades superiores. Fuera del puco se hallaron más huesos del tórax y de las extremidades inferiores. El puco, de forma globular y 20cm de diámetro por 8 cm de altura, de color negro y superficie alisada, no presentaba ningún tipo de decoración (Heredia 1968:112). El resto de los fragmentos cerámicos hallados en este sitio corresponde a los tipos descritos para La Candelaria, sin embargo, el autor destaca la presencia de algunos fragmentos “*Aguada Pintada*” (Heredia 1968:113). Esto, sumado a la presencia de una modalidad de enterratorio “*ajena*” a La Candelaria (entierros directos de adulto y párvulos) llevan al autor a plantear que Rupachico debió haber sido un “*lugar de contacto entre dos subáreas culturales distintas en donde se dan entremezclados elementos del patrimonio de dos o más pueblos diferentes*” (Heredia 1968:123). A partir de los rasgos considerados “*intrusivos*” en Rupachico Heredia estima que el sitio puede ser ubicado alrededor del 1000 AD lo que estaría denotando que “*a finales del Periodo Medio y también del Tardío la frontera de las Selvas Occidentales con la subárea Valliserrana fue flexible permitiendo la entrada de elementos arqueológicos ajenos a ella*” (Heredia 1968:124).

A fines de la década del sesenta, Pedro Krapovickas publica las excavaciones que realizara en **Alto de Medina-Sitio 1**, departamento de Burreyacú, Tucumán (Krapovickas 1968). El sitio se emplaza en el curso medio del río Medina, limitado al oeste por la Sierra de Medina y al este por la de Nogalito. En superficie afloran muros de piedra curvos que “*aparentan formar un conjunto de habitaciones circulares*

ordenadas en arco alrededor e una plaza, cancha o patio interior" (Krapovickas 1968:92). Allí apareció un enterratorio directo, en posición extendida bajo el piso del nivel más bajo de ocupación (capas VI y VII). Aunque se postula que el individuo no tenía ninguna clase de ajuar, sus restos aparecieron en la cercanías de un cántaro incluido en ambas capas (Krapovickas 1968:95). El sitio ha sido adscripto a la cultura La Candelaria en base al material cerámico encontrado que es coincidente con el publicado por Rydén (1936) (Krapovickas 1968:112). En particular, el nivel de los enterratorios es abundante en cerámica de superficie externa negra e incisa. En el sitio también hay un menhir que según el autor correspondería al momento más temprano de ocupación del sitio "Alto de Medina I" ubicado cronológicamente en los primeros siglos de la Era. Posteriormente se suceden dos momentos de ocupación Candelaria: "Alto de Medina II" (nivel inferior) y "Alto de Medina III" (nivel superior) que en opinión del autor, podrían ser aproximados al fechado 586+-70 d.C (F.R.A. 17 Y890: 1375 +- 70 AP (González 1962) obtenido por González en Tafi Sitio 4 (Krapovickas 1968:113-114).

En 1977 se publican las excavaciones realizadas en los alrededores del **Dique el Cadillal**, en la parte sur del valle de Choromoros, a 28 Km. de San Miguel de Tucumán (Berberían, Azcárate y Caillou 1977). De este lugar provienen una serie de enterratorios de adultos en urna y un enterratorio de adulto directo y dos fechados radiocarbónicos que ubican el conjunto hacia fines del periodo Formativo (Berberían, Azcárate y Caillou 1977). El primer hallazgo correspondió una inhumación de un adulto en urna funeraria (nº 415)² en forma de "ovaloide invertido" con base cónica, dos asas y aplicaciones modeladas sobre el cuerpo. Alrededor de la boca de la urna se encontraron "algunas piedras planas y manos de conanas clavadas en sentido vertical y horizontal" (opcit:33). La boca, además, había sido sellada con barro. Junto a la tapa se encontró una escudilla negra lisa (nº 416). Al interior de la urna se hallaron dos cuentas circulares de malaquita y cinco puntas de flecha, una piedra pulida de forma subrectangular, además de un "anillo de cobre... que conservaba restos de madera en su orificio" (op. cit.:34). Es posible que este último objeto no se tratara de un adorno personal sino tal vez de parte de algún otro instrumento, tal vez una pipa de madera (ver descripciones similares en Ortiz 2003). También dentro de la urna se encontraron

² Número de inventario asignado por los autores en la citada publicación.

restos de carbón vegetal que fueron datados en 910+-100 años AP, lo que equivale al año 1040 de la Era. De este mismo sitio provienen otros tres enterratorios de adultos en urnas. El primero de ellos corresponde a un “*entierro de disposición simple*” en urna (n° 396) cuyas características serían similares a la anteriormente descrita. En su interior se colocó una vasija zoomorfa modelada (n° 235) del tipo gris inciso (op. cit.: 34, fig 9y 10). La siguiente urna (n° 397) correspondió al “*enterratorio de disposición simple de un adulto*” acompañado por cuatro piezas de ajuar: una vasija zoomorfa (n° 236) tipo gris incisa, una jarra restringida de contorno compuesto tipo liso (N°237), una escudilla no restringida tipo gris liso (n° 238) y una punta de flecha (n° 297) (op. cit.:35). El siguiente enterratorio correspondió a un adulto en “*disposición compuesta*” en el cual “*la disposición de los huesos no guardaba ningún orden*”. También aquí, se colocaron fragmentos de lajas a modo de tapa. Dentro de la urna se encontraron “*una cuenta de collar de malaquita, una escudilla no restringida de contorno simple, de tipo ordinario rojizo (N°750) y algunos fragmentos de alfarería y carbón vegetal*” (op. cit. 35). El último enterratorio de este sitio correspondió a la inhumación un individuo adulto “*en pozo simple*”, acompañado por dos hachas de piedra pulida (n° 393, 394) (op. cit.:35). Este es el único caso de entierro directo en el área del Dique el Cadillal. De un sitio contiguo provienen otras dos urnas funerarias para adultos. La primera de ellas, (N°298) de tipo “*gris paredes gruesas*” con base cónica y forma de “*ovaloides invertido*” contenía en su interior un vaso zoomorfo modelado gris inciso (n° 232), una escudilla pintada de rojo (n° 233) y una escudilla negra lisa bruñida (n° 234) (op. cit.:36). De esta urna provino la segunda muestra de carbón fechada en 910+-130 AP o 1040 de la Era. La segunda urna (fig 23) poseía tapa de laja y en su interior, una vasija zoomorfa modelada gris incisa (N°300) colocada como ajuar (op. cit.:36).

4. Área del Valle del Tafi/La Ciénega

En el área de **Tafi del Valle**, al occidente de la provincia de Tucumán se localizaron una serie de enterratorios en el sector denominado “**La Bolsa**” (Km. 75,5) un asentamiento de tipo B “*Conjuntos Diseminados*” (Berberían y Nielsen 1988:34). Al interior de una estructura del tipo “*unidad circular compuesta*” formada por recintos circulares de piedra (R3, R4, R5 y R6) organizados en torno a un recinto más grande, posiblemente un patio (R2) que a su vez, es el único que posee salida al exterior.

Sobre el lado norte del R2 -opuesto al ingreso de los recintos menores- se detectaron una serie de “enterratorios en cistas con paredes de piedra” donde, interesantemente, se observó que los accesos exteriores sobre el muro perimetral habían sido clausurados. Este sector fue asimismo separado –mediante la construcción de una pared de piedra- del resto del recinto “donde se circulaba y se desarrollaban labores cotidianas” (Berberían y Nielsen 1988:57). En total se excavaron ocho enterratorios, los cuales presentan características constructivas aproximadamente similares: son “cistas” excavadas en la tierra, de planta oval y techo en falsa bóveda confeccionado con piedras planas, al igual que las paredes. En un caso fueron utilizadas conanas fragmentadas o desgastadas como material constructivo. La superposición de piedras que forma la bóveda son visibles a nivel del piso ocupacional. Las dimensiones son variables, entre 0.90 y 1.70 m de diámetro. En dos casos no se detectó la presencia de ajuar asociado a las inhumaciones. Los restantes poseían en general ajuar escaso, principalmente cerámico (Berberían y Nielsen 1988:57). Por otro lado, y a pesar de las condiciones húmedas del sitio, en seis de los ocho casos se recuperaron restos humanos. De estos, cinco correspondieron a enterratorios individuales (E1, E2, E3, E4, E5, E8 y E9) y uno (E6) a un enterratorio múltiple. Si bien este sitio no posee fechados propios, fue ubicado cronológicamente en base a dos fechados radiocarbónicos realizados sobre unidades similares a las aquí descritas. Las fechas lo ubican entre el 740 d.C. y el 810 d.C. (CISC-587 1210 +-50 y CISC-586 1440+-50, respectivamente). El enterratorio 1 ocupa el sector central de R2. Es una cista de forma oval con techo en falsa bóveda construido con piedras planas unidas con mortero de barro. El piso de la tumba se asentó con piedra y arcilla consolidada. En su interior hallaron los restos de un individuo en posición genuflexa decúbito lateral derecho. El ajuar de esta tumba es el más importante de todos los hallados: siete vasijas cerámicas –tres escudillas, una taza gris pulida y tres vasijas globulares con asa (Berberían y Nielsen 1988:90-91). El enterratorio 2, también una cista con techo en falsa bóveda y forma oval se cavó en el manto rocoso y en algunos sectores se completó con una pared de piedras pequeñas regulares. Corresponde al entierro de un individuo adulto sin ajuar (Berberían y Nielsen 1988:91-92). La cista número 3, es de planta oval, techo en falsa bóveda y pared construida con piedras grandes. Sin restos óseos identificables por el alto grado de descomposición en que se encontraron, dentro de esta tumba se hallaron algunos fragmentos de cerámica mezclados con el sedimento, tres conanas fragmentadas y una piedra laja con un agujero central (Berberían y Nielsen 1988: 92-93) similar a los

artefactos que en la actualidad usan “*los pastores de Bolivia y Perú para amarrar al ganado*” (Berberían y Nielsen 1988:57). El enterratorio 4, una cista oval, presentaba características similares al enterratorio 3: se recuperaron tiestos de cerámica clasificados como “sin baño o engobe”, un fragmento de mano de conana y dos conanas fracturadas. Los restos óseos destruidos por la humedad no pudieron ser identificados (Berberían y Nielsen 1988:93). El enterratorio 5, en falsa bóveda y planta oval, poseía una pared de grandes piedras colocadas de punta. También al interior de la tumba se colocaron piedras planas en forma horizontal hasta el nivel donde se encontraban los restos de un esqueleto. Este poseía, a modo de ajuar, una placa de mica, una vasija de cerámica en forma de taza y un fragmento cerámico “*con engobe rojo claro en la superficie externa y motivos lineales pintados de negro*”. Además se encontraron dos manos de conanas entras y una fragmentada y fragmentos de cerámica de los tipos “*sin baño, unidades rojas, grises y con baño rojo*” (Berberían y Nielsen 1988:94). El enterratorio 6, una cista con techo en falsa bóveda y forma aproximadamente circular, fue el único de carácter múltiple; la inhumación correspondió a dos esqueletos de adultos. Estos estaban acompañados por “*una mano de conana, un fragmento de conana, un posible mano de mortero y fragmentos de cerámica*” del tipo “*sin engobe, unidades rojo y gris*”. También aquí se colocaron piedras planas grandes a manera de tapa (Berberían y Nielsen 1988:95). En el enterratorio 8, conanas desgastadas fueron utilizadas como materiales constructivos, formando parte de las paredes y el techo. La forma de la tumba era oval aunque no pudo determinarse la presencia de techo en falsa bóveda; las paredes, en cambio, habían sido construidas en piedra. La abertura que permitía el ingreso a la cavidad había sido cubierta por una piedra plana a manera de tapa; por encima de ella se colocaron dos pucos; otras piezas colocadas dentro de la tumba fueron una jarrita gris con decoración zoomorfa al pastillaje sobre el borde; en asociación con el esqueleto se encontró una “*jarra gris incisa*” (Berberían y Nielsen 1988:96). Finalmente, el enterratorio 9, una cista de forma oval, sin tapa y de construcción irregular, fue cavada en la roca madre y poseía una pared de piedra en la base. Allí se encontraron restos óseos muy deteriorados pertenecientes a un esqueleto, acompañado por dos conanas fragmentadas y un silbato de cerámica (Berberían y Nielsen 1988: 96-97).

Hallazgos similares a los descritos por Berberían y Nielsen (1988) habían sido reportados por Alberto Rex González y Nuñez Regueiro en la década del '60. En un

sitio por ellos denominado “Sitio 4” ubicado entre los kilómetros 64 y 66 del Valle, hallaron una serie de construcciones formadas por recintos circulares de piedra. Una de ellas conformada por un círculo mayor -patio- y dos círculos menores -habitacionales- conectados con el primero. Bajo el más grande de los recintos se encontraron “*varias cistas de piedra con esqueletos de adultos y varias urnas, una con los huesos de un niño*” (González y Nuñez Regueiro 1960:489). Al interior de las cistas se recuperaron vasijas enteras de estilo Candelaria, algunos fragmentos de cerámica tosca y algunas piezas de estilo Ciénega. Otros restos culturales hallados corresponden a morteros de piedra, molinos, hachas, bolas cónicas, manos y dos anillos de metal (op. cit.:890). Este sitio fue fechado en (FRA 17-Y890) 1375+-70 AP (González 1962) o sea, entre el 530-820 d.C.

En su paso por **La Ciénega**, Adán Quiroga reporta el hallazgo de unas estructuras funerarias en el llamado “Grupo de los Corrales”, una zona de construcciones circulares de piedra (Quiroga 1921:22). Los sepulcros estaban demarcados por líneas de piedras que formaban “montoncitos” en el centro. Allí recuperan el cadáver de un adulto, muy destruido y acompañado por un “*tinajón gris, de greda muy gruesa y granulosa, de material muy ordinario y mal cocido...*”. Luego recupera otro sepulcro correspondiente a una urna funeraria de 0.83 m de alto “*del mismo estilo y forma que la anterior, llena de huesos de párvulo, al parecer mezcaldos con huesos de guanaco*”; a su lado también se recupera un hacha (op. cit.:23). Cerca, también al interior de estructuras circulares se recuperan “*cadáveres humanos enterrados de espaldas en el suelo y con restos de párvulos en tinajones de barro*”. Entre los restos de uno de los individuos se halló un mortero (op. cit. 24).

En el sitio denominado **Río Las Piedras** (sector 6D, unidad UC1) Beatriz Cremonte describe el hallazgo de una estructura circular pequeña (1.40 x 1.50m) –“*una tumba huaqueada*”- (Cremonte 1996:129) que posiblemente se encontrara dentro de un recinto circular grande como los que observa en las inmediaciones del sitio (op. cit.:291). En el enterratorio correspondió “*a un adulto y probablemente a un niño en una vasija junto con restos de un cérvido juvenil*”. La sepultura poseía paredes de piedra. A partir de la reconstrucción de formas cerámicas a partir de los fragmentos encontrados se pudo reconstruir el ajuar; este habría estado formado por “*pucos, tazones y escudillas, una jarra, dos jarritas, un probable vaso cilíndrico tricolor*”

(Vaquerías/Las Cuevas), “*una figurina zoomorfa de arcilla*” (aparentemente un cérvido), “*una mano de moler y un perforador*” (op. cit.). Los restos humanos recuperados corresponden a dos fragmentos de cráneo, mandíbula y dientes de un individuo adulto (op. cit.:130). La adscripción cronológica del conjunto se efectuó por asociación de este material con el recuperado otras excavaciones que se ubican a principios de la Era y al fechado obtenido en el Sondeo 3 1940 +- 120 AP (op. cit.:292).

ANÁLISIS Y DISCUSIÓN

(1) Categorías y Modalidades de Entierro

En los contextos funerarios estudiados en la primera parte de esta Tesis hemos detectado las *categorías* de entierro **directo** (Lampacito, Campo Colorado E1, E3, E4 y E5) y **en urna** (El Bañado-La Vaquería, Campo Colorado E2); estas se presentan combinadas en dos *modalidades* de entierro: **adulto/directo** y **subadulto/urna**.

En el resto de la muestra se detectaron cuatro categorías de entierro: **directo**, **en urna**, **en cista** e **“incineración”**. Las modalidades de entierro presentes en los contextos relevados se consignaron en el cuadro que sigue (Tabla 10). Los sitios pueden exhibir una o más modalidades de entierro en distinta proporción, sin embargo, debido al desigual volumen de las investigaciones en cada área, hemos relevado cada modalidad por presencia/ausencia, esto es, independientemente de la cantidad de veces que fuera detectada en cada sitio. De este modo se espera minimizar la influencia de factores externos en el patrón (e.g. factores históricos en la investigación, de conservación diferencial, etc.). En el mapa se muestra la ubicación geográfica de las modalidades de entierro registradas en el cuadro (Figura 67).

Contexto	Ad Dir	Sub Dir	Ad Urna	Sub Urna	Ad Cista	Sub Cista	Ad Incin	Sub Incin	Subregión
Lampacito	X								Valle de Santa María
Santa María	X								Valle de Santa María
El Bañado La Vaquería				X					Valle de Santa María
El Bañado				X	X?				Valle de Santa María
Punta de Pabellón				X					Valle de Santa María
Banda de Arriba	X?			X					Valle de Santa María
Campo Colorado	X			X					Valle Calchaquí
Las Cuevas	X			X					Quebrada del Toro
Cerro El Dique	X			X					Quebrada del Toro
Potrero Grande	X								Quebrada del Toro
La Encrucijada	X								Quebrada del Toro
Gólgota	X								Quebrada del Toro
Frecuencia Valles	0,75	0	0	0,58	0,08	0	0	0	
El Sunchal	X								Río San Francisco
Palpalá	X								Río San Francisco
El Fuerte	X								Río San Francisco
Saladillo Redondo-El Quemado	X								Río San Francisco
Arroyo del Medio	X			X					Río San Francisco
Aguas Negras		X							Río San Francisco
Media Luna	X?								Río San Francisco
El Carmen			X						Valle de Lerma
Silisque Tilián	X								Valle de Lerma
Ampascachi	X?	X							Valle de Lerma
Las Pirguas	X	X	X	X	X	X	X	X	La Candelaria
Pampa Grande (Aparicio)	X?	X?	X?	X?					La Candelaria
Rosario de la Frontera			X	X					La Candelaria
La Toma			X	X					La Candelaria
La Aguadita			X	X					La Candelaria
El Algarrobal			X	X					La Candelaria
Agua Chica			X						La Candelaria
Caspinchango			X	X					La Candelaria
Paso de los Antiguos			X						La Candelaria
Santa Bárbara			X						La Candelaria
El Molino			X						La Candelaria
Huanacocha			X	X					La Candelaria
Unquillo			X						La Candelaria
Alto de Medina	X								La Candelaria
Rupachico	X	X							La Candelaria
Dique El Cadillal	X		X						La Candelaria
La Ciénega-G. de los Corrales	X			X					Tafi/Ciénega
Río Las Piedras				X	X				Tafi/Ciénega
Tafi Sitio 4				X	X				Tafi/Ciénega
Tafi del Valle-La Bolsa					X				Tafi/Ciénega
Frecuencia Yungas	0,46	0,16	0,5	0,4	0,13	0,03	0,03	0,03	

Tabla 10: Modalidades de entierro en valles y yungas. Ad Dir=adulto directo; Sub Dir=subadulto directo; Ad Urna=adulto en urna; Sub Urna=subadulto en urna; Ad Cista=adulto en cista; Sub Cista=subadulto en cista; Ad Incin=adulto incineración; Sub Incin=subadulto incineración.

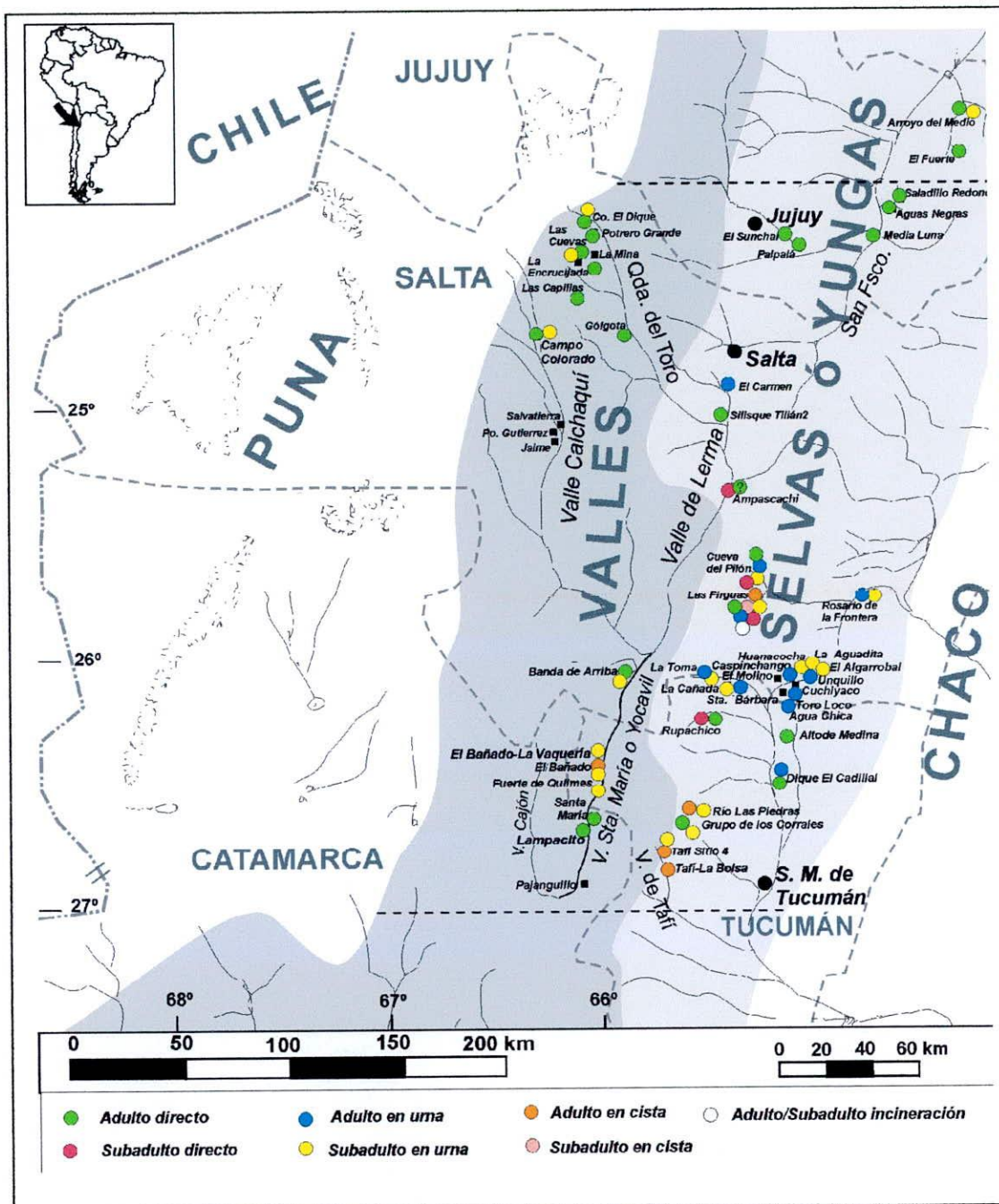


Figura 67: modalidades de entierro en la región de estudio.

Examinando el cuadro y el mapa observamos que en el área de valles, la categoría **entierro directo** (columnas 2 y 3) corresponde al grupo de edad de adultos en *todos* los casos; en cambio en las yungas, los entierros directos aparecen asociados a ambas categorías de edad, adulto y subadulto. La dispersión geográfica de la categoría de entierro directo y sus modalidades asociadas se pueden observar en el siguiente mapa (Figura 68). Vemos que la modalidad adulto/directo se da en general en toda el área

pero la modalidad subadulto/directo se circunscribe a las subregiones del Valle de Lerma, La Candelaria y Río San Francisco.

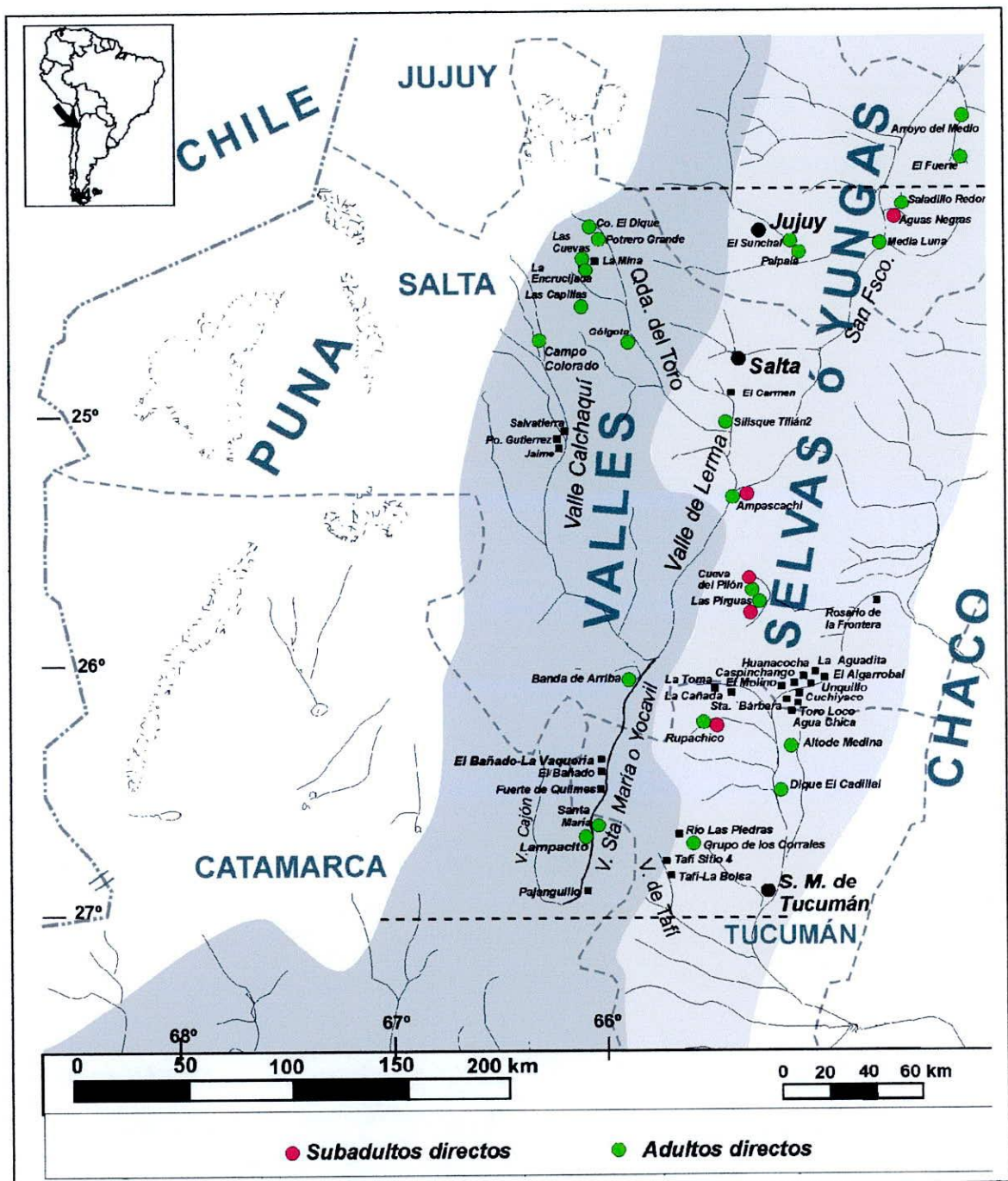


Figura 68: entierros directos de adultos y subadultos en el área de estudio

Ahora bien, si examinamos la categoría de entierros **en urna** (columnas 4 y 5 del cuadro), la tendencia en los valles se invierte en tanto esta corresponde a la inhumación de subadultos exclusivamente. En yungas, en cambio, se mantiene la tendencia anterior existiendo entierros en urna tanto de adultos como de subadultos. En el mapa (Figura

69) observamos que los entierros de subadultos en urna se dan en general en toda la región examinada, sin embargo, la modalidad de adulto/urna se circunscribe a la subregión de Valle de Lerma-La Candelaria.

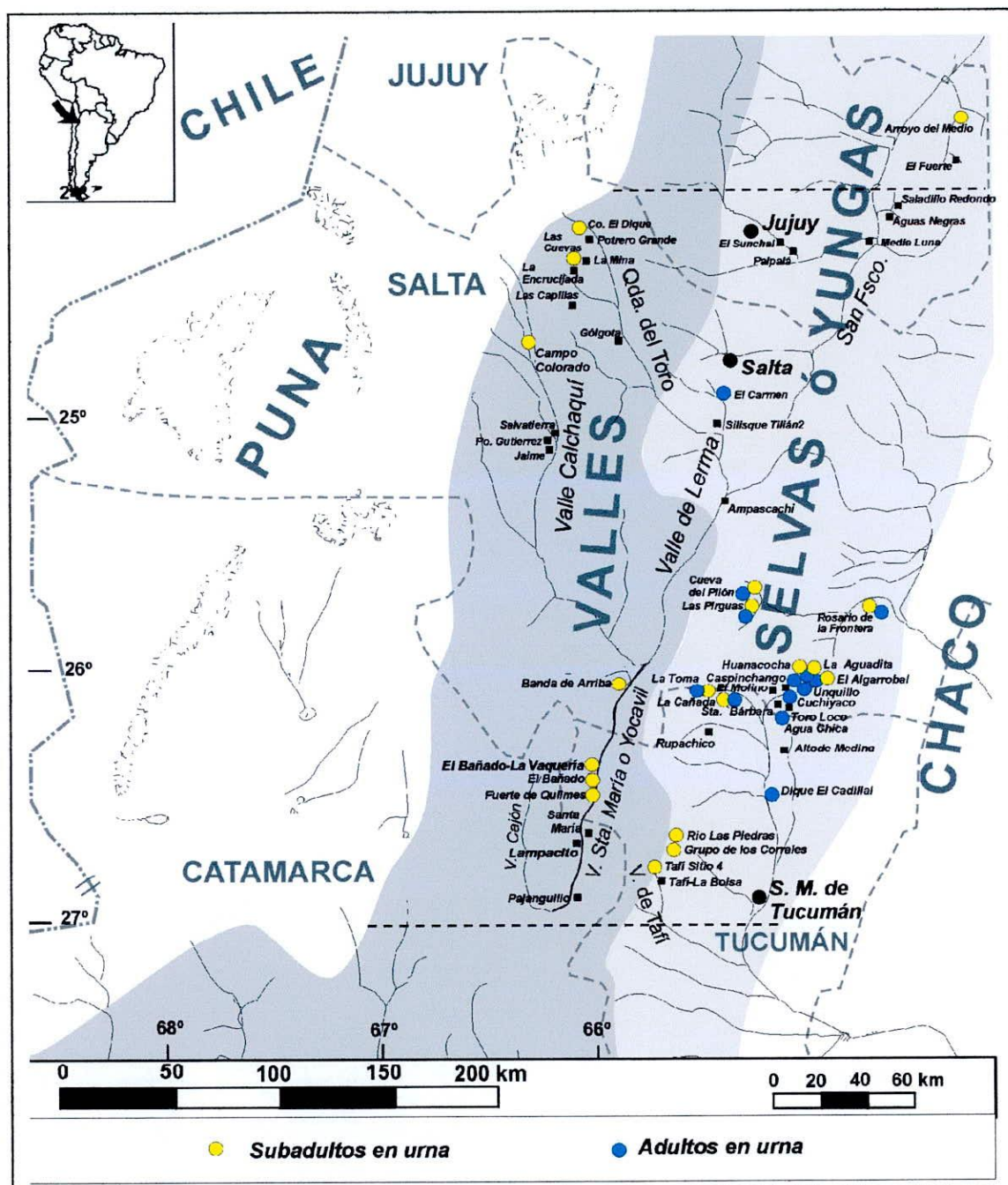


Figura 69: entierros en urna de adultos y subadultos

Es interesante notar también que los sitios que poseen en combinación las categorías de entierro en urna y directo (Las Cuevas, Cerro El Dique, Campo Colorado, Arroyo del Medio, La Ciénega-Grupo de los Corrales) evidencian un mismo patrón

tanto en valles como en yungas: los subadultos ocupan las urnas y los adultos son enterrados directamente en el terreno.

Con respecto a la categoría de entierros **en cista**, observamos que esta está presente en ambas áreas en baja proporción y circunscripta en general a la sector sur: centro del Valle de Santa María, Valle del Tafi/La Ciénega y Las Pirguas (Figura 70).

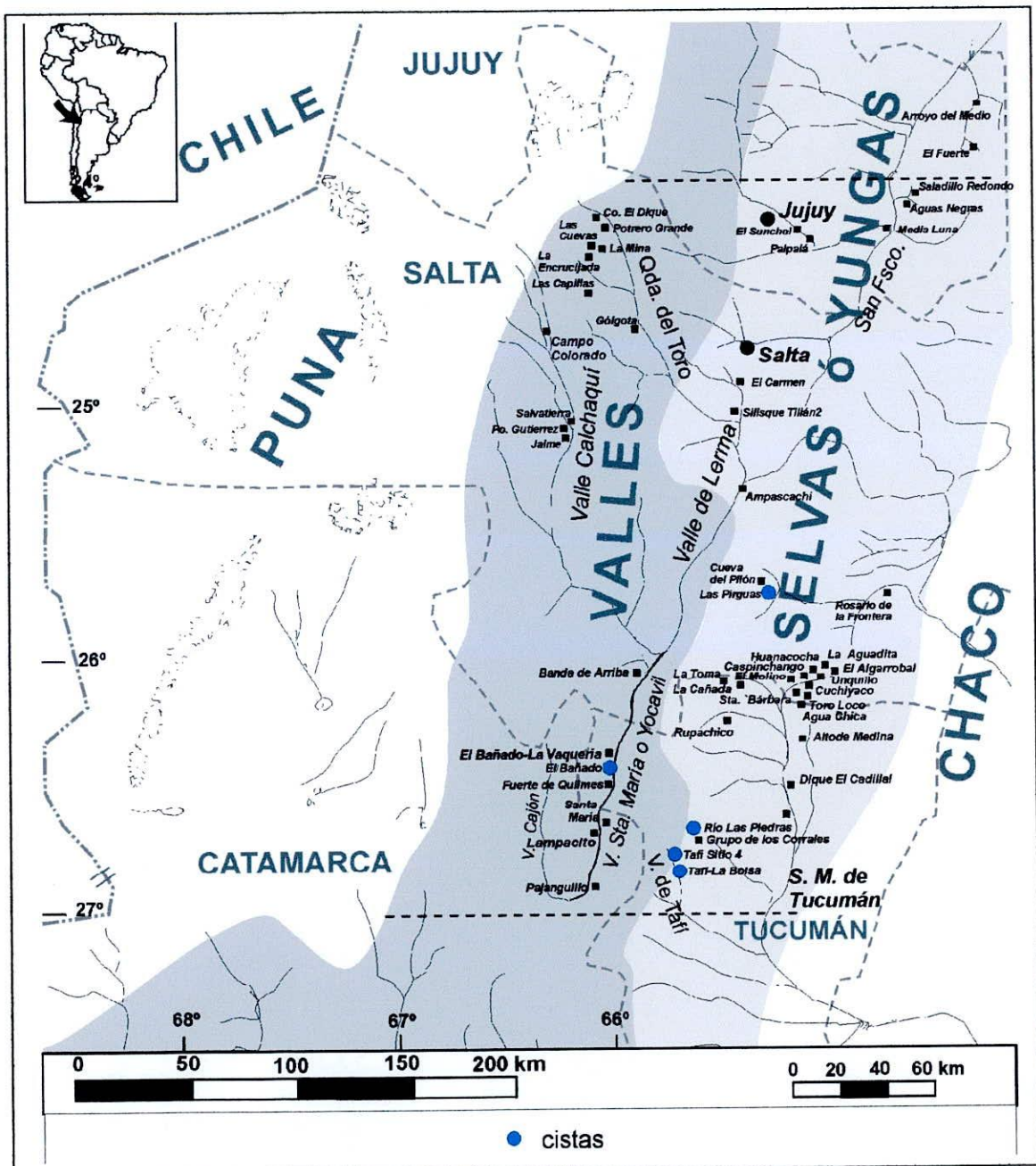


Figura 70: entierros en cista en el área de estudio.

En valles, esta modalidad está representada en un único sitio -El Bañado- (ver Pelissero y Difrieri op. cit.) donde no está claro a qué grupo de edad pertenecían los individuos allí inhumados. En yungas, la categoría cista se observa en cuatro sitios (Río Las Piedras, Tafi del Valle-La Bolsa, Tafi Sitio 4, Las Pirguas). En los tres primeros, los individuos inhumados eran adultos, el único caso de un entierro de subadulto en cista se da en Las Pirguas, donde además hay que destacar que las cistas son cuadrangulares, distintas al resto de las cistas relevadas. Río Las Piedras y Tafi-Sitio 4 comparten la característica de poseer dos modalidades combinadas de entierro: adulto/cista y subadulto/urna. En El Bañado también están presentes las cistas y los subadultos en urnas pero la información no es suficiente como para asegurar que las cistas hayan sido ocupadas por adultos. Por otro lado, creemos pertinente recordar aquí que las tumbas de Salvatierra -si bien no han sido definidas específicamente como cistas- presentaban forma prismática y construcción de lajas con tapa.

Finalmente, la cuarta categoría relevada, “**incineración**” ha sido definida exclusivamente en Las Pirguas (Caverna Los Aparejos) para ambas categorías de edad (Baldini y Baffi 1996); recordemos que en este sitio ocurren además todas las otras modalidades de entierro.

En síntesis, a partir de los casos relevados, observamos que en el área de valles la categoría de entierro en urna se asocia a los individuos subadultos en todos los casos y que los adultos son enterrados directamente en el terreno (¿o en cistas?) pero nunca en urna. En las yungas, en cambio, se da el entierro de adultos y subadultos en las cuatro categorías detectadas (directos, en urna, en cista e incineración) aunque recordemos, las modalidades incineración/adulto-subadulto y cista/subadulto son exclusivas de Las Pirguas. En el mapa que sigue (ver Figura 71) hemos graficado únicamente las modalidades **subadulto/directo** y **adulto/urna** las cuales se detectan exclusivamente en las yungas, dentro de las subregiones del Valle Lerma, La Candelaria y Río San Francisco. Ambas se dan en conjunto únicamente en la localidad arqueológica de Las Pirguas –excavaciones realizadas por Aparicio (1941) y A. R. González (1972)-. En esta última muestra pudo determinarse, además, que ambas modalidades de entierro fueron bastante generalizadas: la modalidad adulto/urna se da en todas las cavernas excepto una (Lampazar I) y la de subadulto/directo se da asimismo en todas las cavernas excepto en Las Cuevitas III (Baldini y Baffi 1996).

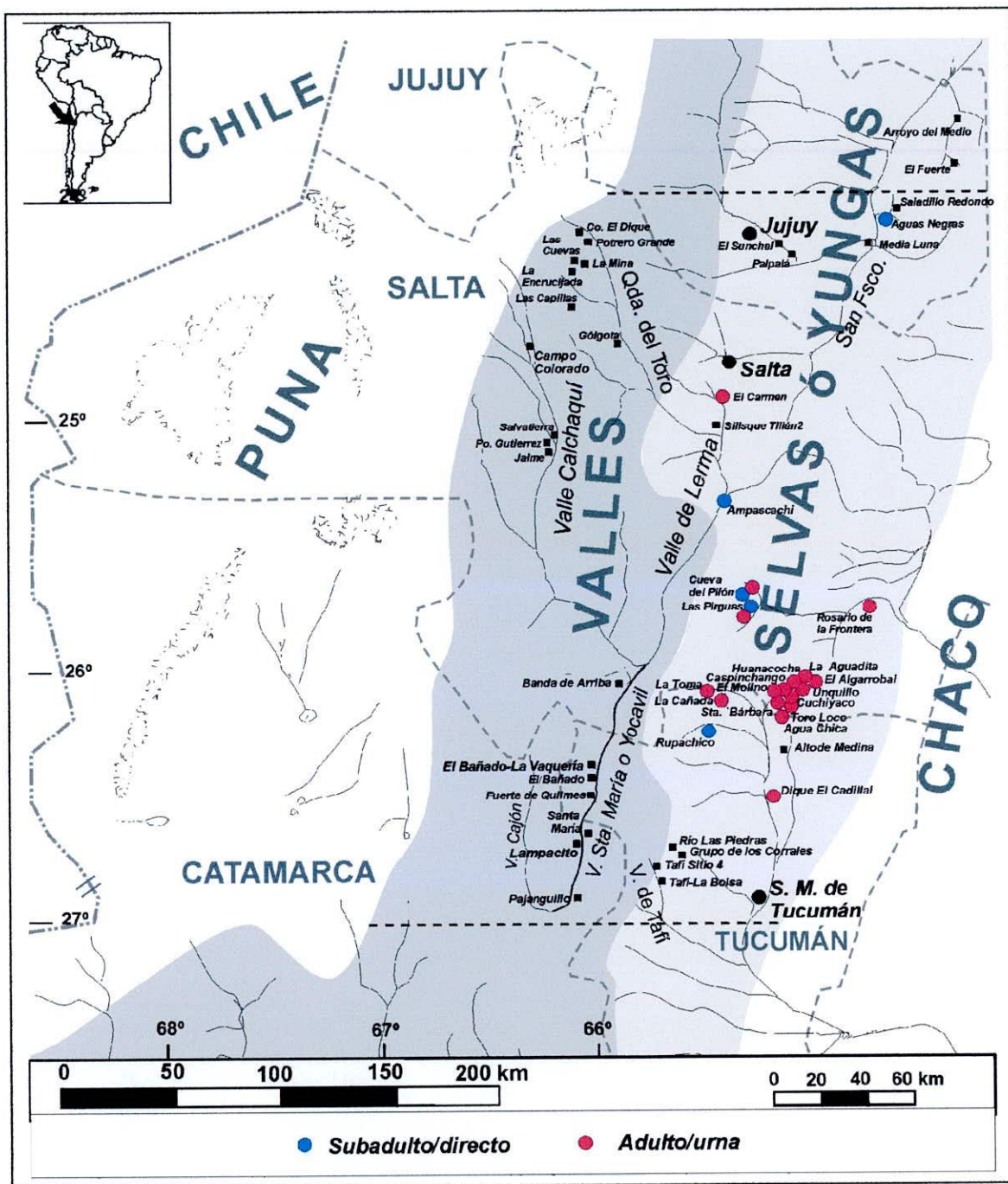


Figura 71: entierros de adultos en urna y subadultos directos en el área de estudio.

En el gráfico que sigue (ver Figura 72) se observan las frecuencias diferenciales para las distintas modalidades de entierro en valles y yungas. En valles, las modalidades de entierro en urna y directo se dan en la mayor proporción de casos (0.75 y 0.58, respectivamente) y las cistas (0.08) en un solo caso, por ende, en menor proporción. En las yungas, las mayores proporciones se dan en el caso de los entierros

en urna (0.9) de los cuales 0.5 corresponde a entierros de adultos y 0.4 a subadultos. En segundo lugar, se dan los entierros directos (0.62), donde 0.46 corresponde a adultos y 0.16 a subadultos. Esto significa que mientras que las modalidades adulto/urna (0.5), adulto/directo (0.46) y subadulto/urna (0.4) se dan aproximadamente en la misma proporción, la modalidad subadulto/directo (0.16) si bien es exclusiva de las yungas, se da aquí en la menor en proporción.

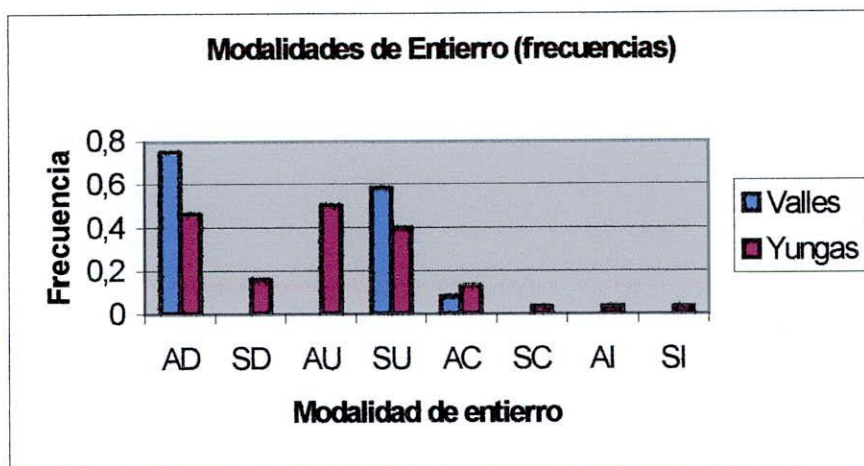


Figura 72: Modalidades de entierro en valles y yungas.

Si analizamos las proporciones relativas en la muestra (ver Tabla 10) notamos que en la región de yungas, las modalidades adulto/directo y adulto/urna se dan casi en la misma frecuencia (0.5/0.46) pero esta última (adulto/urna) se circunscribe regionalmente a las subregiones de La Candelaria/Pampa Grande y el Valle de Lerma; es interesante notar, además, que en todos los casos esta modalidad se da en asociación con el estilo cerámico Candelaria (salvo en El Carmen, donde no se especifica ningún estilo particular). En cambio la modalidad adulto/directo se distribuye más heterogéneamente en el espacio y asociada a mayor variabilidad de estilos cerámicos. Con respecto a la otra modalidad que hemos detectado exclusivamente en las yungas (subadulto/directo) también se constata su asociación con materiales de estilo Candelaria (salvo en Aguas Negras, donde no se reporta ninguna asociación con material cerámico).

Distribución cronológica

A fin de evaluar si las tendencias anteriores están reflejando variaciones diacrónicas en las pautas de inhumación o si las mismas “coexisten” en un mismo momento cronológico, centraremos ahora el análisis en las muestras con alguna adscripción temporal asociada. Es preciso, no obstante, hacer hincapié en algunas consideraciones sobre este punto. En primer lugar, queremos subrayar el carácter puramente analítico y exploratorio del abordaje cronológico. Con ello queremos decir que las acciones a este fin estuvieron orientadas a acotar la extensión temporal del Formativo como período de estudio. En este sentido, y dado que nuestro principal interés es contextualizar los casos de estudio, hemos delimitado ciertos lapsos de tiempo para observar la “superposición cronológica” de los distintos contextos, partiendo de los rangos determinados por el intervalo de dos sigmas sobre los fechados de El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado (ver Figura 73). Resaltamos que no conferimos a dichos lapsos ninguna validez intrínseca, en tanto no son considerados, a los fines de este análisis, referentes de procesos sociales específicos. En cambio, la utilidad de este recurso metodológico radica en la posibilidad aumentar la definición cronológica en los patrones observados, en particular con referencia a los lapsos determinados para los casos de estudio (El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado).

En el gráfico observamos que los lapsos determinados para El Bañado-La Vaquería (600-720 d.C.) y Lampacito (540-660 d.C.) se superponen alrededor del 600 d.C., mientras que Campo Colorado se separa de aquellos ubicándose entre el 50 a.C.-260 d.C. Decidimos, entonces, acotar arbitrariamente los lapsos comprendidos entre el 100 a.C.-300 d.C. (Lapso 1) y 500-700 d.C. (Lapso 2) para evaluar prácticas “contemporáneas” con Campo Colorado, en primer lugar y con Lampacito y El Bañado-La Vaquería, en un segundo momento. Fuera de estos lapsos quedan algunos contextos que serán evaluados posteriormente.

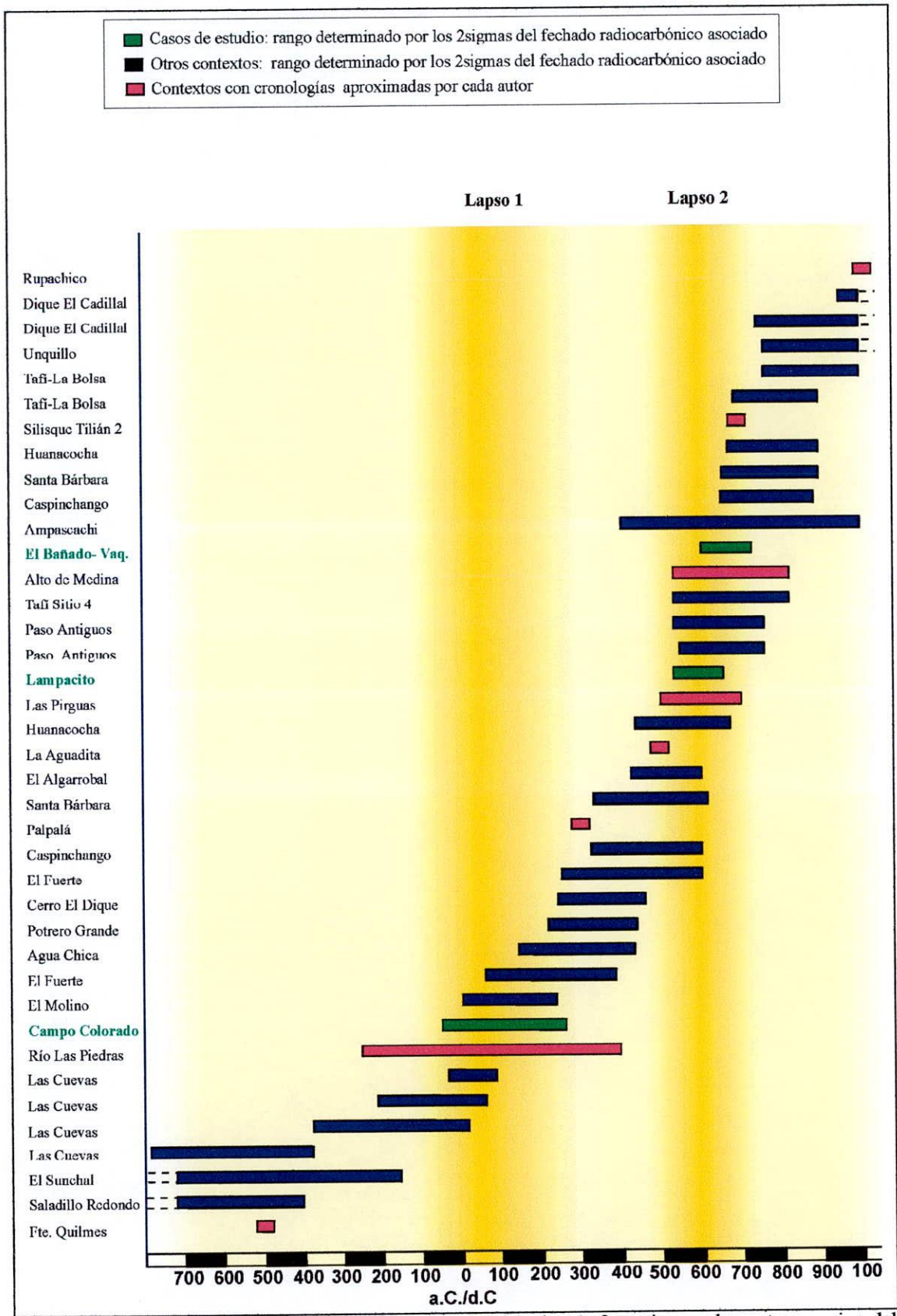


Figura 73: distribución cronológica de los contextos relevados (referencias en la parte superior del cuadro)

Con respecto al primer lapso (Lapso 1), si bien en el área de estudio no son muchos los contextos fechados que superponen en algún punto su rango cronológico con el de Campo Colorado (ver Figura 74), se registran entierros directos de adultos y subadultos en urna en la región del Río San Francisco y Valle Calchaquí-Quebrada del Toro. Asimismo, los entierros de adultos en urnas y en cistas acompañados por subadultos en urnas, estarían ya presentes al sur del valle.

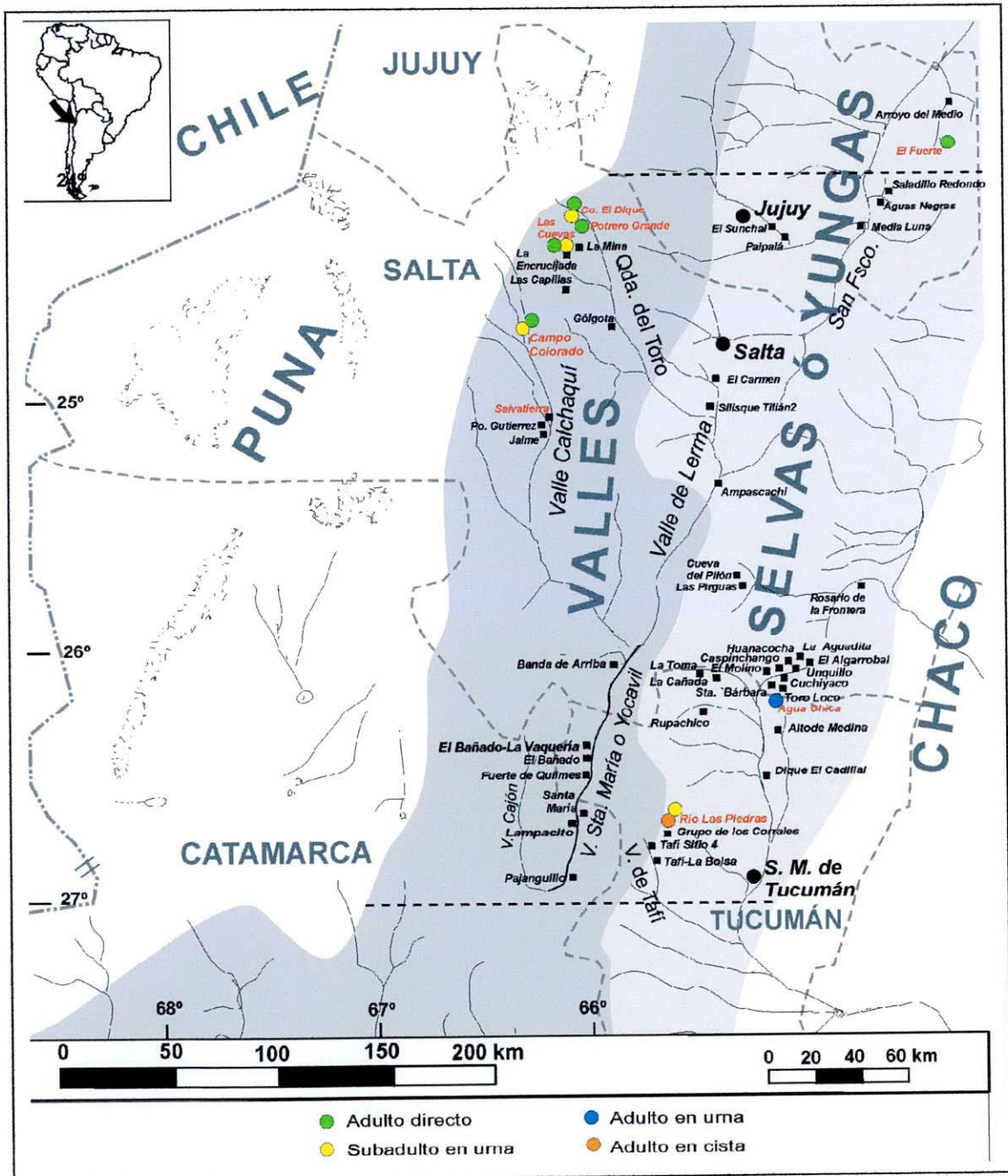


Figura 74: contextos “contemporáneos” con Campo Colorado.

Los contextos “contemporáneos” a Lampacito y El Bañado-La Vaquería (Lapso 2) fueron ubicados en el mapa (ver Figura 75).

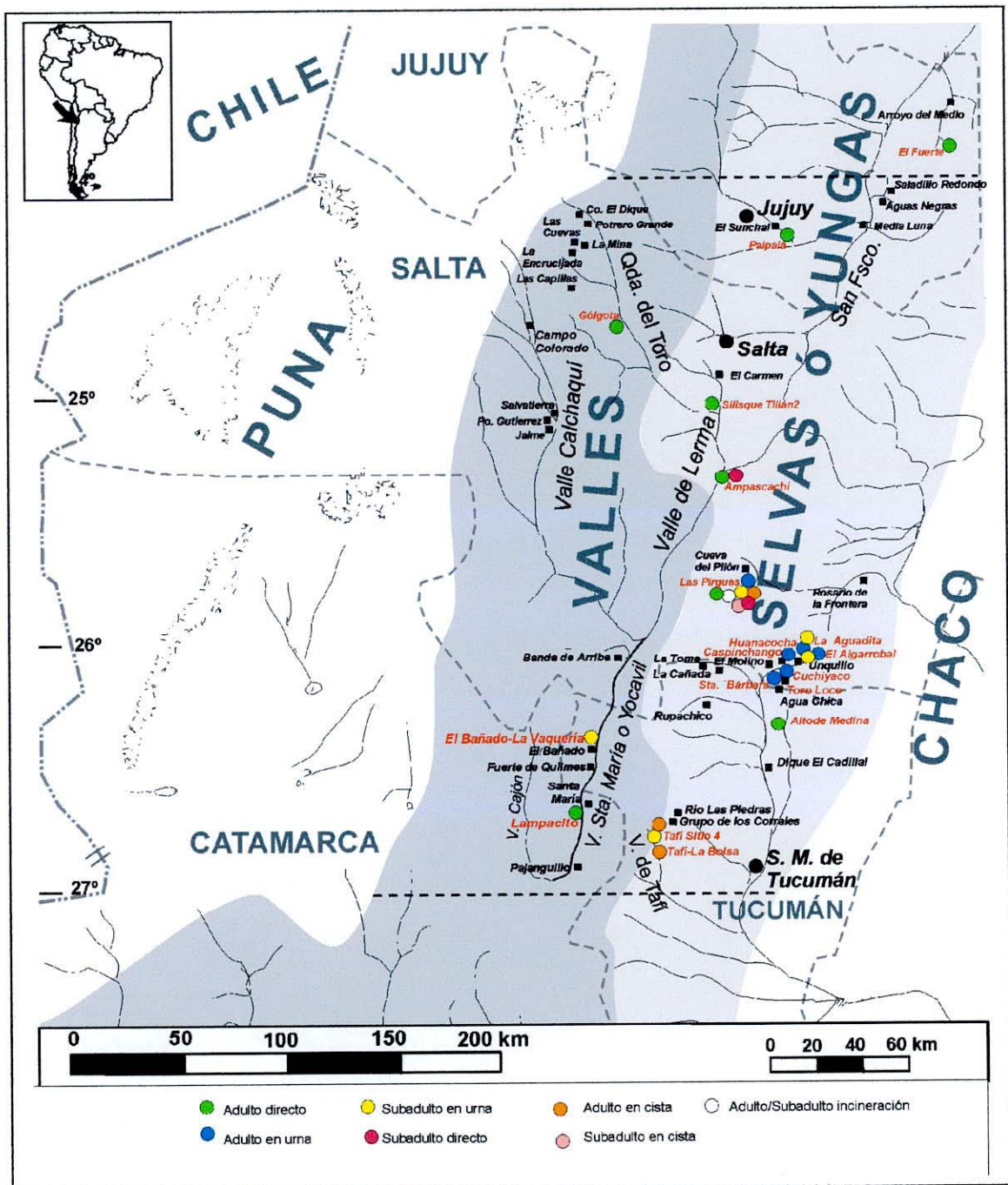


Figura 75: contextos “contemporáneos” con El Bañado-La Vaquería y Lampacito

Podemos observar que junto con el entierro de subadultos en urna en El Bañado-La Vaquería y el de adulto directo en Lampacito se dan estas mismas y otras modalidades de entierro en la región: adultos en urna, subadultos directos, adultos y subadultos en

cista e “incineración”. En este sentido, vemos que *la variabilidad de modalidades de entierro en el lapso de tiempo acotado es máxima para toda la muestra* (esto es, se dan todas las modalidades relevadas). Asimismo, la tendencia descrita con anterioridad, en torno a una mayor variabilidad de modalidades de entierro en yungas, se observa claramente en el mapa y puede ser ahora acotada en el tiempo. Estas se dan en un área bastante acotada, entre las subregiones de La Candelaria y Tafi del Valle, aunque claro está, gran parte de esta variabilidad es debida a la presencia del sitio Las Pirguas (y en particular a la Caverna Los Aparejos). Paradójicamente, Las Pirguas es un caso difícil de incluir en este análisis ya que podría plantearse que la cronología asociada difícilmente esté dando cuenta de todas las modalidades de entierro allí presentes. Aún así, *“gran parte de la alfarería”* asociada puede ser adscripta a las *“fases Molleyaco”* y *“Rupachico”* del estilo Candelaria (Baldini et al 1996:136).

Ahora bien, si dejamos a las Pirguas como “eje” (dado que aquí se dan todas las variantes de entierros) distinguimos en el mapa dos grandes distribuciones: al norte de Las Pirguas sólo se dan los entierros directos (de adultos principalmente y un solo caso de subadulto) y al sur de Las Pirguas, se dan entierros directos de adulto, adultos y subadultos en urna y entierros de cistas de adultos. Vemos que aún relativizando la presencia de Las Pirguas en el análisis, la tendencia de una gran variabilidad en modalidades de entierro se mantiene en el lapso acotado.

En síntesis, el análisis de un lapso cronológico más breve nos permitió acotar temporalmente la tendencia antes observada. En el rango temporal que hemos delimitado para El Bañado-La Vaquería y Lampacito (500-700 d.C.) observamos una gran variabilidad de modos de entierro “coexistiendo” en la región. En el área norte (Valle de Lerma-Quebrada del Toro-Río San Francisco) la variabilidad es menor, ya que la única modalidad de entierro parece ser la directa para los adultos y subadultos (aunque esta última está representada por un solo caso). En el sector sur (Valle de Santa María-La Candelaria-Valle del Tafi/La Ciénega) la variabilidad es la máxima para toda la muestra. Es interesante destacar que aún cuando no podamos estar seguros de que estas modalidades sean efectivamente “contemporáneas”, sí podemos afirmar que todas ellas aparecen en algún momento asociadas al estilo cerámico definido como Candelaria por los distintos autores.

Finalmente, si quisiéramos abarcar todos los contextos con adscripciones temporales disponibles en la muestra, podríamos distinguir entre sitios anteriores y posteriores al 500 d.C. Bajo esta nueva delimitación, no obstante, las tendencias descriptas para los lapsos de El Bañado-La Vaquería-Lampacito y Campo Colorado se mantienen, aunque hay que destacar que con la inclusión de Rupachico, se agrega otra modalidad (subadulto directo) a la ya comentada amplia variabilidad de modos de entierros asociados al estilo Candelaria.

En resumen, partiendo de los casos de El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado hemos brindado un panorama general de las modalidades de entierro durante el Formativo en la región. Hasta el momento, la situación parece estar indicando que las modalidades de entierro presentes en los casos de estudio (adulto/directo y subadulto/urna) conforman el patrón general del resto de los entierros relevados en el área de valles (Valle de Santa María-Valle Calchaquí-Quebrada del Toro). El único caso que no sigue esta modalidad es El Bañado, donde aparecen entierros en cista, aunque desconocemos a que grupo de edad se asocian. En las yungas (Valle del Tafi/La Ciénega-LaCandelaria/Valle de Lerma-Río San Francisco) las modalidades más frecuentes son las de adulto/directo, subadulto/urna y adulto/urna. En menor proporción se detectaron las modalidades subadulto/directo y entierros en cistas para ambos grupos de edad. Los entierros de adultos en urna adscribibles al estilo Candelaria ocurren a lo largo de los primeros mil años de la Era (0 al 1000 d.C.) con exclusividad en las yungas. Los entierros directos de adultos asociados a Candelaria, en cambio, se dan tanto en valles como en yungas a partir del 400 d.C., perdurando hasta finalizar el Formativo (400-1000 d.C.).

Ahora bien, la ausencia de entierros de adultos en urna en el área de valles fue notada tempranamente por Boman (1908) y Torres (1921). Décadas más tarde, Berberían y González hallan depositadas en el Museo Arqueológico de Andalgá "*una serie de urnas funerarias para adultos*" extraídas de los alrededores pertenecientes al período Tardío; se plantea "*la singularidad de los hallazgos dentro del cuadro arqueológico general de la región, ya que tales inhumaciones eran prácticamente desconocidas en el área valliserrana del Noroeste*" (Berberían 1969:3). Se propone además que la aparición de dicha costumbre funeraria habría sido producto de la influencia proveniente de las yungas durante el período Tardío (Berberían 1969:36). En

este sentido y aunque no descartamos que nuevos hallazgos puedan revertir la situación, la ausencia de esta modalidad de entierro durante el Formativo se constata aquí para el área de valles relevada.

Por otro lado, con respecto a la otra modalidad ausente en los valles -entierros directos de subadultos- se podría argüir que esto sea una consecuencia de la conservación diferencial de estos restos frente a los de adultos (Buikstra y Ubelaker 1994). Si bien esta es una posibilidad que no podemos descartar, debemos asimismo tener en cuenta que en términos de conservación, el medioambiente general en las yungas -mayor humedad relativa- es menos propicio para la conservación de restos orgánicos. Además, en otras zonas vallistas como en Alamito - se han recuperado restos de subadultos incluidos directamente en las capas de sedimento (Nuñez Regueiro 1971:36); y, recordemos además los hallazgos 2-019 y 2-020 de Campo Colorado, antes comentados. A la luz de estas evidencias, la ausencia de entierros de subadultos directos en el Valle de Santa María, Valle Calchaquí y Quebrada del Toro durante el Formativo debe ser tomada con cautela. Si bien podría estar reflejando una pauta de inhumación particular compartida por diversas poblaciones, también podría ser consecuencia de la escasa muestra bioarqueológica disponible; de factores de conservación diferencial; o de la falta de registro (en particular, por causa de la baja visibilidad de los restos de subadultos o por el desinterés en este tipo de hallazgos que han mostrado coleccionistas y huaqueros).

Ahora bien, somos conscientes de que al hablar de “los valles” y “las yungas” estamos englobando bajo un rótulo una vasta área compuesta por variadas y heterogéneas subregiones definidas, además, desde nuestra propia lógica de delimitación geográfica. Si observamos la variabilidad del registro al interior de los valles durante el Formativo veremos que en la zona norte (Valle Calchaquí y Quebrada del Toro) se han reportado dos modalidades de entierro (adulto/directo y subadulto/urna); mientras que al sur, en el Valle de Santa María, se detectan tres modalidades (adulto/directo, subadulto/urna y entierros en cistas). En las yungas, en el área del Río San Francisco hay evidencias de al menos tres modalidades de entierro (adulto/directo, subadulto/urna subadulto/directo) mientras que en el Valle de Lerma sólo se han recuperado dos modalidades de entierros directos: de adultos-subadultos. En la zona de La Candelaria, como dijimos, la variabilidad es máxima aunque

fundamentalmente está dada por la presencia de Las Pirguas. Aún si excluimos a Las Pirguas del análisis (dado que es particularmente influyente por presentar todas las características observadas y aún otras que le son exclusivas) la presencia de entierros de adultos y subadultos directos y en urnas sigue siendo evidencia de esta mayor variabilidad en las modalidades de entierro en el área. Finalmente al sur, en la zona que hemos denominado Valle del Tafi/La Ciénega, se dan al menos tres modalidades (subadulto/urna, adulto/cista y adulto/directo), coincidentes con las halladas en el vecino Valle de Santa María.

Viéndolo de esta manera, podemos decir que a lo largo del Formativo y en base a los hallazgos publicados hasta el momento, la zona de La Candelaria se distingue por presentar la mayor variabilidad de modalidades de entierro. Es interesante agregar también que *todas* ellas se dan al menos una vez en asociación a materiales de estilo Candelaria (según lo definiera cada autor). En yungas, el estilo Candelaria se asocia a todas las modalidades de entierro (directo/urna/cistas y adultos/subadultos) y en valles, piezas Candelaria acompañan al entierro directo en Lampacito, a los subadultos de El Bañado-La Vaquería y a los entierros en cistas y urnas hallados en El Bañado. Si bien esta mayor variabilidad de modalidades de entierro presentes en las yungas puede estar en relación con la mayor cantidad de contextos relevados en el área, no podemos dejar de advertir que, en una zona que ha sido generalmente homogeneizada por sus características ecológicas bajo el rótulo de “las yungas”, la variabilidad de modalidades y combinaciones en las formas de enterrar observadas en un lapso relativamente acotado, 500-700 d.C., es notablemente alta.

(2) Los Objetos de Ajuar

En primer lugar, recordaremos cuáles fueron los objetos de ajuar recuperados en los contextos que constituyen la muestra de esta Tesis, y a continuación daremos cuenta del ajuar relevado en el resto de los contextos publicados.

En el entierro recuperado en El Bañado-La Vaquería, **una jarrita cerámica** y una **cuenta de collar lítica** acompañaban a los restos de dos subadultos al interior de la urna cerámica. En Lampacito, un mínimo de **doce vasijas cerámicas**, **catorce cuentas líticas**, **tres anillos** y **un brazalete de cobre** constituían el ajuar del entierro directo de una mujer adulta. En Campo Colorado, el Entierro 1, clasificado como de adulto directo, presentó asociadas dos piezas cerámicas, **una escudilla** y **una vasija negra tosca**. Dentro de la olla del Entierro 2, se recuperó **un instrumento lítico** asociado a los restos del párvulo. El Entierro 3, de un adulto enterrado directamente bajo el piso de un recinto se recuperaron **dos cuentas de collar líticas** (malaquita). De los entierros recuperados en el Cementerio Anexo, el Entierro 4, de un hombre adulto, no poseía ajuar asociado, aunque es probable que lo tuviera originalmente y que la erosión del terreno hubiese provocado su pérdida (Tarragó comunicación personal) y el Entierro 5, de una mujer adulta poseía **un botellón negro pulido** a modo de ajuar. En general, observamos que en los casos de estudio, los elementos asociados más frecuentemente son las piezas cerámicas y los objetos de uso personal¹ (adornos personales).

Antes de analizar específicamente los objetos de ajuar en el resto de la muestra, distinguiremos los casos que poseen ajuar de aquellos que no lo tienen. Recordemos el dato negativo “ausencia de ajuar” debe ser tomado con cautela dado que no podemos afirmar que este no halla existido, ni que el ajuar existente sea el completo. Asimismo, es probable que el número de tumbas sin ajuar asociado esté subrepresentado debido al nulo interés de huaqueros y coleccionistas en este tipo de vestigios del pasado. Por otro lado, de haber sido registradas, la posibilidad de adscribirlas a algún período temporal habría sido imposible en la ausencia de un fechado radiocarbónico. Aún así,

¹ En este lugar, y a los fines de nuestro análisis, hemos preferido considerar los adornos personales como “objetos de ajuar” y no establecer una separación frente al resto de los ítems categorizados de esta manera.

observamos que, aunque en distinta proporción, en la mayor parte de los contextos relevados en valles y yungas se reporta la presencia de ajuar (ver Tabla 11 y Figura 76).

	Con ajuar	%	Sin ajuar	%
Valles (n=32)	29	90.6	3	9.3
Yungas (n=78)	51	65.3	27	34.6

Tabla 11: presencia y ausencia de ajuar en los contextos relevados

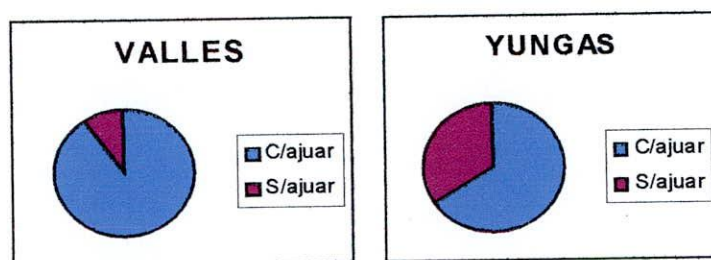


Figura 76: representación diferencial de ajuar en valles y yungas

A continuación nos centraremos específicamente en los contextos funerarios que presentaban ajuar asociado.

Número de ítems de ajuar por tumba

Como primer paso para dar cuenta de la variabilidad de los ajuares asociados a los contextos funerarios tempranos en valles y yungas, hemos calculado la cantidad de ítems de ajuar incluidos en cada tumba (ver Tabla 12 y Figura 77). En la mayoría de los casos fue posible obtener este dato; no obstante, debemos tener en cuenta que los valores mostrados muy probablemente estén subestimando la cantidad de ajuar originalmente asociado a los entierros. Esta situación pudo haberse dado por factores de conservación diferencial, falta de registro, u otros. Debemos aclarar asimismo que no se contabilizaron los fragmentos de cerámica (cuando estos no hayan sido referidos a ninguna forma o pieza particular); tampoco se contabilizaron como ítems de ajuar las semillas, frutos, carbones o huesos de fauna hallados en las tumbas. Finalmente, las cuentas de collar fueron contabilizadas como un único objeto de ajuar (independientemente del número de cuentas recuperadas) dado que, se supone, éstas habrían formado parte de un mismo o varios adornos (collares, textiles, etc.).

N° ítems	Valles (n° casos)	Yungas (n° casos)	Total	Proporción Total muestra (n=72)	Proporción Valles (n=26)	Proporción Yungas (n=46)
1	7	26	33	0.45	<u>0.26</u>	<u>0.56</u>
2	6	5	11	0.15	0.23	0.10
3	4	5	9	0.12	0.15	0.10
4	2	4	6	0.08	0.07	0.08
5 o >	7	6	13	0.18	<u>0.26</u>	0.13

Tabla 12: Cantidad de ítems de ajuar por tumba relevada en valles y yungas (se contabilizaron los casos donde esta variable se pudo determinar con seguridad)

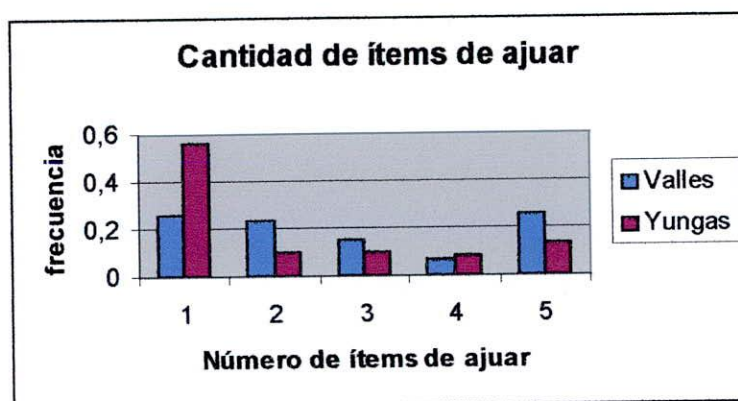


Figura 78: Cantidad de ítems de ajuar en contextos de valles y yungas

A partir del análisis de la tabla observamos las siguientes situaciones: en general, tomando la totalidad de la muestra analizada (ver Tabla 12: columna 5) vemos que la mayoría de los contextos poseen un solo ítem de ajuar asociado. Sin embargo, si analizamos esta misma proporción discriminada en valles y yungas notamos que la proporción es sensiblemente mayor en esta última zona. A medida que aumenta la cantidad de ajuar, las proporciones para ambas áreas disminuyen; sin embargo, en los contextos de valles se observa que en general, las diferencias son poco marcadas e incluso las tumbas con más de 5 ítems de ajuar alcanzan el mismo valor que las primeras. En las yungas, en cambio, la cantidad de tumbas con un solo ítem de ajuar es proporcionalmente mayor al resto. Así entonces, la *tendencia general* muestra que la cantidad de ítems de ajuar asociados a los contextos funerarios de valles es mayor que

en las yungas. Resaltamos que esta es sólo una tendencia general, ya que, tal como hay numerosos casos con escaso ajuar asociado en valles (e.g. tumbas de Campo Colorado, Gólgota), también hay casos con abundante ajuar asociado en yungas (e.g. La Aguadita T4, hallazgos 42 y 44 de Las Pirguas, Tafi del Valle E1, Dique El Cadillal U415, Río Las Piedras).

Número de Tipos Funcionales de Ajuar

Como segunda aproximación a la variabilidad de los ajuares, hemos calculado el “NAT” (“*Number of Artifact Types*”) para cada contexto en la muestra, según lo definiera Lotte Hedeager (1990, citado en Johansson 1996:27). Esta es una medida creada para cuantificar la variedad de los objetos incluidos en las tumbas. Indica la cantidad de clases funcionales de objetos, independientemente del número total de objetos colocados en la misma. Así por ejemplo, si una tumba contuviera 20 cuentas de collar y 2 escudillas, el NAT sería igual a 2 (Johansson 1996). Aclaremos que sólo hemos contabilizado los objetos que hayan sido manufacturados (artefactos), no así los carbones o huesos de fauna que son a veces encontrados dentro las tumbas (ver Tabla 13 y Figura 78).

NAT	Valles (#casos)	Yungas (#casos)	Total	Proporción Total muestra (n=79)	Proporción Valles (n=30)	Proporción Yungas (n=49)
1	19	35	54	0.68	<u>0.63</u>	<u>0.71</u>
2	5	7	12	0.15	<u>0.16</u>	<u>0.14</u>
3	4	4	8	0.10	<u>0.13</u>	0.08
4 o >	3	3	6	0.07	0.10	0.06

Tabla 13: Numero de tipos de artefactos (NAT) en valles y yungas.

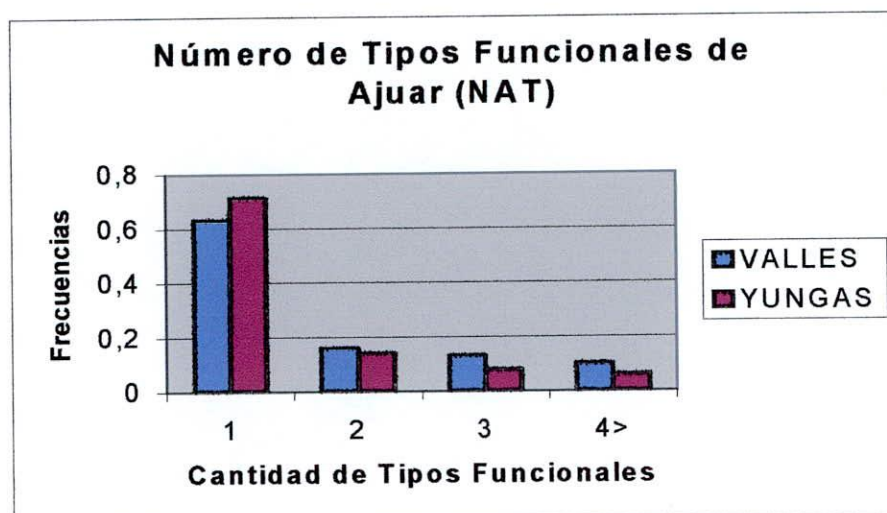


Figura 78: Frecuencia de tipos funcionales de ajuar (NAT) en valles y yungas

Analizando la Tabla, observamos que sobre el total de la muestra la gran mayoría de los contextos (68%) poseen un solo tipo de ajuar asociado (ver Tabla 13, columna 5). En segundo orden, pero en frecuencias muy menores que el caso anterior le siguen las tumbas con 2 tipos (15%), tres tipos (10%) y más de tres tipos funcionales de ajuar (7%). Si miramos las cifras discriminadas para valles y yungas (Tabla 13, columnas 6 y 7), observamos que en ambas áreas los porcentajes son similares para los casos con uno (63% y 71% respectivamente) y dos tipos de ajuar asociado (16% y 14% respectivamente), manteniéndose también las proporciones anteriores. Con tres o más tipos de ajuar la proporción es un tanto mayor en valles que en yungas (13% y 10% contra 8% y 6%), pero en ambas es igualmente baja. Veamos ahora cuáles son los tipos funcionales más frecuentes de ajuares asociados.

Clases de Ajuar (Tipos Funcionales)

En la Tabla que sigue (Tabla 14) hemos contabilizado los tipos funcionales más frecuentemente asociados a los contextos de valles y yungas. Las proporciones relativas pueden observarse gráficamente a continuación (Figura 79). En el mapa se grafican los distintos tipos de ajuar presentes en los contextos relevados (Figura 80)

Tipos Funcionales	Valles (n=30)	Proporción	Yungas (n=51)	Proporción	Total (n=81)
<u>Recipientes cerámicos</u>	<u>24</u>	0.8	<u>35</u>	0.68	0.72
<u>Adornos personales</u>	<u>10</u>	0.33	<u>11</u>	0.21	0.25
Armas	3	0.1	4	0.07	0.08
Tejidos/cestería	2	0.06	5	0.09	0.08
Manos/morteros	1	0.03	8	0.15	0.11
Hachas	2	0.06	2	0.03	0.04
Pipas	4	0.13	2	0.03	0.07
Otros	6	0.2	8	0.15	0.17

Tabla 14: clases de ajuar (tipos funcionales)

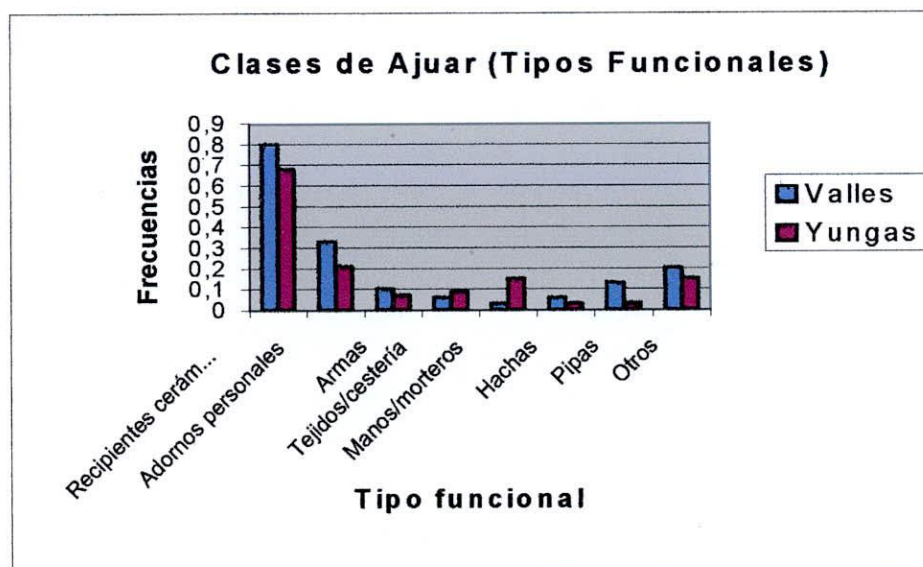


Figura 79: Tipos funcionales de ajuar en valles y yungas

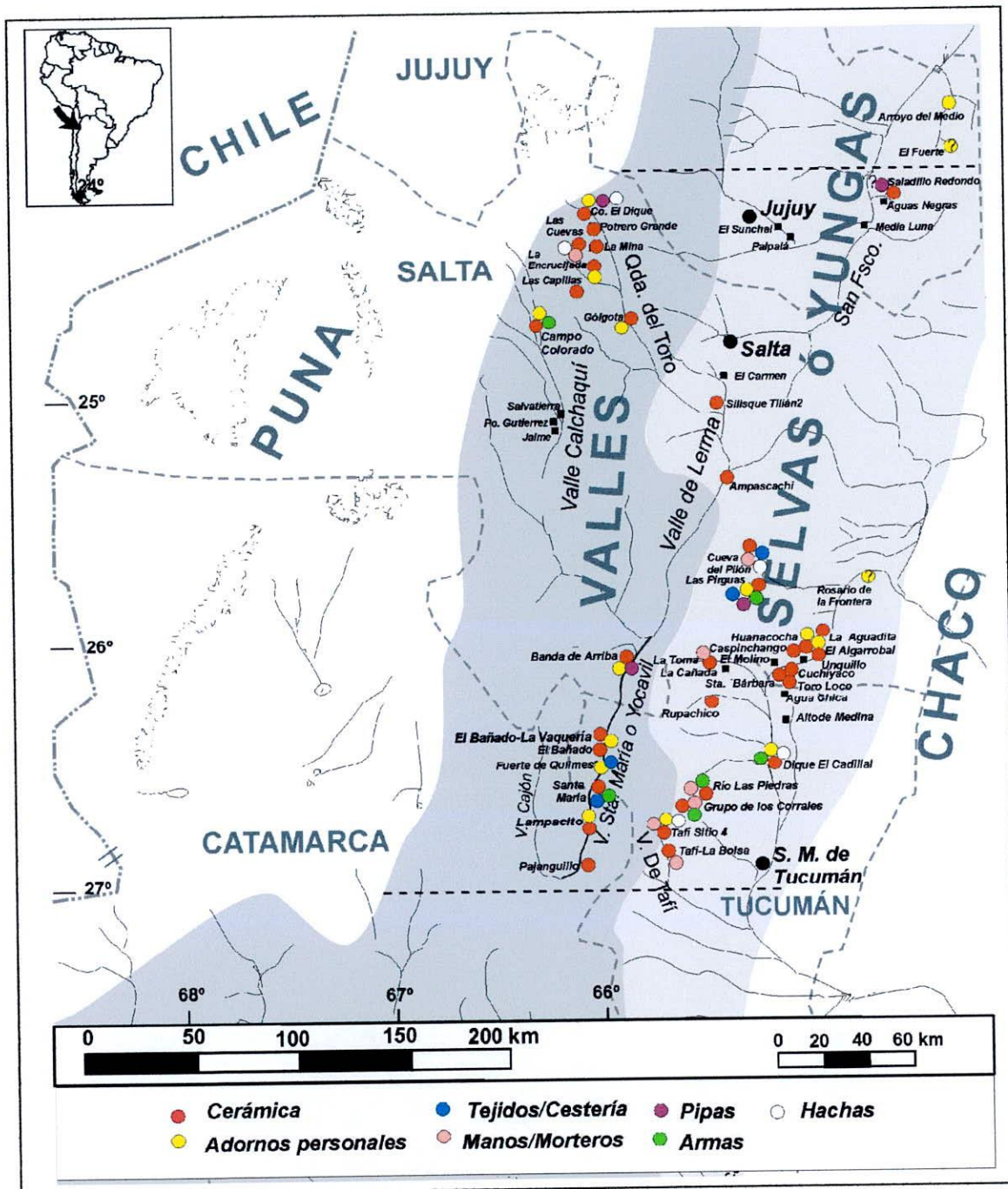


Figura 80: tipos de ajuar asociados a los contextos funerarios

Vemos que sobre el total de la muestra (Tabla 14, columna 6), los “recipientes cerámicos” (de cualquier forma) son los artefactos más frecuentemente encontrados en las tumbas (72 % de los casos). Esta alta proporción se mantiene si examinamos la muestra discriminada por contextos de valles y yungas (80% y 70% respectivamente).

En segundo lugar, con el 25% se encuentran los artefactos que hemos denominado “*adornos personales*”. Dentro de esta categoría se incluyen las cuentas de collar, anillos, pulseras, brazaletes, entre otros. Nuevamente, esta proporción se mantiene en porcentajes aproximadamente similares para valles y yungas (aproximadamente 30% y 20%, respectivamente).

Para el resto de los tipos de ajuar (“*Armas*”, “*Tejidos/Cestería*”, “*Manos/Morteros*”, “*Hachas*”, “*Pipas*”) vemos que las frecuencias se ubican muy por debajo de las anteriores (entre el 7% y el 11% de los casos). La categoría “*Otros*” engloba una cantidad de ítems que suceden no más de una sola vez, de ahí que esta frecuencia no debe ser comparada de igual a igual con las otras. Simplemente se agregó en la tabla para dar cuenta del grado de variabilidad de los ajuares. En el porcentaje total de la categoría “*Manos/Morteros*”, por otro lado, debe ser notada la diferencia entre valles y yungas: un solo caso sucede en los valles (Las Cuevas T3), mientras que en las yungas se dan en 8 casos. De estos, 7 ocurren en un área restringida (Valle del Tafi/La Ciénega) y en sitios similares en cuanto al patrón de asentamiento y modalidades de entierro (sitio Tafi del Valle [5], Río Las Piedras [1], La Ciénega [1] y Tafi S4 [1]). También la categoría “*Tejidos/Cestería*” debe ser tomada con cautela puesto que este tipo de materiales son muy sensibles a las condiciones de conservación, aunque curiosamente, el número de hallazgos es mayor en las yungas.

En síntesis, a partir del análisis anterior hemos detectado ciertas tendencias en el área de estudio respecto de la variabilidad de ajuares asociados en los casos muestreados. En primer lugar, la presencia de ajuar es mayoritaria en los casos relevados en ambas áreas, aunque en las yungas esta proporción es algo menor que en valles.

Con respecto a la cantidad de ítems de ajuar, en ambas áreas existe una elevada proporción de casos con un único objeto de ajuar asociado, siendo esta proporción sensiblemente mayor en yungas. Por el contrario, a medida que aumentan el número de ítems asociados, observamos que en los valles se dan las proporción más elevadas.

Posteriormente dimos cuenta de los tipos funcionales hallados en los entierros y detectamos que en ambas áreas, las cerámicas (recipientes de cualquier forma) y los

adornos personales (cuentas, anillos, brazaletes, etc.) son los ítems más frecuentes. Con respecto a este último punto, en la clasificación que realizara A. R. González sobre los artefactos de metal del Formativo se detecta que gran parte de las piezas son ítems de uso personal (González 1975). En el cuadro presentado resumimos los tipos funcionales destacados en la muestra, pero las proporciones calculadas para las categorías con menores números de casos deben ser tomadas con cautela. En este sentido, la finalidad de la Tabla presentada fue mostrar que *sí* existe una diferencia significativa entre las dos primeras categorías de ajuar y el resto. Entonces, podemos concluir que, desde el punto de vista del tipo de ajuar asociado, los entierros de El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado son coherentes con la tendencia general observada en el Formativo regional de valles y yungas, en tanto presentan cerámica y adornos personales como los tipos de ajuar más frecuentemente asociados.

A continuación, entonces, repasaremos algunas consideraciones que han sido propuestas sobre el significado y función de las cerámicas y adornos como ítems de ajuar funerario.

Cerámicas como Ajuar

Como veremos a continuación, en general, diversos autores coinciden en postular -basándose en evidencias etnográficas principalmente- que los ítems incluidos en el ajuar del difunto han sido aquellos que le pertenecieron en vida. Incluidos en un contexto funerario, los recipientes cerámicos habrían cumplido la función de contener alimentos o bebidas para consumo del difunto. Así, por ejemplo, Eric Boman reporta que en las sepulturas se colocaba *“una escudilla llena de agua o de chicha,... (y) si el muerto es un niño, se pone en su urna una escudilla llena con la leche de su madre”* (Boman [1908]1991:273).

Palavecino (1944:88) también da cuenta de la costumbre de depositar *“agua y alimentos en la tumba, así como objetos de pertenencia del difunto, armas e instrumentos de trabajo y vestidos”*. Agrega que *“esta práctica está destinada a proveer tales implementos al alma del muerto”* ya que los muertos tendrían *“una vida igual a la terrena, con el mismo programa de actividades de pesca, caza y recolección”*

(op cit: 89). Por otro lado, este autor reporta que entre los indios Pilagá la costumbre de enterrar al difunto con sus objetos personales es fundamental dado que “...si así no lo hicieren, el espíritu del muerto andaría después asustando porque le faltarían cosas necesarias...” (Palavecino 1933: s/n).

Von Rosen (1901-1902:184) reporta que entre los indios del Gran Chaco era común la práctica de incluir “*bowls with water and food in the graves with their dead...*” y opina que esto está en relación con la creencia en una existencia después de la muerte en la cual el alma necesita comer y beber. El mismo autor transcribe una experiencia de Nordenskiöld quien preguntó para qué era el puco encontrado dentro de la tumba y los aborígenes le responden que contenía agua que el difunto bebió en su viaje (op cit:187, traducción mía).

En este sentido, es interesante destacar algunos hallazgos reportados en la muestra por nosotros relevada que podrían estar dando cuenta de dicha práctica. Así por ejemplo, en Cerro El Dique T3 (Quebrada del Toro) se encontró un puco hemiesférico conteniendo materia orgánica y restos óseos de camélido (Raffino 1977:272-273). También en La Aguadita (La Candelaria) se encontraron algunos granos de maíz carbonizados dentro de un vaso ornitomorfo incluido como ajuar en una de las urnas (Heredia 1971:28). Asimismo, en Las Pirguas, los hallazgos 42 y 44 de la Caverna II (Quebrada de Las Cuevitas) se incluyeron con el ajuar “cucúrbitas y huesos de llama”, en el primer caso y “semillas de algarrobo” en el segundo (Baldini et al 2003:136). En La Ciénega se reporta el hallazgo de una urna funeraria de párvulo conteniendo además huesos de guanaco en su interior (Quiroga 1921).

Lo que las citas anteriores no explican, sin embargo, es por qué no en todos los casos se incluyen cerámicas dentro de las tumbas. Aunque es posible pensar que los alimentos se colocaran directamente dentro de las tumbas, creemos que las citas no están dando cuenta de la variabilidad observada en el registro. Por otro lado, no descartamos que otros significados simbólicos, y no simplemente una funcionalidad “alimenticia”, pudieran estar asociados a dichos hallazgos. Este es un punto para profundizar en futuras investigaciones.

Adornos como Ajuar

Las Cuentas

Los adornos más recurrentes, tanto en yungas como en valles parecen haber sido las cuentas. Las mismas han sido halladas formando parte del ajuar de adultos y subadultos. En los contextos funerarios de valles -donde se especifica- las cuentas recuperadas son de materia prima lítica. No obstante ello, fuera de los contextos de enterratorio suelen aparecer cuentas de valva y de otros materiales (Scattolin comunicación personal, Raffino 1977). En los contextos funerarios de yungas, en cambio, la materia prima más comúnmente usada para la confección de cuentas parecen haber sido las valvas de moluscos, aunque también se reporta el hallazgo de cuentas de malaquita en un caso (Dique El Cadillal). Tanto Rydén (1936) como Heredia (1971) han postulado que los hallazgos de cuentas de valva son comunes en los entierros de La Candelaria. Por su parte, Gabriela Ortiz (2003:45) afirma que las cuentas de collar elaboradas sobre valvas de caracoles terrestres (en particular de especie *Strphocheilus* sp) “*parecen propias de las tierras bajas del NOA, Bolivia y la región amazónica*”. Esta afirmación fue aquí parcialmente contrastada al contraponer los contextos funerarios de yungas y los de valles, ya que si bien no son exclusivas, las cuentas de valva aparecen mucho más frecuentemente en yungas, y las líticas lo hacen en los valles.

Respecto de los usos y simbolismos asociados a las cuentas, se sabe que éstas eran enhebradas para formar collares o que eran cosidas a las prendas de vestir del difunto (Palavecino 1933, von Rosen 1901-1902). Sin embargo, más allá de su uso ornamental, se ha postulado que las cuentas habrían sido objetos de alto valor personal en tanto estas “*...are looked upon as amulets for warding of illness and other evil things*” (von Rosen 1901-1902:174).

Anillos y Pulseras

Otro elemento de adorno personal hallado en las inhumaciones son los anillos y pulseras o brazaletes. En todos los casos estos han sido confeccionados en metal,

principalmente cobre, aunque también los hay de oro. Se asocian a individuos adultos en todos los casos salvo en Las Pirguas (incineración) donde desconocemos su asociación exacta y en La Aguadita, ya que la urna contenía los restos de un adulto y un subadulto.

Los anillos encontrados en Lampacito, Las Cuevas (fuera de contexto funerario), Aguas Negras, Saladillo Redondo (Ortiz 2003) son similares en forma y materia prima. Todos han sido confeccionados a partir de una fina lámina de cobre doblada que en algunos casos se cierra sobre sí misma y en otros, permanece abierta en los extremos. Los anillos de Lampacito, Aguas Negras y Las Cuevas han sido sometidos a análisis metalográficos y han dado composiciones mineralógicas similares (ver Apéndice I). Se ha planteado la duda sobre que la designación funcional de “anillo” sea la correcta en algunas de estas piezas, ya sea por su tamaño pequeño como por la posibilidad de que formaran parte de otros instrumentos (Ortiz 2003). En este aspecto, debemos decir que la evidencia de Lampacito es concluyente, en tanto los anillos permanecían insertos en la falange al momento de ser encontrados.

Con respecto a los brazaletes o pulseras, los hallazgos se reportan en Lampacito, Gólgota, La Aguadita U4, Las Pirguas (incineración), todos en cobre y en Cerro el Dique T11, de oro. El brazaletes de Lampacito es morfológicamente similar a la forma “a” publicada por González (1975: figura3); y se diferencian de los brazaletes de Gólgota en tanto esos han sido confeccionados sobre una cinta ancha de cobre. Por último el hallazgo de tres pulseras o brazaletes se reporta para la región del Río San Francisco durante el Formativo (Ortiz 2003:49), pero desconocemos si estos se asocian a contextos funerarios.

(3) Acerca de la “cubierta” de las tumbas

En este lugar, incluiremos algunas reflexiones en torno a las pautas observadas en la forma en que se cubren las distintas categorías de entierro.

En los casos estudiados en la primera parte de esta Tesis, se registró la colocación de **lajas** sobre los entierros directos de adultos en Campo Colorado y el “**sellado**” de barro en la urna recuperada en el mismo sitio; la urna de El Bañado-La Vaquería, por su parte, fue hallada con su **tapa de cerámica**.

Al relevar esta característica en el resto de la muestra, hemos notado que las variantes registradas en los casos de estudio se repetían -con algunas variantes- en los distintos contextos de la región. En general, podemos dar cuenta de una primera variación en las cubiertas de acuerdo a la materia prima utilizada; se distinguen tres tipos:

1. lajas o piedras planas
2. fragmentos o recipientes enteros de cerámica
3. “sellado” de barro o musgo

Las cubiertas del *tipo 1* fueron constatadas en los contextos funerarios de Campo Colorado, Gólgota, Las Cuevas, Potrero Grande, Cerro El Dique, La Encrucijada y El Bañado, en el área de valles; y Santa Bárbara, Unquillo, La Aguadita, El Algarrobal, Las Pirguas, La Cañada, Silisque Tilián 2, Tafi del Valle y Dique el Cadillal, en las yungas. Las del *tipo 2* se detectan en un solo caso de valles -El Bañado- y en las yungas, en los contextos de El Carmen, Rosario de la Frontera, en todos los sitios relevados por Rydén en La Candelaria, La Aguadita y El Algarrobal, Las Pirguas, La Toma y Arroyo del Medio. El *tipo 3* se reporta en Campo Colorado en el área de valles y en Las Pirguas, Cueva del Pilón y Dique El Cadillal, en las yungas.

Por lo que observamos en las descripciones de los contextos, la práctica de “tapar” el entierro se realiza indistintamente sobre adultos y subadultos; al menos en yungas (lugar dónde hay mayor cantidad de información disponible) este rasgo parece

no estar condicionado por la edad del inhumado. Tampoco hemos observado patrones o modalidades distinguibles cronológicamente.

Respecto del material que se utiliza para “tapar” los entierros, observamos que las **piedras planas o lajas** aparecen cubriendo fundamentalmente los entierros directos en valles (excepto en El Bañado donde se colocaron tapas de laja sobre las urnas). En las yungas, las tapas de lajas se dan fundamentalmente los casos en los entierros de urnas (salvo por un único caso de entierro directo en Silisque Tilián 2). Las cistas suelen poseer tapas de lajas. Las tapas de **cerámica** en todos los casos se asocian a entierros en urna. En algunos casos, las urnas pueden presentar una combinación de los dos tipos de tapas, cerámica y piedras. El “**sellado**” con barro o musgo de las urnas está presente también en ambas zonas.

Durante el relevamiento de esta característica, nos llamó la atención otra práctica recurrente, la de colocar piezas o fragmentos de cerámica *sobre ciertas partes del cuerpo de los inhumados*: este es el caso de Saladillo Redondo-El Quemado (entierro directo) donde un plato de cerámica se colocó *sobre el cráneo* del individuo (Ortiz 2003:44); también en Silisque Tilián 2 Tumba2 (entierro directo) “*el cráneo y parte del tórax estaban tapados por un fragmento de vasija de cerámica*” (Escobar 1996: 35); en La Toma (entierro en urna) una escudilla se encontraba *sobre el cráneo* de un individuo adulto (Campanella 1936:19) y en Rupachico (entierro directo) el tercer hallazgo correspondió al “*cráneo de un párvulo...recubierto con un puco*” (Heredia 1968:112); así también, en los entierros directos de las Pirguas, se reporta que “*en ocasiones por encima del cuerpo se colocó un fragmento grande de alfarería*” (Baldini y Baffi 1996:8).

Notamos que todos estos casos, salvo La Toma, corresponden a entierros directos de las yungas donde, como vimos anteriormente, las “tapas” de cerámica se daban exclusivamente en los entierros en urnas. En este sentido, pensamos que la colocación de piezas de cerámica sobre el cuerpo de los individuos (y particularmente sobre su cabeza) podría ser interpretada como una manifestación particular de la práctica general orientada a tapar a los individuos. Veremos a continuación algunas consideraciones sobre las significaciones asociadas a esta costumbre.

Ya Boman había notado la ubicuidad y la gran dispersión de la práctica que hemos referido como la “cubierta” de las tumbas y de los individuos; en este sentido, el autor nos informa que:

“(e)n muchos pueblos sudamericanos, antiguos y modernos, encontramos la costumbre de colocar una piedra u otro objeto más o menos chato en la sepultura, sobre la cabeza de los cadáveres...en ciertas sepulturas...se reemplazan las piedras por grandes trozos de cacharros o por enrejados vegetales...una escudilla dada vuelta [puede] reemplazar a las piedras...” (Boman 1908:328).

Otros autores, han postulado evidencias de una selección intencional de las piedras destinadas a los recintos mortuorios sobre la oferta lítica regional, por ejemplo, del área puneña e interserrana del NOA (Raffino 1988). En este lugar, se ha observado que mientras que en las construcciones de recintos de habitación se da “*un uso extensivo de la piedra irregular*”, las piedras planas son “*reservadas a componentes arquitectónicos cualitativamente relevantes...como cierres de tumbas...*” (Raffino 1988 [1990]:141).

Es interesante destacar que entre otros pueblos andinos, como los Moche, se han registrado las mismas prácticas:

“Bowls and plates were also very often turned upside down on top of bottles or jars to serve as lids or used to cover other parts of the body. This occurred with burials of both sexes and all ages... Many burials were found with the head resting in a shallow gourd plate.” (Donnan 1995:149)

Con respecto a la funcionalidad de las “tapas”, Boman ha propuesto que estas eran colocadas sobre las sepulturas y sobre los individuos “*para protegerlos, de alguna manera...de la presión de la tierra*” (Boman 1908:328). Esta explicación resalta la necesidad de resguardar la integridad del difunto, y en este sentido, contrasta con las evidencias recavadas por von Rosen (1901-1902) en tanto esta práctica parece haber estado más comprometida con la integridad de los vivos, que la del muerto:

*“Before life was extinct, the body was thrust into a huge jar into which also ornaments, weapons, food and drink were put, the mouth of the vessel then being carefully closed up with an earthenware platter. It was important that the lid was put on **before the dying person had drawn his last breath**. By doing this, it was thought that the soul of the dead would for a time be held in confinement, so that it would not be able to work any harm on the living. The jar was afterwards interred inside the dead persons hut” (von Rosen 1901-1902:224 resaltado mío)*

Así, por más trivial que parezca este rasgo, creemos que el “tapado” de las tumbas, debe ser considerado una parte significativa del ritual mortuorio. En particular, el hecho de que las tapas de cerámica se encuentren muchas veces reforzadas con piedras (Boman 1903:12, Rydén 1936: fig.30; Heredia 1971:28) o fijadas mediante un “sellado” de barro (e.g. Aparicio 1941) e incluso, que sobre las tapas cerámicas y piedras planas se colocaran otras piedras para tapar “*los espacios no cubiertos*” (Heredia 1971:29) puede estar denotando la necesidad de asegurar que las tapas *permanezcan* efectivamente sobre las tumbas.

(4) Acerca de las evidencias directas e indirectas del quemado de los individuos

En la muestra bioarqueológica por nosotros analizada, notamos que los huesos del párvulo en urna (2-043) de Campo Colorado presentaban pequeñas *manchitas de carbón* y coloraciones más oscuras por sectores indicando una exposición leve a una fuente de calor. Así también, el individuo del Entierro 1, fue hallado a 20 cm por debajo una consolidación de barro batido y una *capa de cenizas*, en asociación a una pared de piedra con argamasa de barro. Por su parte, la mujer inhumada en el entierro directo de Lampacito presentaba *evidencias claras de quemado* en distintos grados aunque, como ya hemos explicado, es difícil discernir sobre el origen cultural de esta situación.

A raíz de ello y dado que, según veremos a continuación, la presencia de carbones o de restos humanos con evidencia de quemado en los contextos funerarios ha sido relacionada con prácticas funerarias de significados variables, hemos decidido relevar esta característica en el resto de la muestra. Es preciso hacer aquí una aclaración: hemos tomado en consideración sólo aquellos casos donde las evidencias hayan sido reportadas efectivamente por cada autor; esto significa que la ausencia de información no fue tomada en cuenta como dato negativo, puesto que nos era imposible distinguir si la práctica no había sido detectada por el investigador o si esta estaba ausente en el contexto particular.

Uno de los sitios donde se ha registrado esta práctica es en Arroyo del Medio; allí, Boman (1903:10-14) reporta la presencia de "*pedacitos de carbón*" entre los restos de los subadultos inhumados en urnas. Tomando en consideración este y otros ejemplos, recientemente Gabriela Ortiz ha propuesto la "*cremación parcial incompleta*" (Ortiz 2003:43) como una de las características observadas en los entierros del Área del Río San Francisco. Así por ejemplo, reporta que el individuo juvenil de Aguas Negras fue encontrado "*sobre una lente de sedimentos conteniendo gran cantidad de cenizas*" mientras que el individuo adulto hallado en Palpalá presentaba en "*derredor algunos restos de tierra quemada*", finalmente el individuo de Media Luna, hallado "*en el*

interior de una estructura de combustión” es comentado por la autora como un posible ejemplo de esta práctica (Ortiz 2003:43).

Hacia el sur, en La Candelaria, Rydén (1936:62) da cuenta de la presencia de madera carbonizada (“*charred wood*”) al interior de las urnas; así por ejemplo, en Caspinchango y Santa Bárbara, esta práctica se detecta en urnas que contenían individuos adultos (Rydén 1936:91 *grave 2*). Hallazgos similares fueron hechos por Rodolfo Schreiter (1934). En opinión de Rydén, esta práctica habría formado parte del ritual de entierro de estas poblaciones:

“...burial was carried out in such a way that the urn was first set down in the pit dug in the ground, and thereupon the body, with the knees drawn up to the chin was deposited within it. The urn would finally have been filled up with soil, and then a **piece or two of charred wood may also have got into it**. The bowl that was to serve as a lid was placed, bottom upwards, over the mouth of the urn, and finally the grave was filled in with earth.” (Rydén 1936:62 resaltado mío).

En la misma área, Heredia reporta el caso de una urna de adultos en El Algarrobal de cuyo interior se recogieron “*restos de carbón que habían quemado y ennegrecido los huesos del individuo que estaban contiguos a él*” (Heredia 1971:30). Asimismo, en Dique El Cadillal, se reporta la presencia de “*abundantes trozos de carbón vegetal*” dentro de las urnas para adultos (Berberían et al 1977:35). También Aparicio reporta el hallazgo de una urna conteniendo una momia de adulto “*asentada sobre una cama de lana y cubierta con ceniza*”; recordemos también que el depósito de la cueva excavada contenía una superposición de “*dos capas de arena y dos de ceniza alternadas*” (Aparicio 1941: s/n). Finalmente, y aunque no forma parte de esta muestra por corresponder a momentos Tardíos, mencionaremos que en Ruiz de los Llanos (Valles Calchaquíes, Salta) fue hallada una urna conteniendo el entierro de un párvulo, en cuyo interior “*...aparecieron algunas espículas de carbón, una concreción de cenizas, una semilla carbonizada de algarrobo (Prosopis sp.), una ramita carbonizada, algunos fragmentos de hueso, entre ellos uno de cráneo (oído) quemado...*” (Baffi, Baldini y Pappalardo 2001:72).

En general, observamos que los casos reportados incluyen las modalidades de entierros en urna y directos para ambas categorías de edad (recordemos que las modalidades subadulto/directo y adulto/urna son exclusivas de yungas). Si bien los contextos se distribuyen en general a lo largo de todo el lapso temporal del Formativo, son muy escasos como para marcar una tendencia en este sentido.

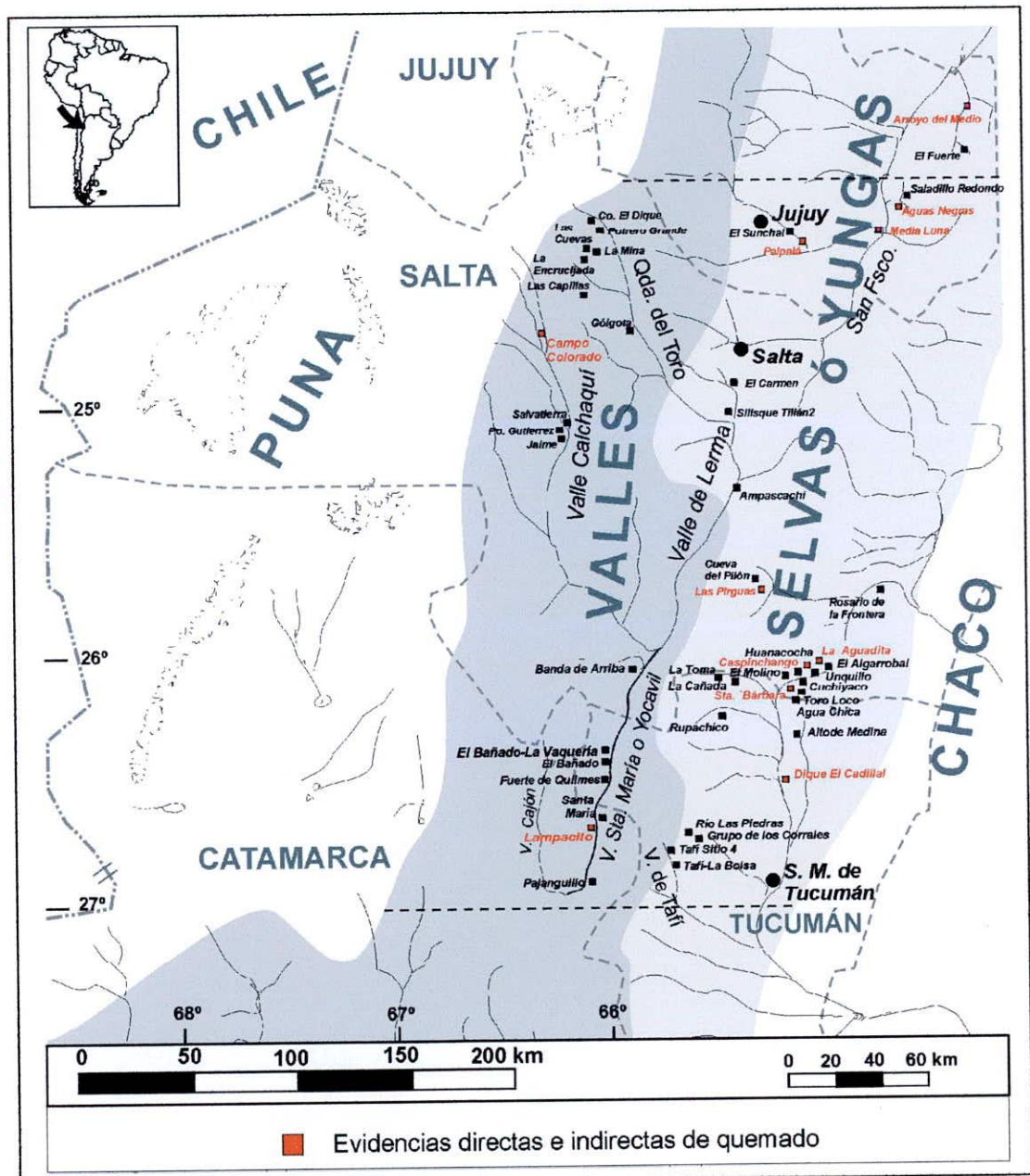


Figura 81: posibles ejemplos de la práctica del quemado (directo e indirecto) de los individuos

Si observamos la distribución regional de los casos (ver Figura 81), la mayor parte de los ejemplos provienen de las yungas, no obstante, habría al menos dos ejemplos de esta práctica registrados en el Valle Calchaquí, uno para momentos

Tempranos (Campo Colorado) y otro para el Tardío (Ruiz de los Llanos); el entierro de Lampacito podría constituir un tercer ejemplo de esta práctica en el centro del Valle de Santa María. Así, en vistas de la información disponible, podemos proponer como enunciado mínimo, que existen evidencias del quemado de los individuos y/o de la colocación de carbón o cenizas dentro de las tumbas (o más precisamente de rasgos que pueden estar relacionadas con dicha práctica) desde el Formativo en el área por nosotros relevada. Las evidencias se constatan en entierros directos de adultos y de subadultos en urna en los valles y en entierros en urna y directos para ambos grupos de edad en las yungas. No se reportan evidencias de esta práctica en el caso de los entierros en cistas. En este sentido, la idea original propuesta por Boman (1908) y reafirmada recientemente por Gabriela Ortiz (2003:43) en tanto que “(l)a incineración parcial de los difuntos parece haber constituido una práctica ritual funeraria propia de [las yungas, dado que] los datos acerca de este tipo de costumbres observadas en contextos etnográficos y arqueológicos provienen todos de las tierras bajas sudamericanas” debiera ahora ser ampliada a la luz de la nueva evidencia.

Con respecto de las posibles significaciones asociadas a esta práctica, Boman cita a varios cronistas que describen la colocación de brasas dentro de las urnas “para que el difunto no carezca de fuego en la otra vida”, asimismo de “leña para hacer fuego” (1908:272-273) o con “un poco de fuego y de harina (...) y que si el alma tiene hambre, que coma” (1908:265). Otro sentido encuentra Palavecino (1944:85) para explicar los casos de incineración de cadáveres entre “los indios del Chaco”. Al parecer, esta fue una costumbre practicada exclusivamente en casos de “fallecimiento repentino y... presunción de envenenamiento”; ambas situaciones afectaban el tratamiento acostumbrado del cadáver en tanto este era “incinerado para destruir la influencia maléfica del alma del difunto” (op cit).

Así entonces podríamos separar, en base a la literatura etnográfica, la existencia de dos prácticas funerarias en la región oriental del NOA. Por un lado, se constata la colocación de carbones o ceniza en los entierros destinada a “proveer” de fuego al difunto para su uso en la otra vida; aquí, la consecuencia *indirecta o no intencionada* sería el quemado de los individuos. En este sentido, quisiéramos llamar la atención sobre dos hallazgos particularmente interesantes detectados en la muestra de estudio: nos referimos a los “palitos para encender el fuego” colocados a modo de ajuar en uno

de los contextos de Las Pirguas (Baldini et al 2003:136) y al hallazgo de una yesquera (“*tinder box*”) como ajuar asociado a la urna de Fuerte de Quilmes (Stenborg y Muñoz 1999:239). Ambos hallazgos, pensamos, podrían estar relacionados con esta presunta necesidad de “proveer” de fuego a los difuntos, en este caso, con *los medios* para obtenerlo.

En segundo lugar, la citada explicación sobre las cremaciones (Palavecino op cit.) estaría dando cuenta de una pauta de quemado *directo o intencional* practicada sólo en situaciones de muerte “no natural” que pudiera comprometer al resto de la población. En este sentido es interesante mencionar también la idea de O’Shea en tanto “...*a group may exhibit a temporary lapse in its regular disposal practices as the result of catastrophic or mass death*” (O’Shea 1984:34). Aunque es sólo una idea, y no tenemos mayores evidencias al respecto, es interesante pensar que la práctica de “incineración” reportada en Las Pirguas definida por la aparición de “*huesos de adultos y subadultos, quemados o calcinados, mezclados con ceniza y carbón*” colocados sobre una “*capa de paja carbonizada*” y sin material cerámico de ningún tipo (Baldini y Baffi 1996:9) podría de alguna manera estar relacionada con esta segunda práctica, en tanto es una modalidad particular y exclusiva de una caverna con respecto a las otras modalidades más generales de enterramiento.

(5) Acerca del emplazamiento de las tumbas en relación al área de habitación

Una particularidad de los contextos funerarios de Campo Colorado es la presencia de tumbas dentro y fuera de lo que podríamos llamar “el área de vivienda”. Las tumbas ubicadas “dentro” se hallaron bajo el piso de recintos y las ubicadas “fuera”, en el sector que Myriam Tarragó ha denominado “Cementerio Anexo” (Tarragó 1980:33).

A partir de ello, surgió nuestro interés en dar cuenta de ambas situaciones en el resto de la muestra a fin de profundizar en el entendimiento de esta configuración diferencial en el emplazamiento de las tumbas. El relevamiento de este rasgo, no obstante, presentó ciertas dificultades. El principal problema fue que no en todos los casos la ubicación de las tumbas fue descrita explícitamente o la información disponible no permitía establecerlo sin ambigüedades. En aquellas publicaciones donde sí se hizo explícita la ubicación de las tumbas, tampoco se aclara, sin embargo, qué se entiende por “cementerio” o por tumbas ubicadas “dentro del área de habitación”. No obstante estos inconvenientes, a continuación sintetizamos la información disponible para el área de estudio; posteriormente comentaremos sobre algunas ideas interesantes que han sido propuestas al respecto de esta problemática.

En el Valle Calchaquí, no muy lejos de Campo Colorado, el sitio Jaime, ha sido descrito como un importante asentamiento de “montículos enterrados” con un área de cementerio anexo. También Salvatierra -con tumbas prismáticas de lajas- y Potrero Gutiérrez -con tumbas circulares y tapas de lajas- son dos importantes cementerios que fueron excavados en el área de Cachi (Tarragó 1996). El sitio Gólgota, en la Quebrada del Toro, es descrito por Boman (1908) como un “cementerio” separado del área habitacional y, aunque observa algunas paredes de pirca, postula que probablemente las ruinas del poblado se encontraran en otro lugar. Hacia el sur de esta región, en Cafayate, el sitio Banda de Arriba, ha sido descrito como “*un complejo de inhumaciones conformado por un cementerio*” (Lo Celso 2001) pero desconocemos mayores datos sobre las características que permitirían definirlo de esta manera. Por

otro lado, en el Valle de Santa María, sobre la Falda Occidental del Aconquija, sabemos de la existencia de varios cementerios formativos excavados a principios de siglo por Weiser en Tesoro, Cerrillos, Zarzo, Ingenio del Arenal y Las Conchas (Scattolin comunicación personal); otros datos sobre ellos aún no han sido publicados. En el área de yungas, Boman (1908) describe como “cementerio” al sitio de El Carmen en el Valle de Lerma; Torres (1921), por su parte utiliza las palabras “*yacimiento de urnas funerarias*” para describir el sitio Rosario de la Frontera. En ambos casos, es difícil saber exactamente a qué tipo de emplazamiento o estructuras hacían referencia estos autores a principios del siglo XX. Por otro lado, sitios de enterratorio ubicados en abrigos y cavernas como el caso de Las Pirguas y Cueva del Pílon ¿deberían ser consideradas áreas de cementerio, esto es, ubicadas por fuera del área habitacional?

Con respecto a los entierros emplazados bajo los pisos de recintos, está claro que esta es una característica compartida por algunos sitios en la Quebrada del Toro: Cerro el Dique, Las Cuevas y Las Capillas se ubican “*debajo del piso de patios centrales*”; asimismo, se hallaron tumbas “*ubicadas por fuera del perímetro de la aldea*” en Las Cuevas, Potrero Grande y La Mina (Raffino 1977:272) pero aparentemente estas serían tumbas aisladas ya que en ningún caso son referidas a cementerios. En el Valle de Santa María, el sitio El Bañado, se caracterizó por presentar cistas y urnas en los pisos de fondos de viviendas de planta cuadrangular (Pelissero y Difrieri 1988:61). También las cistas y urnas de Tafi-Sitio 4 (González y Nuñez Regueiro 1960) y las cistas en Tafi del Valle-La Bolsa (Berberían y Nielsen 1988) se hallan bajo el piso de recintos -patios de planta circular. En La Ciénega-Grupo de los Corrales, Adán Quiroga reporta el hallazgo de contextos funerarios en un sector de recintos circulares de piedra de tamaños variables. El autor postula que los sepulcros formaban parte “*del hogar mismo*” o “*muy contiguo a (una) habitación*” (Quiroga 1921:22). En La Candelaria, Rydén describe la ubicación de las urnas dentro de los sitios de habitación (“*on the dwelling site*”), pero desconocemos qué rasgos toma en cuenta para determinarlo. En Alto de Medina, el único entierro recuperado se hallaba “*bajo el piso del nivel más bajo de ocupación*” en una zona donde afloraban en superficie muros de piedra curvos que “*aparentan formar un conjunto de habitaciones circulares ordenadas en arco alrededor e una plaza, cancha o patio interior*” (Krapovickas 1968:92). En La Aguadita y El Algarrobal (Heredia 1971) y Rupachico (Heredia 1968) no pudimos determinar exactamente la ubicación de los entierros dentro del sitio. En el Valle de

Lerma, Menghin y Laguzzi (1967:26) postulan acerca del entierro de un subadulto directo en Ampascachi que este probablemente “*fue guardado en la vivienda como objeto de cariño*”, por ello y la cercanía a estructuras de fogón, entendemos que los entierros se realizaron dentro de los recintos habitacionales. Así también, en Silisque Tilián 2, al menos una de las tumbas fue encontrada bajo el piso de ocupación delimitado por “*una hilera de bloques angulosos superpuestos*” (Escobar 1996). Finalmente, y a juzgar por el gráfico publicado, los entierros de El Fuerte (Dougherty et al. 2003: fig.3) corresponderían a dos individuos adultos asociados a unas estructuras circulares de piedra. Sobre el resto de los hallazgos en el área del Río San Francisco, desconocemos otros datos que nos permitan determinar su ubicación en el paisaje.

Lamentablemente, a partir del análisis de las distintas situaciones relevadas, ningún patrón claro hemos podido detectar en la muestra; no se observan modalidades distinguibles cronológicamente (o faltan fechados más precisos para poder establecerlo con seguridad), ni tampoco la edad de los inhumados o la categoría de entierro parecen ser factores determinantes en la disposición de las tumbas. De manera que, por el momento y para el área que aquí nos ocupa, consideramos que la información disponible es sumamente escasa y sesgada como para concluir al respecto. No obstante, revisaremos algunas de las ideas que han sido propuestas con referencia a esta cuestión - por demás interesante- y que remite en última instancia, a la conceptualización de la muerte dentro de una comunidad.

Una perspectiva interesante creemos, es la de pensar al emplazamiento diferencial de los difuntos (i.e. “dentro” vs. “fuera” de los recintos habitacionales) en torno a la idea de “lo público” y “lo privado” (Dillehay 1995:10). No obstante, esta idea tiene asidero solamente desde nuestra lógica occidental de pensamiento. En este sentido, si bien es tentador pensar al cementerio como un lugar público y al espacio doméstico como privado, no podemos dejar de advertir un fuerte sesgo en torno a la conceptualización de los espacios y a la función de los cementerios dentro de nuestra propia sociedad.

Una idea clásica, por otro lado, es la de ver a los cementerios como marcadores de recursos críticos en el paisaje (Saxe n.d., citado en Brown 1995):

“... the constant use of some sort of formalized place for the interment of a group's dead usually points to uses of the dead for the purpose of laying some claim over important resources” (Brown 1995:395).

Esta idea -que podría quedar resumida en el título de la obra compilada por Dillehay (1995) “*Tombs for the Living*”- otorga una funcionalidad “terrenal” a los cementerios y a los muertos, quienes son invocados para legitimizar los derechos de los vivos (Buikstra 1995).

En esta línea de pensamiento, Cannon (1989) ha planteado analizar al ritual mortuario o más precisamente, al cambio diacrónico en las pautas de enterratorio como una forma de ejercer el poder o la autoridad:

“Mortuary practice is viewed as a medium for the competitive expression of status and status aspirations, and it is this use that is considered the driving force in patterns of mortuary elaboration and simplification. Temporal developments in different mortuary systems are compared to show the parallel patterns that result from the competitive use of mortuary behaviour for social and economic display” (Cannon 1989:437)

“Mortuary practices (...) change because they serve as a media for social expression and because they derive meaning through contrast with contemporary and past expressions.” (Cannon 1989:446)

Basándose en esta idea, Buikstra interpreta el cambio observado en el patrón de enterratorio en el sitio Tumilaca (sur del Perú) desde una modalidad considerada “compleja” (los cementerios) hacia una “más simple” (los entierros en unidades domésticas) como expresión de poder:

“Elite groups will, under certain conditions, deliberately simplify mortuary ritual displays in order to distance themselves from non-elites” (Buikstra 1995:266).

Más allá de que este sea un mecanismo de la elite orientado a perpetuar la diferenciación social, no creemos que ambas formas de entierro (en cementerio o dentro de los recintos habitacionales) puedan ser diferenciadas como “simples” o “complejas”, sobre todo teniendo en cuenta que la evidencia que ha perdurado hasta la actualidad es sólo una parte menor de la totalidad de aspectos que componen al ritual mortuario (ver Carr 1995).

En otro trabajo, Buikstra (1981, citado en Boyd 1996:228) realiza un hallazgo sumamente interesante respecto al emplazamiento diferencial de los entierros para el sitio Koster (*Middle Archaic*). La autora determina que los individuos adultos con mayor frecuencia y severidad de patologías habían sido enterrados *dentro de las áreas de habitación* y en cambio, los individuos adultos “sanos” se encontraban más frecuentemente enterrados *en los cementerios*. Asimismo, se postula que la ausencia de entierros de infantes y niños en el sitio, es evidencia de otra diferenciación en las pautas de entierro, esta vez, de acuerdo a la edad de los inhumados.

En su extenso análisis inter-cultural acerca de los determinantes de las prácticas mortuorias, Carr (1995) encuentra que la localización de las tumbas (i.e. dentro/fuera del espacio de vivienda; en cementerio; en montículo; en el piso de las casas; etc.) está determinada más frecuentemente por *la posición social vertical del individuo*, por *su edad* o por *las creencias acerca de la naturaleza del alma*. Con menor número de coincidencias también son determinantes las *creencias sobre la causa de muerte*, sobre *los órdenes universales* y sobre *la otra vida* así como las *responsabilidades hacia el muerto* (Carr 1995:181, traducción mía). En general, encuentra que los factores “*filosóficos-religiosos*” son determinantes sobre este aspecto en la mayoría de los casos, y en menor medida lo son los factores “*físicos o circunstanciales*” (Carr 1995:169). Asimismo, reporta que en algunos casos, las muertes debidas a un accidente, ciertas enfermedades o complicaciones durante el embarazo determinaron el entierro alejado del cementerio comunal (Carr 1995:183). Finalmente, y corroborando el patrón antes comentado, Carr reporta una asociación positiva entre la localización de las tumbas y la edad del inhumado. En este sentido detecta que en las sociedades igualitarias los niños son más frecuentemente enterrados “*fuera del espacio público de la comunidad –ya sea bajo el piso de las casas, en el espacio privado familiar- o fuera*

del sitio”, mientras que los adultos tienden a ser enterrados “*dentro del espacio público de la comunidad*” (op cit:184, traducción mía).

Los trabajos comentados demuestran que este es un punto significativo en el estudio de las prácticas mortuorias y que merece ser ampliado en investigaciones futuras. Tomando las precauciones que hiciéramos al inicio de esta revisión, creemos que un aspecto interesante del problema pasa por la configuración de “lo público” y “lo privado” en torno al lugar de disposición de los muertos. Los entierros incluidos bajo el piso de recintos (patios u habitaciones) como suceden en Campo Colorado, Tafi del Valle, posiblemente Río Las Piedras, La Ciénega, podrían ser ligadas a la idea de un espacio privado, familiar, al núcleo de pertenencia. En cambio, la presencia de un cementerio comunitario (aún cuando puedan existir sectores diferenciales para el entierro, determinados por estatus, posición social, grupo familiar, etc.) refiere en última instancia a otro concepto, al de un espacio público (o semipúblico) para el entierro de los individuos dentro de una comunidad. En sitios como Campo Colorado -donde ambas prácticas han sido constatadas- sería particularmente interesante determinar si estas reflejan un cambio diacrónico en las pautas de inhumación o si, por el contrario son contemporáneas y están determinadas por aspectos que por el momento, escapan a nuestro alcance interpretativo.

Finalmente, no debemos olvidar que al igual que otras prácticas, la disposición de los muertos responde a circunstancias socialmente pautadas que en última instancia refieren a las concepciones más básicas de una comunidad. Como habíamos comentado inicialmente, para dilucidar qué factores están determinando la ubicación de los entierros será fundamental ampliar el registro funerario para incluir tanto los restos detectados en áreas de cementerio, como aquellos hallados al interior de las unidades residenciales (habitaciones y patios) o dispersos en el paisaje.

ANÁLISIS DE CORRESPONDENCIAS

En este lugar presentaremos los resultados del Análisis de Correspondencias llevado a cabo sobre la muestra de contextos funerarios Formativos que hemos trabajado anteriormente. Como ya habíamos adelantado, nuestro objetivo fue determinar si existían relaciones entre los distintos contextos o entre sus atributos que no hubieran sido percibidas previamente.

En el análisis, cada contexto funerario (tumba o modo particular de entierro) fue considerado un caso (o *unidad* en la terminología del programa utilizado). Los atributos de las variables elegidas (llamados *tipos*), fueron ingresados por presencia/ausencia y describen la categoría de entierro (*directo-urna-cista*)¹; la edad del inhumado (*adulto-subadulto*); la cantidad de individuos por tumba (*individual-múltiple*); el ajuar asociado (*recipientes cerámicos-adornos personales-armamentos-instrumentos pulidos²-pipas-textiles*) mientras que para las tumbas que carecían de ajuar se creó el tipo *sin ajuar*.

Para favorecer la claridad del análisis, presentamos los resultados en dos gráficos; en el primero se consigna la dispersión de los atributos (*tipos*) (Figura 82) y en el segundo, la dispersión de los casos y atributos (*unidades y tipos*) en conjunto (Figura 83).

Atributos (Tipos)

En conjunto los dos ejes explican el 36,6 % de la variación. A lo largo del primer eje -que explica el 19,8 % de la variación- los entierros en *cista* se asocian a un grupo particular de artefactos, los instrumentos *pulidos*. A la vez, estos se oponen a los entierros en *urna*, al grupo de los *subadultos* y a la categoría *sin ajuar*, los cuales forman una segunda agrupación en el gráfico.

A lo largo del segundo eje -que explica el 16,8 % de la variación- la oposición que mayor peso adquiere es aquella entre *pipas* por un lado, y *cistas* e instrumentos

¹ Se excluyó la categoría "incineración" puesto que esta se da una sola vez en la muestra.

pulidos por otro. Aunque con menor peso en el análisis, también se observa una oposición entre las *pipas*, los entierros *directos*, los *adornos personales* y los *adultos* con respecto al conjunto formado por los *subadultos*, las *urnas* y la categoría *sin ajuar* en un extremo, y a las *cistas* y los instrumentos *pulidos* en el otro extremo del diagrama. Por otro lado, los tipos que refieren a la cantidad de individuos enterrados -*individual* y *múltiple*-, así como los *recipientes cerámicos* incluidos como ajuar prácticamente no tienen incidencia en el análisis, esto es, no varían demasiado entre los casos de estudio.

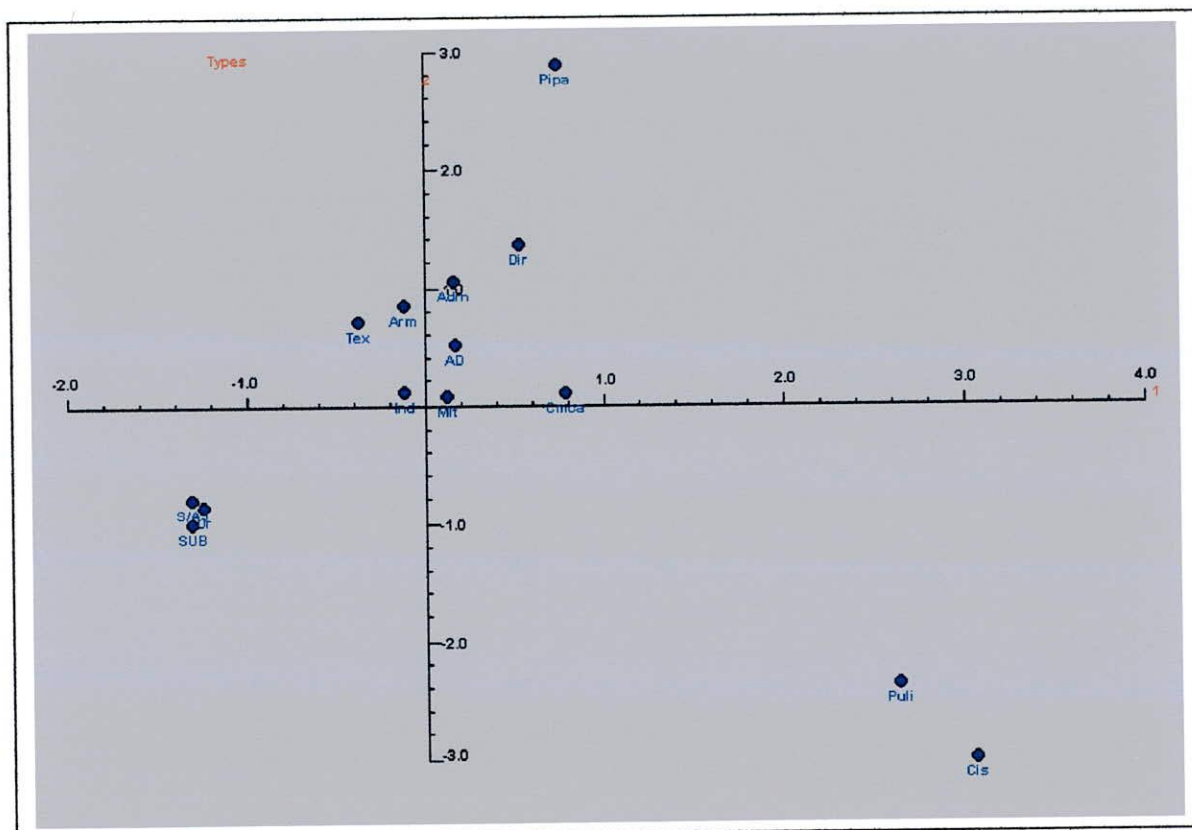


Figura 82: Análisis de correspondencias (tipos). Referencias: **AD:** adulto; **SUB:** subadulto; **Dir:** directo; **Ur:** urna; **Cis:** cista; **Cmca:** cerámica; **Puli:** instrumentos pulidos; **Adr:** adornos; **Pipa:** pipa; **Tex:** textiles; **Arm:** armamentos; **Ind:** tumba individual; **Mlt:** tumba múltiple

La tendencia de agrupación en el gráfico nos permite distinguir básicamente tres conjuntos, donde la principal variación parece estar relacionada con la categoría de entierro. *Cistas*, *urnas* y entierros *directos* se oponen en distintos sectores del gráfico a la vez que se asocian con diferentes tipos de artefactos y/o grupos de edad. La asociación de las *cistas* con los instrumentos *pulidos* (manos y morteros básicamente) y de los *adultos* con los *adornos personales* (anillos y brazaletes) ya había sido notada en

² En esta categoría se incluyen las manos de molino, morteros y hachas, instrumentos que podrían ser relacionados con actividades agrícolas.

los análisis previos. Por otro lado, es interesante notar que pese a los casos registrados de entierros de adultos en urnas y subadultos directos en las yungas, la asociación de los *subadultos* con las *urnas* se destaca en este análisis. Asimismo, se destaca la fuerte asociación entre atributo “sin ajuar” y el grupo de los *subadultos*, mientras que la categoría *adulto* aparece asociada a más diversidad de objetos de ajuar.

Casos y Atributos (Unidades y Tipos)

En el gráfico que sigue se plotearon en conjunto las unidades y los tipos muestreados (Figura 83). Allí se observa que los contextos funerarios se agrupan mayormente alrededor de los grupos establecidos previamente de acuerdo a los tipos. Es interesante destacar, además, que los contextos de valles y yungas no forman conjuntos discretos sino que estos se presentan intercalados en el gráfico. En este sentido interpretamos que la distinción que nosotros podemos establecer de acuerdo a la procedencia de los contextos (e.g. yungas vs. valles) no posee correlatos con respecto a los otros atributos incluidos en este análisis.

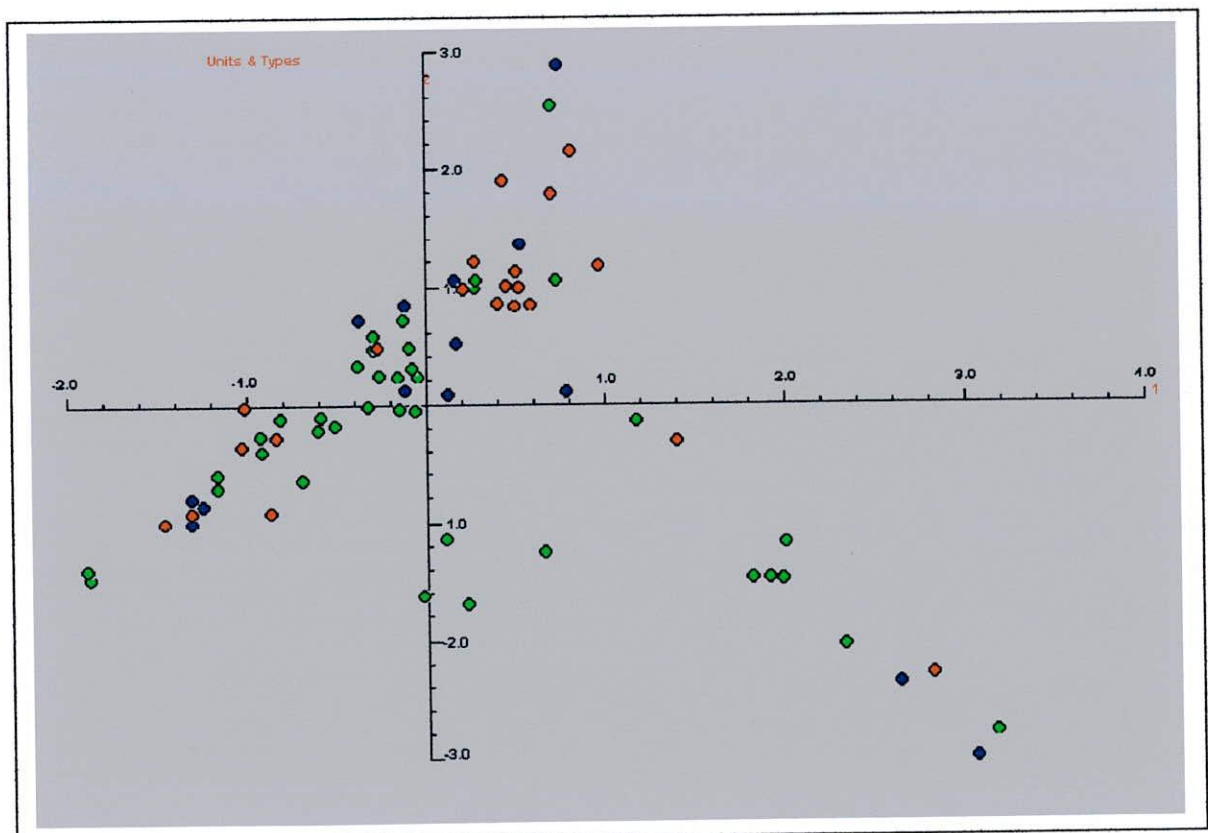


Figura 83: Análisis de correspondencia (unidades y tipos).
Negro: atributos; Verde: contextos de yungas; Rojo: contextos de valles

SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

A modo de conclusión general, en este lugar quisiéramos incluir algunas reflexiones surgidas del trabajo realizado.

Cuando iniciáramos el estudio de los contextos funerarios de Lampacito, El Bañado-La Vaquería y Campo Colorado sabíamos que su distante procedencia -en sentido temporal y espacial- así como la baja representatividad de la muestra con la que contábamos, constituían factores ineludibles que obligaban a un abordaje cauteloso. No obstante, estas mismas circunstancias iniciales promovieron que el desarrollo de la Tesis estuviera orientado a maximizar la cantidad de información obtenible. En este sentido, creímos que el análisis exhaustivo de los contextos de estudio debía abarcar no sólo el aspecto bioarqueológico de los restos humanos recuperados, sino también el aspecto del comportamiento mortuario, es decir, de la forma en que estos individuos fueron enterrados por la sociedad de la cual formaron parte. Este último aspecto nos permitió trascender las particularidades de los casos de estudio para acceder a un conocimiento -sintético pero regional- de las pautas de enterramiento del Formativo. Una segunda transgresión que sumó interés a este análisis fue cruzar la "frontera" (o más bien el límite imaginario) de los valles hacia las yungas.

El análisis bioarqueológico arrojó resultados indispensables para el adecuado conocimiento de las sociedades del pasado como son la edad de muerte y el sexo de los inhumados, así como datos referentes al estado de salud, nutrición y estilo de vida de los mismos. Por otro lado, hemos realizado algunas consideraciones referentes al estado de conservación de la muestra, distinguiendo aquellas situaciones de origen tafonómico de otras que pudieran haber sido inducidas por la acción humana o por causas patológicas.

Debemos reconocer, no obstante, que la información recabada no puede ser tomada como representativa de la población total debido, fundamentalmente, a la imposibilidad de obtener un aval estadístico sobre los datos particulares; aunque, es preciso recordar que incluso esta última visión ha sido objeto de una fuerte crítica (Wood et. al. 1992, pero ver Wright y Yoder 2003). Un segundo problema con el que

nos encontráramos al tratar de enmarcar comparativamente los datos obtenidos en el área de estudio, fue la escasez de este tipo de análisis en la bibliografía disponible. En general, las publicaciones que describen los contextos funerarios del Formativo dan gran detalle a alguna clase del material recuperado (mayormente el cerámico) y dejan escaso o nulo lugar a la información concerniente a los restos humanos. Entendemos que en muchos casos esta situación es una consecuencia directa del estado de deterioro en que se encontraran los restos (lo que, por otro lado debiera ser explicitado en la publicación), pero de todas formas, creemos que esta no habría sido la situación en la totalidad de los contextos. En este sentido, y tal como dijéramos al inicio de esta Tesis, esta vía de análisis se suma a estudios previos favoreciendo un abordaje integral sobre las sociedades del pasado, maximizando la información disponible y evitando perpetuar el vacío de información sobre las poblaciones biológicas del Formativo.

La segunda parte del trabajo, dedicada al análisis de comportamiento mortuario y basada íntegramente en la bibliografía publicada, dejó en claro que la escasez de información y disparidad de enfoques fueron los principales inconvenientes a resolver en el transcurso de la investigación. En este sentido, la puesta en valor de toda la información disponible se volvió de alguna manera dependiente del detalle y claridad del registro publicado. El análisis realizado puso en evidencia -ante todo- la existencia de amplias regiones donde el vacío de información se impuso inevitablemente. No obstante ello, somos optimistas en cuanto a los resultados alcanzados, en tanto creemos haber logrado una imagen más clara del lugar que ocupan los contextos funerarios de El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado en el marco de las prácticas mortuorias del Formativo regional. A partir de la selección y análisis de algunos aspectos del comportamiento mortuario se alcanzaron los resultados esperados en tanto pudimos dar cuenta de ciertas tendencias regionales y temporales en los patrones mortuorios del Formativo y por ende, dar coherencia al conjunto de los contextos funerarios relevados en una vasta y heterogénea área del Noroeste Argentino. Repasemos ahora algunas de las conclusiones alcanzadas.

El primer lugar, dimos cuenta de las **formas de entierro** (definidas a través de los conceptos de “categoría” y “modalidad”) practicadas por las sociedades tempranas de la región. Se observó que las categorías *entierro directo* y *entierro en urna* son las más frecuentes durante el Formativo tanto en valles como en yungas. *Los entierros en*

cista son mucho menos frecuentes y se detectan fundamentalmente al sur del área estudiada (región del Valle del Tafi/La Ciénega, centro del Valle de Santa María y sitio Las Pirguas). La cuarta categoría relevada, denominada “*incineración*” (Baldini y Baffi 1996) se da con exclusividad en un único sitio en la muestra (Las Pirguas-caverna Los Aparejos).

Al correlacionar dichas categorías de entierro con la edad de los inhumados (lo que hemos denominado “*modalidad de entierro*”) notamos que durante el Formativo -y siempre de acuerdo a los datos publicados- en los valles los subadultos son enterrados en urnas, mientras que los adultos se entierran directamente en el terreno (y posiblemente en *cistas*). En el área de yungas, se observó una mayor variabilidad de modalidades de entierro, existiendo al menos un ejemplo de las cuatro categorías relevadas (*directo- en urna- en cista- incineración*) para ambos grupos de edad (*adulto- subadulto*). Debemos, no obstante recordar que tanto la categoría “*incineración*” como el único caso de entierro de subadulto en *cista* ocurren exclusivamente en el sitio Las Pirguas, donde además se presentan todas las restantes modalidades de entierro. Al exceptuar momentáneamente este sitio del análisis, pudimos observar que las modalidades *adulto en urna* y *subadulto directo*, se mantenían como exclusivas de yungas en el área relevada. No obstante, el escaso nivel de excavaciones documentadas y publicadas para el área y período de estudio, nos obliga a ser cautelosos en cuanto al alcance de este patrón, ya que no podemos descartar que la ausencia de entierros directos de subadultos y de adultos en urnas en los valles se deba a problemas de conservación diferencial y/o falta de registro (aunque, por otro lado, su presencia en otras regiones vallistas podría ser tomada como evidencia de una ausencia no fortuita).

Por otro lado, dimos cuenta de una amplia variabilidad de modalidades de entierro asociadas al “*estilo Candelaria*” -según fuera este definido por cada autor- tanto en yungas como en valles. En el área de Pampa Grande-La Candelaria, aparece asociado a entierros directos y en urna de adultos y subadultos; y en Tafi Sitio 4 a entierros de adultos en *cistas*. En Las Pirguas, el *estilo Candelaria* aparece en amplia proporción (Baldini et. al. 2003) aunque la modalidad “*incineración*” y subadulto en *cista* carecen de ajuar cerámico asociado por lo que no incluimos estas variantes en la proposición anterior. En el Valle de Santa María, el *estilo Candelaria* aparece asociado a las tres categorías de entierro relevadas -*urna, cista y directo*-, siendo este el lugar con

mayor variabilidad de categorías de entierro en toda el área de valles. En suma, la asociación de un estilo cerámico particular -"Candelaria"- a las distintas de categorías de entierro relevadas es un hecho que parece trascender los límites ecológicos de valles y yungas.

Luego, el análisis cronológico de las tendencias anteriores nos permitió acotar temporalmente los patrones observados. En el primer rango temporal delimitado (100 a.C.-300 d.C.), junto con las modalidades detectadas en Campo Colorado, se registran entierros directos de adultos y subadultos en urna en la subregión del Río San Francisco y Valle Calchaquí-Quebrada del Toro y entierros de adultos en urnas y en cistas acompañados por subadultos en urnas, al sur del área de estudio. El segundo rango temporal delimitado (500-700 d.C.) nos permitió constatar una gran variabilidad de modos de entierro "coexistiendo" con los de El Bañado-La Vaquería y Lampacito. Para las subregiones del Valle de Lerma-Quebrada del Toro-Río San Francisco la única modalidad de entierro detectada fue la directa (tanto para los adultos como un caso de subadulto). En las subregiones del Valle de Santa María-La Candelaria-Valle del Tafi/La Ciénega, la variabilidad fue máxima para toda la muestra, y de manera interesante, todas las modalidades aparecen en algún momento asociadas al estilo cerámico Candelaria, según fuera este definido por cada autor.

Posteriormente, nos concentramos en el análisis de la cultura material asociada a los distintos contextos funerarios. Al analizar la variable "objetos de ajuar" hemos establecido, en primer lugar, que la mayoría de los contextos relevados en ambas áreas poseían ajuar asociado. La proporción de casos sin ajuar es menor en valles que en yungas, pero no podemos descartar que ello sea influencia del mayor número de contextos relevados en este último lugar. Así también, es probable que el número de tumbas carentes de ajuar se halle subrepresentado, ya que posiblemente estas no hallan sido registradas por los coleccionistas y huaqueros que a principios de siglo recorrieran el Noroeste Argentino en busca de los objetos materiales más preciados.

Posteriormente, centramos el análisis en los contextos con ajuar asociado. En primer lugar, respecto del número de objetos de ajuar incluido en las tumbas, se determinó que la mayoría de los contextos poseían un solo ítem de ajuar asociado, pero

la tendencia general es que en los contextos de valles el número de objetos de ajuar asociado fuera mayor.

Con respecto a las características de los ítems de ajuar, hemos podido establecer que en la gran mayoría de los casos, los entierros poseen un sólo tipo de ajuar asociado; muy por debajo de dicha proporción, se asocian dos, tres o más tipos funcionales de ajuar. Estas proporciones son muy similares tanto en valles como en yungas. Las piezas cerámicas (recipientes de distintos tipos) fue el tipo de ajuar más frecuentemente asociado a los entierros en ambas áreas, siendo esta proporción sensiblemente mayor al resto de los tipos contabilizados. En segundo lugar, se ubicó la categoría que hemos denominado “Adornos Personales” en la cual incluimos anillos, pulseras, cuentas de collar, colgantes y otros. Muy por debajo de estas proporciones se encuentran los otros tipos “Armas”, “Tejidos/Cestería”, “Manos/Morteros”, “Hachas” y “Pipas”. Si bien las proporciones de los distintos tipos pueden verse afectadas por la conservación diferencial de la materia prima con la que están confeccionadas, los instrumentos como hachas o manos y morteros no se encuentran más representados que otros tipos de ajuar.

De esta manera, concluimos que las características del ajuar asociado a los casos por nosotros estudiados (El Bañado-La Vaquería, Lampacito y Campo Colorado), en tanto presentan recipientes cerámicos y adornos personales como ítems más frecuentes, no se alejan del patrón observado en el Formativo regional de valles y yungas.

A partir de esta situación, hemos recabado información acerca de los posibles significados asociados a la inclusión de ambos tipos de objetos en los contextos funerarios. La presencia de recipientes cerámicos ha sido frecuentemente relacionada por cronistas y etnógrafos con la disposición de alimentos para consumo del difunto en su otra vida. Algunos hallazgos de semillas de maíz y algarrobo, así como huesos de camélido, en los contextos relevados podrían dar soporte a esta teoría. Sin embargo, si el consumo de alimentos (agua y comida) fuese una necesidad básica en los muertos - como parecen indicarlo las citas relevadas- queda aún sin explicación la ausencia de este tipo de ajuar en algunos contextos. En este sentido, creemos que los datos etnográficos dan cuenta sólo parcialmente de la variabilidad observada en los ajuares mortuorios; asimismo, tampoco podemos descartar que otros simbolismos se asociaran

a esta práctica, trascendiendo una funcionalidad meramente “alimenticia” tal como se reporta en las citas.

En cuanto al segundo tipo de ajuar más frecuentemente incluido en los contextos funerarios -los adornos personales- hemos constatado que las cuentas confeccionadas en materia prima lítica se hallan más frecuentemente en los contextos funerarios de valles, mientras que las de valva lo hacen en los contextos de yungas. Esto no significa, sin embargo, que no hayan aparecido ejemplares de una u otra clase en ambas regiones en otros contextos (basureros, habitaciones, etc.). Los anillos provenientes de contextos vallistos y de yungas registrados en la bibliografía son similares en materia prima (cobre) y formato; por otro lado, dónde se pudo constatar, tanto anillos como brazaletes aparecen asociados a individuos adultos.

Otra de las variables relevadas -**la cubierta de las tumbas**- a primera vista, una característica poco atractiva en los análisis mortuorios, resultó ser, sin embargo uno de los rasgos con mayor ubicuidad en el registro. Observamos tres tipos de “cubiertas” distinguibles en base a la materia prima que fuera utilizada: lajas o piedras planas, fragmentos o piezas enteras de cerámica y “sellados” de barro y musgo. En general, esta característica no parece estar condicionada por la edad del inhumado; aunque alguna distinción puede hacerse en cuanto a su asociación con las categorías de entierro: las piedras planas cubren los entierros directos en valles y las urnas en yungas (salvo por dos únicas excepciones). Todas las cistas, en cambio, poseen tapas de lajas/piedras planas. El “sellado” se constata en casos de urnas tanto en valles como en yungas. La idea de sellar las tumbas así como la presencia de dobles tapas (lajas y por encima piedras) nos hizo reflexionar sobre la aparente necesidad de asegurar que el difunto permaneciera “tapado”. Esta práctica podría estar dando cuenta de la necesidad de mantener a los muertos en confinamiento, para evitar que ocasionen “daños” sobre los vivos, situación de la cual dan cuenta algunas citas etnográficas (recordemos, además, que en la actualidad los pobladores de algunas regiones del NOA se refieren a las tumbas de los antiguos como “los tapados”). Junto con esta, nos llamó la atención otra costumbre, la de colocar piezas o fragmentos de cerámica sobre ciertas partes del cuerpo de los inhumados, en particular sobre el cráneo; en pocas palabras, pensamos que podría estar relacionada con la pauta general del tapado de los individuos.

Seguidamente, realizamos algunas consideraciones en relación a las **evidencias del quemado** de los individuos. Distinguimos, en base a la información disponible, entre el quemado directo e indirecto de los restos: el primero sería ocasionado por una acción intencional tendiente a la incineración del difunto en casos excepcionales de muerte por circunstancias consideradas “no-naturales”. El segundo, el quemado no-intencional, se daría como consecuencia de la inclusión de carbones o cenizas dentro de las urnas, cuya finalidad sería la de proveer de “fuego” al difunto en la otra vida. Posibles evidencias de ambas situaciones habían sido registradas hasta el momento sólo en la región de las yungas (Ortiz 2003, Boman 1908), no obstante, aquí reportamos otros posibles ejemplos de esta práctica -dos Formativos y uno Tardío- en el área de valles. Aún así, los casos registrados hasta el momento son escasos como para plantear la existencia de patrones distinguibles cronológicamente, por la edad de los inhumados, u otras variables. Finalmente hemos llamado la atención acerca de ciertos objetos incluidos en los ajuares mortuorios -“palitos para hacer fuego” (en Las Pirguas), así como una “yesquera” (en Punta de Pabellón)- los cuales podrían estar dando cuenta de esta necesidad de proveer de “fuego” al difunto en la otra vida, en este caso, con los instrumentos para obtenerlo.

Un último grupo de consideraciones respecto de las prácticas mortuorias del Formativo han estado relacionadas con el **emplazamiento de las tumbas en relación al área de habitación**. Distintas propuestas han sido revisadas y estas apuntan a motivos diversos para explicar la ubicación diferencial de los enterratorios, no obstante, la información disponible para nuestra área y período de estudio es aún poco consistente y sumamente sesgada como para concluir al respecto. En nuestra opinión, es interesante evaluar la coexistencia y/o el cambio de emplazamiento de los difuntos (dentro del área de habitación/bajo el piso de los recintos vs. fuera del área de habitación/ en cementerio) a partir de las nociones de “lo público” y “lo privado” (Dillehay 1995); sin embargo, hemos advertido que esta idea posee un fuerte sesgo en torno a la conceptualización de los espacios en nuestra propia sociedad. Otros autores han propuesto que los cementerios actúan como marcadores de recursos críticos en el paisaje, o que el cambio en los patrones de entierro puede ser interpretado como una estrategia en la expresión que el poder y la autoridad de las elites. Todas estas ideas, en última instancia apelan a la funcionalidad de las pautas mortuorias como medios de ejercer control social. Por otro lado, existen evidencias en distintas sociedades del

emplazamiento diferencial de los entierros según la edad de los inhumados (e.g., los subadultos enterrados fuera del área habitacional); así también, se ha detectado una configuración diferencial de los entierros de acuerdo al estado de salud de los individuos; en este sentido, frecuencias mayores de individuos con afecciones patológicas han sido detectadas al interior de las áreas habitacionales.

El **Análisis de Correspondencias** realizado sobre la muestra de contextos funerarios destacó tres agrupaciones donde la principal variación creemos, está relacionada con las categorías de entierro. Se observa una clara asociación de las cistas con los instrumentos pulidos (relación que habíamos percibido previamente) y de los entierros en urna con el grupo de los subadultos y la ausencia de ajuar. El tercer conjunto asocia los entierros directos con la categoría de los adultos y una mayor variedad de objetos de ajuar, entre ellos, los adornos personales. Finalmente, destacamos el hecho de que la distribución de los contextos en el diagrama no evidenciara ninguna dispersión particular que coincidiera con su distinta procedencia (de valles o de yungas), sino que los mismos se ubicaron intercalados entre sí.

La síntesis realizada mostró un panorama complejo el cual, sin embargo, posiblemente esté representando sólo una pequeña parte de la variabilidad existente en el pasado. En este contexto, la necesidad de ampliar el registro disponible, incluyendo nuevos hallazgos, otras regiones y la comparación con otros períodos se destacan como pasos fundamentales para continuar la línea de investigación iniciada. Finalmente, esperamos que el trabajo presentado -tanto la información bioarqueológica como esta primera aproximación al análisis del comportamiento mortuario- sea útil a aquellos que desde esta y otras vías de análisis dedican su presente a conocer y comprender las sociedades del pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ambrosetti, J.B.

1906. Exploraciones arqueológicas en La Pampa Grande (Provincia de Salta). *Publicaciones de la Sección Antropología* 1:1-199. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Allison, M.J., E. Gerszten, J. Munizaga, S. Calogero y G. Focacci

1981. La Práctica de la Deformación Craneana entre los Pueblos Andinos Precolombinos. *Chungara* 7:238-260.

Anderson Beck, L. (editora)

1995. *Regional Approaches to Mortuary Analysis*. New York, Plenum Press.

Aparicio, F.

1941. Nuevas investigaciones en la Pampa Grande. *La Prensa*, Domingo 21 de Septiembre. Segunda Sección.

Aschero, C. y E. Ribotta

2004. Usos del espacio, tiempo y funebria en El Remate (Los Zazos, Amaicha del Valle, Tucumán). *Resúmenes del Taller "Investigando en Tafi: una puesta al día", 22 y 23 de octubre de 2004*. Tafi del Valle, Tucumán.

Baldini, L. y E.I. Baffi

2003. Niños en vasijas, entierros tardíos del Valle Calchaquí (Salta). *Runa* XXIV: 43-62.

Baldini, M.I. y E.I. Baffi

1996. Comportamiento Mortuorio en la Población Prehispánica de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. II Parte. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza). Tomo XXIII (1/4):7-17.

Baldini, M.I., E. I. Baffi, M.T. Salaberry y M. F. Torres

2003. Candelaria: una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de Las Pirguas y El Alto del Rodeo (Dto de Guachipas, Salta, Argentina). En: Ortiz, G y B. Ventura, *La Mitad Verde del Mundo Andino*, pp: 131-151. Universidad Nacional de Jujuy.

Baldini, M.I., E. I. Baffi, y J.Togo

1998. Abrigos y Cavernas que hacen historia: los hallazgos de Las Pirguas (Pampa Grande, Salta). *Obra de Homenaje a Alberto Rex González*, pp: 343-362. Fundación Argentina de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras.

Baffi, E.I., L. Baldini y R. Pappalardo

2001. Entierro de un párvulo en urna. Ruiz de los Llanos (Valle Calchaquí, Salta, Argentina). *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 4 (3): 69-75. Universidad Nacional de San Marcos.

Baffi, E.I., M.F. Torres y J.A. Cocilovo

1996. La Población Prehispánica de Las Pirguas (Salta, Argentina). Un Enfoque Integral. *Revista de Antropología Biológica* 1(1):204-218

Barrientos, G y F. Gordon

2003. Distribución temporal y espacial de señales de violencia interpersonal en cráneos del Norte de la Patagonia. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, Vol. 5 (1):55.

Bass, W. M.

1971 [1995]. *Human Osteology.. A Laboratory and Field Manual*. 4th edition. Special Publication N°2 of the Missouri Archaeological Society, Columbia, Mo.

Bennett, J. L.

1999. Thermal Alteration of Buried Bone. *Journal of Archaeological Science* 26:1-8.

Berberián, E.E.

1969. Enterratorios de Adultos en Urnas en el Área Valliserrana del Noroeste Argentino. *Publicaciones* 29: 3-71. Instituto de Antropología de Córdoba.

Berberián, E.E., J. García Azcárate y M. Caillou

1977. Investigaciones Arqueológicas en la Región del Dique El Cadillal (Tucumán-Rep. Argentina). Los Primeros Fechados Radiocarbónicos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Vol. XI; N.S.:31-53.

Berberián, E. E y A. Nielsen

1988. Sistemas de Asentamiento Prehispánico en la Etapa Formativa del Valle del Tafi (Pcia. de Tucumán, República Argentina). En: E. Berberián, A. Nielsen, E. A. De Dorsch, B. Bixio, J. Salazar y E. Pillado (editores). *Sistemas de Asentamiento Prehispánico en la Etapa Formativa del Valle del Tafi*, pp: 21-53. Córdoba

Blakey, M.L., T.E. Leslie and J.P. Reidy

1994. Frequency and Chronological Distribution of Dental Enamel Hypoplasia in Enslaved African Americans: a Test of the Weaning Hypothesis. *American Journal of Physical Anthropology* 95:371-383

Bogin, B.

1995. Growth and Development: recent evolutionary and biocultural research. En: Boaz N. T. and Wolfe L. D. (editores) *Biological Anthropology. The State of The Science*, pp: 49-70. International Institute for Human Evolutionary Research.

Bølviken, E., E. Helskog, K. Helskog, I.M. Holm-Olsen, L. Solheim and R Bertelsen

1982. Correspondence Analysis: an alternative to principal components. *World Archaeology* 14 (1): 41-60.

Boman, E.

1903. Enterratorio Prehistórico en Arroyo del Medio (Departamento de Santa Bárbara, Jujuy). *Historia*, Tomo I: 1-17. Buenos Aires.

1908 (1991). *Antigüedades de la Región Andina de la República Argentina y del Desierto de Atacama*. Tomo I. Traducción de Delia González Rubio. Universidad Nacional de Jujuy.

Bordach, M.A.

1985. La determinación de la edad en el esqueleto humano. *Monografías 2. Comechingonia*. Córdoba.

1989. La determinación del sexo en el esqueleto humano. *Serie Didáctica. Cuaderno 4*. Córdoba, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Bordach, M. A., L. Dalerba y O. Mendonça

1999. *Vida y Muerte en la Quebrada de Humahuaca*. Córdoba, Universidad Nacional de Río Cuarto.

Boyd, D. C.

1996. Skeletal Correlates of Human Behavior in the Americas. *Journal of Archaeological Method and Theory* 3: 189-251.

Bridges, S.P., J.H. Blitz y M.C. Solano

2000. Changes in long bone diaphyseal strength with horticultural intensification in west-central Illinois. *American Journal of Physical Anthropology* 112 (2):217-238

Brown, J.

1995. Andean Mortuary Practices in Perspective. En: Dillehay, T. (editor) *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, pp: 391-406. Washington, Dumbarton Oaks.

Brooks, S. T y J. M. Suchey

1990. Skeletal age determination based on the Os Pubis. A comparison of the Acsádi-Neméskeri and Suchey-Brooks Methods. *Human Evolution* 5 (3):227-238.

Buikstra, J.E.

1984. The Lower Illinois River Region: a prehistoric context for the study of ancient diet and health. En: Armelagos, G. J. (editor) *Paleopathology at the Origins of Agriculture*, pp: 215-233. Academic Press.

1995. Tombs for the Living...or...for the Dead: The Osmore Ancestors. En: Dillehay, T. (editor) *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, pp: 391-406. Washington, Dumbarton Oaks.

Buikstra, J.E y J. H. Mielke

1985. Demography, diet and health. En: Gilbert, R. Jr y J. Mielke (editores) *The Analysis of Prehistoric Diets*, pp.: 359-422. Orlando. Academic Press.

Buikstra, J.E., L.W. Konigsberg y J. Bullington

1986. Fertility and the development of agriculture in the prehistoric midwest. *American Antiquity* 51:528-546.

Buikstra, J.E. y D.H. Ubelaker (editores)

1994. Standards for data collection from human skeletal remains. *Arkansas Archaeological Survey Research Series* 44. Fayetteville, Arkansas.

Burger, R.L. y N. J van der Merwe

1990. Maize and the Origin of Highland Chavín Civilization: An Isotopic Perspective. *American Anthropologist* 92: 85-95

Campanella, A.

1936. Enterratorios de adultos en urnas en la región de La Toma, departamento de Trancas (Tucumán) y nuevos paraderos en sus alrededores. *Boletín del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de Tucumán*. Vol. 2 (8): 17-23

Cannon, A.

1989. The Historical Dimension in Mortuary Expressions of Status and Sentiment. *Current Anthropology* 30 (4): 437-458.

Carman, J. (editor)

1997. *Material Harm. Archaeological studies of war and violence.* Glasgow. Cruithne Press.

Carr, C.

1995. Mortuary Practices: Their Social, Philosophical-Religious, Circumstantial, and Physical Determinants. *Journal of Archaeological Method and Theory*. Vol 2 (2): 105-200

Chapman, R. and K. Randsborg

1981. Approaches to the Archaeology of Death. En: R.Chapman, I. Kinnes and K. Randsborg (editores) *The Archaeology of Death*, pp: 1-24. Cambridge University Press.

Cigliano, E. M.

1969. Problemas referentes al sitio arqueológico de Las Cuevas. Dto. de Rosario de Lerma, Prov. de Salta, República Argentina. *Actas al V Congreso Nacional de Arqueología*, pp: 415-423. La Serena

Cigliano, E.M., R.A. Raffino y H.A. Calandra

1972. Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del Noroeste Argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VI: 225-236

1976. La Aldea Formativa de Las Cuevas (Provincia de Salta). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. Vol. X, N.S.:73-129.

Cocilovo, J.A., S.G. Valdano y H.H. Varela

1999. Estimación de parámetros demográficos en poblaciones nativas antiguas y contemporáneas. *Revista Argentina de Antropología Biológica* 2 (1):27-40

Constanzó, M.M.

1941. Restos Humanos de Pampa Grande (Salta). *AIEIA*, Tomo 2: 239-254

1942. Lesiones Dentarias en los Indígenas Prehispánicos. *Relaciones* 3: 241-252

Costa Junqueira, M.A., W.A. Neves, A. M de Barros y R. Bartolomucci

1998. Trauma y Estrés en Poblaciones Prehistóricas de San Pedro de Atacama, Norte de Chile. *Chungara* 30 (1): 65-74. Universidad de Tarapacá, Arica, Chile.

Cremonte, M. B.

1996. *Investigaciones Arqueológicas en la Quebrada de La Ciénaga (Departamento de Tafi, Tucumán)*. Tesis Doctoral. Ms.

Dembo, A. y J. Imbelloni

1936. Deformaciones intencionales del cuerpo humano. *Humanitor*, pp: 249-338. Sec.A3. Buenos Aires.

Dillehay, T.D. (editor)

1995. *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*. Washington. Dumbarton Oaks.

Dingwall, E.J.

1931. *Artificial Cranial Deformation. A contribution to the study of ethnic mutilations*, pp: 192-241. London. John Bale, Sons and Danielsson, Ltd.

Donnan, C.B.

1995. Moche Funerary Practice. En: Dillehay, T.D. (editor) *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, pp111-160. Washington. Dumbarton Oaks

Dougherty, B.

1974. Informe Preliminar Sobre un Nuevo Yacimiento Arqueológico en Palpalá, Provincia de Jujuy –su ubicación dentro del Complejo San Francisco-. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Vol. VIII: 135-152.

Dougherty, B., C. De Feo y A. Fernández

2003. El yacimiento arqueológico de El Fuerte (Depto. de Santa Bárbara, Pcia. de Jujuy). Su ubicación en el complejo arqueológico San Francisco. En: Ortiz G. y B. Ventura (editoras), *La Mitad Verde del Mundo Andino. Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

Duray, S.M.

1996. Dental Indicators of Stress and Reduced Age at Death in Prehistoric Native Americans. *American Journal of Physical Anthropology* 99:275-286

Escobar, J.M.

1996. El Período Agroalfarero Temprano en el Valle de Lerma: el caso del sitio Silisque-Tilián 2 (Departamento de Chicoana, Provincia de Salta). *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (II Parte)*. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, Tomo XXIII (1/4): 33-49.

Fasth, N.

2003. *La Candelaria. Preservation and Conservation of an archaeological museum collection from Northwestern Argentina at the Museum of the World Culture, Sweden*. Göteborg Universitet. Magisteruppsats.

Fazekas, J. Gy y F. Kósa

1978. *Forensic Fetal Osteology*. Budapest. Akadémiai Kiadó.

Genovés, S.

1967. Proportionalities of the Long Bones and their Relation to Stature among Mesoamericans. *American Journal of Physical Anthropology* 26: 67-78.

Gilbert, B. M. y T.W. McKern

1973. A Method for Aging the Female *Os pubis*. *American Journal of Physical Anthropology* 38: 31-38.

Gilbert, R. Jr y J. Mielke (editores)

1985. *The Analysis of Prehistoric Diets*. Orlando, Academic Press.

Goldstein, L.G.

1980. *Mississippian Mortuary Practices. A Case Study of Two Cemeteries in the Lower Illinois Valley*. Northwestern University Archaeological Program, Illinois.

Goldstein, P.S.

2000. Communities without borders: the vertical archipelago and diaspor communities in the Southern Andes. En: Canuto, M.A. and J. Yaeger (editores) *The Archaeology of Communities. A New World perspective*, pp: 182-209. Routledge.

González, A. R.

1972. Descubrimientos Arqueológicos en la Serranía de "Las Pirguas" (Provincia de Salta). *Revista de la Universidad Nacional de La Plata* 24:388-392.

1975. *Pre-Columbian Metallurgy of Northwest Argentina: Historical Development and Cultural Process*. Dumbarton Oaks.

González, A.R y V. Nuñez Regueiro

1960. Informe preliminar sobre la investigación arqueológica en Tafi del Valle (NO Argentino). *Actas del XXXIV Congreso Internacional de Americanistas*, pp: 485-496. Viena.

Gómez Bellard, F.

1996. El análisis antropológico de las cremaciones. *Complutum Extra* 6 (II):55-64.

Goodman, A.H.

1993. On the interpretation of health from skeletal remains. *Current Anthropology* 34:281-288

Goodman, A.H., R. Brooke Thomas, A. C. Swedlund and G.J. Armelagos

1988. Biocultural perspectives on stress in Prehistoric, Historical and Contemporary population research. En: *Yearbook of Physical Anthropology* 31: 169-202.

Haber, A. F.

1997. La Casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños* 14: 373-392

Hastorf, C.A.

1991. Gender, Space and Food in Prehistory. En: Conkey, M. y J. Gero (editoras) *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, pp: 132-162. Oxford, Basil Blackwell.

Heredia, O. R.

1968. Excavaciones Arqueológicas en San Pedro de Colalao, Departamento Trancas, Provincia de Tucumán. *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomo XXIII, pp: 95-125. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

1971. Excavaciones Arqueológicas en La Candelaria (Provincia de Salta). *Etnia* 13:25-35

Hodder, I.

1982. *Symbols in Action*. Ethnoarchaeological studies of material culture. Cambridge. Cambridge University Press.

Hrdlička, A.

1920. Shovel-shaped Teeth. *American Journal of Physical Anthropology* 3:429-465.

Huss-Ashmore, R., A.H. Goodman and G.J. Armelagos

1982. Nutritional Inference from Paleopathology. En: Schiffer, M.B. (editor) *Advances in Archaeological Method and Theory* 5:395-466. San Diego. Academic Press.

Imbelloni, J.

1924-1925. Deformaciones intencionales del cráneo en Sudamérica. Parte III. *Revista del Museo de La Plata*. Tomo XXVIII: 329-407.

Johansson, N.

1996. *Burials and Society. A Study of Social Differentiation at the Site of El Pichao, North-western Argentina, and in Cemeteries dated to the Spanish Native Period*. GOTARC Series B. Gothenburg Archaeological Theses N°5, Göteborg University Department of Archaeology, Sweden.

Katzemberg, M. A., D. A. Herring y S. R. Saunders

1996. Weaning and Infant Mortality: Evaluating the Skeletal Evidence. *Yearbook of Physical Anthropology* 39:177-199

Knowles, A. K.

1983. Acute Traumatic Lesions. En: Heart, G.D. (editor) *Diseases in Ancient Man*, pp 61-83. Toronto, Clark Irwin.

Kozameh, L.

S/f. Informe bioarqueológico sobre los hallazgos 2-050 y 2-053 de Campo Colorado. Ms.

Krapovickas, P.

1968. Arqueología de Alto de Medina, Provincia de Tucumán, República Argentina. *Rehue* 1, pp:89-124. Universidad de Concepción, Chile.

Larsen, C.S.

1995 Biological Changes in Human Populations with Agriculture. *Annual Review of Anthropology* 24: 185-213

1987. Bioarchaeological Interpretations of Subsistence Economy and Behavior from Human Skeletal Remains. En: Schiffer, M. B (editor), *Advances in Archaeological Method and Theory* 10:339-445. San Diego. Academic Press.

Lazzari, M.

1999a. Objetos Viajeros e Imágenes Espaciales: las relaciones de intercambio y la producción del espacio social. *Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3:371-385. Sao Paulo.

1999b. Nuevos datos sobre la procedencia de obsidias en el Aconquija y áreas aledañas. *Cuadernos del INAPL* 18:243-256 Buenos Aires.

1997. La economía más allá de la subsistencia: intercambio y producción lítica en el Aconquija. *Arqueología* 7: 9-50. Sección Arqueología, FFyL, UBA.

Lieberman, L.S

1982. Normal and Abnormal Sexual Dimorphic Patterns of Growth and Development. En: Hall, R. (editor) *Sexual Dimorphism in Homo Sapiens*, pp: 263-316. New York, Preager.

Lo Celso, M.G.

2001. La Banda de Arriba: un sitio formativo en el sur de la provincia de Salta (Cafayate). *Resúmenes XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Universidad Nacional de Rosario.

Lo Celso, M.G. (directora)

2004. *El Porvenir del Pasado*. Folleto impreso. Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta. Museo de Antropología de Salta. Secretaría de Cultura y Dirección de Patrimonio Cultural, Programa de Preservación del Patrimonio Arquitectónico y Urbano de Salta.

Lyman, R. L.

1994. *Vertebral Taphonomy*, pp: 384-391. Cambridge. Cambridge University Press.

Lyon, P.

1995. Death in the Andes. En: Dillehay, T. (editor) *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*, pp: 379-389. Washington. Dumbarton Oaks.

Mann, R. W y S. P. Murphy

1990. *Regional Atlas of Bone Disease. A guide to pathologic and normal variation in the human skeleton*. Illinois, Charles Thomas.

Mansilla J., C. Solis, M.E. Chávez-Lomeli and J.E. Gama

2003. Analysis of Colored Teeth from Precolumbian Tlatelolco: Postmortem Transformation or Intravital Processes? *American Journal of Physical Anthropology* 120: 73-82

Martin, D. L., A. H. Goodman and G.J. Armelagos

1985. Skeletal Pathologies as Indicators of Quality and Quantity of Diet. En: Guilbert, R. Y J. Mielke (editores) *The Analysis of Prehistoric Diets*, pp: 227-279. Orlando. Academic Press.

May, R. L., A.H. Goodman and R.S. Meindl

1993. Response of Bone and Enamel Formation to Nutritional Supplementation and Morbidity Among Malnourished Guatemalan Children. *American Journal of Physical Anthropology* 92:37-51

Meindl, R.S y K.F. Russell

1998. Recent Advances in Method and Theory in Paleodemography. *Annual Review of Anthropology* 27:375-385

Menghin, O.F.A. y J.C. Laguzzi

1967. Excavaciones en Ampascachi (Prov. de Salta). *Anales de Arqueología y Etnología* XXII: 13-34

Merbs, C.

1989. Trauma. En: Isccan, M. y K. Kennedy (editores) *Reconstruction of life from the skeleton*. Academic Press.

Meskel, L.

2001. Archaeologies of Identity. En: Hodder, I. (editor) *Archaeological Theory Today*. Cambridge. Polity Press.

Metraux, A.

1934. El estado actual de nuestros conocimientos sobre la extensión primitiva de la influencia Guaraní y Arawak. *Actas del XXV Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo I:181-190. La Plata

Munsell Colour Company Inc.

2000. *Munsell Soil Colour Charts*. Baltimore, Maryland.

Neves, W.A.

1984. Estilo de vida e osteobiografía: a reconstituição do comportamento pelos ossos humanos. *Revista Pré-História* 6:287-291.

Neyra, G., E. O. Valverde, B. Manasse, V. Orellana y L. Vaqué

2003. Investigaciones antropológicas en el contexto de la arqueología de rescate. Tafi del Valle, Provincia de Tucumán. Resúmenes de las Sextas Jornadas Nacionales de Antropología Biológica. *Revista Argentina de Antropología Biológica*, Vol. 5 (1): 95.

Neyra, G. y E. O. Valverde

2004. Estudios bioantropológicos en Tafi. *Resúmenes del Taller Investigando en Tafi: una puesta al día Tafi del Valle*, 22 y 23 de Octubre de 2004. Tafi del Valle.

Nicholson, R. A.

1993. A Morphological Investigation of Burnt Animal Bone and an Evaluation of its Utility in Archaeology. *Journal of Archaeological Science* 20: 411-428.

Nuñez Regueiro, V.A.

1971. La Cultura Alamito de la Subárea Valliserrana del Noroeste Argentino. *Journal de la Société des Américanistes*, Vol. 60:7-64.

1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología* 5:169-190. Universidad de Córdoba

Olivera, D.E.

1988. La opción productiva. Apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. *IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Precirculados de los Simposios: 83-101*

O'Shea, J. M.

1984. *Mortuary Variability. An Archaeological Investigation.* Academic Press

1995. Mortuary Custom in the Bronze Age of Southeastern Hungary: Diachronic and Synchronic Perspectives. En: Anderson Beck, L. (editora) *Regional Approaches to Mortuary Analysis*, pp:125-144. New York. Plennium Press.

Ortiz, G.

2003. Estado actual del conocimiento del denominado Complejo o Tradición Cultural San Francisco, a 100 años de su descubrimiento. En: Ortiz G y B.Ventura (editoras) *La Mitad Verde del Mundo Andino. Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, pp:23-71. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

Ortiz, G. y B. Ventura (editoras)

2003. *La Mitad Verde del Mundo Andino. Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina.* Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

Palavecino, E.

1944. Prácticas funerarias norteañas: Las de los indios del Chaco. *Separata de Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* IV: 85-91.

1933. Los indios Pilagá del Río Pilcomayo. *Anales del Museo Nacional de Historia Natural "Bernardino Rivadavia"*, Tomo XXXVII: sin números de página.

Pelissero, N. y H. A. Difrieri

1981. *Quilmes*, pp: 61-67. Editado por el Gobierno de la Provincia de Tucumán.

Powell, M.L.

1985. The analysis of dental wear and caries for dietary reconstruction. En: Gilbert, R. Jr and J. Mielke (editores.) *The analysis of prehistoric diets*, pp: 307-338. Orlando, Academic Press.

Quiroga, A.

1899 (1921). Ruinas de Anfama. El Pueblo Prehistórico de La Ciénaga. *Separata del Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, pp 1-31, Buenos Aires.

Raffino, R. A.

1977. Las Aldeas del Formativo Inferior de la Quebrada del Toro (Prov. de Salta). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, tomo II: 235-299.

1988 [1991]. *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y Proceso Social Precolombino.* Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina.

Renard Casevitz, F.M., T.H. Saignes y A.C. Taylor

1988. *Al Este de los Andes. Relaciones entre las Sociedades Amazónicas y Andinas entre los Siglos XV y XVII*, Tomo I. IFEA, ABYA-YALA.

Rose, J.C, K.W. Condon and A.H. Goodman

1985. Diet and Dentition: Developmental Disturbances. En: Guilbert, R. Y J. Mielke (editores) *The Analysis of Prehistoric Diets*, pp: 281-305. Orlando. Academic Press.

Rydén, S.

1936. *Archaeological Researches in the Departament of La Candelaria (Prov. Salta, Argentina)*. Reprinted from *Etnografiska Studier*, vol 3.

1932. Note préliminaire sur l'archaeologie de la région de La Candelaria (Prov. de Salta, Republique Argentine). *XXV Congres des Americanistes*, Tomo II: 149-164

Saignes, T.

1985. *Los Andes Orientales: Historia de un Olvido*. Tomo XXIX, Serie Estudios Históricos N°2, IEFA-CERES.

Saul, F.P.

1976. Osteobiography: Life History Recorded in Bone. En: Giles, E y J. S. Friedlaender (editores) *The Measures of Man*, pp:373-382. Cambridge. Peabody Museum Press.

Scattolin M.C.

2000. Santa María durante el Primer Milenio A.D. ¿Tierra baldía? *Årstryck* 1995-1998: 63-83. Etnografiska Museet i Göteborg.

Scattolin, M. C. y M.F. Bugliani

2003. Un repertorio surtido: Las vasijas del oasis de Laguna Blanca, Puna Argentina. *Revista Española de Antropología Americana*. En revisión.

Scattolin, M.C y M.A. Korstanje

1994. Tránsito y Frontera en los Nevados del Aconquija. *Arqueología* 4:165-197.

Scattolin, M. C y M. Lazzari

1997. Tramando Redes: Obsidianas al Oeste del Aconquiya. *Estudios Atacameños* 14:211-218.

Scattolin, M.C., Bugliani, M.F, L. Pereyra Domingorena y L. Cortés

La Señora de los Anillos, entre otras tumbas formativas del Valle de Yocavil. *Intersecciones*. En prensa.

Scheuer, L., S. Black and A. Christie

2000. *Developmental Juvenile Osteology*. London. Academic Press.

Schreiter, R.

1934. La Civilisation de "La Candelaria" et son extension dans la province de Tucuman. *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, Nouvelle Série, tomo XXVI:53-64.

Schultz, M.

2001. Paleohistopathology of bone: a new approach to the study of ancient diseases. *Yearbook of Physical Anthropology* 44:106-147

Shahack-Gross, R. and O. Bar-Yosef

1997. Black-coloured Bones in Hayonim Cave, Israel: Differentiating Between Burning and Oxide Staining. *Journal of Archaeological Science* 24: 439-446.

Shennan, S.

1988 [1992]. *Arqueología Cuantitativa*. Barcelona. Editorial Crítica.

Steele, D.G.

1970. Estimation of stature from fragments of long limb bones. En: T. D. Stewart (editor) *Personal Identification in Mass Disasters*, pp. 85-98. Washington D.C. United States National Museum.

Stenborg, P. y A. Muñoz

1999. *Masked Histories. A Re-examination of the Rodolfo Schreiter Collection from North-western Argentina*, pp:147-222. *Etnologiska Studier* 43. Gotteborg.

Stini, W.

1969. Nutritional stress and growth: sex differences in adaptative response. *American Journal of Physical Anthropology* 73: 417-426.

Subelza, C. M.

2002. La cerámica del período Formativo como indicador arqueológico de interacción social: perspectivas y vinculaciones entre la región Valliserrana y el norte de Chile. *VII Congreso Nacional de Estudiantes de Arqueología*, San Pedro de Colalao, Tucumán, Septiembre 2002. http://www.naya.org.ar/eventos/VII_cnea/1.htm (01 febrero 2004)

Tainter, J. A.

1978. Mortuary Practices and the Study of Prehistoric Social Systems. *Advances in Archaeological Method and Theory* 1:105-141.

Tarragó, M.N.

S/f. Informes y registros de campo de las excavaciones realizadas en Campo Colorado. Ms.

1980. Los Asentamientos Aldeanos Tempranos del Sector Septentrional del Valle Calchaquí, Provincia de Salta y el Desarrollo Agrícola Posterior. *Separata de Estudios Arqueológicos* 5:29-53.

1992. El Formativo y el surgimiento de la complejidad social en el Noroeste argentino. En: *El Formativo Sudamericano, una reevaluación*, 302-313. ABYA-YALA. Quito

1996. El Formativo en el Noroeste Argentino y el Alto Valle Calchaquí. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. II Parte. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)*. Tomo XXIII (1/4):103-119.

Tarragó, M. N. y P. P. Díaz

1977. Sitios Arqueológicos del Valle Calchaquí (II). *Estudios de Arqueología* 2: 61-71. Museo Arqueológico de Cachi, Salta.

Tarragó, M. N. y M. C. Scattolin

1999. La Problemática del Período Formativo en el Valle de Santa María. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. La Plata. Tomo I: 142-153. La Plata, Argentina.

Tartusi, M y V.A. Nuñez Regueiro

1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 5 (1):1-48

Todd, W.

1921. Age Changes in the Pubic Bone III: the Pubis of the White Female. IV: the Pubis the Female White-Negro hybrid. *American Journal of Physical Anthropology* 4: 1-70.

Torres, L.M.

1921. Urnas Funerarias en la Cuenca del Río Rosario (Departamento de Rosario de la Frontera). *Revista del Museo de La Plata* 25:1-14

Torres, M.F. y E. I. Baffi

1996. Evaluación de Diferencias Sociales en un Grupo Prehistórico: Las Pirguas (Salta, Argentina). *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. II Parte. Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)*. Tomo XXIII (1/4):121-131.

Trotter, M. and G.C. Gleser

1952. Estimation of Stature from Long Bones of American Whites and Negroes. *American Journal of Physical Anthropology* 10: 463-514.

Turner, C.G.

1989. Teeth and Prehistory in Asia. *Scientific American*. Vol. 260 (2):70-76.

Ubelaker, D.

1978. Estimating Sex, Stature and Age. *Human Skeletal Remains. Excavation, Analysis and Interpretation*, pp: 12-67. Chicago, Aldine.

Ventura, B y Ortiz, G.

2003. Presentación. En: *La Mitad Verde del Mundo Andino. Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, pp: 7-20. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.

von Rosen, Eric

1901-1902. *Ethnographical research work during the Swedish Chaco-Cordillera Expedition*. Stockholm.

Weiss, P.

1961. *Osteología Cultural. Prácticas cefálicas*. 2º Parte. Lima.

Wood, J. W., G. R. Milner, H. C. Harpending and K. M. Weiss

1992. The Osteological Paradox. Problems of Inferring Prehistoric Health from Skeletal Samples. *Current Anthropology* 33 (4):343-370.

Wright, L. E., and C.J. Yoder

2003. Recent Progress in Bioarchaeology: Approaches to the Osteological Paradox. *Journal of Archaeological Research* 11(1):43-70.

APÉNDICE I

Análisis Metalográfico sobre uno de los anillos procedentes de Lampacito: Descripción del método y registro fotográfico

Las tareas de análisis orientadas a determinar la composición mineralógica de la pieza fueron realizadas en el Laboratorio de Materiales de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA). Originalmente la pieza estaba compuesta por dos anillos unidos por sedimento (Figura 84) los cuales fueron separados tras una limpieza en seco. Se seleccionó uno para el análisis y sobre él se llevaron a cabo los siguientes pasos:

1. En primer lugar se realizó el *pulido metalográfico* de uno de los extremos para lograr una superficie plana y brillante. Se usaron papeles abrasivos de carburo de silíceo al agua hasta el grado 1500. Las distintas etapas de pulido revelaron la existencia de inclusiones de óxido (o “defectos”) que fueron fotografiadas en microscopio metalográfico (Figura 85 a y b).
2. Posteriormente, se realizó un segundo *pulido con pasta de diamante* sobre paño a fin de lograr una superficie más homogénea, tras lo cual se sometió la pieza a un pulido *electrolítico* para eliminar las rayas producidas por el pulido anterior (Figuras 86 a, b y c).
3. Seguidamente se sometió la pieza a un *ataque químico* sobre una solución de cloruro férrico en alcohol para revelar su microestructura. Un examen de la superficie mostró estructuras de recristalización que evidencian de trabajo en frío y posterior tratamiento térmico del anillo (distinguiéndose, de este modo, del proceso de fundición). La presencia de granos en forma de polígonos es indicadora del calentado de la pieza como último paso realizado, ya que esta marca es distinta a la que ocurre durante una deformación en frío (Lic. Silvia Balart, comunicación personal) (Figura 87 a y b).

4. Una vez logrado el pulido de la pieza se sometió la misma a un análisis de *EDAX* en microscopio electrónico a fin de establecer cualitativamente los componentes del material (Figura 88). El elemento mayoritario detectado fue el cobre, y proporciones menores de estaño, arsénico y plata.
5. Posteriormente se realizó un análisis de *Fluorescencia de Rx* que otorgó resultados similares al anterior.

Figura 84: Pieza original, dos anillos adheridos por sedimento

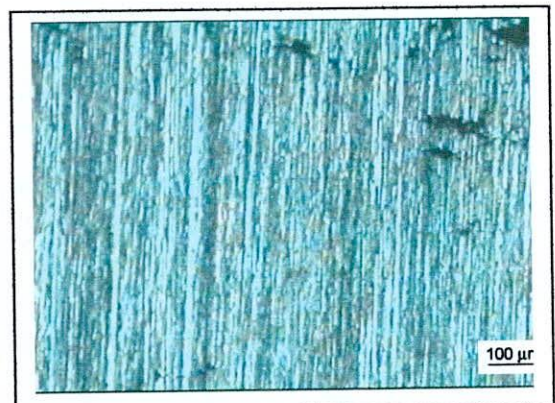
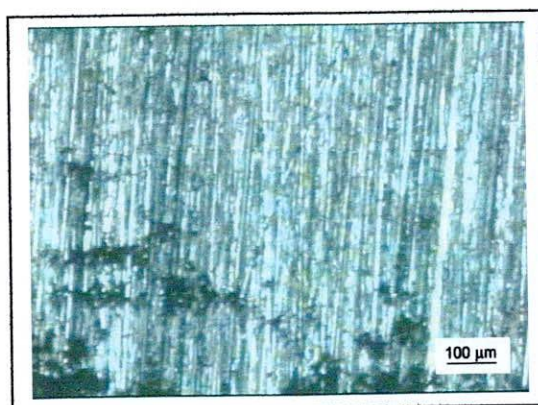


Figura 85 a y b: pulido metalográfico 5x

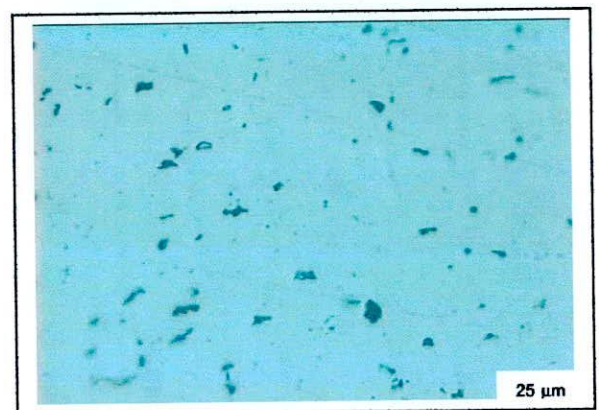
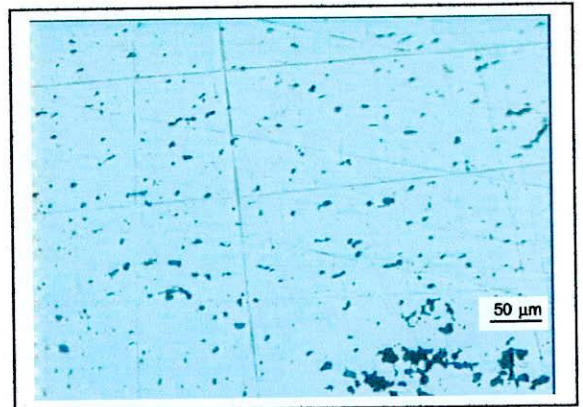
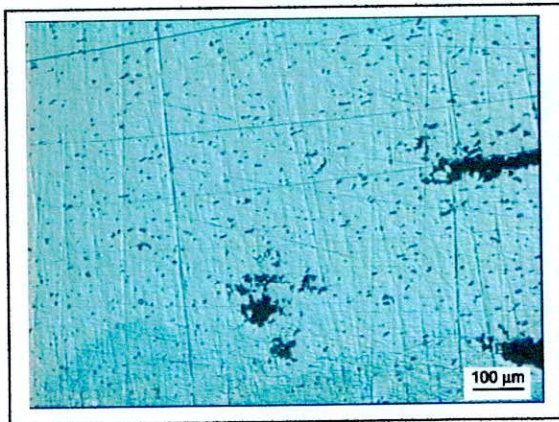


Figura 86 a, b y c: Pulido con pasta de diamante y electrolítico (5x, 10x y 20x)

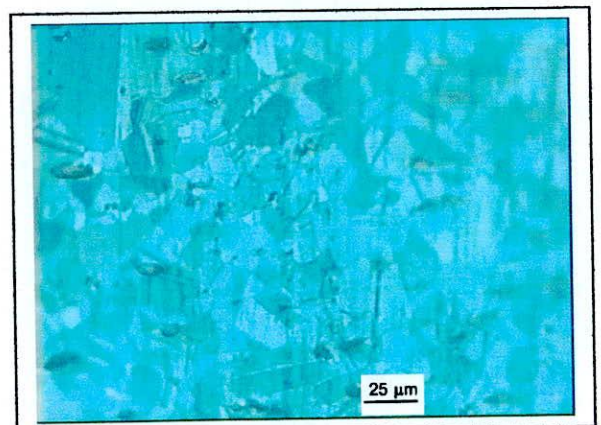
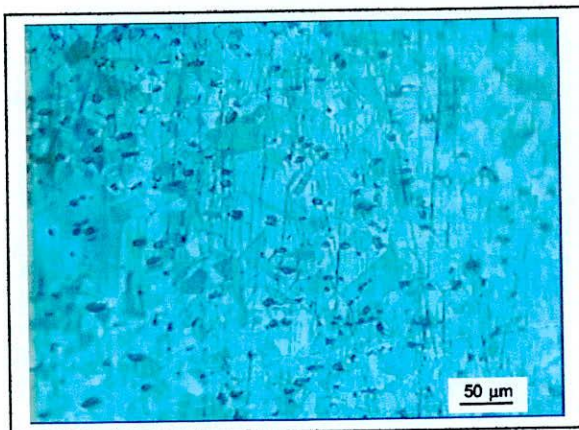


Figura 87 a y b: ataque químico (10x y 20x)

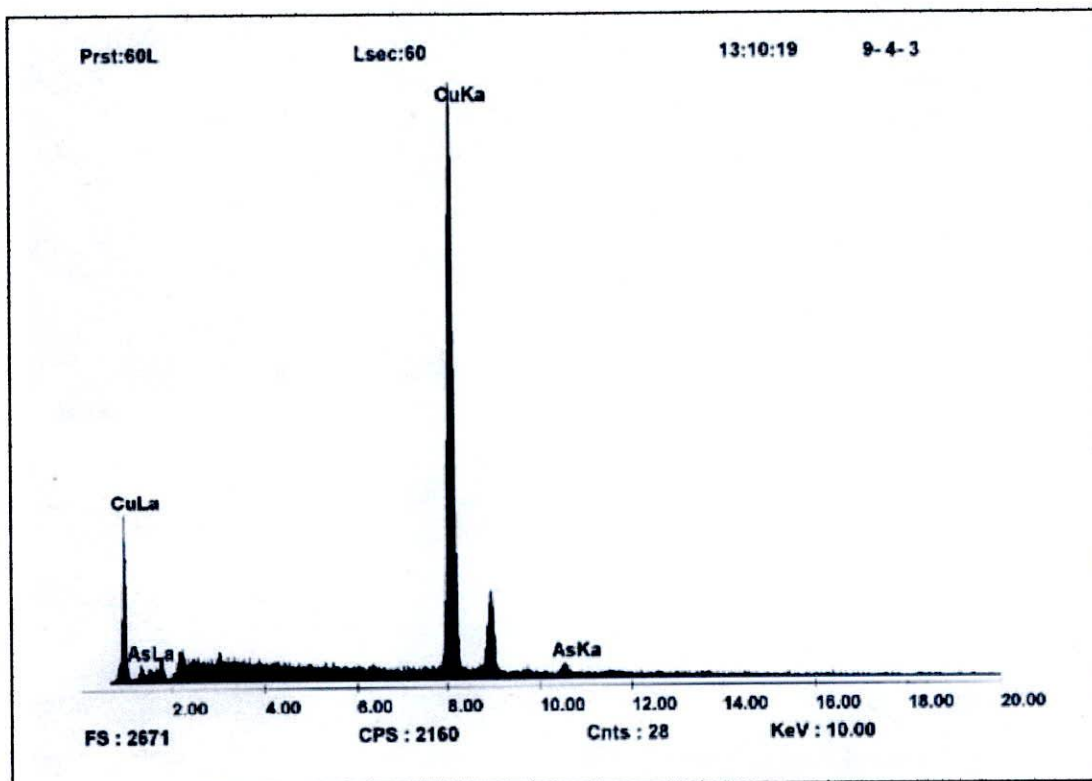


Figura 88: análisis EDAX (composición mineralógica cualitativa del anillo)

APÉNDICE II

Análisis del Comportamiento Mortuorio: variables relevadas

Categoría de entierro
Directo
En urna/olla/puco
En cista
Incineración
Categoría de edad estimada
Adulto
Subadulto
Sexo
Femenino
Masculino
Indeterminado
Cantidad de individuos/tumba
Individual
Múltiple (>2)
1evento de inhumación
>1evento de inhumación
Tipo de entierro
Primario
Secundario
Tratamiento del cuerpo
Evidencias de pigmentos
Evidencias de quemado
Indicadores de persona
Deformación cefálica
Deformidades físicas
Patologías
Forma de la tumba
Tamaño/Volumen
Forma/Tipo
Oval/circular (planta)
Cuadrada/rectangular (planta)
Materiales Constructivos
Pared
Lajas/piedras planas
Morteros
Base/Apoyo
Lajas/piedras planas
Paja
barro consolidado
Tapa/Techo
Lajas/piedras planas
Cerámica
Falsa bóveda (techo)
“Sellado”
Urna
Fina

Tosca/de cocina
Perforada ("matada")
Técnica decorativa (urnas)
Inciso
Grabado
Pintada
Estriada
Alisada
Modelado
Sin decoración
Rasgos antropomorfos
Rasgos zoomorfos
Rasgos zoo-antropomorfos
Localización de la tumba
Dentro del espacio de la comunidad
Bajo piso de recintos
Habitacional
Patio
Dentro de montículo
Basural
Fuera del espacio de la comunidad
Cementerio
Aislada
En rasgos del paisaje (cavernas)
Demarcación formal de tumbas
Sí
No
Posición del cuerpo
Extendido
Decúbito dorsal
Decúbito ventral
Decúbito lateral
Genuflexo/piernas flexionadas
Decúbito dorsal
Decúbito ventral
Decúbito lateral
Orientación de las partes del cuerpo (con referencia a puntos cardinales)
Cuerpo (todo)
Cabeza
Miembros superiores
Miembros inferiores
Ajuar
Cantidad objetos en la tumba
NTF (tipos funcionales)
Materia prima
Cerámica
Lítico
Hueso
Vegetales manufacturados
Metal
Mica

Carbón
Madera
Vegetales
Caracol/valva
Otros
Recipientes cerámicos (Forma)
Jarra
puco/escudilla
Botellón
Vasija (indeterminado)
Olla
Vaso
fragmento de cerámica
Decoración zoo/antropomorfa
Rasgos antropomorfos
Rasgos zoomorfos
Rasgos zoo-antropomorfos
Armas
Puntas
Astiles
Otros
Semillas/Frutos
Tejidos/Cestería
Adornos Personales
Anillos
Brazaletes/pulseras
Pectoral/diadema
Cuentas de collar
Pigmentos
Manos/Morteros
Hachas
Pipas
Otros
Cerámica "matada"
Sin Ajuar
Ubicación de las piezas en la tumba
Por fuera de la tumba/urna
Sobre tapa de la tumba
Dentro de la tumba/urna
Alrededor del individuo
Sin orden aparente
Sobre el individuo
Al lado de la cabeza del individuo
En los pies del individuo

Agradecimientos

Quisiera agradecer a mis directoras, Cristina Scattolin e Inés Baffi, por su guía profesional, pero sobre todo por la confianza y por sus palabras de apoyo. A Myriam Tarragó por su generosidad y sus valiosos comentarios y consejos. A Marisa Lazzari (que está cerca en la distancia), Lucas Pereyra Domingorena, Fabiana Bugliani, Andrés Izeta y Marilín Calo, por hacerme sentir parte de un gran equipo. A mi familia, Charles, Silvia e Hilario, por apoyarme en todo y por la paciencia inagotable. A Alejandro, porque nada tendría sentido sin vos.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas